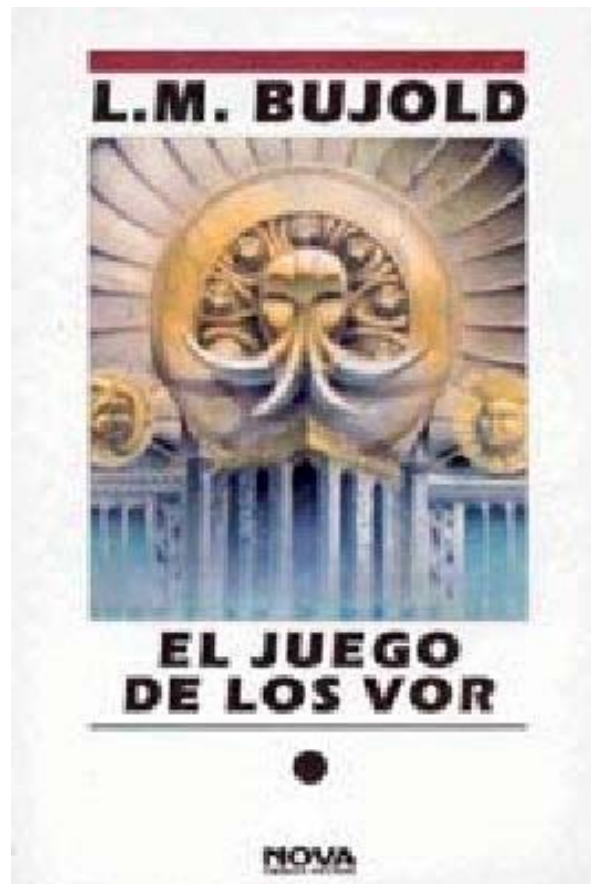


EL JUEGO DE LOS VOR



Lois McMaster Bujold



Lois McMaster Bujold

Título Original: The Vor Game
Traducción: Adriana Oklander
© 1990 Lois McMaster Bujold
© 1993 Ediciones B S.A.
Rocafort 104 - Barcelona
ISBN: 84-406-3538-5
Edición digital: Jbaldrich
R6 04/03

—¡Embarque!— exclamó el alférez que se hallaba cuatro lugares más adelante de Miles en la fila. Tenía el rostro iluminado de alegría mientras deslizaba la mirada por sus órdenes; el delgado plástico temblaba ligeramente entre sus manos—. Seré oficial subalterno de armamento en el crucero Comodoro Vorhalas. Debo presentarme de inmediato en la Base de lanzamiento Tanery para la transferencia orbital.

Ante un pinchazo preciso saltó con porte poco marcial dejando paso al siguiente hombre de la fila mientras continuaba murmurando expresiones de júbilo.

—Alférez Plause.

El viejo sargento que ocupaba el escritorio lograba parecer aburrido y superior al mismo tiempo, sosteniendo el siguiente paquete entre el pulgar y el índice. ¿Cuánto tiempo había estado ocupando este puesto en la Academia Militar Imperial?, se preguntó Miles. ¿Cuántos cientos... miles de jóvenes oficiales habían pasado frente a su mirada imperturbable en este primer momento supremo de sus carreras? ¿Todos acabarían teniendo el mismo aspecto al cabo de algunos años? Los mismos uniformes verdes y nuevos. Los mismos relucientes rectángulos plásticos de grados recién adquiridos engalanando sus cuellos. Los mismos ojos ávidos en todos los graduados de la escuela más selecta perteneciente al Servicio Imperial, colmados de imágenes de un brillante destino militar. *Nosotros no sólo marchamos hacia el futuro, lo atacamos.*

Plause se apartó de la fila, posó el pulgar sobre el cerrojo acolchado y abrió su paquete.

—¿Y bien? —dijo Iván Vorpatril, justo frente a Miles en la fila—. No nos tengas en suspenso.

—Escuela de idiomas —dijo Plause, sin dejar de leer.

Plause ya hablaba perfectamente los cuatro idiomas oficiales de Barrayar.

—¿Como estudiante o como instructor? —preguntó Miles.

—Como estudiante.

—Ajá. entonces deben ser idiomas galácticos. Después te reclamarán los de Inteligencia. Seguro que te dan un destino extraplanetario —sugirió Miles.

—No necesariamente —dijo Plause—. Podrían sentarme dentro de un cubículo en alguna parte, programando ordenadores de traducción hasta dejarme ciego. —Pero la esperanza brillaba en sus ojos.

Por caridad, Miles no mencionó la principal desventaja de Inteligencia: que uno terminaba trabajando para el jefe de Seguridad Imperial, Simon Illyan, el hombre que lo recordaba todo. Pero tal vez en el nivel de Plause no tropezaría con la dureza de Illyan.

—Alférez Lobachik.

En toda su vida, Miles sólo había conocido a un hombre más serio y formal que Lobachik. Por lo tanto, no se sorprendió cuando éste abrió su sobre y dijo con voz ahogada:

—Seguridad Imperial. El curso avanzado en Seguridad y Homicidios.

—Ah, la escuela de los guardias de palacio —dijo Iván con interés, atisbando sobre el hombro de Lobachik.

—Eso es todo un honor —observó Miles—. Por lo general Illyan escoge a sus estudiantes entre los hombres con veinte años de servicio y el pecho cubierto de medallas.

—Quizás el Emperador Gregor le ha pedido a Illyan alguien más próximo a su propia edad —sugirió Iván—. Para iluminar el paisaje. Esos fósiles de rostro arrugado con que Illyan suele rodearlo lograrían deprimirme incluso a mí, no te permitas demostrar ningún sentido del humor, Lobachik. Creo que es motivo de descalificación automática.

Lobachik no corría ningún riesgo de perder el puesto, si eso era cierto.

—¿Realmente conoceré al emperador? —preguntó Lobachik volviendo su mirada nerviosa hacia Miles e Iván.

—Probablemente lo observes desayunar todos los días —respondió Iván— Pobre desgraciado.

¿Se refería de Lobachik o a Gregor? a Gregor, sin duda.

—Vosotros los Vor, lo conocéis... ¿Como es?

Miles intervino antes de que el brillo en los ojos de Iván se materializara en una broma pesada.

—Es muy franco. Os llevaréis bien.

Lobachik se marchó con un aspecto algo más tranquilo, releyendo su telegrama.

—Alférez Vorpatril —entonó el sargento—. Alférez Vorkosigan.

El corpulento Iván cogió su paquete, y Miles el suyo. Luego se marcharon con sus dos camaradas.

Iván abrió su sobre.

—¡Ja! Cuartel General del imperio Vorbarr Sultana. Sabed que he de ser edecán del comodoro Jollif, Operaciones. —Hizo la venia y dio vuelta al despacho—. A partir de mañana, en realidad.

—¡Ooh...! —exclamó el alférez que había recibido orden de embarcarse, todavía temblando de alegría—. Iván ha de ser *secretario*. Tendrás que tener cuidado si el general Lamitz te pide que te sientes en su regazo. He escuchado decir que...

Iván le propinó un golpecito amistoso.

—Envidia, pura envidia. Voy a vivir como un civil. Trabajaré de siete a cinco, tendré mi propio apartamento en la ciudad... Debo recordarte que no habrá ninguna chica allá en ese barco tuyo. —La voz de Iván era tranquila y alegre, sólo sus ojos delataban algo de la decepción que sentía. Iván también habría querido embarcarse. Todos lo deseaban.

Miles lo deseaba.

"Embarcarme. Y, con el tiempo ser comandante como mi padre, como su padre, como el padre de su..."

Un deseo, una plegaria, un sueño... Vaciló por autodisciplina, por miedo, por demorar ese último momento de esperanza. Colocó el pulgar sobre el cerrojo y abrió el sobre con deliberada precisión. Un único telegrama plástico, un puñado de permisos de viaje...

Solo tardó unos momentos más en absorber ese breve párrafo que tenía frente a los ojos. Permaneció unos instantes petrificado sin poder creerlo, y volvió a leerlo desde el principio.

—¿Y bien, primo? —Iván se asomó por encima de su hombro.

—Iván —dijo Miles con voz ahogada—, ¿estoy sufriendo un ataque de amnesia o nunca tomamos un curso de meteorología en los estudios de ciencias?

—De matemáticas de espacio-cinco, sí. De xenobotánica también. —Iván se rascó la cabeza, intentando hacer memoria—. De geología y de evaluación del terreno... Bueno, en primer año vimos meteorología aeronáutica.

—Sí, pero...

—¿Que te han hecho esta vez? —preguntó Plause, claramente preparado para ofrecer sus felicitaciones o su compasión, según lo requiriera el caso.

—Me han nombrado oficial en jefe de Meteorología, Base Lazkowski. ¿Donde diablos queda la Base Lazkowski? ¡Nunca he oído hablar de ella!

El sargento, ante el escritorio, alzó la vista con una sonrisa maliciosa.

—Yo sí, señor —le dijo—. Queda en un sitio llamado Isla Kyril, cerca del círculo ártico. Es una base de entrenamiento invernal para infantería. La suelen llamar Campamento Permafrost.

—¿Infantería? —exclamó Miles.

Iván alzó las cejas y se volvió hacia Miles con el ceño fruncido.

—¿Infantería? ¿Tú? No parece el lugar apropiado.

—No, no lo parece —convino Miles en voz baja. De pronto había tomado plena conciencia de sus impedimentos físicos.

Años de arcanas torturas médicas casi habían logrado corregir las graves deformidades por las cuales Miles había estado a punto de morir cuando naciera. Encogido como una rana en su infancia, ahora se erguía casi derecho. Sus huesos, frágiles como la tiza, ahora eran casi fuertes. Enjuto como un niño homúnculo, ahora media casi un metro cuarenta y siete. Al final había sacrificado el largo de sus huesos a su resistencia, y sus médico todavía opinaba que los últimos quince centímetros habían sido un error. Con el tiempo, Miles se había roto las piernas las veces suficientes para coincidir con él, aunque para entonces ya era demasiado tarde. Pero no era un mutante, no era... ahora ya apenas si importaba. Si tan solo le dejaran emplear sus virtudes al servicio del emperador, él les haría olvidar sus defectos. El pacto estaba sobreentendido.

En el Servicio debía haber mil puestos en los cuales su extraño aspecto y su fragilidad oculta no importarían lo más mínimo. Como edecán, o traductor de Inteligencia. O incluso oficial de armamentos manejando ordenadores. Estaba sobreentendido, seguro que lo estaba. Pero ¿infantería? Alguien no jugaba limpio. O se había cometido un error. No sería el primero. Miles vaciló unos momentos mientras sus puño se cerraba sobre el telegrama, y entonces se dirigió hacia la puerta.

—¿Adonde vas? —le preguntó Iván.

—A ver al mayor Cecil.

Iván exhaló con los labios fruncidos.

—¿Si? Buena suerte.

¿Sonreía el sargento detrás del escritorio, inclinando la cabeza para revisar la siguiente pila de paquetes?

—Alférez Draut —llamó. La fila avanzó un paso más.

El mayor Cecil estaba apoyado con una cadera sobre el escritorio de su secretario, efectuando alguna consulta, cuando Miles entró en la oficina y saludó.

El mayor Cecil alzó la vista hacia él y luego miró su cronómetro.

—Ah menos de diez minutos. He ganado la apuesta.

El mayor devolvió el saludo a Miles mientras el secretario con una sonrisa ácida, extraía un fajo de billetes del bolsillo, separaba uno y se lo entregaba a su superior sin pronunciar palabra. El rostro del mayor parecía risueño, pero sólo aparentemente; movió la cabeza en dirección a la puerta y, después de arrancar el telegrama plástico que su máquina acababa de emitir, el secretario abandonó la habitación.

El mayor Cecil era un hombre de unos cincuenta años, delgado, sereno y despierto. Muy despierto. Aunque no era el jefe titular de Personal, un puesto administrativo perteneciente a un oficial de más alto grado, hacía mucho que Miles había comprendido que Cecil era el hombre que tomaba las decisiones finales. Por sus manos terminaban pasando todas las asignaciones para los graduados de la Academia. Miles había descubierto que era un hombre accesible, ya que el maestro y el erudito predominaban sobre el oficial. Su carácter era seco y extraño, y se volcaba intensamente en su trabajo. Miles había confiado en él. Hasta ahora.

—Señor —comenzó. Le extendió el telegrama con sus órdenes en un gesto de frustración—. ¿Qué es esto?

Sin perder el brillo risueño en la mirada, Cecil guardó el billete en su bolsillo.

—¿Me está pidiendo que se lo lea, Vorkosigan?

—Señor, pregunto... —Miles se detuvo, se mordió la lengua y volvió a comenzar—. Tengo algunas preguntas respecto a mi asignación.

—Oficial de Meteorología, Base Lazkowski —recitó el mayor Cecil.

—Entonces... ¿no es un error? ¿Son las ordenes que me corresponden?

—Si es eso lo que dicen, lo son.

—¿Usted... usted es consciente de que lo único que he estudiado en relación con el clima ha sido meteorología aeronáutica?

—Lo soy —El mayor no se delataba en nada.

Miles se detuvo. El hecho de que Cecil hubiese enviado fuera a su secretario era una clara señal de que esta conversación iba a ser franca.

—¿Se trata de alguna clase de castigo? —En la pregunta subyacía otra cuestión: "¿Qué le he hecho yo a usted?"

—Escuche alférez. —La voz de Cecil era suave—. Es una asignación perfectamente normal. ¿Estaba esperando una extraordinaria? Mi tarea es combinar los pedidos de personal con los candidatos disponibles. Cada solicitud debe ser cubierta por alguien.

—Cualquier graduado de la escuela técnica hubiese podido hacerse cargo de ésta. —Con un esfuerzo, Miles evitó el tono amenazante en su voz y abrió los puños—. Mejor que yo. No requiere un cadete de la Academia.

—Eso es cierto —le concedió el mayor.

—¿Entonces, por que? —estalló Miles. Su voz sonó más fuerte de lo que él había pretendido.

Cecil suspiró y enderezó la espalda.

—Usted bien sabe, Vorkosigan, que ha sido el cadete más atentamente observado en la historia de esta Academia, con excepción del emperador Gregor en persona.

Miles asintió con la cabeza.

—Y al observarlo he notado que, a pesar de su gran talento en ciertas áreas, también ha demostrado ciertas flaquezas crónicas. Y no me estoy refiriendo a sus problemas físicos, por los cuales todos menos yo pensaron que no lograría terminar el primer año... Eso es algo que ha logrado manejar con sorprendente sensatez.

Miles se encogió de hombros.

—El dolor es desagradable, señor. Yo no le rindo homenaje.

—Muy bien. Pero si más grave problema crónico se encuentra en el área de... cómo expresarlo con claridad... de la subordinación. Usted discute demasiado.

—No es verdad —comentó Miles con indignación, pero entonces cerró la boca.

Cecil esbozó una sonrisa.

—Justamente. Con su irritante hábito de tratar a sus superiores como a... —Cecil se detuvo, aparentemente para buscar la palabra apropiada otra vez.

—¿Iguales? —aventuró Miles.

—Ganado —le corrigió Cecil juiciosamente—. Para ser conducido a su voluntad. Usted es un manipulador *par excellence*, Vorkosigan. Lo he estado estudiando durante tres años, y su dinámica de grupo es fascinante. Se encuentre al mando o no, de alguna manera siempre termina siendo su idea la que se lleva a cabo.

—¿He sido tan... tan irrespetuoso, señor? —Miles sintió un escalofrío en el estómago.

—Al contrario. Considerando sus antecedentes, lo que sorprende es que logre ocultar tan bien esa veta algo arrogante. —El tono de Cecil se tornó por fin grave—. Pero, Vorkosigan... la Academia Imperial no lo es todo en el Servicio Imperial. Aquí usted se ha hecho estimar por sus camaradas, porque en este sitio se le otorga gran importancia a la inteligencia. Lo han escogido primero para cualquier grupo estratégico por el mismo motivo que le han elegido último para cualquier competencia puramente física... Esos jóvenes brillantes querían ganar. Siempre. Costara lo que costase.

—¡Yo no puedo ser una persona común y sobrevivir, señor! Cecil ladeó la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Sin embargo, en algún momento debe aprender a comandar hombres comunes. ¡Y a ser comandando por ellos!

"Esto no es un castigo, Vorkosigan, y tampoco lo considero una broma. De mi decisión no sólo dependen las vidas de nuestros oficiales novatos, sino también las de los inocentes que yo pongo a sus órdenes. Si cometo un grave error al destinar a un hombre para determinado puesto, no solo lo expongo a él, sino a todos los que le rodean. Ahora

bien dentro de seis meses (siempre que no se produzca ninguna invasión inesperada), el Astillero Orbital Imperial terminará de poner en servicio activo al *Prince Serg*.

Miles contuvo el aliento.

—Así es. —Cecil asintió con la cabeza—. La nave más nueva, rápida e implacable que su Majestad Imperial jamás ha lanzado al espacio. Y la de más alcance. Permanecerá fuera durante periodos más largos que ninguna otra nave y, por lo tanto, los que se encuentren a bordo tendrán que convivir durante todo ese tiempo. El Alto Mando está prestando cierta atención a los perfiles psíquicos en este caso. Ya era hora.

"Ahora escuche —Cecil se inclinó hacia delante. Miles lo imitó con expresión reflexiva—. Si logra comportarse debidamente durante sólo seis meses en un puesto aislado y solitario... Para decirlo de forma directa, si logra manejarse con el Campamento Permafrost, admitiré que es capaz de desenvolverse en cualquier otro destino que el Servicio le asigne. Y apoyaré su solicitud para ser transferido al *Prince*. Pero si no se comporta, no habrá nada que yo ni nadie más pueda hacer por usted. Ahóguese o nade, alférez.

Volar, pensó Miles. *Quiero volar*.

—Señor... ¿Exactamente cuán malo es ese lugar?

—No quisiera predisponerlo, alférez Vorkosigan —dijo Cecil con piedad.

Yo también le quiero mucho, señor.

—Pero... ¿infantería? Mis limitaciones físicas no me impedirán prestar servicio si se tienen en cuenta, pero no puedo fingir que no existen. Para eso sería mejor saltar sobre una pared, destruirme inmediatamente y ahorrarle tiempo a todos. —*Maldita sea ¿par qué me dieron una de las educaciones más costosas de Barrayar si de todos modos pensaban matarme?*—. Siempre di por sentado que se tomarían en cuenta.

—Oficial de meteorología es una especialidad técnica, alférez —tranquilizó el mayor—. Nadie le arrojará una mochila encima para aplastarlo. Dudo de que en el Servicio exista un oficial dispuesto a explicarle su muerte al almirante. —Su voz se enfrió un poco—. Su Excelencia, el Mutante.

Cecil no parecía prejuicioso, solo lo ponía a prueba. Como siempre. Miles inclinó la cabeza.

—Lo que quizá llegue a ser, para los mutantes que vengan después de mí.

—Ya ha deducido eso, ¿verdad? —De pronto la mirada de Cecil mostraba cierta aprobación.

—Hace años, señor.

—Hmm... —Cecil esbozó una sonrisa, bajo del escritorio, avanzó hacia él y tendió la mano—. Entonces que tenga suerte, lord Vorkosigan.

Miles se la estrechó.

—Gracias, señor.— Revisó los permisos de viaje que tenía en la mano, ordenándolos.

—¿Cuál es su primera parada? —preguntó Cecil.

Lo ponía a prueba otra vez. Debía ser un maldito reflejo.

—Los archivos de la Academia —respondió de improviso.

—¡Ah!

—Para recibir el manual meteorológico del Servicio. Y material suplementario.

—Muy bien. De paso, su predecesor en el puesto permanecerá allí algunas semanas para ayudarlo a orientarse.

—Me alegra en extremo escuchar eso, señor —dijo Miles con sinceridad.

—No tratamos de hacérselo imposible alférez.

Sólo muy difícil, pensó Miles.

—También me alegra saber eso, señor —El saludo de Miles al despedirse fue casi subordinado.

Miles recorrió ese último tramo hasta la isla Kyril en un gran transporte aéreo de carga junto a un aburrido piloto y ochenta toneladas de provisiones. Durante casi todo su solitario viaje, se dedicó a estudiar frenéticamente meteorología. Como el vuelo sufrió largas demoras en las dos últimas paradas de carga, para cuando la nave se detuvo en la Base Lazkowski descubrió que se encontraba mucho más adelantado de lo que había creído en sus estudios.

Las compuestas de carga se abrieron para dejar paso a la luz aguada de un sol que pendía malhumorado cerca del horizonte. La brisa estival elevaba la temperatura apenas unos cinco grados sobre el punto de congelación. Los primeros soldados que Miles vio eran hombres en overoles negros con cargadores, conducidos por un cabo de aspecto cansado, quien fue al encuentro de la nave.

No podía haber nadie especialmente destacado para recibir a un nuevo oficial de meteorología. Miles se encogió de hombros dentro de su abrigo esquimal y se acercó a ellos.

Dos de los hombres vestidos de negro lo observaron saltar de la rampa y comentaron algo entre ellos en griego barrayerano, un dialecto menor de origen terráqueo, completamente envilecido durante las centurias de la Era del Aislamiento. Fatigado por el viaje y movido por aquellas expresiones tan familiares en sus rostros, Miles tomó la firme decisión de ignorar cualquier cosa que le dijese mediante el simple recurso de fingir que desconocía su idioma. De todos modos, Plause siempre decía que su pronunciación griega era execrable.

—*Fíjate en eso, ¿quieres? Parece un muchacho...*

—*Sabía que nos estaban enviando a pichones de oficiales, pero esto es demasiado.*

—*No, no es ningún muchacho. Es una especie de enano. La partera sí que erró el golpe con ése. ¡Míralo, es un mutante!*

Con un esfuerzo, Miles impidió que sus ojos se volviesen hacia los comentaristas. Cada vez más seguros de que no eran comprendidos, sus voces abandonaron el susurro para alcanzar un volumen normal.

—*¿Y entonces que está haciendo de uniforme, eh?*

—*Tal vez sea nuestra nueva mascota.*

Los ancestrales miedos genéticos estaban tan sutilmente arraigados, eran tan penetrantes incluso ahora... Uno podía morir a manos de gente que ni siquiera sabía muy bien porque te odiaba, gente que solo se dejaba llevar por la agitación colectiva que alimentaban unos en otros. Miles sabía muy bien que siempre había estado protegido por el alto grado de su padre, pero a las personas diferentes que eran menos afortunadas en la sociedad podían ocurrirles cosas horribles. Había tenido lugar un incidente espantoso dos años atrás en la Ciudad Antigua de Vorbar Sultana. Un viejo tullido e indigente había sido castrado, por una pandilla de ebrios con una botella de vino rota. Un infanticidio reciente en el propio distrito de los Vorkosigan lo había golpeado aún más de cerca. Sí, la buena posición social o militar tenía sus ventajas. Miles se proponía adquirirla hasta donde le fuese posible antes de que fuera demasiado tarde.

Miles levantó las solapas de su abrigo para que se viesen con claridad las insignias del cuello que lo señalaban como oficial.

—*Hola, cabo. Tengo instrucciones de presentarme ante cierto teniente Ahn, el oficial de meteorología de la base. ¿Me podría indicar donde encontrarlo?*

Miles aguardó un instante, esperando que el cabo le presentase su saludo. Éste tardó en llegar, ya que el hombre no dejaba de mirarlo con expresión aturdida. Al final cayó en la cuenta de que Miles realmente podía ser un oficial.

Algo tardíamente, le hizo la venia.

—*Discúlpeme, eh... ¿qué fue lo que dijo, señor?*

Miles le devolvió el saludo con expresión imperturbable y repitió sus palabras suavemente.

—Ah, el teniente Ahn, sí. Por lo general se refugia..., quiero decir, por lo general se encuentra en su oficina. En el principal edificio administrativo.— El cabo alzó el brazo para señalar una construcción prefabricada de dos pisos, que se alzaba tras una hilera de depósitos semienterrados al borde de la pista, quizás a un kilómetro de distancia—. No tiene pérdida. Es el edificio más alto de la base.

Y además, notó Miles, claramente marcado por la colección de aparatos que surgían de su techo. Muy bien.

Ahora, ¿debía entregar su mochila a esos imbéciles y rezar para que lo siguieran, dondequiera que fuese? ¿O interrumpir su trabajo y ordenar una cargadora para transportar su equipaje? Tuvo una breve visión de sí mismo erguido en la proa de esa cosa como el mascarón de un barco, rodando hacia su encuentro con el destino junto con media tonelada de ropa interior térmica, larga, dos docenas por caja, modelo nº6774932. Decidió colgarse al hombro sus pertrechos y caminar.

—Gracias, cabo.

Se alejó en la dirección indicada, demasiado consciente de su cojera y de las fajas de refuerzo que ceñían sus piernas bajo los pantalones, soportando el peso extra. La distancia resultó ser mayor de lo que parecía, pero Miles tuvo cuidado de no detenerse ni tropezar hasta que estuvo oculto detrás del primer depósito.

La base parecía casi desierta. Por supuesto. La mayor parte de su población la formaban soldados de entrenamiento que iban y venían en dos turnos por invierno. Ahora sólo se encontraba allí la dotación permanente, y Miles podía apostar que casi todos ellos tomaban largas licencias durante este breve verano de descanso. Miles se detuvo jadeante dentro del edificio administrativo sin haberse cruzado con nadie.

El aparato donde se mostraba el Directorio y el Plano General, según rezaba un cartel escrito a mano y pegado sobre su pantalla, estaba estropeado. Miles avanzó por el primer y único pasillo que había a su derecha, buscando una oficina ocupada, cualquier oficina ocupada. La mayor parte de las puertas estaban cerradas, pero no con llave, y las luces estaban apagadas. Una oficina rotulada como "Contabilidad Gral." albergaba a un hombre en traje de faena negro, con insignias rojas de teniente en el cuello, totalmente absorto en su holovideo, que estaba proyectando una larga columna de datos. El hombre murmuraba maldiciones.

—Oficina de Meteorología. ¿Dónde queda? —preguntó Miles asomado a la puerta.

—Dos —El teniente señaló hacia arriba sin volverse, se inclinó aún más hacia la pantalla y reanudó sus maldiciones.

Miles se alejó de puntillas para evitar molestarlo.

Al fin la encontró en el segundo piso, una puerta cerrada marcada con unas letras descoloridas. Miles se detuvo afuera, depositó su mochila en el suelo y colocó el abrigo doblado sobre ella. Entonces inspeccionó sus ropas. Catorce horas de viaje habían deteriorado sus prolijidad inicial. No obstante, había logrado que su uniforme verde no mostrase manchas de lodo, de comida ni de ninguna otra cosa impropia. Aplastó el birrete y lo sujetó con precisión bajo el cinturón. Había atravesado medio planeta, media vida para llegar a este momento. Atrás habían quedado tres años de febril entrenamiento. Sin embargo, los años de la Academia siempre habían tenido un vago aire de simulación, de "solo estamos practicando"; ahora, al fin, se encontraba frente a frente con la realidad, con su primer verdadero "comandante en jefe". La primera impresión podía resultar vital, especialmente en su caso. Miles inspiró profundamente y golpeó la puerta.

Una voz ronca y apagada le respondió, pero las palabras fueron imposibles de descifrar. ¿Lo invitaba a pasar? Miles abrió la puerta y entró.

Lo primero que vislumbró fueron varios interfaces de ordenador y las pantallas de vídeo que brillaban contra la pared. El calor pareció golpearlo en el rostro. La habitación estaba en penumbras. Ante un movimiento a su izquierda, Miles se volvió y presentó su saludo.

—Alférez Miles Vorkosigan, presentándose en su puesto según lo ordenado, señor — recitó. Alzó la vista pero no vio a nadie.

El movimiento había venido de más abajo. Sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la mesa de la consola, había un hombre de unos cuarenta años, sin afeitar, vestido sólo con su ropa interior. El hombre le sonrió, alzó una botella que contenía un líquido color ámbar y murmuró:

—Salud, muchacho. Te quiero.— Y luego se desmoronó lentamente.

Miles permaneció mirándolo un largo rato.

El hombre comenzó a roncar.

Después de bajar la calefacción, quitarse la túnica y arrojar una manta sobre el teniente Ahn —ya que de él se trataba—, Miles dedicó media hora a examinar sus nuevos dominios. No cabían dudas: iba a necesitar instrucción para entrar en funciones. Además las imágenes reales proporcionadas por el satélite, los datos parecían provenir de una docena de instalaciones que inspeccionaban los microclimas de toda la isla. Si alguna vez habían existido los manuales de procedimiento, ahora no aparecían por ninguna parte, ni siquiera en los ordenadores. Después de vacilar unos momentos y de estudiar pensativamente la forma en que roncaba y se retorció en el suelo, Miles también aprovechó la ocasión para revisar el escritorio de Ahn y los archivos de su ordenador.

El descubrimiento de ciertos hechos pertinentes sirvió para que pudiera situar el espectáculo humano que tenía delante en una perspectiva más comprensible. parecía ser que el teniente Ahn era un hombre con veinte años de servicio y se hallaba a pocas semanas de su retiro. Había pasado mucho, mucho tiempo desde su última promoción. Y había pasado más tiempo aún desde su último traslado; había sido el único oficial de meteorología en la isla Kyril durante quince años.

El pobre desgraciado ha estado varado en este iceberg desde que yo tenía seis años, calculó Miles con un estremecimiento. A esta altura resultaba difícil discriminar si el problema de Ahn con la bebida era causa o efecto. Bueno, si en las próximas horas se despejaba lo suficiente como para enseñarle lo que necesitaba saber, mejor. Si no, a Miles se le ocurrirán varias formas, desde las crueles hasta las insólitas, para reanimarlo aun en contra de su voluntad. Por lo que a Miles concernía, si lograba que Ahn desembuchase una orientación técnica, después podía regresar a su estado de coma hasta que se lo llevasen a rastras al transporte que lo sacaría de allí.

Una vez decidido el destino de Ahn, miles se puso la túnica, acomodó sus pertrechos detrás del escritorio y salió a explorar. En la cadena de mando debía haber algún humano consciente, sobrio y razonable que estuviese haciéndose cargo del trabajo, De otro modo, el lugar ni siquiera hubiese podido funcionar como lo hacía.

O tal vez lo estaban manejando los cabos, ¿quien lo sabía? En ese caso, supuso Miles, su tarea sería localizar y poner a sus ordenes al cabo más eficaz de toda la base.

En el vestíbulo de abajo una figura humana recortada en un principio contra la luz que entraba por la puerta, se acercó a Miles.

Avanzando con un preciso paso ligero, la figura se convirtió en un hombre alto y fornido, vestido con un pantalón de entrenamiento, una camiseta y zapatos deportivos. Era evidente que se mantenía en forma corriendo tramos de cinco kilómetros con regularidad, tal vez realizando algunos cientos de flexiones como postre. Cabello gris metalizado, ojos duros como el acero; debía ser un sargento instructor particularmente dispéptico. El hombre se detuvo para mirar a Miles con el ceño fruncido por la sorpresa.

Miles echó atrás la cabeza y le devolvió la mirada con igual fuerza. el hombre no parecía prestar ninguna atención a las condecoraciones de su cuello. Exasperado, Miles le espetó:

—¿Todo el mundo está de vacaciones o hay alguien al mando de este maldito zoológico?

Los ojos del hombre brillaron, como si el acero hubiese chocado contra la piedra; encendieron una pequeña luz de advertencia en el cerebro de Miles, pero ya era tarde.

¡Hola, señor! —gritó el histérico comentarista en el fondo de su mente con una advertencia y un floreó—. *¡Soy su nuevo ejemplar!*

Miles sofocó a la voz sin piedad. No había ningún rastro de humor en ese semblante curtido que lo miraba desde arriba.

Con una expresión fría, el comandante de la base bajó la mirada hasta Miles y gruñó:

—Yo estoy al mando, alférez.

Para cuando Miles finalmente se dirigió a su nueva morada, una densa niebla se alzaba del mar lejano. Las barracas de los oficiales y todo lo que las rodeaba se hallaban sumergidos en una oscuridad gris y helada. Miles decidió que era un presagio.

¡O Dios!, iba a ser un largo invierno.

2

Para sorpresa de Miles, cuando a la mañana siguiente se presentó en la oficina de Ahn a una hora en que, según sus cálculos, podía comenzar un turno, encontró al teniente despierto, sobrio y vestido de uniforme. En realidad, el hombre no tenía muy buen aspecto. Tenía el rostro demacrado, respiraba con estertores y estaba sentado con el cuerpo encogido, mirando al colorida pantalla del ordenador con los ojos entrecerrados. La imagen se acercaba y se alejaba vertiginosamente ante las órdenes del control remoto que tenía apretando en su palma húmeda y temblorosa.

—Buenos días, señor. —Miles suavizó al voz movido por la piedad, y cerró la puerta a sus espaldas sin golpearla.

—¿eh? —Ahn alzó la vista y le devolvió el saludo de forma automática—. ¿Quien diablos es, eh... alférez?

—Soy sus relevo, señor. ¿Nadie le avisó que vendría?

—¡Ah, sí! —Ahn se iluminó—. Muy bien, entre.

Miles, quien ya se encontraba adentro, sólo esbozó una sonrisa.

—Pensaba ir a buscarlo a la pista —continuó Ahn—. Ha llegado temprano. Pero parece que ha encontrado el camino, de todos modos.

—Llegué ayer, señor.

—¡Oh! Debió haberse presentado entonces.

—Lo hice, señor.

—¡Oh! —Ahn miró a Miles con expresión preocupada—. ¿De veras?

—Usted prometió que esta mañana me daría una orientación técnica completa —agregó Miles, aprovechando la oportunidad.

—¡Oh! —Ahn parpadeó—. Bien. —La expresión preocupada de su rostro se desvaneció un poco—. Bueno, eh... —Ahn se frotó el rostro y miró a su alrededor. Limitó su reacción ante el aspecto físico de Miles a una mirada furtiva, y tal vez decidiendo que debían haber cumplido con las presentaciones formales el día anterior, se zambulló de inmediato en una descripción de los equipos alineados contra la pared, en orden de izquierda a derecha.

Literalmente a modo de presentación, resultó que todos los ordenadores tenían nombres de mujer. Exceptuando una tendencia a hablar sobre sus maquinas como si fuesen seres humanos. Ahn se mostró bastante coherente mientras explicaba los detalles del trabajo; se iba por las ramas y guardaba unos momentos de silencio al comprender que se había apartado del tema. Con suavidad, Miles lo traía de vuelta a la meteorología

con preguntas pertinentes mientras tomaba notas. Después de un confuso recorrido browniano por la habitación, al fin Ahn logró encontrar sus discos con las instrucciones de procedimiento, debajo de sus respectivos equipos. Preparó café en una tetera automática llamada *Georgette*, situada discretamente en un rincón, y luego se llevó a Miles al techo del edificio para enseñarle el centro de recopilación de datos que funcionaba allí.

Ahn repasó la colección de medidores, colectores y aparatos para tomar muestras con cierta indiferencia. Su jaqueca pareció ir empeorando con los esfuerzos de la mañana. Se apoyó contra la baranda inoxidable que rodeaba la estación automatizada y miró al horizonte lejano con los ojos entrecerrados. Miles lo siguió dócilmente mientras Ahn se detenía varios minutos en cada uno de los cuatro puntos cardinales y parecía meditar profundamente. O tal vez aquella expresión introspectiva sólo significaba que se sentía a punto de vomitar.

El cielo estaba pálido y despejado, con el sol en lo alto... aunque el sol había estado en lo alto desde dos horas después de la medianoche, recordó Miles. Acababan de pasar la noche más corta del año en aquellas latitudes. Desde ese sitio tan alto, Miles observó con interés la Base Lazkowski y la llanura que se extendía ante ella.

La isla Kyril era una protuberancia en forma de huevo, con unos setenta kilómetros de ancho por ciento sesenta de largo, y se encontraba a más de quinientos kilómetros de cualquier otra clase de tierra firme. *Parda y llena de protuberancias* constituía una buena descripción, tanto para la base como para la isla. La mayoría de los edificios, incluyendo las barracas para oficiales donde se alojaba Miles, estaban enterrados y cubiertos de turba. Nadie se había molestado en aplicar el terraformismo agrícola allí. La isla conservaba su ecología barrayara original, deteriorada por el uso y abuso.

Gruesos fardos de turba cubrían las barracas de los soldados, desiertas y silenciosas hasta la llegada del invierno. Unos surcos llenos de agua fangosa se abrían en abanico hacia los desiertos campos de tiro al blanco, las pistas de obstáculos y las zonas de práctica con municiones, cubiertas de orificios.

Hacia el sur, el mar plomizo se henchía, opacando los esfuerzos del sol por brillar. Hacia el norte distante, una línea gris marcaba la orilla de una tundra en una cadena de volcanes apagados.

Miles había tomado un curso breve para oficiales sobre maniobras invernales en la Escarpa Negra, un terreno montañoso internado en el segundo continente de Barrayar; allí había mucha nieve, sin duda, y también grandes peligros, pero el aire era seco, tonificante y estimulante. Incluso hoy, en pleno verano, la humedad del mar parecía escurrirse bajo sus abrigo para roerle los huesos. Miles encogió los hombros tratando de combatirla pero no obtuvo ningún movimiento.

—Y bien, dígame... eh..., alférez. ¿tiene usted alguna relación con ese Vorkosigan? Me llamó la atención cuando el otro día vi su nombre en las órdenes.

—Mi padre —dijo Miles brevemente.

—¡Buen Dios! —Ahn parpadeó y se enderezó, pero luego volvió a dejarse caer apoyado sobre los codos—. ¡Buen dios! —repitió. Se mordió el labio fascinado, y por unos momentos sus ojos brillaron en la oscuridad—. ¿Cómo es él realmente?

¡*Qué pregunta imposible!*, pensó Miles, exasperado. El conde almirante Aral Vorkosigan. El coloso de la historia de Barrayar en esta última mitad de siglo. El conquistador de Komarr, héroe de la terrible retirada de Escobar. Durante dieciséis años, hasta que el Emperador Gregor alcanzara la mayoría de edad, lord gobernador de Barrayar, y su hombre de confianza como primer ministro en los cuatro años que habían pasado desde entonces. Destructor de las pretensiones al trono por parte de Vordarian, artífice de la peculiar victoria obtenida en la tercera guerra cetagandana, firme superviviente de las sanguinarias luchas internas políticas de Barrayar durante las dos últimas décadas. Ese Vorkosigan.

Lo he visto reír alegremente en el muelle del Vorkosigan Surleau, gritando instrucciones, la mañana en que maniobré un velero por primera vez y logré enderezar la embarcación por mis propios medios. Lo he visto llorar hasta chorrearle la nariz, más borracho que ayer Ahn, la noche que supimos que el mayor Duvallier había sido ejecutado por espionaje. Lo he visto enrojecer de ira, tanto que temimos por su corazón, cuando llegaron los informes detallando las estupideces que condujeron a los últimos motines en Solstice. Lo he visto deambulando en ropa interior por la residencia Vorkosigan al amanecer, bostezando y despertando a mi madre para que lo ayudase a encontrar dos calcetines iguales. Él no se parece a nada, Ahn. Es el original.

—Se preocupa por Barrayar —dijo Miles al fin, cuando el silencio se tornó incómodo—. Es... es difícil de emular. —*Ah, y si, su único hijo es un mutante deforme. Eso también.*

—Lo imagino. —Ahn exhaló con expresión de simpatía, o tal vez se trataba de una náusea.

Miles decidió que podía tolerar la simpatía de Ahn. En ella no parecía haber rastro alguno de la maldita lástima condescendiente, ni tampoco de repugnancia, la cual era todavía más habitual.

Es porque soy su relevo, decidió Miles. Yo podría tener dos cabezas e igual estaría encantado de conocerme.

—¿Eso es lo que hace? ¿Seguir los pasos de su padre? —dijo Ahn con calma. Pero entonces miró a su alrededor con incertidumbre—. ¿Aquí?

—Soy un Vor —respondió Miles con impaciencia—. Presto servicio. O, en todo caso, eso intento. Dondequiera que me envíen. Ese fue el trato.

Ahn se encogió de hombros desconcertado, aunque Miles no alcanzó a advertir si era por él o por los caprichos del Servicio, que lo había enviado a la isla Kyril.

—Bueno. —Ahn se enderezó con un gruñido—. Por lo visto no tenemos ninguna advertencia de wah-wah.

—¿Ninguna advertencia de qué?

Ahn bostezó e introdujo varias cifras en el panel donde estaba representado el pronóstico meteorológico del día, hora por hora.

—Wah-wah. ¿Nadie le habló del wah-wah?

—No...

—Debieron haberlo hecho, antes que nada. Es terriblemente peligroso.

Miles se preguntó si Ahn estaría tratando de ponerlo nervioso. Las bromas pesadas podían convertirse en una forma de tortura lo bastante sutil como para penetrar cualquier defensa. El odio franco de una zurra sólo causaba dolor físico.

Ahn volvió a apoyarse contra la baranda para señalar.

—¿Ve todas esas cuerdas, extendidas de puerta a puerta entre los edificios? Están allí por si se presenta el wah-wah. Hay que aferrarse a ellas para evitar ser arrastrado. Si se suelta, no abra los brazos tratando de sujetarse a algo. He visto a muchos romperse las muñecas de esa forma. Debe colocarse en posición fetal y rodar.

—¿Que diablos es el wah-wah, señor?

—Un viento muy fuerte. Y repentino. He visto cómo en sólo siete minutos pasaba de calma chicha a ráfagas de ciento sesenta kilómetros por hora, mientras la temperatura bajaba de diez grados centígrados a veinte bajo cero. Puede durar desde diez minutos a dos días. Casi siempre sopla desde el noroeste, cuando las condiciones son las adecuadas. La remota estación de la costa nos envía el aviso con unos veinte minutos de anticipación. Hacemos sonar una sirena. Eso significa que nunca debe dejarse sorprender sin su equipo para el frío, ni tampoco a más de quince minutos de un refugio. Los hay por todas partes alrededor de los campos de prácticas. —Ahn agitó el brazo en aquella dirección. Se le veía muy serio, incluso grave—. Cuando escuche la sirena, corra lo más rápido que pueda hacia un refugio. Con su tamaño, si el viento lo arrastra hacia el mar, nunca volverán a encontrarlo.

—Está bien —dijo Miles, decidido a verificar todo aquello en los registros meteorológicos de la base en cuanto tuviera oportunidad. Estiró el cuello para mirar el panel de Ahn—. ¿De dónde sacó todos esos números que acaba de introducir?

Ahn miró su panel sorprendido.

—Bueno... son las cifras correctas.

—No estaba cuestionando su exactitud —dijo Miles con paciencia—. Quiero saber dónde las ha obtenido. Así podré hacerlo mañana. mientras usted todavía esté aquí para corregirme.

Ahn agitó la mano libre en un gesto de frustración.

—Bueno...

—Usted no las está inventando, ¿verdad? —preguntó Miles con desconfianza.

—¡No! —dijo Ahn—. No lo había pensado, pero... creo que es por la forma en que huele el día —Inhaló profundamente, a modo de demostración.

Miles frunció la nariz y olfateó el aire. Frío, sal marina, fango de la costa, humedad y moho. El calor de los circuitos en la colección de instrumentos que había a su lado. Pero por su nariz no llegaba ninguna información sobre la temperatura media, la presión barométrica y la humedad del momento, y mucho menos sobre las de las dieciocho horas siguientes. Miles señaló el instrumental meteorológico con el pulgar.

—¿Esta cosa tiene alguna especie de "medidor olfativo" que reproduzca lo que usted está haciendo?

Ahn pareció verdaderamente perplejo. Era como si su sistema interno, cualquiera que éste fuese, hubiera sido trastornado por una repentina toma de conciencia de su existencia.

—Lo siento, alférez Vorkosigan. Tenemos los pronósticos corrientes por ordenador, por supuesto, pero, a decir verdad, no los he utilizado en muchos años. No son lo bastante precisos.

Miles miró a Ahn y tuvo una terrible revelación. El hombre no mentía ni bromeaba ni estaba inventado todo aquello. Eran los quince años de experiencia los que, en forma subliminal, le permitían llevar a cabo mediciones tan sutiles. Una reserva de experiencia que Miles no podía reproducir.

Ni tampoco querría hacerlo, admitió para sí.

Más tarde, ese mismo día, mientras se decía a sí mismo que sólo se estaba familiarizando con los sistemas, Miles verificó todas las sorprendentes afirmaciones de Ahn en los archivos meteorológicos de la base. Ahn no había estado bromeando respecto al wah-wah. Y, peor aún, tampoco había estado bromeando sobre los pronósticos por ordenador. El sistema proporcionaba predicciones locales con un 86% de exactitud, descendiendo a un 73% cuando se trataba de un pronóstico con una semana de anticipación. Ahn y su nariz mágica alcanzaban una precisión del 96%, descendiendo a un 94% en el segundo caso.

Cuando Ahn se vaya, esta isla experimentará un descenso del 11 al 21% en la precisión de los pronósticos. Sin duda, lo notarán.

Evidentemente, oficial de Meteorología, Campamento Permafrost, era un puesto con mucha más responsabilidad de lo que Miles había supuesto. El clima allí podía ser mortífero.

¿Y este sujeto me dejará solo en esta isla, con seis mil hombres armados, diciéndome que salga a husmear por si viene el wah-wah?

En el quinto día, cuando Miles casi acababa de decidir que su primera impresión había sido demasiado dura, Ahn sufrió una recaída. Miles aguardó una hora a que el teniente y su nariz se presentasen en la oficina meteorológica para comenzar las tareas del día. Finalmente extrajo las mediciones rutinarias del ordenador secundario, las introdujo de todos modos, y salió de expedición.

Después de un rato encontró a Ahn todavía en su litera, en las barracas de oficiales, roncando empapado de sudor, oliendo a... ¿aguardiente de frutas? Miles se estremeció. Intentó despertarlo con sacudidas, pellizcos y gritos en su oído, pero no logró nada. Ahn sólo se acurrucó aún más entre las mantas y las emanaciones nocivas, gimiendo. Con pesar, Miles apartó las imágenes de violencia que se agolpaban en su mente y se dispuso a seguir adelante. De todos modos, muy pronto tendría que arreglárselas por sus cuenta.

Miles marchó cojeando hasta el centro de vehículos motorizados. El día anterior, Ahn lo había llevado a una patrulla de reparaciones de las cinco estaciones meteorológicas más cercanas a la base, todas las cuales operaban mediante sensores a distancia.

La sexta y más lejana estaba programada para ese día. Los desplazamientos por la isla Kyril se realizaban en un vehículo todo terreno llamado gato-veloz, el cual había resultado casi tan divertido de conducir como un trineo antigraavitatorio. Los gatos-veloces eran unas lágrimas tornasoladas adheridas al suelo que atravesaban la tundra, pero ofrecían la garantía de no ser arrastradas por los vientos wah-wah. Según le habían explicado a Miles, el personal de la base se había cansado de sacar trineos antigraavitatorios del mar helado.

El centro de vehículos motorizados era otro refugio semienterrado como casi todos los de la Base Lazkowski, sólo que más grande. Miles logró encontrar al cabo Olney, quien les había entregado un vehículo el día anterior. El técnico que lo asistía trajo el gato-veloz desde el depósito subterráneo hasta la entrada, y a Miles le resultó de un aspecto vagamente familiar. Alto, con traje de faena negro, cabello oscuro... aunque eso describía al ochenta por ciento de los hombres de la base. Cuando habló con su pronunciado acento, Miles lo reconoció al instante. Era uno de los que comentaba en voz baja en la pista el día de su llegada. Con un esfuerzo se obligó a no reaccionar.

Miles revisó la lista de suministro de que estaba provisto el vehículo antes de firmar por él, tal como Ahn le había enseñado. Todos los gatos-veloces debían contar con un equipo completo de supervivencia en el frío. Con cierto desprecio, el cabo Olney observó cómo Miles se movía torpemente mientras realizaba la inspección.

Está bien, soy lento, pensó Miles con irritación. Nuevo e inexperto. Ésta es la única forma de llegar a ser menos nuevo e inexperto. Paso a paso. Controló su timidez con un esfuerzo. Dolorosas experiencias le habían enseñado que la timidez era una actitud muy peligrosa. Concéntrate en la tarea, no en los malditos mirones. Siempre has tenido "público". Es probable que siempre vayas a tenerlo.

Miles desplegó el mapa sobre el capó del vehículo y señaló al cabo el itinerario que pensaba realizar. Según Ahn, esta información era un asunto de seguridad. Olney acusó recibo con un gruñido, mostrando una expresión de profundo aburrimiento, palpable pero no demasiado evidente como para que Miles se viera forzado a notarlo.

El técnico vestido de negro, Pattas, se asomó sobre el hombro enjuto de Miles, frunció los labios y habló.

—Oh, alférez, señor. —Nuevamente, el énfasis se acercó bastante a la ironía—. ¿Se dirige a la Estación Nueve?

—¿Sí?

—Para estar seguro tendría que estacionar su vehículo protegido del viento, eh... en esa hondonada, justo abajo de la estación. —Un dedo grueso señaló una zona marcada en azul sobre el mapa—. La verá al llegar. De ese modo no tendrá problemas cuando quiera volver a poner en marcha su gato-veloz.

—La potencia de esos motores es suficiente para el espacio —dijo Miles—. ¿Cómo podría tener problemas?

Los ojos de Olney se encendieron y, de pronto, se tornaron indiferentes.

—Sí, pero en caso de que se levante el wah-wah, usted no querrá que se lo lleve.

Me llevaría a mí antes que a nada.

—Pensé que estos vehículos eran lo bastante pesados como para no ser arrastrados.

—Bueno, tal vez no puedan ser *arrastrados*, pero se ha sabido de casos en que el viento los ha hecho volcar —murmuró Pattas.

—¡Oh! Bueno. Gracias.

El cabo Olney tosió. Miles se alejó con el vehículo mientras Pattas lo despedía alegremente agitando una mano.

La barbilla de Miles se contrajo en un antiguo tic nervioso. Inspiró profundamente para relajarse y abandonó la base para continuar a campo traviesa. Entonces aumentó la velocidad, atravesando la vegetación similar a un helechal oscuro. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Un año y medio, dos... tratando de demostrar su competencia ante cada hombre con quien se cruzaba en la Academia Imperial, cada vez que hacía alguna cosa? Tal vez se había relajado durante el tercer año, y ahora había perdido la práctica. ¿Sería de este modo cada vez que llegase a un nuevo puesto? Probablemente, reflexionó con amargura, y aceleró un poco más. Pero él sabía que esto era parte del juego cuando exigió su derecho a jugar.

El día era casi cálido, el sol casi brillante, y miles estaba casi animado para cuando llegó a la Estación Seis, sobre la costa este de la isla. Era un placer estar a solas un rato. Sólo él y su trabajo. Sin público. Tiempo para tomarse su tiempo y hacer las cosas bien. Miles trabajó alegremente revisando fuentes de alimentación, vaciando aparatos de muestreo, buscando señales de corrosión, averías o conexiones sueltas en el equipo. Y si dejaba caer una herramienta, no había nadie que hiciese comentarios sobre los espasmódicos mutantes. Con el relajamiento de la tensión, cometía menos torpezas, y el tic desapareció. Miles terminó, se estiró e inhaló el aire húmedo de buen humor, deleitándose con el desacostumbrado lujo de la soledad. Incluso se tomó algunos minutos para caminar por la playa y observar los detalles de los pequeños caracoles marinos arrastrados por las olas.

Uno de los aparatos de muestreo de la Estación Ocho estaba averiado, con un medidor de humedad destrozado. Para cuando lo hubo reemplazado comprendió que había sido muy optimista al calcular el tiempo que le demandaría su itinerario. El sol descendía hacia un crepúsculo verdoso cuando Miles abandonó la zona donde se combinaba la tundra con unos afloramientos rocosos cerca de la costa norte, casi había oscurecido.

Utilizando su haz de luz, Miles confirmó que la Estación Diez se encontraba arriba, en las montañas volcánicas entre los ventisqueros. Sería mejor no intentar una expedición en la oscuridad. Aguardaría las pocas horas que faltaban para el amanecer, e informó de sus cambios de planes a la base, distante ciento sesenta kilómetros al sur. El operador de turno no pareció terriblemente interesado. Mejor.

Sin observadores, Miles aprovechó la ocasión para probar todos esos fascinantes equipos acomodados en la parte trasera del gato-veloz. Era mucho mejor practicar ahora, cuando las condiciones eran buenas, que hacerlo luego en medio de una tempestad. Cuando estuvo montada, la pequeña burbuja protectora con capacidad para albergar a dos hombres fue casi como un palacio para Miles, considerando su tamaño y su soledad. Se suponía que en invierno debía ser aislada con nieve. Miles la situó a favor del viento, junto al vehículo, estacionado en el lugar que le habían recomendado: una depresión varios metros por debajo de la estación meteorológica, la cual estaba situada sobre un afloramiento rocoso.

Miles reflexionó sobre el peso relativo del refugio comparado con el del gato-veloz. En su mente todavía permanecía vivido un vídeo que Ahn le había enseñado sobre el wah-wah. El excusado portátil volando por el aire a más de cien kilómetros por hora le había causado particular impresión. Ahn no había sabido decirle si se encontraba ocupado por alguien en el momento en que se había hecho la filmación. Miles decidió tomar la precaución de atar el refugio al vehículo con una cadena corta. Satisfecho, se agachó y entró en la burbuja.

El equipo era de primer nivel. Descolgó un tubo calorífero y, sentado con las piernas cruzadas, se calentó bajo su resplandor. Los alimentos eran de la mejor calidad. Sobre la plancha extensible calentó una bandeja con varios compartimentos que contenían guisado, vegetales y arroz. Se preparó una buena cantidad de jugo de frutas con el polvo suministrado. Después de comer y guardar las sobras, se acomodó sobre el mullido cojín, insertó un disco-libro en su visor y se preparó para pasar al breve noche leyendo.

Había estado algo tenso en las últimas semanas. En los últimos años. El disco-libro, una novela que la condesa le había recomendado, no tenía nada que ver con las maniobras militares de Barrayar, con las mutaciones, con la política ni con el clima. Miles ni siquiera supo en qué momento se quedó dormido.

Miles despertó sobresaltado, parpadeando bajo la tenue luz cobriza del tubo calorífero. Sentía que había dormido mucho tiempo y, sin embargo, las paredes transparentes de la burbuja se veían oscuras. Un miedo irracional le obstruyó la garganta. Maldición, no importaba que se hubiese quedado dormido, no llegaría tarde para ningún examen. Observó el cronómetro que brillaba en su muñeca.

Ya debía haber aclarado por completo.

Las paredes flexibles del refugio estaban hundidas hacia dentro. No quedaba ni un tercio del espacio original, y el suelo estaba arrugado. Miles empujó el plástico delgado y frío con un dedo. El material cedió lentamente, como mantequilla blanda, y retuvo la marca de su dedo. *¿Que diablos...?*

Sentía un fuerte latido en la cabeza y tenía la garganta obstruida; el aire era sofocante y húmedo. Era como... como una reducción de oxígeno y un exceso de CO₂ en una emergencia espacial. *¿Allí?* El vértigo de su desorientación pareció ladear el suelo.

El suelo *estaba* ladeado, comprendió con indignación, profundamente torcido hacia abajo, oprimiendo una de sus piernas. Miles se soltó con un movimiento brusco. Luchando contra el pánico inducido por el CO₂, se tendió de espaldas y trató de respirar más despacio y pensar más rápido.

Estoy bajo tierra. Hundido en alguna clase de arena movediza. De lodo movedizo. *¿Esos malditos canallas del centro de vehículos motorizados se lo habrían hecho a propósito? Y él había caído directamente en la trampa.*

Un pantano lento, tal vez. No habías notado que el vehículo se hundiera en el tiempo que le había llevado levantar el refugio. De otro modo, se hubiese percatado de la trampa. Claro que estaba oscuro en ese momento. Pero si se había estado hundiendo durante horas, mientras dormía...

Cálmate, se dijo con desesperación. Posiblemente la superficie de la tundra, el aire libre, se encontraba a no más de diez centímetros sobre su cabeza. O diez metros... *¡Cálmate!* Tanteó por el refugio buscando algo que pudiese utilizar como sonda. Había visto un tubo largo y telescópico con punta de cuchillo que se empleaba para recoger muestras de hielo glaciar. Estaba en el vehículo. Junto al intercomunicador. Y, según el ángulo del suelo, el gato-veloz se encontraba un par de metros por debajo y al oeste de su situación actual. Era el vehículo el que lo estaba arrastrando. La burbuja sola bien podía haber flotado en ese pantano camuflado de la tundra. Si lograba soltar la cadena, *¿se elevaría?* No lo bastante rápido. Sentía el pecho cargado de algodón. Si no respiraba pronto aire puro, se asfixiaría. Ese refugio se transformaría en su sepulcro. *¿Sus padres estarían allí mirando cuando finalmente fuese encontrado, cuando desenterrasen el vehículo y la burbuja de la ciénaga? Su cuerpo estaría paralizado con un rictus en la boca, dentro de esa odiosa parodia de un saco amniótico... Cálmate.*

Miles se levantó y empujó el pesado techo con las manos. Sus pies se hundieron en el suelo blando, pero pudo soltar una de las costillas internas de la burbuja, ahora doblada en una forzada curva. Miles estuvo a punto de desmayarse por el esfuerzo. Cada vez le resultaba más difícil respirar. Entonces encontró la parte superior de la puerta del refugio

y la abrió apenas unos centímetros tirando de la arandela. lo suficiente para que pasase la vara. Había temido que el lodo negro entrase a borbotones, ahogándolo de inmediato, pero éste solo se derramó en grandes burbujas que caían pesadamente. La comparación era obvia y repulsiva.

Dios, pensar que yo había creído estar sumergido en mierda antes de esto.

Miles empujó la varilla hacia arriba. Ésta se resistió, deslizándose entre sus palmas húmedas. No eran diez centímetros. Ni veinte. Un metro, un metro treinta, y la vara comenzaba a quedarle corta. Miles se detuvo, la sujetó de más abajo y volvió a intentarlo. ¿La resistencia era menor? ¿Había llegado a la superficie?

Tal vez había un poco menos que su propia altura entre el techo del refugio y el aire libre. La posibilidad de respirar. ¿Cuánto tardaría en recorrer esa distancia? ¿Cuánto tardaba en cerrarse un agujero de lodo? Su visión se oscurecía, y no era por la falta de luz. miles apagó el tubo calorífero y lo guardó en el bolsillo delantero de su chaqueta. la profunda oscuridad lo llenó de pavor. O tal vez era el CO₂. Ahora o nunca.

En un impulso, se inclinó para desabrocharse las botas y el cinturón, y entonces dio un tirón a la arandela abriendo la puerta. Comenzó a cavar como un perro, llenando la burbuja con grandes globos de fango. Se escurrió por la abertura, reunió fuerzas, inspiró por última vez y se impulsó hacia arriba.

Cuando alcanzó la superficie, el pecho le latía con fuerza y sus ojos lo veían todo borroso y rojizo. ¡Aire! Escupió cieno negro con trocitos de helecho y parpadeó, tratando infructuosamente de aclararse los ojos y la nariz. Con dificultad levantó primero una mano y luego la otra con la intención de colocarse en posición horizontal, como una rana. El frío lo envolvía. Podía sentir el lodo que se cerraba alrededor de sus piernas y lo entumecía como el abrazo de una hechicera. Sus pies presionaron con fuerza sobre el techo del refugio. Éste se hundió y Miles se elevó un centímetro. Ya no lograría subir más de ese modo. Ahora tendría que arrastrarse. Sus manos se cerraron sobre un helecho, pero éste cedía y le permitía avanzar muy poco. El aire frío cortaba en su garganta como una bendición. El abrazo de la hechicera se hizo más apretado. Miles sacudió las piernas en vano una última vez. Muy bien. Ahora... ¡arriba!

Sus piernas se deslizaron de las botas y los pantalones, sus caderas quedaron en libertad y Miles rodó sobre el fango. Entonces permaneció tendido sobre la traicionera superficie, mirando el cielo gris y turbulento. La chaqueta de su uniforme y su ropa interior larga estaban empapadas en lodo, y había perdido un calcetín térmico junto con las botas y los pantalones. Estaba cayendo aguanieve.

Lo encontraron horas más tarde, acurrucado sobre el debilitado tubo calorífero, metido en un compartimento para equipos dentro de la estación meteorológica automatizada. tenía los ojos hundidos en el rostro ennegrecido, y tanto sus pies como sus orejas estaban blancos. Sus ateridos dedos violáceos tironeaban de dos cables, en un movimiento constante e hipnótico, la clave de emergencias del Servicio. La clave que sería leída en las descargas de estática del barómetro en la oficina meteorológica de la base. Suponiendo que alguien se molestase en observar las repentinas anomalías en las transmisiones de aquella estación, o que notase el ritmo pausado de aquel sonido.

Sus manos continuaron moviéndose con el mismo ritmo durante minutos después de que lo hubieron sacado de su pequeño cajón. Cuando trataron de enderezar su cuerpo, el hielo se desprendió de la espalda de su chaqueta. Durante un largo rato no lograron sacarle palabra, sólo un susurro tembloroso. Lo único que ardía eran sus ojos.

Flotando en el tanque calórico en la enfermería de la base, Miles consideró desde varios ángulos la crucifixión de los dos saboteadores del centro de vehículos motorizados. Una era hacerlo cabeza abajo. Colgados a poca altura sobre el mar desde un trineo antigravitatorio. Mejor aún, empalados boca arriba en un pantano en medio de una ventisca... Pero para cuando su cuerpo estuvo caliente y el enfermero lo hubo sacado del tanque para secarlo, examinarlo nuevamente y alimentarlo de manera apropiada, su cabeza se había enfriado.

No había sido un intento de asesinato. Y, por lo tanto, no estaba obligado a informar del asunto a Simón Illyan, el temido Jefe de Seguridad Imperial y la mano derecha de su padre. La idea de que los siniestros oficiales de Seguridad Imperial viniesen para llevarse a esos dos bufones era adorable, pero resultaba tan poco práctica como matar ratones con un cañón. Y, de todos modos, ¿a qué sitio peor que ése podía enviarlos Seguridad Imperial?

Sin duda su intención había sido que el gato-veloz se hundiese un poco mientras él efectuaba las reparaciones en la estación, haciéndole pasar por el embarazoso trance de llamar a la base pidiendo maquinaria pesada para sacarlo de allí. Embarazoso, no mortal. Ni ellos ni nadie podían haber previsto su inspirada precaución de atar el refugio al vehículo con una cadena, que en el análisis final había sido lo que había estado a punto de matarlo. A lo sumo era un asunto para Seguridad del Servicio, o de disciplina corriente.

Miles descolgó los pies por el costado de la cama, la única ocupada de toda la enfermería, y dio vueltas a la comida que quedaba en su bandeja. El enfermero entró y observó las sobras.

—¿Ya se siente bien, señor?

—Sí —dijo Miles de mal humor.

—Eh... no ha terminado su comida.

—No suelo hacerlo. Siempre me dan demasiada.

—Sí, supongo que se sentirá bastante... —El enfermero anotó algo en su visor y se acercó para inspeccionar las orejas de Miles. Luego revisó sus pies, observando dedo por dedo—. Parece que no perderemos ninguna pieza aquí. Por suerte.

—¿Trata con frecuencia casos de congelación? —¿O soy el único idiota? Las evidencias presentes parecían sugerirlo.

—Oh, cuando lleguen los soldados, este lugar estará atestado. Congelaciones, neumonías, huesos rotos, contusiones, concusiones... Se vuelve muy bullicioso durante el invierno. Se llena de infortunados soldados de pared a pared. Y también de algunos desafortunados oficiales que arrastran consigo. —El enfermero se levantó e introdujo algunos datos más en su ordenador—. Temo que ahora tendré que darle el alta, señor.

—¿Teme? —Miles alzó las cejas con expresión interrogante. El enfermero enderezó la espalda adoptando el gesto inconsciente de alguien que debe transmitir una mala noticia. Esa vieja expresión de «Me dijeron que le dijese esto, yo sólo cumplo órdenes».

—Se le ha ordenado presentarse en la oficina del comandante en cuanto yo le dé el alta, señor.

Miles consideró la posibilidad de sufrir una recaída inmediata. No. Sería mejor terminar lo antes posible con esto.

—Dígame, enfermero, ¿alguna vez alguien ha hundido un gato-veloz?

—Desde luego. Los soldados bisoños suelen perder cinco o seis por temporada. Sin contar los empantanamientos menores. Los ingenieros se fastidian mucho con ello. El comandante les prometió que la próxima vez él... ¡Ejem! —El enfermero se detuvo.

Fantástico, pensó Miles. Realmente fantástico. Ya podía imaginar lo que le esperaba.

Miles regresó rápidamente a sus habitaciones para cambiarse de ropa. La bata del hospital no era lo más adecuado para la entrevista que tenía por delante. De inmediato se encontró con un pequeño problema. Su traje de fajina parecía demasiado informal, pero el

uniforme de etiqueta estaba fuera de lugar en cualquier parte que no fuese el cuartel general imperial de Vorbarr Sultana. Los pantalones verdes y las botas de media caña seguían en el fondo del pantano. Sólo había traído un uniforme de cada clase consigo; el resto de su ropa todavía no había llegado.

Para él no era posible pedirle prestado algo a un vecino. Sus uniformes estaban hechos discretamente a medida y costaban casi cuatro veces más que los estándar. Parte de ese coste era por el esfuerzo de confeccionarlos con un aspecto indistinguible por fuera, y a la vez logrando que disimulasen las imperfecciones de su cuerpo mediante sutiles costuras hechas a mano. Miles murmuró una maldición y se puso su traje de etiqueta completo, con las lustrosas botas hasta las rodillas. Al menos estas últimas evitaban los bragueros en sus piernas.

«General Stanis Metzov», rezaba el cartel sobre la puerta, «Comandante de la Base». Desde su primer encuentro desafortunado, Miles se había ocupado asiduamente de evitar al comandante. Esto no resultaba algo difícil de lograr en compañía de Ahn, a pesar de la reducida población en la isla Kyril durante ese mes; Ahn evitaba a todo el mundo. Ahora Miles lamentó no haber conversado más con los otros oficiales. Permanecer aislado, incluso para concentrarse en sus nuevas tareas, había sido un error. En cinco días, sin duda alguien le hubiese mencionado los voraces pantanos asesinos de la isla.

Un cabo que manejaba el tablero de mando en una antesala lo hizo pasar a la oficina. Ahora debía esforzarse por encontrar el lado bueno de Metzov, suponiendo que el general lo tuviese. Miles necesitaba aliados. El general Metzov lo miró desde su escritorio sin sonreír, mientras él saludaba y aguardaba.

Hoy el general estaba agresivamente vestido con un traje de fajina negro. A la altura de Metzov en la jerarquía, este estilo de ropa solía indicar una deliberada identificación con El Combatiente. La única concesión hecha a su grado era la pulcritud absoluta de la prenda. Sólo llevaba tres de sus condecoraciones, todas ganadas en combate. Su seudomodestia lo había llevado a podar el resto del follaje. Mentalmente, Miles aplaudió e incluso envidió el efecto. De forma inconsciente y natural, Metzov tenía todos los requisitos del jefe de combate.

Estaban al cincuenta por ciento las probabilidades con el uniforme, y yo tenía que equivocarme, pensó Miles irritado mientras los ojos de Metzov lo recorrían con sarcasmo, de arriba abajo, observando el brillo contenido de su uniforme de etiqueta. Muy bien, señalaban las cejas de Metzov, ese Miles tenía todo el aspecto de uno de esos estúpidos Vor acostumbrados al cuartel general. Aunque no era nada raro encontrarse con uno de los de su tipo. Miles decidió interrumpir la crítica y abrir el fuego.

—¿Sí, señor...?

Metzov se apoyó contra el respaldo del sillón, y sus labios se curvaron.

—Veo que ha encontrado unos pantalones, alférez Vorkosigan. Y también, eh.- unas botas de montar. No sé si sabe que no hay caballos en esta isla.

Ni tampoco en el cuartel general imperial, pensó Miles con irritación. *Yo no diseñé estas malditas botas*. Una vez su padre había sugerido que sus oficiales de estado mayor las necesitaban para montar caballos de batalla. Incapaz de pensar en una respuesta ingeniosa para la humorada del general. Miles permaneció en un decoroso silencio, con el mentón levantado y en posición de firmes.

—Señor.

Metzov se inclinó hacia delante, uniendo las manos, y sus ojos volvieron a tornarse duros.

—Ha perdido un valioso gato-veloz, con todo su equipo, por haberlo dejado estacionado en un área claramente marcada como Zona de Inversión de Permafrost. ¿Ya no enseñan a leer los mapas en la Academia Imperial? ¿Sólo se aprenden cuestiones de diplomacia... a beber el té con las damas?

Miles reprodujo el mapa en su mente. Podía verlo con claridad.

—Las áreas azules estaban marcadas ZIP. Esas siglas no estaban definidas. Ni en la clave ni en ninguna otra parte.

—Entonces deduzco que tampoco leyó su manual.

Había estado sumergido en manuales desde su llegada. Funciones del meteorólogo, equipos técnicos especiales...

—¿Cuál de ellos, señor?

—Reglamentos de la Base Lazkowski. Miles trató desesperadamente de recordar si alguna vez había, visto un disco semejante.

—Es... es posible que el teniente Ahn me haya dado una copia. Anteanoche. —La verdad era que Ahn había arrojado toda una caja de discos sobre su cama, en la barraca de oficiales. Había comenzado a empaquetar sus cosas, le dijo, y quería que Miles se quedase con su biblioteca. Esa noche Miles había leído dos de los discos antes de dormirse y, por lo visto, Ahn había regresado a su propio compartimento para comenzar a celebrar su marcha. A la mañana siguiente, Miles había partido con el gato-veloz...

—¿Y aún no lo ha leído?

—No señor.

—¿Por qué?

Me tendieron una trampa, gimió la mente de Miles. Podía sentir la atenta presencia del secretario de Metzov, quien permanecía a sus espaldas junto a la puerta, conviniendo la reprimenda en algo público. Y si él hubiese leído el maldito manual, ¿esos dos canallas del centro de vehículos hubieran logrado engañarlo de todos modos? Ya no tenía importancia, sería castigado por esto.

—No tengo excusa, señor.

—Bien, alférez, en el capítulo tres de los Reglamentos de la Base Lazkowski encontrará una descripción completa de todas las zonas Permafrost, junto con las normas para evitarlas. Es posible que quiera leerlos, cuando no esté muy ocupado... tomando el té.

—Sí, señor. —El rostro de Miles parecía vitrificado. El general tenía derecho a desollarlo con un cuchillo vibratorio..., pero en privado. El uniforme confería a Miles autoridad, pero ésta apenas si alcanzaba para compensar las deformidades que lo convertían en blanco de los arraigados prejuicios genéticos de Barrayar. Una humillación pública que rebajaba esa autoridad a quienes también debía mandar, se acercaba mucho a un acto de sabotaje. ¿Deliberado o inconsciente?

El general apenas comenzaba a tomar bríos.

—Es posible que el Servicio todavía proporcione alojamiento a los señoritos Vor en el Cuartel General, pero aquí, en el mundo real, donde existen cosas por las cuales luchar, no necesitamos zánganos. Yo he peleado mucho para alcanzar el grado que tengo. Yo vi las víctimas en el alzamiento de Vordarian antes de que usted naciera...

Yo fui una víctima en el alzamiento de Vordarian antes de nacer, pensó Miles, cada vez más irritado. El gas de soltoxina que casi había matado a su madre embarazada y convertido a Miles en lo que era había sido un veneno puramente militar.

—... y combatí en la revuelta de Komarr. Vosotros, los chiquillos criados en la última década, no tenéis noción de lo que es el combate. Estos largos períodos de paz debilitan el Servicio. Si continúan mucho tiempo más, cuando llegue una crisis no habrá nadie con verdadero adiestramiento en combate.

La presión interna hizo que los ojos de Miles se torcieran un poco.

¿Entonces, Su Majestad Imperial debería suministrar una guerra cada cinco años, para apoyar las carreras de sus oficiales? Su mente vaciló un poco sobre el concepto de verdadero adiestramiento. ¿Sería un primer indicio sobre el motivo por el cual este oficial de aspecto soberbio había ido a parar a la isla Kyril?

Metzov continuaba explayándose, estimulado por sus propias palabras-

—En una verdadera situación de combate, el equipo de un soldado resulta vital. Puede significar la diferencia entre la victoria y la derrota. Un hombre que pierde su equipo pierde su eficacia como soldado. En una guerra tecnológica, un hombre desarmado es tan inútil como una mujer. ¡Y usted se ha dejado desarmar!

Miles se preguntó con acidez si, por lo tanto, el general consideraría que en una guerra tecnológica una mujer armada podía ser tan útil como un hombre... No, probablemente no. No tratándose de un barrayerano de su generación.

La voz de Metzov volvió a descender, pasando de la filosofía militar a lo práctico e inmediato. Miles se sintió aliviado.

—El castigo acostumbrado para un hombre que pierde su vehículo en un pantano es sacarlo de allí por sus propios medios. A mano. Tengo entendido que eso no será factible, ya que la profundidad a la que se hundió el suyo ha marcado un nuevo récord en el campamento. No obstante, se presentará a las catorce horas ante el teniente Bonn, de Ingeniería, para asistirlo según él lo disponga.

Bueno, eso era justo, sin duda. Y probablemente también resultase educativo. Miles rezó para que aquella entrevista estuviese llegando a su fin.

¿Ya me puedo retirar? Pero el general guardó silencio y adoptó una expresión pensativa.

—Por los daños que ha causado en la estación meteorológica... —comenzó Metzov lentamente; pero entonces enderezó la espalda con firmeza. Miles casi hubiese podido jurar que sus ojos se iluminaron con un ligero resplandor rojizo, y que sus labios se curvaron en una sonrisa—. Usted supervisará las tareas de limpieza durante una semana. Cuatro horas diarias. Eso además de sus otras obligaciones. Preséntese ante el sargento Neuve de Mantenimiento todos los días a las cinco de la mañana.

El cabo que se hallaba junto a la puerta emitió una leve exclamación. Miles no supo cómo interpretarla. ¿Risa? ¿Horror?

Pero... *¡era injusto!* Perdería una parte significativa del precioso tiempo que le quedaba para asimilar las enseñanzas de Ahn...

—¡El daño que he causado en la estación meteorológica no se debió a un estúpido accidente como el ocurrido con el vehículo, señor! Era necesario para mi supervivencia.

El general Metzov le dirigió una mirada muy fría.

—Que sean seis horas diarias, alférez Vorkosigan. Miles habló con los dientes apretados, y las palabras salieron como pinzas.

—¿Hubiese preferido la entrevista que estaría manteniendo en este mismo momento si yo me hubiese dejado morir de frío, señor?

El silencio cayó sobre ellos y se hinchó como un animal muerto en la ruta bajo el sol del verano.

—Puede retirarse, alférez —dijo el general Metzov al fin. Sus ojos eran dos hendiduras brillantes.

Miles saludó, dio media vuelta y se marchó, rígido como un fusil antiguo. O como una tabla. O como un cadáver. La sangre latía en sus ojos, y tenía el mentón levantado. Pasó junto al cabo, quien se hallaba en posición de firmes, logrando una buena imitación de una estatua de cera. Traspuso la puerta, atravesó la antesala y, al fin, se encontró a solas en el corredor del edificio administrativo.

Miles se maldijo en silencio, y luego lo hizo en voz alta. Realmente debía tratar de cultivar una actitud más normal hacia sus oficiales superiores. La raíz del problema estaba en la forma en que había sido educado. Demasiados años de andar entre generales, almirantes y otros oficiales de alto rango en la residencia Vorkosigan, en el almuerzo, durante la cena y a todas horas. Demasiado tiempo sentado en silencio como un ratón, cultivando la invisibilidad, teniendo ocasión de escuchar sus enardecidas discusiones y debates sobre cientos de temas. Los veía tal como se veían entre ellos, quizá. Cuando un

alférez normal miraba a su comandante, debía ver a un ser divino, no a un... a un futuro subordinado. Se suponía que un nuevo alférez pertenecía a una especie infrahumana de todos modos.

Y, sin embargo... *¿qué ocurría con ese sujeto, Metzov?* Ya había conocido a otros de su calaña. Muchos eran soldados joviales y eficaces, siempre y cuando no se metieran en política. Como partido, los militares conservadores habían quedado eclipsados desde la desastrosa invasión a Escobar, cuando la camarilla de oficiales que la había planeado sufriera una sangrienta derrota. Pero Miles sabía que en la mente de su padre no había desaparecido la amenaza de una revolución de extrema derecha, de una facción decidida a salvar al emperador de su propio gobierno.

Por lo tanto, ¿era algún sutil olorcillo político el que había hecho erizar el vello en la nuca de Miles? Difícilmente. Un hombre con verdadera sutileza política hubiese tratado de utilizarlo, no de mal tratarlo -

¿O sólo estas furioso porque te endilgó la humillante tarea de supervisar la recolección de desperdicios? No era necesario ser un extremista para hallar cierto placer sádico en imponérselo a un representante de la clase Vor. ¿Sería que el mismo Metzov habría sido maltratado por un arrogante miembro de la familia alguna vez? Políticas, sociales, genéticas... las posibilidades eran infinitas.

Miles se sacudió la electricidad estática de la cabeza y fue a ponerse su traje de fajina para dirigirse a Ingeniería de la Base. Ya no había nada que hacer, estaba más enterrado que su gato-veloz. Simplemente tendría que evitar a Metzov todo lo posible durante los siguientes seis meses. Si Ahn era capaz de hacer las cosas tan bien, sin duda él también podría.

El teniente Bonn se preparaba para sondear en busca del gato-veloz. Se trataba de un hombre delgado, de unos veintiocho o treinta años, con un rostro frágil recubierto por una piel amarillenta y picada de viruela, enrojecida por el clima. Ojos oscuros y calculadores, manos de aspecto competente y un aire sarcástico que, según le pareció a Miles, podía ser permanente y no estar dirigido sólo a él. Bonn y Miles chapotearon por el pantano mientras dos técnicos vestidos con overoles aislantes negros permanecían sentados sobre su pesado aerodeslizador, estacionado en tierra firme sobre unas rocas cercanas. El sol era débil, y el viento incesante era frío y húmedo.

—Pruebe por aquí, señor —sugirió Miles mientras señalaba, tratando de calcular ángulos y distancias en un sitio que sólo había visto en la oscuridad—. Creo que tendrá que bajar al menos dos metros.

El teniente Bonn le dirigió una mirada lúgubre, colocó su larga sonda metálica perpendicular al suelo y la hundió en el pantano. El instrumento se atascó casi de inmediato. Miles frunció el ceño confundido. El gato-veloz no podía haberse elevado...

Con expresión aburrida, Bonn apoyó su peso en la vara y la hizo girar. Esta comenzó a descender lentamente.

—¿Con qué ha topado? —preguntó Miles.

—Hielo —gruñó Bonn—. De unos tres centímetros de espesor. Hay una capa de hielo bajo el lodo. Es igual que un lago congelado, sólo que en lugar de agua hay fango.

Miles pisó fuerte para comprobarlo. Mojado, pero sólido. Parecido a como estaba cuando decidió acampar allí.

Mientras lo observaba, Bonn agregó:

—El grosor del hielo varía con el clima. Puede ser de unos pocos centímetros o llegar hasta el fondo. En pleno invierno puede estacionarse una nave de carga sobre este pantano. Al llegar el verano, se debilita. Por más sólido que parezca, puede convertirse en líquido en cuestión de unas pocas horas, cuando sube la temperatura, y luego volver a endurecerse.

—Creo... creo haber descubierto eso.

—Apóyese —le ordenó Bonn lacónicamente, y Miles sujetó la vara para ayudarlo a cavar- Pudo sentir el crujido cuando atravesaron la capa de hielo. Si la noche en que se había hundido la temperatura hubiese bajado un poco más, y el lodo se hubiese congelado, ¿habría sido capaz de romper el sello de hielo? Miles se estremeció y alzó la cremallera de su chaqueta hasta la mitad.

—¿Tiene frío? —dijo Bonn.

—Pensaba.

—Bien. Conviértalo en un hábito. —Bonn accionó un control, y la vara sónica emitió su señal a una frecuencia que hacía rechinar los dientes. El visor mostró una silueta brillante con forma de lágrima a unos pocos metros—. Allí está. —Bonn observó las cifras en el visor—. Se encuentra bien abajo, ¿verdad? Le dejaría desenterrarlo con una cucharita de té, alférez, pero supongo que llegaría el invierno antes de que terminase. —Bonn suspiró y observó a Miles como imaginando la escena.

Miles también podía imaginarla.

—Sí, señor —asintió con cautela.

Juntos extrajeron la sonda. El lodo negro se escurrió dentro de sus guantes. Bonn marcó el punto exacto y llamó a sus técnicos agitando una mano.

—¡Aquí, muchachos! —Ellos bajaron el aerodeslizador y avanzaron por el pantano. Bonn y Miles se apartaron de su camino y se dirigieron hacia las rocas donde estaba la estación meteorológica.

El aerodeslizador se elevó en el aire y se situó sobre el pantano. Su haz de tracción, diseñado para trabajos pesados en el espacio, horadó el suelo. Con un rugido, el lodo, la materia vegetal y el hielo saltaron por los aires en todas direcciones. En cuestión de minutos, el haz había creado un enorme cráter con una perla brillante en el fondo. De inmediato las paredes del cráter comenzaron a cerrarse, pero el operador de la máquina afinó el haz e invirtió su dirección, con lo cual el gato-veloz fue succionado hacia arriba hasta abandonar su útero. El refugio desinflado colgaba de forma repulsiva de su cadena. El aerodeslizador depositó su carga con sumo cuidado sobre las rocas y luego aterrizó a su lado.

Bonn y Miles se acercaron para observar los despojos cubiertos de lodo.

—Usted no se encontraba en ese refugio, ¿verdad alférez? —dijo Bonn, tocando la burbuja desinflada con el pie.

—Sí, señor. Esperaba que amaneciera. Yo... me quedé dormido.

—Pero saltó antes de que se hundiera.

—Pues... no. Cuando desperté ya estaba bien abajo, Las cejas torcidas de Bonn se alzaron.

—¿Cuánto?

Miles se llevó una mano al mentón.

Bonn pareció sorprendido.

—¿Cómo logró salir con la succión?

—Con dificultad. Y adrenalina, supongo. Se me salieron las botas y los pantalones. Lo cual me recuerda que quisiera tomarme unos minutos para buscar mis botas, ¿Me lo permite, señor?

Bonn agitó una mano y Miles regresó al pantano, rodeando el círculo de lodo vomitado por el haz de tracción, pero sin acercarse al cráter, que se llenaba rápidamente. Encontró una de sus botas recubiertas de fango, pero no pudo hallar la otra. ¿Debía guardarla por si alguna vez llegaban a amputarle una pierna? Aunque, en ese caso, probablemente se trataría de la otra. Miles suspiró y volvió a trepar hasta donde estaba Bonn.

El teniente observó la bota estropeada con el ceno fruncido.

—Pudo haber muerto —dijo, como si acabase de comprenderlo.

—En tres ocasiones. Asfixiado en el refugio, atrapado en el pantano o congelado mientras aguardaba que me rescatasen. Bonn le dirigió una mirada penetrante.

—Ya lo creo. —Se alejó del refugio desinflado y miró a su alrededor, como observando el panorama. Miles le siguió. Cuando estuvieron lejos de los técnicos, Bonn se detuvo y escudriñó el pantano—. He escuchado, de manera extraoficial —comenzó—, que cierto técnico llamado Pattas se jactaba frente a uno de sus compañeros diciendo que él lo había hecho caer en esto. Y que usted era tan estúpido que ni siquiera sabía que había sido una trampa. Esa fanfarronada podía haber sido... bastante poco brillante si usted hubiese muerto.

—Si hubiese muerto, no habría importado si se jactaba o no. —Miles se encogió de hombros—. Si a una investigación del Servicio se le pasaba por alto, puedo garantizarle que una de Seguridad Imperial lo hubiese descubierto.

—¿Sabía que se trató de una trampa? —Bonn estudió el horizonte—

—Sí.

—Entonces me sorprende que no haya acudido a Seguridad Imperial.

—¿Sí? Píenselo un poco, señor.

La mirada de Bonn regresó a Miles, como haciendo un inventario de sus desagradables deformidades.

—Para mí lo suyo no tiene sentido, Vorkosigan. ¿Por qué lo admitieron en el Servicio?

—¿Por qué cree que fue?

—Por privilegio de ser un Vor.

—Acertó a la primera.

—¿Entonces por qué se encuentra aquí? Los privilegiados Vor van al Cuartel General.

—Vorbarr Sultana es hermoso en esta época del año —dijo Miles, ¿Y cómo lo estaría pasando su primo Iván en ese momento?—. Pero yo quiero embarcarme.

—¿Y no pudo arreglarlo? —dijo Bonn con escepticismo.

—Se me dijo que debía ganármelo. Por eso me encuentro aquí. Para demostrar que soy apto para el Servicio. O... que no. Solicitar una manada de lobos de Seguridad Imperial a una semana de mi llegada, para que registren la base de arriba abajo buscando conspiradores en un asesinato... cuando, según creo, no los ha habido... no me ayudara a alcanzar mi objetivo. No importa lo entretenido que pueda resultar.

Presentar cargos confusos con su palabra frente a la de ellos dos... Aunque Miles hubiese presionado para lograr una investigación formal, a la larga el alboroto le hubiese perjudicado más que a sus dos atormentadores.

No. Ninguna venganza valía más que el *Prince Serg*.

—El centro de vehículos motorizados se encuentra en la cadena de mando de ingeniería. Si Seguridad Imperial cayera sobre él, también caerían sobre mí.

—Los ojos de Bonn brillaron.

—Usted tiene derecho a caer sobre quien le plazca, señor. Pero si tiene formas extraoficiales de recibir información, deduzco que también debe tenerlas para transmitirla. Después de todo, sólo cuenta con mi palabra sobre lo que ocurrió. —Miles alzó su bota estropeada y volvió a arrojarla al pantano.

Con expresión pensativa, Bonn la observó surcar el aire y hundirse en las aguas densas y oscuras.

—¿La palabra de un señor de los Vor?

—No significa nada, en estos tiempos de degradación. —Miles descubrió los dientes en una especie de sonrisa—. Pregúntele a cualquiera.

—Hmm... —Bonn sacudió la cabeza y comenzó a caminar hacia el aerodeslizador.

A la mañana siguiente. Miles acudió al cobertizo de mantenimiento para cumplir con la segunda parte de su misión de rescate de gato-veloz, limpiando todo el lodo de los equipos. El sol estaba brillante, y Miles sabía que había salido hacía cuatro horas, pero sólo eran las cinco de la mañana. Después de una hora de trabajo comenzó a sentirse entusiasmado y a entrar en calor.

A las seis y media llegó el inexpresivo teniente Bonn y le proporcionó dos ayudantes.

—Hola, cabo Olney, técnico Pattas. Volvemos a encontrarnos. —Miles sonrió con ironía. Los dos hombres intercambiaron una mirada de inquietud. Miles mantuvo su actitud completamente serena.

Luego hizo que todos, incluyendo él mismo, trabajaran enérgicamente. De forma automática la conversación se limitó a breves cuestiones técnicas. Para cuando Miles tuvo que suspender el trabajo e ir a presentarse ante el teniente Ahn, tanto el gato-veloz como la mayoría del equipo se encontraban en mejores condiciones que cuando él los recibiera.

Miles deseó un buen día a sus dos ayudantes, quienes para entonces estaban casi crispados por la incertidumbre. Bueno, si todavía no lo habían comprendido, eran casos perdidos. Miles se preguntó amargamente por qué parecía tener mucha más suerte estableciendo afinidad con hombres brillantes como Bonn, Cecíl había tenido razón. Sí no aprendía a mandar a los inferiores, jamás llegaría a ser un oficial del Servicio. No lo sería en el Campamento Permafrost, de todos modos.

A la mañana siguiente, el tercero de sus siete días de castigo, Miles se presentó ante el sargento Neuve. Este le entregó un gato-veloz con todo su equipo, un disco con los manuales que explicaban su funcionamiento y un programa para la limpieza de drenajes y alcantarillas en la Base Lazkowski. Evidentemente, ésta sería otra experiencia instructiva. Miles se preguntó si el general Metzov habría escogido esta tarea personalmente. Se inclinaba a pensar que sí.

La buena noticia era que volvía a contar con sus dos ayudantes. Era evidente que ni Olney ni Pattas se habían ocupado antes de aquella faena y, por lo tanto, no podían mostrar ninguna superioridad ante Miles. Tuvieron que empezar por leer los manuales al igual que él. Miles estudió los procedimientos y dirigió las operaciones con una jovialidad que rayaba en lo maníaco, mientras sus ayudantes se volvían más y más sombríos.

Después de todo, había cierta fascinación en la tarea de limpiar los drenajes. Destapar cañerías utilizando presión podía producir ciertos efectos sorprendentes. Algunos compuestos químicos tenían propiedades bastante castrenses como, por ejemplo, la capacidad de disolver cualquier cosa al instante, incluyendo carne humana. En los tres días siguientes, Miles aprendió más de lo que jamás había imaginado que querría saber sobre la infraestructura de la Base Lazkowski. Incluso calculó el sitio exacto donde una carga bien colocada podía destruir todo el sistema, por si alguna vez decidía acabar con ese lugar.

El sexto día. Miles y su equipo fueron enviados a destapar una alcantarilla en el campo de práctica de los soldados. El lugar fue fácil de encontrar. Una orilla del camino elevado estaba cubierta por una capa de agua, mientras que en la otra sólo se veía un chorro delgado que discurría por el fondo de una profunda acequia.

Miles extrajo una larga vara telescópica de la parte trasera del vehículo y la hundió en la superficie opaca del agua. No parecía haber nada obstruyendo el extremo inundado de la alcantarilla. Lo que fuese debía estar atorado más adentro. Miles entregó la vara a Pattas y fue hasta el otro lado del camino para observar la acequia. La alcantarilla tenía poco más de medio metro de diámetro.

—Deme una luz —ordenó a Olney.

Miles se quitó el abrigo, lo arrojó dentro del gato-veloz y bajo a la acequia. Una vez allí dirigió el haz de luz hacia la abertura. Evidentemente, la alcantarilla era un poco curva, ya que no podía ver nada. Con un suspiro, comparó el ancho de los hombros de Olney y de Pattas con los suyos.

¿Existía algo más alejado que esto de su sueño de embarcarse? Lo más que se había acercado a algo parecido era cuando había salido de expedición como espeleólogo aficionado a las montañas Dendarii. Tierra y agua contra fuego y aire. Parecía estar acumulando una monstruosa provisión de yin, por lo que el yang que necesitaría para equilibrarlo tendría que ser grandioso.

Miles sujetó la luz con más fuerza, se colocó en cuclillas y comenzó a gatear por la alcantarilla.

El agua helada empapó las rodilleras de sus pantalones. El efecto era entumecedor. Unas gotas se introdujeron bajo sus guantes. Fueron como un corte de cuchillo en sus muñecas.

Miles meditó unos momentos sobre Olney y Pattas. En los últimos días habían establecido una relación laboral fría y razonablemente eficaz con él. Sin duda, ésta se basaba en un temor divino infundido en ambos por el ángel guardián de Miles, el teniente Bonn. ¿Cómo habría hecho Bonn para lograr ejercer esa serena autoridad? Tendría que averiguarlo. El hombre era bueno en su trabajo, pero ¿qué más había?

Miles dobló por la curva, iluminó el objeto que provocaba la obstrucción y se detuvo, maldiciendo. Cuando recuperó el aliento, examinó el bloqueo más de cerca y entonces retrocedió. Se puso de pie en el fondo de la acequia, enderezando su columna vértebra por vértebra. El cabo Olney asomó la cabeza sobre la baranda del camino.

—¿Qué hay allí dentro, alférez? Miles le sonrió, todavía agitado.

—Un par de botas.

—¿Eso es todo? —dijo Olney.

—El dueño todavía las lleva puestas.

4

Miles llamó al cirujano de la base utilizando el intercomunicador del gato-veloz. Solicitó que se presentase con sus instrumentos de forense, una bolsa plástica y un transporte médico. Entonces, junto con sus ayudantes, cerró el extremo superior de la acequia con un letrero que arrancaron del desierto campo de práctica. Miles ya estaba tan empapado y tenía tanto frío que ni siquiera notó la diferencia cuando volvió a introducirse en la alcantarilla para atar una cuerda a los tobillos del cuerpo anónimo. Cuando emergió, ya había llegado el cirujano con su enfermero.

El cirujano, un hombre corpulento y casi calvo, espío con desconfianza en el caño de desagüe.

—¿Qué ha visto allí dentro, alférez? ¿Qué ha ocurrido?

—Desde este extremo sólo veo unas piernas, señor —le informó Miles—. Está encajado. El drenaje se obstruyó sobre él, supongo. Tendremos que ver lo que aparece cuando lo saquemos.

—¿Qué diablos estaba haciendo allí dentro? —El cirujano se rascó el cuero cabelludo. Miles extendió las manos.

—Parece una forma muy peculiar de suicidarse. Lenta y arriesgada si se trata de ahogarse.

El cirujano alzó las cejas, y tanto él como Miles tuvieron que tirar de la cuerda con Olney, Pattas y el enfermero hasta que el cuerpo rígido encajado en la alcantarilla comenzó a salir.

—Esta *atascado* —observó el enfermero con un gruñido.

Finalmente, el cuerpo salió junto con un chorro de agua sucia. Pattas y Olney observaron desde lejos; Miles se pegó al hombro del cirujano. El cadáver, enfundado en un traje de fajina negro, estaba ceroso y azul. Las insignias del cuello y el contenido de sus bolsillos lo identificaron como un soldado raso de Suministros. El cuerpo no mostraba heridas evidentes, con excepción de unos moretones en los hombros y rasguños en las manos.

El cirujano apuntó unas breves notas preliminares negativas en su grabadora. No había huesos rotos ni tendones desgarrados. Hipótesis preliminar: muerte por asfixia, por

hipotermia o por ambas causas, ocurrida en las últimas doce horas. Apagó su grabadora y agregó:

—Podré ser más preciso cuando lo tengamos en la enfermería.

—¿Esta clase de cosas ocurren con frecuencia por aquí? —preguntó Miles con suavidad.

El cirujano le dirigió una mirada dura.

—Rebano a varios idiotas por año. ¿Qué se puede esperar cuando se reúne a cinco mil muchachos de entre dieciocho y veinte años y se les dice que jueguen a la guerra? Admito que éste parece haber descubierto un método completamente nuevo para matarse. Supongo que uno nunca llega a verlo todo.

—¿Entonces cree que lo hizo solo? Realmente me parece muy difícil matar a un hombre y luego meterlo allí dentro.

El cirujano se acercó a la alcantarilla y se agachó para mirar adentro.

—Eso parece. Ah, ¿querría echar otro vistazo ahí dentro, alférez? Sólo por las dudas.

—Muy bien, señor. —Miles esperó que fuese el último viaje. Nunca hubiese imaginado que la limpieza de los drenajes iba a resultar tan... emocionante. Recorrió todo el largo de la alcantarilla revisando cada centímetro, pero sólo encontró la linterna que el hombre había dejado caer. Era evidente que el soldado había entrado en el conducto con un objetivo. ¿Qué objetivo? ¿Por qué introducirse en la alcantarilla durante la noche, en medio de una fuerte tormenta? Miles regresó y entregó la lámpara al cirujano.

Después de ayudar a embolsar y cargar el cuerpo. Miles hizo que Olney y Pattas devolvieran el letrero que bloqueaba el extremo superior de la acequia a su ubicación original. Las aguas pardas se derramaron con un rugido y desaparecieron por la alcantarilla. Miles y el cirujano se asomaron sobre la baranda del camino y observaron cómo descendía el nivel del agua en el pequeño lago.

—¿Cree que habrá otro en el fondo? —preguntó Miles con morbosidad.

—Este hombre era el único inscrito como desaparecido en el informe de la mañana —respondió el cirujano—, así que probablemente no. —Sin embargo, no parecía dispuesto a apostar.

Cuando bajaron las aguas, lo único que apareció fue la chaqueta empapada del soldado. Evidentemente, la había colgado sobre la baranda antes de entrar en la alcantarilla, y desde allí había caído, o el viento la había arrastrado hasta el agua. El cirujano la llevó consigo.

—Parece no impresionarse mucho —observó Pattas cuando se hubo alejado el transporte médico con el cirujano y el enfermero. Pattas no era mucho mayor que Miles.

—¿Nunca había tenido que manipular un cadáver?

—No. ¿Y usted?

—Sí.

—¿Dónde?

Miles vaciló. Los eventos ocurridos tres años antes aparecieron en su memoria. Los meses en que se había visto envuelto en un desesperado combate lejos de casa, después de haberse encontrado por accidente con un cuerpo mercenario espacial, eran un secreto que no podía mencionar, ni siquiera insinuar, aquí. De todos modos, las tropas imperiales permanentes despreciaban a los mercenarios, vivos o muertos. Pero la campaña de Tau Verde le había enseñado la diferencia entre la «práctica» y la «realidad», entre la guerra y los simulacros de guerra, y también que la muerte tenía vectores más sutiles que el contacto directo.

—Antes de venir aquí —dijo Miles con indiferencia—. Un par de veces.

Pattas se encogió de hombros y comenzó a alejarse.

—Bueno —admitió de mala gana por encima del hombro—, al menos no tiene miedo de ensuciarse las manos, señor.

Miles alzó las cejas pensativo.

No. No es a eso a lo que le temo.

Miles marcó el drenaje como «destapado» en su panel de informe. Luego devolvió el gato-veloz, todo el equipo y a sus dos amansados ayudantes al sargento Neuve de Mantenimiento, y se dirigió a las barracas de los oficiales. Nunca en su vida había deseado más una ducha caliente.

Estaba caminando por el corredor en dirección a sus habitaciones cuando otro oficial abrió una puerta y asomó la cabeza.

—Eh... ¿alférez Vorkosigan?

—¿Sí?

—Hace un rato recibí una videollamada. Yo inscribí el código de respuesta para usted.

—¿Una llamada? —Miles se detuvo—. ¿De dónde?

—Vorbarr Sultana.

Miles sintió un escalofrío en el estómago. ¿Alguna emergencia allá en casa?

—Gracias. —Dio media vuelta y se dirigió al final del corredor, donde estaba la cabina con la videoconsola compartida por los oficiales de ese piso.

Con las ropas húmedas, se acomodó en el asiento y pulsó el mensaje. El número no le resultó conocido. Lo introdujo junto con el código de su cuenta y esperó. Sonó varias veces, y entonces la pantalla cobró vida. El rostro apuesto de su primo Iván se materializó con una sonrisa.

—¡Ah, Miles, estás ahí!

—¡Iván! ¿Dónde diablos estás tú? ¿Qué es esto?

—Oh, estoy en casa. Y no me refiero a la de mi madre. Pensé que te gustaría ver mi nuevo apartamento.

Miles se sintió desorientado, como sí de alguna manera hubiese interceptado la línea de un universo paralelo, o de un plano astral alterno. Vorbarr Sultana... sí. El mismo había vivido en la capital, en una encarnación anterior. Eones atrás.

Iván alzó la cámara y la hizo dar una rápida vuelta por el lugar.

—Está completamente amueblado. Me pasó la renta un capitán que fue transferido a Komarr. Una verdadera ganga. Acabo de mudarme. ¿Puedes ver el balcón?

Miles podía ver el balcón, bañado en el sol color miel del atardecer. La silueta de Vorbarr Sultana se alzaba en el horizonte como una ciudad de un cuento de hadas, flotando en la bruma estival.

Las flores carmesí trepaban por la reja, tan rojas que casi herían los ojos. Miles sintió que estaba a punto de derretirse o de romper a llorar.

—Bonitas flores —dijo con voz ahogada.

—Sí. Me las trajo mi novia.

—¿Novia? —Ah sí, había una vez dos sexos en los cuales se dividían los seres humanos. Uno olía mucho mejor que el otro. Mucho mejor—, ¿Cuál?

—Tatya.

—¿La conozco? —Miles se esforzó por recordar.

—No. Es nueva.

Iván dejó de mover la cámara y volvió a aparecer en la pantalla. Los sentidos exacerbados de Miles se calmaron un poco.

—¿Y cómo está el clima por allí? —Iván lo miró con más atención—, ¿Estás mojado? ¿Qué has estado haciendo?

—Fontanería... forense —respondió Miles, después de una pausa.

—¿Qué? —Iván frunció el ceño.

—No importa. —Miles estornudó—. Mira, me alegro de ver un rostro familiar y todo eso... —Era cierto, aunque se trataba de una alegría extraña y dolorosa—, Pero estoy en pleno trabajo en este momento.

—Yo he terminado mi turno hace un par de horas —le explicó Iván—. Llevaré a Tatya a cenar dentro de un rato. Un poco más y no me hubieses encontrado. Así que cuéntame rápido, ¿cómo es la vida en la infantería?

—¡Oh, grandiosa! La Base Lazkowski es algo diferente, sabes. No es un alojamiento para los señoritos Vor como el Cuartel General.

—¡Yo cumplo con mi trabajo! —dijo Iván algo ofendido—. A decir verdad, a tí te gustaría lo que hago. Procesamos información. Te sorprendería ver la cantidad de datos que introducen en un día. Es como estar en la cima del mundo. Sería perfecto para ti.

—Qué curioso. He pensado que la Base Lazkowski sería perfecta para tí, Iván. ¿No habrán invertido nuestras órdenes? Iván se tocó la nariz y emitió una risita.

—No lo sé. —Su expresión risueña desapareció para dar paso a una sincera preocupación—. Cuídate, ¿quieres? En realidad no tienes muy buen aspecto.

—He tenido una mañana fuera de lo normal. Si me lo permites, podría ir a darme una ducha.

—Oh, está bien. Cuídate.

—Disfruta tu cena.

—Sí. Adiós.

Voces de otro universo. Aunque Vorbarr Sultana sólo estaba a un par de horas de vuelo suborbital. En teoría. Para Miles fue un oscuro consuelo recordar que todo el planeta no se había reducido al horizonte gris plomizo de la isla Kyril, aunque su porción de él parecía haberlo hecho.

A Miles le resultó difícil concentrarse en el clima durante el resto de aquella jornada. Afortunadamente, su superior no hizo ninguna observación al respecto. Desde el hundimiento del gato-veloz, Ahn había tendido a mantener un silencio culpable y nervioso con Miles, salvo cuando debía brindarle alguna información específica. Al terminar su horario de trabajo. Miles se dirigió directamente a la enfermería.

El cirujano continuaba trabajando, o al menos estaba sentado frente a su consola cuando Miles asomó la cabeza y lo saludó.

—Buenas noches, señor. El cirujano alzó la vista.

—¿Sí, alférez? ¿Qué ocurre?

Miles tomó sus palabras como una invitación a entrar, a pesar del tono poco alentador de su voz.

—Me preguntaba qué habría averiguado sobre ese sujeto que sacamos de la alcantarilla esta mañana. El cirujano se encogió de hombros.

—No hay mucho que averiguar. Se verificó su identificación. Murió por asfixia. Todas las evidencias físicas y metabólicas: estrés, hipotermia, hematomas... indican que quedó atascado allí una media hora antes de morir.

Lo he clasificado «muerte por accidente».

—Sí, pero ¿por qué?

—¿Por qué? —El cirujano alzó las cejas—. Eso tendrá que preguntárselo a él.

—¿No quiere averiguarlo?

—¿Con qué fin?

—Bueno... para saberlo. Para estar seguro de que ha sido así. El cirujano le dirigió una mirada fría.

—No estoy cuestionando sus informes médicos, señor —agregó Miles rápidamente—. Pero es que todo resulta tan extraño... ¿No siente curiosidad?

—Ya no —respondió el cirujano—. Estoy satisfecho con saber que no fue suicidio ni asesinato, así que sean cuales sean los detalles, al final el resultado es muerte por estupidez, ¿verdad?

Miles se preguntó si ése habría sido el epitafio del cirujano para él en caso de que se hubiese hundido con el gato-veloz.

—Supongo que sí, señor.

Cuando estuvo fuera de la enfermería, azotado por el viento húmedo. Miles vaciló. Después de todo, el cadáver no le pertenecía. No era un caso en que la propiedad fuese del descubridor. Había puesto la situación en manos de las autoridades correspondientes. Ahora ya no era asunto suyo. Y sin embargo...

Todavía quedaban varias horas de luz, y de todos modos a él le resultaba difícil dormir en aquellos días interminables. Regresó a sus habitaciones y, después de ponerse los pantalones de entrenamiento, una camisa y zapatos deportivos, salió a correr.

El camino junto a los campos de práctica estaba desierto. El sol se arrastraba como un cangrejo hacia el horizonte. Miles dejó de correr para comenzar a caminar, y luego avanzó aún más despacio. Los refuerzos de sus piernas le irritaban la piel. Algún día, no muy lejano, se tomaría el tiempo necesario para reemplazar los huesos frágiles y largos de sus piernas por otros de material sintético. Y, de paso, someterse a una cirugía podía servirle para abandonar la isla Kyril, si la situación era demasiado insostenible, antes de que se cumpliesen los seis meses. Aunque eso sería hacer trampa.

Miles miró a su alrededor, tratando de imaginar el lugar en la oscuridad y bajo la lluvia. Si él hubiese sido soldado, chapoteando por ese camino a medianoche, ¿qué habría visto? ¿Qué podía haber hecho que el hombre fijase su atención en la alcantarilla? Antes que nada, ¿por qué diablos había ido hasta allí en medio de la noche? Por ese camino sólo se llegaba a una pista de obstáculos y a un campo de tiro.

Allí estaba la acequia... No, la suya era la siguiente, un poco más adelante. Había cuatro alcantarillas en ese medio kilómetro de camino recto y elevado. Miles encontró la acequia que buscaba y se inclinó sobre la baranda, observando el hilo de agua que corría debajo. Ahora no había nada de atractivo en ello, de eso estaba seguro. ¿Por qué, por qué, por qué...-?

Miles trepó la parte superior del camino, examinando la superficie de la ruta, la baranda, los helechos húmedos que lo rodeaban. Llegó a la curva y regresó, estudiando el lado opuesto. Al fin llegó a la primera acequia, en el extremo del tramo recto, sin descubrir nada que le resultase interesante.

Miles se apoyó contra la baranda y reflexionó. Muy bien, era hora de intentar usar un poco la lógica. ¿Qué sentimiento abrumador había hecho que el soldado se introdujese en el desagüe? ¿Ira? ¿Qué había estado persiguiendo? ¿Miedo? ¿Qué podía haberlo perseguido a él? ¿Un error? Miles lo sabía todo respecto a errores. ¿Y si el hombre se había equivocado de alcantarilla?

De forma impulsiva. Miles descendió a la primera acequia. El hombre podía haber estado atravesando metódicamente todas las alcantarillas... y, de ser así, ¿lo habría hecho desde la base hacia fuera o desde los campos hacia la base? Otra posibilidad era que se hubiese equivocado en la oscuridad y bajo la lluvia y bajado a otra acequia. Miles las recorrería todas si era necesario, pero prefería acertar en el primer intento. Incluso aunque no hubiese nadie observando. Esta alcantarilla era de un diámetro algo más ancho que la segunda, la que resultara mortal. Miles extrajo la linterna de su cinturón, se introdujo en el caño y comenzó a examinarlo, centímetro a centímetro.

—¡Ah! —exclamó con satisfacción cuando se hallaba a mitad de camino bajo la ruta. Allí estaba su recompensa, pegada a la pared superior de la alcantarilla con cinta engomada. Un paquete envuelto en plástico impermeable. *Qué interesante.*

Miles salió y se sentó en la boca de alcantarilla, sin preocuparse por la humedad, pero cuidando de no resultar visible desde el camino.

Colocó el paquete sobre sus piernas y lo estudió con gran expectación, como si fuera un regalo de cumpleaños. ¿Serían drogas, contrabando, documentos secretos, dinero robado? Personalmente, Miles deseaba encontrar documentos secretos, aunque resultaba difícil imaginar que alguien los tuviese en la isla Kyril, exceptuando tal vez unos informes de rendimiento. Unas drogas estarían bien, pero una red de espionaje sería simplemente maravilloso. Él se convertiría en un héroe de Seguridad... Su mente

avanzaba a toda velocidad y ya comenzaba a planear el próximo movimiento de su investigación secreta. Seguir el rastro del hombre muerto mediante las pistas más sutiles hasta llegar a algún cabecilla, quién sabía cuan importante. Los dramáticos arrestos, tal vez una recomendación del mismo Simón Illyan... El paquete era abultado, pero crujía un poco... ¿Telegramas plásticos?

Con el corazón acelerado, Miles lo abrió... y se desplomó aturdido y decepcionado. De sus labios salió una pequeña exclamación, mitad risa y mitad gemido.

Pasteles. Dos docenas de *lisettes*, una especie de panecillos glaseados y rellenos con fruta confitada. Tradicionalmente, estas golosinas se preparaban para los festejos del solsticio de verano. Unos panecillos rancios, hechos un mes y medio atrás. Vaya una causa por la cual morir...

La imaginación de Miles no tuvo dificultades para bosquejar el resto. El soldado había recibido este paquete de su madre, novia o hermana y había querido protegerlo de sus voraces compañeros, quienes lo hubiesen hecho desaparecer en pocos segundos. Tal vez el hombre añoraba su hogar, y había estado racionando los panecillos uno a uno en un rito masoquista, combinando placer y dolor en cada bocado. O quizá los había guardado para alguna ocasión especial.

Luego llegaron los dos días de intensas lluvias, y el hombre habría comenzado a temer por su tesoro secreto. Entonces debió salir en su rescate, pasando por alto la primera acequia en la oscuridad. Al ver que las aguas subían, posiblemente se había desesperado y entrado en la segunda, pero cuando hubo comprendido su error, ya era demasiado tarde...

Triste. Un poco deprimente. Pero nada *útil*. Miles suspiró, se colocó el paquete bajo el brazo y regresó a la base para entregárselo al cirujano.

El único comentario del cirujano cuando Miles le explicó lo que había descubierto fue:

—Sí. Muerte por estupidez. Lo que dije. —Con aire ausente, mordió un *lisette* y lo olió.

Al día siguiente, Miles terminó de cumplir sus tareas en mantenimiento sin encontrar nada interesante en las alcantarillas. Probablemente era mejor así. Al otro día llegó el cabo asistente de Ahn de su larga licencia. Miles descubrió que el cabo, quien había estado trabajando en la oficina meteorológica durante un par de años, manejaba gran parte de la información que él había obtenido en las últimas dos semanas devanándose los sesos. Aunque no contaba con la nariz de Ahn.

El teniente Ahn abandonó el Campamento Permafrost completamente sobrio, recorriendo la rampa que conducía al transporte por sus propios medios. Miles fue hasta la pista para despedirlo, aunque no sabía con certeza si le alegraba o le entristecía ver partir al meteorólogo. Ahn se veía feliz, sin embargo, y su rostro lúgubre estaba casi iluminado.

—¿Adonde piensa ir una vez que haya entregado su uniforme? —le preguntó Miles.

—Al Ecuador.

—Ah. ¿A qué parte del Ecuador?

—A *cualquier parte* del Ecuador —respondió Ahn con vehemencia.

Miles supuso que al menos escogería un lugar donde hubiese una gran área de tierra.

Ahn vaciló unos momentos en la rampa y lo miró.

—Cuidese de Metzov —le advirtió al fin.

El consejo pareció llegar demasiado tarde, por no mencionar que era demasiado vago. Miles le dirigió una mirada de exasperación y alzó las cejas.

—Dudo mucho de que piense invitarme a participar en sus fiestas este año.

Ahn pareció incómodo.

—No me refería a eso.

—¿Y a qué se refería?

—Bueno... no lo sé. Una vez vi...

—¿Qué?

Ahn sacudió la cabeza.

—Nada. Fue hace mucho. Ocurrían cosas muy locas entonces, cuando culminaba la revuelta de Komarr. Pero será mejor para usted si se mantiene lejos de él.

—Ya antes he tenido que tratar con viejos ordenancistas.

—Oh, él no es exactamente un ordenancista. Pero tiene cierto rasgo... en ocasiones puede resultar peligroso. Que nunca llegue a sentirse verdaderamente amenazado por usted, ¿de acuerdo?

—¿Yo amenazar a Metzov? —El rostro de Miles mostró su desconcierto. A pesar de que no olía a alcohol, era posible que Ahn no estuviese tan sobrio después de todo— Vamos, no puede ser tan terrible. De otro modo no lo hubiesen puesto a cargo de los reclutas.

—Ellos se rigen por su propia jerarquía... los instructores dependen de sus respectivos comandantes. Metzov sólo está a cargo de la planta física permanente de la base. Usted es un sujeto bastante agresivo, Vorkosigan. Nunca lo presione hasta el límite, o lo lamentará. Y eso es cuanto le diré. —Ahn cerró la boca y continuó subiendo la rampa.

Ya lo estoy lamentando, pensó gritarle Miles. Bueno, su semana de castigo ya había pasado. Era posible que Metzov se hubiese propuesto humillarlo con las tareas de mantenimiento, pero en realidad le habían resultado bastante interesantes. Lo que sí era humillante era haber hundido el gato-veloz. Eso lo había hecho por su cuenta. Miles saludó a Ahn con la mano antes de que el teniente desapareciera en el transporte. Entonces se encogió de hombros y cruzó la pista en dirección al edificio administrativo, lugar que ahora le resultaba familiar.

Después de que el cabo asistente de Miles abandonara la oficina para almorzar, Miles tardó como dos minutos en ceder a la tentación de satisfacer la curiosidad que Ahn había despenado en su mente. Al fin se sentó frente a la consola y pidió los antecedentes de Metzov. Las fechas, asignaciones y promociones del comandante de la base no eran terriblemente informativas, aunque entre líneas se podía leer un poco de su historia.

Metzov había entrado en el Servicio unos treinta y cinco años atrás. Sus principales promociones se habían producido durante la conquista del planeta Komarr, hacia unos veinticinco años. El rico sistema de Komarr, plagado de conductos de agujeros de gusano, era el único portal a las rutas que unían la galaxia. Komarr había probado su inmensa importancia estratégica para Barrayar a principios del siglo, cuando su oligarquía gobernante aceptó un soborno para dejar pasar una flota invasora cetagandana por sus agujeros de gusano y descender sobre Barrayar. Echar fuera a los cetagandanos había consumido toda una generación barrayarana. Barrayar había capitalizado su lección sangrienta con el padre de Miles, pero el inevitable efecto secundario de asegurar las puertas de Komarr había sido pasar a tener un poder galáctico menor pero significativo, y Barrayar continuaba pagando las consecuencias.

De algún modo, Metzov había logrado estar en el lado correcto durante el alzamiento de Vordarian, ocurrido dos décadas atrás, un intento puramente barrayarano de arrebatarse el poder al Emperador Gregor, quien entonces tenía cinco años, y a su regente. Para Miles, la única explicación lógica de que un oficial aparentemente competente como Metzov hubiera acabado en la isla Kyril era que había escogido el bando equivocado en aquella refriega civil. Pero la interrupción en la carrera de Metzov parecía haberse producido durante la revuelta de Komarr, unos dieciséis años atrás. En el archivo no había ningún indicio sobre las razones, con excepción de una referencia a otro archivo. Un código de Seguridad Imperial. Y allí acababa todo.

O tal vez no. Con expresión pensativa, Miles introdujo otro código en la consola.

—Operaciones, oficina del comodoro Jollif —comenzó Iván con formalidad, mientras su rostro se materializaba en la pantalla. Y entonces—: ¡Oh, hola Miles! ¿Qué ocurre?

—Estoy haciendo una pequeña investigación— Pensé que podrías ayudarme.

—Debí haber supuesto que no me llamarías al cuartel general sólo para ser sociable. ¿Y qué es lo que quieres?

—Eh... ¿Te encuentras solo en la oficina en este momento?

—Sí, el viejo está en una junta. Se ha desatado una crisis... Un carguero barrayarano quedó detenido en el Centro Hegen... en la Estación Vervain... por sospecha de espionaje.

—¿Podemos recuperarlo? ¿Conminarlos para que lo liberen?

—No pasando Pol. Ninguna nave militar barrayarana debe atravesar sus agujeros de gusano.

—Pensé que nuestras relaciones con Pol eran amistosas.

—Lo eran. Pero los vervaneses han estado amenazando con romper las relaciones diplomáticas con Pol, por lo que los polenses están siendo muy cautelosos. Lo gracioso es que el carguero en cuestión ni siquiera es uno de nuestros verdaderos agentes. Al parecer, es una acusación completamente inventada.

Los intrincados caminos de la política. Justo la clase de desafíos que Miles había aprendido a enfrentar en la Academia Imperial. Y para colmo, probablemente la temperatura en esas naves y estaciones espaciales sería cálida. Miles suspiró con envidia.

De pronto, los ojos de Iván se mostraron desconfiados.

—¿Por qué me preguntas si estoy solo?

—Quiero que me consigas un archivo. Un asunto viejo, no actual —lo tranquilizó Miles, y le dictó el código.

—¡Ah! —La mano de Iván comenzó a marcarlo, pero entonces se detuvo—. ¿Estás loco? Es un archivo de Seguridad Imperial. ¡Nadie puede acceder a él!

—Por supuesto que puedes. Estás allí, ¿no? Iván sacudió la cabeza.

—Ya no. Todo el sistema de archivos de Seguridad Imperial ha sido asegurado por completo. Sólo puedes extraer datos de ellos mediante un cable codificado, el cual debes unir físicamente. Para obtenerlo, yo tendría que poner mi firma, explicar por que lo quiero y mostrar una autorización. ¿Tú tienes una autorización? Ah, supuse que no.

Miles frunció el ceño, frustrado.

—Seguramente podrás llamarlo por el sistema interno.

—Oh sí. Lo que no podré hacer es conectar el sistema interno con ningún sistema externo que me muestre los datos. Por lo tanto, no tienes suerte.

—¿Tienes una consola del sistema interno en esa oficina?

—Claro.

—Entonces —dijo Miles con impaciencia—, pide el archivo, da la vuelta a tu escritorio y deja que los dos vídeos hablen entre ellos. Puedes hacer eso, ¿verdad?

Iván se rascó la cabeza.

—¿Funcionaría?

—¡Inténtalo! —Miles tamborileó los dedos, mientras Iván empujaba su escritorio y maniobraba con el foco. La señal era confusa pero legible—. Allí está, como pensé. Pásalo a medida que voy leyendo, ¿quieres?

Fascinante, completamente fascinante. El archivo era una colección de informes secretos de una investigación realizada por Seguridad Imperial. Se trataba de la misteriosa muerte de un prisionero a cargo de Metzov, un rebelde de Komarr que había muerto después de matar a su guardián en un intento de huida. Cuando Seguridad Imperial solicitó el cuerpo del komarrarés para realizarle una autopsia, Metzov apareció con los restos del cuerpo incinerado y una disculpa, diciendo que si tan sólo le hubiesen avisado unas horas antes de que querían el cuerpo, etcétera. El oficial a cargo de la Investigación intentó presentar cargos por tortura, ¿tal vez en venganza por la muerte del guardián...?, pero no logró reunir las evidencias suficientes para que le permitieran interrogar a los testigos barrayaranos, incluyendo a cierto alférez técnico Ahn.

El oficial a cargo de la investigación presentó una protesta formal ante la decisión de su oficial superior de cerrar el caso, y allí terminó todo.

Aparentemente. Si había algo más sólo existía en la extraordinaria cabeza de Simon Illyan, un archivo secreto al cual Miles no intentaría acceder. Y, sin embargo, la carrera de Metzov se había interrumpido.

—Miles —dijo Iván por cuarta vez—. Creo que no deberíamos estar haciendo esto. Podrían cortarnos el cuello.

—Si se tratase de algo que no deberíamos hacer, seguramente no *podríamos* hacerlo. Sería imprescindible la conexión del cable. Ningún espía de verdad sería tan tonto como para sentarse en el Cuartel General Imperial durante horas, pasando el archivo a mano, esperando que lo descubran y le disparen.

—Es suficiente. —Iván cerró el archivo de Seguridad y la imagen osciló bruscamente mientras él volvía a dar vuelta a su escritorio. Luego se escucharon unos ruidos provenientes de su bota, que frotaba la alfombra para borrar las huellas—. Yo nunca hice esto, ¿me escuchas?

—Ni tú ni yo somos espías —dijo Miles con displicencia—. No obstante... supongo que alguien podría hablarle a Illyan sobre este pequeño resquicio dejado abierto por Seguridad.

—¡Yo no!

—¿Por qué no tú? Preséntala como una brillante sugerencia teórica. Tal vez te ganes una recomendación. No les digas que lo hicimos, por supuesto. O tal vez que sólo lo hicimos para probar tu teoría, ¿eh?

—Quieres arruinar mi carrera —dijo Iván con dureza—. Nunca vuelvas a oscurecer mi pantalla. Excepto la de casa, por supuesto.

Miles sonrió y dejó escapar a su primo. Permaneció sentado un rato en la oficina, observando cómo los coloridos hologramas meteorológicos fluctuaban y cambiaban. Pensaba en el comandante de la base y en la clase de accidentes que podían sufrir los prisioneros desafiantes.

Bueno, todo había ocurrido hacía mucho tiempo. Era muy probable que en cinco años más Metzov se retirase, con cuarenta años de servicio y una pensión, para convertirse en un anciano desagradable más. Al menos en lo que se refería a Miles, no era un problema por resolver sino al que sobrevivir.

Su objetivo final en la Base Lazkowski, se recordó, era escapar de la Base Lazkowski. Cuando llegase el momento, dejaría atrás a Metzov.

Durante las semanas siguientes Miles se acomodó a una rutina tolerable. Un acontecimiento distinto fue la llegada de los soldados. Los cinco mil soldados.

La condición de Miles alcanzó un nivel casi humano. A medida que las jornadas se acortaban, la Base Lazkowski sufrió la primera nevada fuerte de la estación. junto con un wah-wah leve que duró medio día, y Miles logró predecir ambos fenómenos con bastante precisión.

Y, lo mejor de todo, fue desplazado de su lugar como idiota más famoso de la isla (notoriedad adquirida con el hundimiento del gato-veloz) por un grupo de soldados que lograron incendiar sus barracas una noche en que encendían llamas con pedos. Al día siguiente, el general Merzov fulminó a Miles con su mirada helada cuando éste sugirió a los bomberos que la mejor estrategia sería realizar un ataque logístico sobre las reservas de combustible del enemigo, esto es, eliminar el guisado de habas del menú. Aunque más tarde, en el pasillo, un capitán de Artillería detuvo a Miles y le agradeció por haberlo intentado.

Esos eran los encantos del Servicio Imperial. Miles tomó el hábito de pasar largas hora a solas en la oficina meteorológica, estudiando la teoría del caos, sus manuales y las paredes. Habían pasado tres meses y faltaban tres más. Estaba oscureciendo.

Miles ya había bajado de la cama y estaba a medio vestir antes de que su cerebro adormecido comprendiera que la estridente bocina no era la que anunciaba el wah-wah. Se detuvo con una bota en la mano. Tampoco se trataba de un incendio ni de un ataque enemigo. Entonces la rítmica sirena se detuvo. Tenía razón: el silencio valía oro.

Miles observó el resplandeciente reloj digital. Sólo había dormido un par de horas. Bajo una tempestad de nieve, había viajado hasta la Estación Once para reparar unos daños causados por el viento, y al llegar había caído exhausto en la cama. El intercomunicador junto a su lecho no mostraba su luz roja intermitente para informarle de alguna tarea inesperada que debía realizar. Podía volver a la cama.

El silencio era *desconcertante*.

Miles se puso la otra bota y asomó la cabeza al pasillo. Un par de oficiales más habían hecho lo mismo, y especulaban entre ellos sobre el motivo de la alarma. El teniente Bonn emergió de sus habitaciones y atravesó el pasillo, mientras se ponía la chaqueta. Su rostro se veía tenso, mitad preocupado y mitad fastidiado.

Miles cogió su propio abrigo y galopó tras él.

—¿Necesita ayuda, teniente?

Bonn lo miró desde su altura superior y frunció los labios.

—Es posible —admitió.

Miles lo alcanzó y continuó caminando a su lado, secretamente complacido por la suposición implícita de que podía llegar a ser útil.

—¿Y qué ocurre?

—Una especie de accidente en un depósito de sustancias tóxicas. Si es el que pienso, podemos tener un verdadero problema.

Traspusieron la puerta doble del caldeado vestíbulo y salieron a la noche cristalizada de frío. La nieve crujía bajo las botas de Miles y era barrida por una ligera brisa del este. Las estrellas más brillantes competían con las luces de la base. Los dos hombres se introdujeron en el gato-veloz de Bonn, produciendo vapor con el aliento hasta que el descongelante del vehículo comenzó a funcionar. Bonn aceleró a toda velocidad y se alejó de la base con rumbo hacia el oeste.

A unos pocos kilómetros pasando los campos de práctica, una hilera de montículos cubiertos de pastos asomaban entre la nieve. Había varios vehículos estacionados frente a uno de los búnkers: un par de gatos-veloces, incluyendo el que pertenecía al jefe de bomberos de la base, y un transporte médico. Varias linternas se movían entre ellos. Bonn se detuvo y abrió su puerta. Miles lo siguió, caminando rápidamente sobre el hielo.

El cirujano estaba dando instrucciones a un par de enfermeros, quienes trasladaban un cuerpo cubierto por una tela metálica y ayudaban a un segundo soldado que entraba en el transporte médico temblando y tosiendo.

—Todos vosotros, colocad lo que lleváis puesto en el cesto destructor al atravesar la puerta —les gritó—. Mantas, ropa de cama, tablillas, todo. Debéis pasar por la ducha descontaminante antes de empezar a preocuparos por esa pierna rota. El calmante os ayudará a soportarlo y, si no es así, ignoradlo y ocupaos de vuestra limpieza. Yo iré enseguida. —El cirujano se estremeció y les dio la espalda, emitiendo un silbido de consternación.

Bonn se dirigió a la puerta del bunker.

—¡No la abra! —exclamaron al unísono el cirujano y el jefe de bomberos—. No queda nadie dentro —agregó el primero—. Todos han sido evacuados.

—¿Qué es lo que ocurrió exactamente? —Bonn frotó la ventanilla escarchada de la puerta, tratando de ver el interior.

—Un par de sujetos movían pertrechos. Debían hacer espacio para un nuevo cargamento que llegará mañana —le explicó rápidamente el jefe de bomberos, un teniente llamado Yaski—. Se les volcó la cargadora, y uno quedó atrapado debajo de ella con una pierna rota.

—Hace falta ingeniárselas para ello —dijo Bonn. Era evidente que estaba pensando en el mecanismo de la cargadora.

—Seguramente estaban bromeando —dijo el cirujano con impaciencia—. Pero ésa no es la peor parte. Hicieron caer varios barriles de fetaína, y al menos dos de ellos se abrieron. La sustancia está desparramada por todo el lugar. Hemos sellado el bunker lo mejor que hemos podido. —El cirujano suspiró—. La limpieza es problema de ustedes. Yo me voy —Parecía querer arrancarse la piel, al igual que las ropas. Agitó una mano y se alejó rápidamente en su galo-veloz hacia el sector de descontaminación.

—¡Fetaína! —exclamó Miles, alarmado. Bonn se había apartado rápidamente de la puerta. La fetaína era una sustancia mutagénica inventada como arma de disuasión, pero, hasta donde Miles sabía, nunca había sido utilizada en combate. —Pensé que esa cosa estaba obsoleta, que ya no se utilizaba. —En su curso de Química y Biología de la Academia apenas si la habían mencionado.

—Está obsoleta —dijo Bonn con expresión sombría—. No la han fabricado en veinte años. Por lo que yo sé, ésta era la última reserva de Barrayar. Maldita sea, estos barriles no tenían por qué abrirse ni siquiera si se les caía una nave encima.

—Pero, por lo que usted dice, los barriles tienen al menos veinte años —señaló el jefe de bomberos—. ¿Corrosión?

—En ese caso —Bonn estiró el cuello—, ¿qué hay del resto?

—Exactamente. —Yaski asintió con la cabeza.

—¿La fetaína no se destruye con el calor? —preguntó Miles con nerviosismo, mirando a su alrededor para asegurarse de que no estaban discutiendo el asunto en contra del viento respecto al bunker—. He oído que se disocia en componentes inofensivos.

—Bueno, no exactamente inofensivos, pero al menos no le desharán todo el ADN de los testículos.

—¿Hay explosivos almacenados allí, teniente Bonn? —preguntó Miles.

—No, sólo está la fetaína. —Si arrojara un par de minas de plasma por la puerta, ¿la fetaína se descompondría químicamente antes de que se derritiera el techo?

—Sería desastroso que se derritiera el techo. O el suelo. Si esa cosa se esparciera por el Permafrost... Pero si colocáramos minas que liberasen el calor lentamente, y arrojáramos con ellas unos cuantos kilos de sustancia de cierre, es posible que el bunker quedara sellado... —Bonn movió los labios en unos cálculos silenciosos—. Sí, eso podría funcionar. En realidad creo que sería la mejor manera de controlar este disparate. Especialmente si el resto de los barriles también comienzan a perder integridad.

—Dependerá de la dirección en que esté soplando el viento —intervino el teniente Yaski, quien se volvió para mirar a la base y luego a Miles.

—Esperamos un ligero viento del este con temperatura en descenso hasta cerca de las siete de la mañana —respondió Miles a su mirada—. Entonces rotará al norte y soplará más fuerte. Alrededor de las dieciocho se iniciarán las condiciones potenciales para el wah-wah.

—Si vamos a intentarlo, será mejor que lo hagamos esta noche entonces —dijo Yaski.

—Muy bien —se decidió Bonn—. Reuniré a mí gente, y usted haga lo mismo con su dotación. Conseguiré los planos del bunker y calcularé la velocidad de liberación del calor. Nos encontraremos con el jefe de Artillería en el edificio administrativo dentro de una hora.

Bonn apostó allí al sargento de Yaski para que nadie se acercase al bunker. Era una tarea poco envidiable, pero no resultaba insufrible en las condiciones presentes. Además, el guardia podía refugiarse en el gato-veloz cuando bajase la temperatura, alrededor de la

medianoche. Miles regresó con Bonn al edificio administrativo de la base para verificar sus predicciones sobre la dirección del viento.

Miles examinó los últimos datos en los ordenadores meteorológicos. Quería entregarle a Bonn la mayor información posible sobre la dirección de los vientos en las siguientes 26,7 horas, día de Barrayar. Pero antes de que tuviera la impresión en las manos, vio a Bonn y a Yaski por la ventana, alejándose del edificio administrativo en medio de la oscuridad- ¿Tal vez se encontrarían con el jefe de Artillería en alguna otra parte? Miles consideró la posibilidad de ir tras ellos, pero el nuevo pronóstico no difería de forma significativa del anterior.

¿Realmente necesitaba ir a observar cómo cauterizaban el depósito envenenado? Podía resultar interesante... instructivo... pero,, por otro lado, él ya no sería de ninguna utilidad allí. Como hijo único de sus padres, como posible padre de un futuro conde Vorkosigan, era discutible si tenía el derecho de exponerse a una sustancia mutagénica tan nociva por simple curiosidad. Y de todos modos, hasta que el viento cambiara no parecía haber ningún peligro inmediato en la base. ¿O era cobardía disfrazada de lógica? La prudencia era una virtud, había escuchado decir.

Ahora ya estaba completamente despierto, y se sentía demasiado inquieto como para pensar en dormir, así que dio vueltas por la oficina meteorológica, poniéndose al día con todos los archivos de rutina que había dejado de lado esa mañana para realizar el viaje de reparaciones. Al cabo de una hora terminó con todo aquello que incluso remotamente formaba parte de su trabajo.

Cuando se encontró limpiando compulsivamente el polvo de equipos y estantes, decidió que era hora de volver a la cama, se durmiese o no. Pero una luz en la ventana atrajo su atención. Se trataba de un gato-veloz que se detenía frente al edificio.

Ah, Bonn y Yaski habían vuelto- ¿Ya? Lo habían hecho muy rápido, ¿o todavía no habían empezado? Miles arrancó el listado plástico con las nuevas lecturas de los vientos y bajó la escalera para dirigirse a la oficina de Ingeniería al final del corredor.

La oficina de Bonn estaba oscura, pero la del comandante de la base tenía la luz encendida. Unas voces airadas subían y bajaban de tono. Aferrado a la impresión, Miles se aproximó.

La puerta de la antesala a la oficina estaba abierta, Metzov se hallaba sentado ante su consola, con el puño cerrado y apoyado sobre la titilante superficie de colores. Bonn y Yaski estaban frente a él en una postura tensa. Miles hizo crujir el listado para anunciar su presencia- Yaski giró la cabeza y lo vio. —Envíe a Vorkosigan. El ya es un mutante de todos modos.

Miles hizo la venia y respondió de inmediato:

—Discúlpeme, señor, pero no, no lo soy. El veneno que me afectó causó un daño teratógeno, no genético. Mis futuros hijos tienen tantas probabilidades de ser saludables como los de cualquiera. Ah, ¿y enviarme adonde, señor?

Metzov le dirigió una mirada iracunda, pero no insistió en la inquietante sugerencia de Yaski. Sin decir palabra, Miles entregó el listado a Bonn. Este lo miró, hizo una mueca y se lo metió bruscamente en el bolsillo del pantalón.

—Obviamente, pretendía que utilizaran equipos de protección —continuó Metzov para irritación de Bonn—. No estoy loco.

—Yo lo comprendo, señor. Pero los hombres se niegan a entrar en el bunker incluso con trajes especiales —le informó Bonn con una voz firme e inexpresiva—. No puedo culparlos. Según mis cálculos, las precauciones normales no son suficientes para la fetaína. Esa sustancia tiene un nivel de penetración increíblemente alto, por su peso molecular. Atraviesa cualquier cosa permeable.

—¿No puede culparlos? —repitió Metzov, con asombro—. Teniente, usted ha dado un orden. O se supone que debió hacerlo.

—Lo hice, señor, pero...

—Pero dejó que percibieran su propia indecisión. Su miedo. Maldita sea, cuando da una orden debe hacerlo con firmeza.

—¿Por qué debemos salvar esa cosa? —se quejó Yaski.

—Ya hemos hablado de eso. Es nuestra obligación —le gruñó Metzov—. Son órdenes. No se puede pedir obediencia a los hombres cuando uno no está dispuesto a brindarla.

—¿Obediencia ciega? Seguramente Investigaciones todavía tiene la receta —intervino Miles, quien al fin comenzaba a comprender lo alarmante de aquella discusión—. Podrán preparar más si lo desean. Y fresca.

—Cállese, Vorkosigan —gruñó Bonn con desesperación, mientras el general Metzov le replicaba:

—Si vuelve a abrir la boca para brindarnos un ejemplo más de su humor, alférez, le levantaré cargos.

Miles cerró la boca con una sonrisa tensa y petrificada. Subordinación. El *Prince Serg*, recordó. Por lo que a él le importaba, Metzov podía beberse la fetaina.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la antigua costumbre practicada en el campo de batalla, teniente? ¿De dispararle al hombre que desobedece sus órdenes? —continuó Metzov dirigiéndose a Bonn.

—No... no creo poder amenazarlos con eso, señor —respondió Bonn con rigidez.

Y además, pensó Miles, *no estamos en un campo de batalla, ¿verdad?*

—¡Los técnicos! —dijo Metzov con desprecio—. Yo no hablé de amenazar, hablé de disparar. Con un ejemplo, los demás entrarán en razón.

Miles decidió que a él tampoco le interesaba mucho la veta humorística de Metzov. ¿O el general estaría hablando en serio?

—Señor, la fetaina es un mutágeno violento —dijo Bonn con obstinación—. No estoy para nada seguro de que los demás entren en razón, no importa cuál sea la amenaza. Se trata de un tema bastante irracional. Yo... yo mismo soy un poco irracional al respecto.

—Ya lo veo. —Metzov lo miró con frialdad. Su mirada se deslizó hacia Yaski, quien tragó saliva y enderezó la espalda, aunque su columna no le ofreció ninguna concesión. Miles trató de hacerse invisible.

—Si pretenden continuar como oficiales militares, ustedes los técnicos necesitan una lección sobre cómo lograr obediencia de sus hombres —decidió Metzov—. Quiero que ambos reúnan a sus dotaciones frente al edificio administrativo en veinte minutos. Pasaremos una pequeña revista disciplinaria al viejo estilo.

—Usted no... no estará pensando seriamente en dispararle a ninguno, ¿verdad? —dijo el teniente Yaski, alarmado. Metzov sonrió con ironía.

—Dudo que tenga que hacerlo. —Se volvió hacia Miles—. ¿Cuál es la temperatura en este momento, oficial de meteorología?

—Cinco grados bajo cero, señor —respondió Miles, cuidando de no hablar más que cuando se dirigían a él.

—¿Y el viento?

—Ráfagas del este a nueve kilómetros por hora, señor.

—Muy bien. —Los ojos de Metzov brillaron con ferocidad—. Pueden retirarse, *caballeros*. Veamos si esta vez son capaces de cumplir sus órdenes.

Enfundado en su abrigo y con las manos enguantadas, Metzov se detuvo frente al edificio administrativo y observó el camino iluminado. ¿Buscando qué?, se preguntó Miles. Ya era casi medianoche. Yaski y Bonn alineaban a sus respectivas dotaciones de técnicos, unos quince hombres vestidos con overoles térmicos y gruesos abrigos, en posición de revista.

Miles se estremeció, y no tan sólo por el frío. El rostro curtido de Metzov se veía furioso. Y cansado. Y viejo- Y temeroso. Le hizo recordar un poco a su abuelo en un mal día. Aunque en realidad Metzov era más joven que su padre, éste ya era un hombre

maduro cuando Miles nació. En ocasiones, su abuelo, el anciano conde general Piotr, parecía un refugiado procedente de otro siglo. Ahora bien, las viejas revistas disciplinarias incluían grandes cachiporras de goma. ¿Hasta dónde llegaba la memoria de Metzov en la historia de Barrayar?

Metzov sonrió disimulando su ira y giró la cabeza ante un movimiento en el camino. Con una voz horriblemente cordial le confió a Miles:

—¿Sabe, alférez? Había un secreto en esa rivalidad entre servicios que tanto cultivaban en la vieja Tierra. En el caso de producirse un motín, uno siempre podía persuadir al ejército para que disparase sobre la marina, o viceversa. Una desventaja oculta para un Servicio combinado como el nuestro.

—¡Un motín! —exclamó Miles, olvidando su decisión de no hablar a menos que se lo pidieran—. Pensé que la cuestión era un derrame de sustancias tóxicas.

—Lo *era*. Por desgracia, a causa del mal manejo de Bonn, ahora es una cuestión de principios. —Un músculo se contrajo en la mandíbula de Metzov.

Tenía que ocurrir alguna vez en el nuevo Servicio. En el Servicio *blando*.

Típicas palabras de un hombre perteneciente al viejo Servicio, los ancianos que alardeaban entre ellos sobre lo rudos que habían sido en los viejos tiempos.

—¿Principios, señor? ¿Qué principios? *Es neutralización de desperdicios* —dijo Miles con voz ahogada.

—Es una negativa en masa a obedecer una orden directa, alférez. Un motín, según la definición de cualquier abogado militar. Afortunadamente, resulta sencillo desarticular esta clase de cosas. Uno debe moverse rápido, cuando todavía no ha crecido mucho y reina la confusión.

El movimiento en el camino resultó ser un pelotón de soldados con su equipo blanco de camuflaje invernal, marchando bajo la dirección de un sargento de la base. Miles reconoció a este último como a un hombre del entorno personal de Metzov. un viejo veterano que había servido bajo sus órdenes durante la revuelta de Komarr y que luego había continuado junto a su maestro. Miles pudo notar que los soldados estaban armados con mortíferos disruptores nerviosos- Considerando el tiempo que pasaban aprendiendo cosas sobre aquellas armas, era muy raro que lograsen tener una entre la manos, y Miles pudo percibir su nerviosismo y excitación desde donde estaba.

El sargento formó a los soldados alrededor de los técnicos y ladró una orden. Todos presentaron sus armas y las apuntaron. Los orificios acampanados brillaron con la luz tenue del edificio administrativo. Se escuchó un murmullo nervioso entre los hombres de Bonn. El rostro de este último estaba lívido, y sus ojos rutilaban como el azabache.

—Desvístanse —ordenó Metzov con los dientes apretados. Incredulidad, confusión; sólo un par de los técnicos comprendieron lo que se les estaba ordenando y comenzaron a desvestirse. Los otros, dirigiendo miradas inciertas a su alrededor, lo hicieron después.

—Cuando vuelvan a estar dispuestos a obedecer sus órdenes —continuó Metzov en una voz impostada que alcanzó a cada hombre—, podrán vestirse y comenzar a trabajar. Depende de ustedes. —Dio un paso atrás, hizo una seña al sargento y adoptó una posición de descanso—. Esto los refrescará —murmuró para si mismo, apenas lo bastante fuerte como para que Miles alcanzara a escucharlo. Metzov parecía seguro de que no estaría allí más de cinco minutos; era como si ya hubiese estado pensando en las habitaciones caldeadas y un trago caliente.

Miles pudo ver que Olney y Pattas estaban entre los técnicos, junto con casi todo el cuadro grecoparlante que lo había fastidiado cuando llegó. A otros los había visto por ahí, o había hablado con ellos cuando investigaba el pasado del hombre ahogado, o apenas sí los conocía. Quince hombres desnudos que comenzaban a temblar violentamente mientras la nieve susurraba alrededor de sus tobillos. Quince rostros atónitos que comenzaban a mostrar su terror. Los ojos se dirigían hacia los disruptores nerviosos, que apuntaban hacia ellos.

Rendios, los alentó Miles en silencio. *No vale la pena*. Pero más de un par de ojos se posaron sobre él y se cerraron con determinación.

Miles maldijo para sus adentros el anónimo cerebro que había inventado la fetaína como arma de disuasión, no por su química sino por su conocimiento de la psiquis barrayerana. La fetaína nunca hubiese podido ser utilizada. Cualquier facción que tratase de hacerlo se rebelaría contra ella misma y terminaría destruida por convulsiones mortales.

Yaski, quien se encontraba detrás de sus hombres, parecía completamente horrorizado. Bonn, con una expresión negra y frágil como la obsidiana, comenzó a quitarse los guantes y la chaqueta.

¡No, no, no!, gritó Miles en su cabeza. *Si se une a ellos jamás cederán. Sabrán que tienen razón*. Era un terrible error, un terrible... Bonn dejó caer sus ropas en una pila, marchó hacia delante, se unió a la fila, viró y clavó los ojos en los de Metzov, Éste lo observó con una furia renovada.

—Muy bien —susurró—, se condena solo. Entonces, congélese.

¿Cómo podía ser que las cosas hubiesen empeorado tanto y tan rápido?

Ahora era un buen momento para recordar alguna obligación en la oficina meteorológica y marcharse de allí. Si tan sólo esos malditos dejaran de temblar y se rindieran, Miles podría pasar por aquello sin una mancha en su registro. No cumplía ninguna función allí...

Los ojos de Metzov se posaron en él. —Vorkosigan, puede coger un arma y ser útil en esto o considerarse despedido.

Podía partir. ¿Podía partir? Al ver que no hacía ningún movimiento, el sargento se acercó a él y le colocó un disruptor nervioso entre las manos- Miles lo cogió mientras trataba de pensar con un cerebro que de pronto parecía de serrín. Conservó la lucidez suficiente como para asegurarse de que el seguro estuviese puesto antes de apuntar el arma con imprecisión hacia los hombres formados.

Esto no se convertirá en un motín. Será una masacre.

Uno de los soldados armados emitió una risita nerviosa. ¿Que les habían dicho que hicieran? ¿Qué *creían* que estaban haciendo? Muchachos de dieciocho, diecinueve años... ¿eran capaces tan siquiera de reconocer una orden criminal? ¿O de saber lo que hacer con ella en todo caso?

¿Y Miles?

La situación era ambigua, ése era el problema. No tenía sentido. Miles sabía sobre órdenes criminales, como cualquier hombre de la Academia. En el último año de la carrera, su padre había ido personalmente a dictar un seminario de un día sobre el tema. Lo había convertido en un requisito para graduarse, por edicto imperial, en sus días de Regente. Qué era exactamente lo que constituía una orden criminal, cuándo y cómo desobedecerla. Con vídeos de diversos casos históricos, incluyendo el desastre político causado por la Masacre de Solstice, se llevaba a cabo bajo la conducción del almirante en persona. Invariablemente uno o dos cadetes debían abandonar la habitación para vomitar durante esa parte. Los otros instructores odiaban el «día de Vorkosigan». Después de ello, sus clases quedaban desorganizadas durante semanas. Casi siempre el almirante Vorkosigan debía regresar un tiempo después, para disuadir a algún perturbado cadete de abandonar la carrera casi al final de la misma. Hasta donde Miles sabía, sólo los cadetes de la academia asistían a esta clase, aunque su padre hablaba de grabarla en un holovideo y convenirla en parte del entrenamiento básico del Servicio. Algunas partes del seminario habían constituido una revelación incluso para Miles.

Por esto... Si los técnicos hubiesen sido civiles, habría estado claro que Metzov se equivocaba. Si se hubiesen encontrado en tiempos de guerra, asolados por los enemigos, Metzov podía haber estado ejerciendo su derecho, o incluso su deber. Esto transcurría en alguna parte intermedia. Soldados que desobedecían, pero de forma pasiva. Ningún

enemigo a la vista. Ni siquiera una situación que amenazara necesariamente la condición física de aquellos que vivían en la base (exceptuando las de ellos), aunque cuando virase el viento eso podía cambiar.

No estoy listo para esto, todavía no. Es demasiado pronto. *¿Qué era lo correcto?*

Mi carrera.... Un pánico claustrofóbico, como el que sentiría un hombre con la cabeza atrapada en una alcantarilla, subió por el pecho de Miles. El disruptor nervioso osciló un poco entre sus manos. Sobre el reflector parabólico podía ver a Bonn en la fila, demasiado helado para continuar discutiendo. Sus orejas comenzaban a volverse blancas, al igual que sus manos y sus pies. Un hombre cayó al suelo temblando, pero no hizo ningún movimiento para rendirse. *¿Había alguna sombra de duda en el cuello rígido de Metzov?*

Por un lunático instantáneo Miles imaginó que quitaba el seguro y le disparaba a Metzov. *¿Y entonces qué? ¿Dispararía contra los soldados? No podría acabar con todos antes de que lo acabasen a él.*

Entre todos los soldados de menos de treinta aquí, yo podría ser el único que alguna vez haya matado a un enemigo, en batalla o fuera de ella. *Los soldados eran capaces de disparar por ignorancia, o por pura curiosidad. No sabían lo bastante como para no hacerlo. Lo que hagamos en la próxima media hora permanecerá en nuestro recuerdo mientras sigamos con vida.*

Podía tratar de no hacer nada. Sólo cumplir órdenes. *¿En cuántos problemas podía meterse si no hacía más que cumplir órdenes? Cada comandante por el que pasara le había dicho que necesitaba aprender a acatar una orden.*

¿Cree que entonces disfrutará embarcándose, alférez Vorkosigan... junto con su pandilla de fantasmas congelados? Al menos nunca estará solo...

Sin soltar el disruptor nervioso. Miles retrocedió un poco. Desde allí ya no era visible para los soldados ni para Metzov. Las lágrimas le nublaron los ojos. Por el frío, sin duda. Miles se sentó en el suelo. Se quitó los guantes y las botas, dejó caer el abrigo y la camisa. Después de colocar los pantalones y la ropa interior térmica sobre la pila, apoyó encima el disruptor nervioso con sumo cuidado. Entonces dio un paso adelante. Los bragueros de sus piernas eran como carámbanos contra sus muslos.

Odio la resistencia pasiva. La odio de verdad.

—¿Qué diablos cree que hace, alférez? —gruñó Metzov cuando Miles pasó cojeando a su lado.

—Termino con esto, señor —respondió Miles con firmeza. Incluso ahora algunos de los temblorosos técnicos se apartaron de él, como si sus deformidades pudieran ser contagiosas. Sin embargo, Pattas no se apartó. Ni Bonn.

—Bonn ya intentó esa fanfarronada. Ahora lo está lamentando- No funcionará con usted tampoco, Vorkosigan. —La voz de Metzov también temblaba, aunque no por el frío.

Debió haber dicho «alférez». *¿Qué había en su nombre? Miles pudo ver el murmullo de desaliento que corrió entre los soldados. No, esto no había funcionado con Bonn. Posiblemente él era el único allí para quien esa clase de intervención individual podía funcionar. Dependiendo de lo lejos que hubiese llegado Metzov en su locura.*

Ahora Miles habló por el bien tanto de Metzov como de los soldados.

—Existe la posibilidad... aunque remota... de que Seguridad del Servicio no investigue las muertes del teniente Bonn y sus hombres, si usted altera los informes adjudicándoselas a algún accidente. Puedo garantizarle que Seguridad Imperial investigará la mía.

Metzov esbozó una sonrisa extraña.

—Suponga que no queda nadie vivo para denunciarla. El sargento de Metzov parecía tan rígido como su superior. Miles pensó en Ahn, el ebrio Ahn, el silencioso Ahn. *¿Qué había visto él hacía mucho, cuando ocurrían cosas demenciales en Komarr? ¿Qué clase de testigo superviviente había sido? ¿Uno culpable, tal vez?*

—Lo siento, señor, pero veo al menos a diez testigos detrás de esos disruptores nerviosos. —Las parábolas plateadas parecían enormes, como grandes bandejas, desde su nueva posición. El cambio de punto de vista era sorprendentemente esclarecedor. Ahora no había ambigüedad. Miles continuó—: ¿O se propone ejecutar a todo su pelotón de fusilamiento y luego suicidarse? Seguridad Imperial interrogará a cualquiera que tenga delante. No podrá silenciarme a mí. Vivo o muerto, a través de mi boca o de la suya... o de la de ellos... prestaré testimonio. —Los temblores convulsionaban el cuerpo de Miles. Era asombroso el efecto que producía una ligera brisa del este con esa temperatura. Luchó para que los temblores no afectasen su voz y el frío fuese interpretado como miedo.

—Pequeño consuelo si... si se deja morir de frío, alférez. —El sarcasmo de Metzov irritó los nervios de Miles. Ese hombre seguía pensando que gozaba de ventaja. Era un demente.

Miles sentía un extraño calor en los pies, a pesar de estar descalzo. Sus cejas se habían congelado. Estaba alcanzando rápidamente a los demás, en lo que se refería a morir de frío, y esto se debía a que su cuerpo era más pequeño. Comenzaba a amoratarse.

La base cubierta de nieve estaba tan silenciosa... Casi podía escuchar cómo cada copo se deslizaba sobre la capa de hielo. Podía escuchar cómo vibraban los huesos de los hombres que lo rodeaban, y también la respiración temerosa de los soldados. El tiempo pasaba.

Podía amenazar a Metzov, quebrar su confianza con oscuras referencias a Komarr, *la verdad será conocida...* Podía apelar al grado y la posición de su padre. Podía... maldición, Metzov debía comprender que había ido demasiado lejos, no importaba lo loco que estuviese. Su revista disciplinaria no había funcionado y ahora quería defender su autoridad hasta la muerte. *Puede llegar a resultar muy peligroso si se siente amenazado...* Era difícil ver el miedo subyacente bajo ese sadismo, Pero tenía que estar allí, oculto... La presión no funcionaba. Metzov estaba prácticamente petrificado por la resistencia. ¿Y si probaba por otro camino?

—Pero considere las ventajas de detenerse, señor —tartamudeó Miles con tono persuasivo—. Ahora tiene la evidencia de un motín, de una conspiración. Puede arrestarnos a todos, arrojarnos a la prisión. Sería una mejor venganza porque lo obtendría todo sin perder nada. Yo perdería mi carrera, sería licenciado con deshonra, tal vez encarcelado... ¿No cree que preferiría morir? Seguridad del Servicio nos castigaría a todos en su nombre. Usted lo obtendría todo.

Sus palabras lo habían enganchado. Miles pudo ver el resplandor rojizo que desaparecía de sus ojos, la ligera flexión de ese cuello rígido. Ahora sólo tenía que soltar el cordel, contenerse para no tirar con fuerza, renovando así la furia de Metzov.

Aguarda...

Metzov se acercó a él. Bajo la luz del reflector, su aliento helado formaba un halo alrededor de su cuerpo. Cuando habló, lo hizo en voz baja, sólo para Miles.

—La respuesta típica de un Vorkosigan. Su padre fue blando con la escoria de Komarr. Lo pagamos con nuestras vidas. Una corte marcial para el niño del almirante... Eso podría hacer que el grandioso bribón agachase la cabeza, ¿verdad?

Miles tragó saliva helada.

Aquellos que no conocen su historia, pensó, están condenados a continuar hollándola. Al parecer, aquellos que lo hacían eran dignos de lástima.

—Controle ese maldito derrame de fetaína —susurró con voz ronca—. Y ya lo verá.

—Están todos bajo arresto —gritó Metzov de pronto, dejando caer los hombros—. Vístanse.

Los hombres parecieron aturridos por el alivio. Después de una última mirada desconfiada a los disruptores nerviosos se lanzaron sobre sus ropas, vistiéndose

desesperadamente con las manos ateridas de frío. Pero en los ojos de Metzov, Miles había visto como todo acababa sesenta segundos antes.

Le recordó la definición de su padre: *Un arma es un dispositivo para hacer que tu enemigo cambie de idea*. La mente era el primer campo de batalla y el último. Lo que había entre ambos no era más que ruido.

Al ver que Miles ocupaba el centro de la atención, Yaski había aprovechado la oportunidad para introducirse silenciosamente en el edificio administrativo y realizar varias llamadas desesperadas. Como resultado, llegaron el comandante de los soldados, el cirujano de la base y el segundo jefe de Metzov, preparados para persuadir, o tal vez sedar y confinar al comandante de la base. Pero para ese entonces Miles, Bonn y los técnicos ya estaban vestidos y marchaban, con paso tambaleante y apuntados por los disruptores nerviosos, hacia el bunker que hacía las veces de prisión.

—¿S-se supone que debo darle las gracias por esto? —le preguntó Bonn a Miles, castañeteando los dientes. Sus manos y pies estaban casi paralizados; Miles y él se apoyaban el uno en el otro, avanzando Juntos por el camino.

—¿Obtuvimos lo que queríamos, eh? Va a eliminar la fetaína antes de que el viento cambie por la mañana. Nadie morirá. A nadie se le congelarán los testículos. Hemos vencido. Creo. —Miles emitió una risita extraña con los labios endurecidos.

—Nunca pensé —murmuró Bonn— que llegaría a conocer a alguien más loco que Metzov.

—Yo no hice nada que usted no hiciera —protestó Miles—. Salvo que logré que funcionara. Más o menos. De todos modos, las cosas se verán diferentes por la mañana.

—Si. Peor —predijo Bonn tristemente.

Miles despertó de un sueño intranquilo al escuchar que se abría la puerta de su celda. Estaban trayendo a Bonn de vuelta. Miles se frotó el rostro barbudo.

—¿Qué hora es, teniente?

—Está amaneciendo. —Bonn se veía tan pálido, desaliñado y abatido como él mismo se sentía.

Bajó de su catre con un gruñido de dolor.

—¿Qué está ocurriendo?

—Seguridad del Servicio anda por todas partes. Enviaron a un capitán del continente. Metzov le ha estado calentando la cabeza, creo. Hasta el momento sólo se han prestado testimonios.

—¿Ya se han ocupado de la fetaína?

—Sí. —Bonn esbozó una sonrisa amarga—. Acaban de llevarme a verificar y firmar el cumplimiento del trabajo. El bunker se convirtió en un lindo horno.

—Alférez Vorkosigan, solicitan su presencia —dijo el guardia de seguridad que había traído a Bonn—. Venga conmigo.

Miles se puso de pie con dificultad y cojeó hasta la puerta de la celda.

—Lo veré luego, teniente.

—De acuerdo. Si en el camino encuentra a alguien con un desayuno, ¿por qué no utiliza su influencia política y lo envía hacia aquí, eh?

Miles sonrió con tristeza.

—Lo intentaré.

Miles siguió al guardia a través del corto corredor. No podía decirse que la prisión de la Base Lazkowski fuese una cárcel de alta seguridad. En realidad no era más que un bunker con habitaciones que se cerraban desde el exterior y no tenían ventanas. El clima solía ser mejor guardián que cualquier reja, por no mencionar los 500 kilómetros de agua helada que rodeaban la isla.

La oficina de seguridad de la base estaba muy atareada aquella mañana. Junto a la puerta aguardaban dos extraños con el rostro sombrío, un teniente y un fornido sargento con la insignia de Seguridad Imperial en el uniforme. Seguridad *Imperial*, no Seguridad del

Servicio. Los mismos que habían custodiado a su familia y toda la vida política de su padre. Miles los observó encantado.

El secretario de seguridad de la base parecía muy atareado, con la consola de su escritorio encendida y parpadeante.

—Alférez Vorkosigan, necesito la impresión de su palma en esto.

—Muy bien, ¿qué estoy firmando?

—Sólo las órdenes de traslado, señor.

—¿Qué? Ah... —Miles se detuvo con la mano levantada en su guante plástico—. ¿Cual?

—La que corresponde, señor.

Con dificultad, Miles se quitó el guante derecho. Su mano estaba brillante por el gel medicinal que se suponía le estaban curando la congelación. Se la veía hinchada, enrojecida y deformada, pero el remedio debía de estar funcionando. Ya podía mover todos los dedos. Necesitó tres intentos, presionando sobre la plancha de identificación, antes de que el ordenador lo reconociera.

—Ahora la suya, señor. —El secretario señaló al teniente de Seguridad Imperial. El hombre apoyó la mano sobre la plancha y el ordenador emitió una señal de aprobación. El teniente retiró su mano y observó con desconfianza el brillo pegajoso. Entonces miró a su alrededor buscando una toalla, pero, al no encontrarla, se limpió con disimulo en el pantalón, Justo detrás de la pistola cargada con sedante- El secretario frotó la plancha con la manga de su camisa y tocó su intercomunicador.

—Me alegro de verlos, amigos —le dijo Miles al oficial de Seguridad Imperial—. Lamento que no hayan estado aquí anoche. El teniente no le devolvió la sonrisa.

—Sólo soy un correo, alférez. No tengo autorización para discutir su caso.

El general Metzov apareció en la puerta de la oficina con un fajo de hojas plásticas en la mano. A su lado venía un capitán de Seguridad del Servicio, quien saludó al teniente con un cauteloso movimiento de cabeza.

El general casi sonreía.

—Buenos días, alférez Vorkosigan. —La presencia del hombre de Seguridad Imperial no pareció perturbarlo—, Al parecer, había un aspecto de este caso que no había considerado. Cuando un Vor se complica en un motín militar, automáticamente es acusado de alta traición.

—¿Qué? —Miles tragó saliva para recuperar la voz—. Teniente, yo no estoy siendo arrestado por Seguridad *Imperial*, ¿verdad?

El teniente extrajo un par de esposas y procedió a maniatarlo al robusto sargento. *Overholt* era el nombre escrito en la placa del hombre, y no tenía más que alzar el brazo para que Miles quedara colgando como un gatito.

—Está siendo detenido mientras se efectúa la investigación correspondiente —dijo el teniente con formalidad.

—¿Cuánto tiempo?

—Indefinidamente.

El teniente se dirigió hacia la puerta. El sargento hizo lo mismo y Miles no tuvo más remedio que seguirlo.

—¿Adonde? —preguntó Miles con desesperación.

—Cuartel General de Seguridad Imperial. ¡*Vorbarr Sultana!*

—Necesito recoger mis cosas...

—Sus habitaciones ya han sido vaciadas.

—¿Regresaré aquí?

—No lo sé, alférez.

El amanecer teñía el Campamento Permafrost de grises y amarillos cuando el gato-veloz los depositó en la pista de lanzamiento. La nave suborbital de Seguridad Imperial se encontraba posada sobre el cemento helado, como un ave de presa accidentalmente

posada en un palomar. Pulida, negra e implacable, parecía romper la barrera del sonido sin moverse de allí. Su piloto estaba en posición de apresto, con los motores encendidos para el despegue.

Miles ascendió por la rampa con dificultad detrás del sargento Overholt, tironeado por el metal frío de las esposas. Diminutos cristales de hielo danzaban con el viento del noroeste. La temperatura sería estable durante la mañana, lo sabía por la sequedad particular de la humedad relativa en sus senos paranasales. ¡Dios santo, ya era hora de abandonar esa isla!

Miles inspiró profundamente por última vez, y entonces la puerta de la nave se cerró tras él con un susurro de serpiente. Dentro había un silencio profundo y denso que ni siquiera era penetrado del todo por el rugir de los motores.

Al menos no hacía frío.

6

En la ciudad de Vorbarr Sultana el otoño era una hermosa época del año, y ese día era un ejemplo de ello. El aire estaba límpido y azul, la temperatura fresca y perfecta, y hasta el olor de la neblina industrial era agradable. Las flores otoñales aún no se habían helado, pero los árboles importados de la Tierra habían mudado de color. Al bajar de la camioneta de Seguridad para entrar en el gran edificio macizo que era el Cuartel General de Seguridad Imperial, Miles alcanzó a ver uno de tales árboles. Un arce terrestre, con hojas cornalinas y un tronco gris plateado, en la acera de enfrente. Entonces la puerta se cerró. Miles retuvo la imagen de ese árbol, tratando de memorizarlo, por si acaso no llegaba a verlo nunca más.

El teniente presentó pases a los guardias de la puerta, y junto con Overholt, comenzaron a recorrer un laberinto de corredores hasta llegar a un par de tubos elevadores. Se introdujeron en el que subía, no en el que bajaba. Por lo tanto, Miles no estaba siendo conducido directamente a la prisión de alta seguridad debajo del edificio. Al comprender lo que esto significaba, lamentó profundamente no estar en el tubo que bajaba.

Les indicaron que entrasen en una oficina del nivel superior ocupada por un capitán de Seguridad, y de allí que pasaran a una oficina interior. Un hombre delgado, suave, con ropas de civil y las sienes encanecidas estaba sentado ante su enorme escritorio estudiando un vídeo en su consola. El hombre miró a los escoltas de Miles.

—Gracias, teniente, sargento. Pueden retirarse.

Overholt soltó a Miles de su muñeca y el teniente preguntó:

—Eh, ¿no correrá peligro, señor?

—Espero que no —dijo el hombre con frialdad.

Sí, ¿pero qué hay de mí?, gimió Miles por dentro. Los dos soldados partieron y lo dejaron solo. Miles estaba sucio, barbudo, todavía con el traje de fajina negro que se había puesto... ¿Justo la noche anterior? Tenía el rostro demacrado, y tanto sus manos como sus pies seguían untados de medicina y envueltos en plástico. Ahora los dedos de sus pies se movían en su blanda matriz. No llevaba botas. Había echado una cabezada en las dos horas de vuelo, pero no se sentía más descansado. Tenía la garganta irritada y la nariz cargada, y le dolía el pecho al respirar.

Simon Illyan, Jefe de Seguridad Imperial barrayarana, cruzó los brazos y recorrió a Miles con la mirada lentamente, de la cabeza a los pies y vuelta a empezar. Miles tuvo una vaga sensación de *déjà vu*.

Prácticamente todos en Barrayar temían su nombre, aunque muy pocos conocían su rostro. El efecto era cuidadosamente cultivado por Illyan, creado en parte, pero sólo en parte, sobre el legado de su formidable predecesor, el legendario Jefe de seguridad Negri.

Illyan y su departamento habían proporcionado seguridad al padre de Miles durante los veinte años de su carrera política, y sólo habían fallado una vez, durante la noche del infame ataque con soltoxina. Por otro lado. Miles no sabía de ninguna persona que atemorizase a Illyan, con excepción de la madre del propio Miles. Una vez le había preguntado a su padre si esto se debía a la culpa por lo ocurrido con la soltoxina, pero el conde Vorkosigan le había respondido: «No, es sólo porque perdura el efecto de una primera impresión muy vivida». Miles había llamado a Illyan «tío Simon» hasta que ingresó en el Servicio, y «señor» después de eso.

Ahora, al mirar el rostro de Illyan, a Miles le pareció que finalmente comprendía la diferencia entre exasperación y absoluta exasperación.

Illyan terminó de inspeccionarlo, sacudió la cabeza y gimió:

—Maravilloso. Realmente maravilloso. Miles se aclaró la garganta.

—Eh... ¿realmente estoy... bajo arresto, señor?

—Eso es lo que habremos de determinar en esta entrevista. —Illyan suspiró y se reclinó en su silla—. He estado levantado desde las dos de la mañana por este asunto. Los rumores corren por todo el Servicio llevados por la red de vídeo. Los hechos parecen mutar cada cuarenta minutos, como si fuesen bacterias. No creo que hayas podido encontrar una forma más pública para destruirte a ti mismo. Tratar de asesinar al emperador con tu navaja de bolsillo, tal vez, o violar a una oveja en la Gran Plaza a la hora más concurrida.

—El sarcasmo se mezclaba con verdadero dolor—. Él tenía tantas esperanzas puestas en ti... ¿Cómo has podido traicionarlo de ese modo?

No había necesidad de preguntar quién era «él». El gran Vorkosigan.

—No... no creo haberlo hecho, señor. No lo sé. Una luz titiló en la consola de Illyan. Este exhaló mirando a Miles con dureza y accionó un control. La segunda puerta de su oficina, camuflada en la pared a la derecha de su escritorio, se abrió para dar paso a dos hombres con uniforme verde.

El Primer Ministro, conde almirante Aral Vorkosigan llevaba su uniforme con tanta naturalidad como un animal lleva su piel. Era un hombre de altura mediana, cabellos grises, mandíbula fuerte y cicatrices. Tenía el cuerpo de un bandolero y, sin embargo, sus ojos grises eran los más penetrantes que Miles jamás hubiese visto. A su lado estaba su asistente, un teniente alto y rubio llamado Jóle. Miles lo había conocido durante su última licencia. Ahora se había convertido en un oficial perfecto, valeroso y brillante... Había servido en el espacio, había sido condecorado por alguna valiente y rápida acción durante un horrendo accidente de a bordo, había paseado por todo el cuartel general mientras se reponía de sus heridas y muy pronto había sido ascendido a secretario militar por el Primer Ministro, quien tenía muy buen ojo para los nuevos talentos. Y, para colmo, era tan apuesto que debía estar filmando vídeos de reclutamiento. Miles suspiraba de celos cada vez que se cruzaba con él. Jóle era incluso peor que Iván, quien a pesar de ser terriblemente atractivo, nunca había sido tildado de brillante.

Gracias, Jóle —murmuró el conde Vorkosigan mientras sus ojos se encontraban con los de Miles—, Lo veré luego en la oficina.

—Sí, señor. —Jóle se retiró, no sin antes dirigir una mirada de preocupación a Miles y a su superior. Entonces la puerta volvió a cerrarse.

Illyan todavía mantenía apretado un control en su consola.

—¿Se encuentra aquí de forma oficial? —le preguntó al conde Vorkosigan.

—No.

Illyan apagó algo... un grabadora, comprendió Miles.

—Muy bien —dijo con un tono de duda.

Miles hizo la venia a su padre. Este lo ignoró y lo abrazó con expresión muy seria, sin hablar. Entonces se sentó en la única silla que quedaba libre, cruzó los brazos y los pies y dijo:

—Continúe, Simón.

Illyan, quien había sido interrumpido en la mitad de lo que, según Miles, amenazaba con convenirse en un sermón, se mordió el labio con frustración.

—Aparte de los rumores —le dijo al fin—, ¿qué fue lo que ocurrió realmente en esa maldita isla anoche?

Con las palabras más neutrales y sucintas que pudo encontrar, Miles describió los eventos de la noche anterior, comenzando por el derrame de fetaína y terminando por su arresto. Su padre no hizo ningún comentario durante todo el relato, pero no dejaba de dar vueltas al lápiz óptico que tenía en la mano.

Cuando Miles terminó, se hizo un silencio. El lápiz estaba volviendo loco a Miles. Deseó fervientemente que su padre guardara esa maldita cosa o que la arrojara a la basura.

Por fortuna, su padre guardó el lápiz óptico en el bolsillo de su chaqueta, se reclinó en la silla y unió las yemas de los dedos con el ceño fruncido.

—Déjame entender bien esto. ¿Dices que Metzov ignoró la cadena de mando y ordenó a sus *soldados bisoños* que formasen un pelotón de fusilamiento?

—A diez de ellos. No sé si fueron voluntarios o no.

—Soldados reclutas. —El rostro del conde Vorkosigan estaba sombrío—. Muchachos.

—Dijo algo respecto a que era como el ejército contra la marina, allá en la vieja Tierra.

—¿Eh? —dijo Illyan.

—Creo que Metzov no se encontraba muy estable cuando fue exiliado a la isla Kyril después de sus problemas en la revuelta de Komarr, y quince años de rumiar el asunto no han mejorado las cosas, —Miles vaciló—. El general Metzov... ¿será interrogado por todo esto, señor?

—Según tu relato —dijo el almirante Vorkosigan—, el general Metzov arrastró a un pelotón de jovencitos a lo que estuvo cerca de convenirse en un asesinato en masa.

Miles asintió con la cabeza. En su cuerpo dolorido todavía vivía el recuerdo de aquella experiencia.

—Por ese pecado, no habrá pozo lo bastante profundo para protegerlo de mi ira. Ya lo creo que nos ocuparemos de Metzov. —Su rostro estaba espantosamente sombrío.

—¿Qué hay de Miles y los amotinados? —preguntó Illyan.

—Me temo que deberemos tratarlo como una cuestión aparte.

—O dos cuestiones aparte —precisó Illyan de forma significativa.

—Hmm... Miles, hablame de los hombres al otro extremo de las pistolas.

—Técnicos, señor, en su mayoría. Unos cuantos, griegos. Illyan hizo una mueca.

—Buen Dios, ¿ese hombre no tiene ningún sentido político?

—No que yo le haya podido observar. Pensé que traería problemas. —Bueno, lo había pensado después, tendido en el catre de su celda después de que partiera el equipo médico. Había pensado en las otras consecuencias políticas. Más de la mitad de los técnicos pertenecían a la minoría grecoparlante. De haberse convenido en una masacre, sin duda los separatistas se hubiesen echado a la calle, acusando al general de matar a los griegos por cuestiones raciales. ¿Más muertes y más caos, como después de la Masacre de Solstice?—. Se... se me ocurrió pensar que, al menos, si moría con ellos, quedaría claro que no había sido una confabulación de su gobierno ni de la oligarquía Vor. Por lo tanto, si vivía, vencía, y si moría, también. O al menos habría prestado un servicio. Fue algo así como una estrategia.

El mayor estrategia de Barrayar se frotó las sienes, como si le dolieran.

—Bueno... algo así.

Miles tragó saliva.

—¿Y qué pasará ahora, señores? ¿Seré acusado de alta traición?

—¿Por segunda vez en cuatro años? —preguntó Illyan—. Diablos, no. No pienso pasar por eso otra vez. Simplemente te haré desaparecer hasta que esto se haya disipado. Aún no he decidido adonde. A la isla Kyril es imposible.

—Me alegra escucharlo. —Miles lo miró unos momentos—. ¿Qué hay de los otros?

—¿Los soldados? —dijo Illyan.

—Los técnicos. Mis... mis compañeros amotinados. Illyan hizo una mueca ante el término.

—Sería muy injusto que yo aprovechara mi privilegio de ser un Vor y los dejara a ellos enfrentando solos las acusaciones —agregó Miles.

—El escándalo público de tu proceso dañaría la coalición centrista de tu padre. Tus escrúpulos morales podrán ser admirables, Miles, pero no estoy seguro de poder permitírmelos.

Miles clavó los ojos en el Primer Ministro, conde Vorkosigan.

—¿Señor?

El conde Vorkosigan se mordió el labio inferior con expresión pensativa.

—Sí, yo podría hacer que se levanten los cargos contra ellos, por edicto imperial. Sin embargo, eso tendría un precio. —Se inclinó hacia delante y miró a Miles con expresión muy seria—. Nunca podrías volver a prestar servicio. Los rumores se esparcirán aunque no haya un Juicio. Ningún comandante querrá tenerte a sus órdenes. Nadie confiará en ti ni creará que llegues a ser un verdadero oficial, no un tipo protegido por privilegios especiales.

Miles exhaló un largo suspiro.

—En un extraño sentido, éstos eran mis hombres. Hágalo. Anule los cargos.

—Entonces, ¿renunciarás a tu grado? —preguntó Illyan, lívido.

Miles tenía frío y sentía ganas de vomitar.

—Lo haré —dijo con voz débil.

Con expresión abstraída, Illyan miró su consola unos momentos, pero de pronto alzó la cabeza.

—Miles, ¿cómo supiste que el general Metzov fue cuestionado por sus acciones durante la revuelta de Komarr? Es un asunto secreto.

—Ah, ¿Iván no les habló sobre la pequeña filtración en los archivos de Seguridad Imperial, señor?

—¿Qué?

Maldito Iván.

—¿Puedo sentarme, señor? —murmuró Miles. La habitación daba vueltas, y le dolía la cabeza. Sin aguardar el permiso, se sentó con las piernas cruzadas sobre la alfombra, parpadeando. Su padre se movió hacia él con preocupación, pero entonces se contuvo—. Estuve haciendo averiguaciones sobre el pasado de Metzov a raíz de algo que me dijo Ahn. De paso, cuando se ocupen de Metzov, les sugiero que interroguen primero a Ahn. Él sabe más de lo que ha dicho. Lo encontrarán en alguna parte del ecuador, espero.

—Mis *archivos*. Miles.

—Ah, sí. Bueno, resulta que si uno encara una consola protegida con una de salida, se pueden leer archivos de Seguridad desde cualquier parte de la red de vídeo. Por supuesto, uno debe tener a alguien en el cuartel general para enfrentar las consolas y mostrar los archivos. Pero... bueno, pensé que usted debía saberlo, señor.

—Seguridad perfecta —dijo el conde Vorkosigan con voz ahogada. Reía entre dientes, notó Miles con sorpresa. Illyan parecía estar chupando un limón.

—¿Cómo...? —comenzó Illyan. Se detuvo para mirar con dureza al conde, y volvió a comenzar—: ¿Cómo lo descubriste?

—Era obvio.

—Seguridad hermética, dijo usted —murmuró el conde Vorkosigan, sin poder contener la risa—. La más costosa que se ha ideado. A prueba de los virus más inteligentes- El equipo más sofisticado, ¿y dos alféreces son capaces de violarlo?

Aguijoneado, Illyan replicó:

—¡Yo no prometí que fuera a prueba de idiotas!

El conde Vorkosigan se enjugó los ojos y suspiró.

—Ah, el factor humano. Corregiremos el defecto, Miles, gracias.

—Eres un cañón sin amarrar, muchacho, disparando en todas direcciones —le gruñó Illyan, estirando el cuello para verlo por encima del escritorio.

Miles todavía estaba en el suelo, encorvado y sin fuerzas— Esto, junto a tu travesura anterior con esos malditos mercenarios... Un arresto domiciliario no sería suficiente. No volveré a dormir tranquilo hasta que te tenga encerrado en una celda con las manos atadas a la espalda.

Miles, quien en ese momento hubiese asesinado a alguien con tal de dormir decentemente una hora, sólo se encogió de hombros. Tal vez lograrse persuadir a Illyan para que lo dejara ir a esa bonita celda sin más demora.

El conde Vorkosigan había guardado silencio, y en sus ojos se veía un extraño brillo pensativo. Illyan también notó su expresión y se detuvo.

—Simon —dijo el conde Vorkosigan—, no cabe duda de que Seguridad Imperial tendrá que continuar vigilando a Miles. Tanto por su bien como por el mío.

—Y por el del Emperador —agregó Illyan, con malhumor—. Y por el de Barrayar. Y por el de los espectadores inocentes.

—¿Pero existe un modo mejor y más eficiente para vigilarlo que ser *asignado* a Seguridad Imperial?

—¿Qué? —exclamaron Illyan y Miles a la vez, en el mismo tono horrorizado.

—No hablará en serio —dijo Illyan.

—Seguridad nunca estuvo entre mis diez asignaciones preferidas —señaló Miles.

—No se trata de una preferencia, sino de una aptitud. Recuerdo que el mayor Cecil lo discutió conmigo en cierta ocasión. Pero tal como dice Miles, no lo incluyó en su lista.

Tampoco había puesto meteorólogo polar en su lista, recordó Miles.

—Usted lo dijo antes —observó Illyan—. Ahora ningún comandante del Servicio lo querrá. Y yo no soy una excepción.

—A decir verdad, no hay ninguno a quien yo pueda confiárselo. Con excepción de usted. —El conde Vorkosigan esbozó una sonrisa particular—. Siempre he confiado en usted. Simón. Illyan pareció algo aturdido, como un gran táctico que comenzaba a verse vencido por otra estrategia.

—Supondrá matar varios pájaros de un tiro —continuó el conde Vorkosigan con la misma voz persuasiva—. Podemos decir que se trata de un exilio interno no oficial, de una degradación. Eso nos libraré de mis enemigos políticos, quienes de otro modo intentarían sacar algún provecho de este asunto. Suavizará la imagen de que estamos perdonando un motín, cosa que ningún servicio militar puede permitir.

—Un verdadero exilio —dijo Miles—, Aunque sea extraoficial e interno.

—¡Oh, sí! —dijo el conde Vorkosigan con suavidad—. Pero no será una verdadera deshonra.

—¿Podremos confiar en él? —preguntó Illyan con desconfianza.

—Parece que sí. —La sonrisa del conde era como el brillo de una navaja—. Seguridad podrá aprovechar sus talentos. Más que ningún otro departamento, seguridad *necesita* de sus talentos.

—¿Para ver lo obvio?

—Y lo que no es tan obvio. Existen muchos oficiales a quienes se les puede confiar la vida del emperador. No hay tantos a quienes se les pueda confiar su honor.

De mala gana, Illyan hizo un gesto vago de aceptación. Quizá por prudencia, el conde Vorkosigan no trató de obtener un mayor entusiasmo de su Jefe de Seguridad. Se volvió hacia Miles y le dijo:

—Pareces necesitar una enfermería.

—Necesito una cama.

—¿Qué tal una cama en la enfermería? Miles tosió y parpadeó con fatiga.

—Sí, me parece bien.

—Vamos, buscaremos una.

Miles se levantó y salió apoyado en el brazo de su padre, con los pies chapoteando en sus bolsas de plástico.

—Aparte de todo, ¿cómo estaba la isla Kyril, alférez Vorkosigan? —inquirió el conde—. Tu madre ha notado que no te comunicabas muy seguido con casa.

—Estaba ocupado. El clima era brutal, el terreno era mortífero, y un tercio de la población, incluyendo a mi superior inmediato, estaba ebria la mayor parte del tiempo. El cociente intelectual promedio igualaba la temperatura media en grados centígrados, no había una mujer en quinientos kilómetros a la redonda y el comandante de la base era un psicópata homicida. Aparte de todo eso, era encantadora.

—Parece que no ha cambiado en lo más mínimo en veinte años.

—¿Ha estado allí? ¿Y de todos modos permitió que me enviaran a *mi*?

—Comandé la Base Lazkowski durante cinco meses, mientras aguardaba la capitania del crucero *General Vorkraft*. Durante ese período mi carrera sufría una especie de eclipse político.

—¿Y qué le pareció?

—No recuerdo demasiado. Estaba ebrio la mayor parte del tiempo. Cada uno encuentra su propia forma de soportar al Campamento Permafrost. Yo diría que a tí te ha ido mejor que a mí.

—Encuentro alentador saber que usted ha sobrevivido a ello, señor.

—Pensé que así sería. Por eso lo mencioné. De todos modos, no fue una experiencia que yo querría exhibir como ejemplo. Miles miró a su padre.

—¿Piensa... piensa que hice lo correcto, señor? Anoche.

—Sí —dijo el conde simplemente—. Algo correcto. Tal vez no haya sido la mejor de todas las actitudes correctas posibles. Quizá dentro de tres días encuentres una táctica que hubiese sido más adecuada, pero tú eras quien estaba allí y debía decidirlo. Yo trato de no mostrarme más listo que mis comandantes de campaña.

Por primera vez desde que abandonara la isla Kyril, Miles sintió que se le alegraba el corazón.

Miles pensó que su padre lo llevaría al Hospital Militar Imperial, el enorme complejo que le resultaba tan familiar y que se encontraba a unos pocos kilómetros de allí, pero hallaron una enfermería más cerca, tres pisos más abajo en el Cuartel General de Seguridad Imperial. El lugar era pequeño pero completo, equipado con un par de consultorios, habitaciones privadas, celdas para el tratamiento de prisioneros y testigos custodiados y una puerta con un rótulo inquietante: «Laboratorio Químico de Interrogaciones». Illyan ya debía haberlos llamado, porque un enfermero los estaba aguardando en la recepción para atenderlos. Momentos después, llegó un cirujano de Seguridad, con la respiración un poco agitada. El hombre se alisó el uniforme y saludó al conde Vorkosigan puntillosamente antes de volverse hacia Miles.

Miles imaginó que el cirujano estaba más acostumbrado a poner nerviosa a la gente que a ser inquietado por ella, y no sabía muy bien cómo manejar la situación. ¿Quedaría algo de aquella antigua aura de violencia en su padre después de todos esos años? ¿El poder o la historia? ¿Algún carisma personal por el cual los hombres poderosos se arrastraban ante él como perros? Miles podía sentir ese calor que emanaba de él con perfecta claridad y, sin embargo, no parecía afectarle de la misma manera.

Aclimatación, tal vez. El antiguo Lord Regente era el hombre que solía tomarse dos horas para almorzar cada día, desapareciendo en el interior de su residencia, y sólo una guerra era capaz de impedir que lo hiciese. Sólo Miles sabía lo que ocurría durante aquellas horas, cómo el gran hombre con su uniforme verde tragaba un emparedado en cinco minutos y luego pasaba la siguiente hora y media sentado en el suelo con su hijo que no podía caminar, jugando, hablando o leyendo en voz alta. Algunas veces, cuando Miles mostraba una resistencia histérica a cierta dolorosa terapia física, espantando a su madre e incluso al sargento Bothari, su padre era el único con la firmeza suficiente como para *insistir* en que hiciese esas diez angustiosas flexiones con las piernas, en que se sometiese a la hipovaporización, a una nueva intervención quirúrgica o a los productos químicos que ardían en sus venas. *Eres un Vor. No debes atemorizar a tus súbditos con esta muestra de descontrol.* El olor penetrante de la enfermería, la tensión del médico, todo le trajo una avalancha de recuerdos. No era de extrañar, reflexionó Miles, que Metzov no hubiese logrado infundirle el temor suficiente. Cuando el conde Vorkosigan se marchó, la enfermería pareció quedar completamente vacía.

Al parecer no ocurría nada especial en el cuartel general esa semana. La enfermería estaba muy silenciosa, y sólo entraban en ella algunos miembros del personal aquejados de jaqueca o de desórdenes estomacales causados por un exceso de alcohol la noche anterior. Una tarde, dos técnicos pasaron tres horas trabajando en el laboratorio y luego partieron a toda prisa. El médico detuvo la pulmonía incipiente de Miles antes de que se convirtiera en pulmonía galopante. Durante ese tiempo. Miles reflexionó y aguardó a que la terapia de seis días con antibióticos siguiera su curso. También planificó lo que haría cuando los médicos lo dejaran partir. Solicitaría un permiso e iría a su casa en Vorbarr Sultana.

—¿Por qué no puedo ir a casa? —se quejó Miles ante su madre la siguiente vez en que ella lo visitó—. Nadie me dice nada. Si no estoy bajo arresto, ¿por qué no puedo pedir una licencia e ir a casa? Sí estoy bajo arresto, ¿por qué las puertas no están cerradas con llave? Me siento como en el limbo.

La condesa Cordelia Vorkosigan emitió un gruñido muy poco femenino.

—Estás en el limbo, hijito.

A pesar de la ironía de su tono, Miles sintió un gran placer al escuchar su fuerte acento betanés. Ella sacudió la cabeza... Llevaba su cabellera ondulada echada hacia atrás y suelta sobre la espalda. Su tono rojizo brillaba contra una exquisita chaqueta otoñal color café, bordada con hilos de plata, y vestía una falda oscilante, típica de las mujeres pertenecientes a la clase Vor. Sus llamativos ojos grises y su semblante pálido eran tan inteligentes, que uno casi no notaba que no era hermosa. Durante veintiún años había pasado por una matrona Vor, a la sombra de su Gran Hombre y, sin embargo, no parecía haber sido afectada por las jerarquías barrayaranas... aunque sí había sido afectada por sus heridas, pensó Miles.

¿Por qué nunca pienso que ambiciono comandar una nave tal como lo hizo mi madre? La capitana Cordelia Naismith, de Estudios Astronómicos Betaneses, se había dedicado a la arriesgada tarea de extender los conductos de enlace por agujeros de gusano paso a paso, por el bien de la humanidad, por el conocimiento puro, por el progreso económico de la Colonia Beta, por... ¿qué era lo que la había impulsado? Había dirigido una nave de inspección tripulada por sesenta personas, viajando muy lejos de casa y sin posibilidad alguna de recibir ayuda... Sin duda existían ciertos aspectos envidiables en su carrera. La cadena de mando, por ejemplo, podía haberse convertido en una ficción en el espacio remoto, los deseos del cuartel general betanés, un asunto para realizar especulaciones y envites.

Ahora se movía con tanta naturalidad entre la sociedad barrayarana... Sólo sus observadores más cercanos notaban lo indiferente que le resultaba. Ella no le temía a nadie, ni siquiera al temible Illyan, y no era controlada por nadie, ni siquiera por el propio

almirante. Era esa falta de temor, decidió Miles, lo que volvía tan inquietante a su madre. La capitana del almirante. Seguir sus pasos sería como caminar sobre el fuego.

—¿Qué está ocurriendo allá afuera? —preguntó Miles—. Este lugar es casi tan divertido como una reclusión solitaria, ¿sabes? ¿Han decidido que soy un amotinado, después de todo?

—No lo creo —dijo la condesa—. Están licenciando a los demás, a tu teniente Bonn y a los otros, no precisamente con deshonor, pero sin los beneficios, las pensiones o el nivel social que tanto parece importar a los hombres de Barrayar...

—Considéralos como una clase particular de reservistas —le sugirió Miles—. ¿Qué hay de Metzov y los soldados?

—El será licenciado del mismo modo. Es quien más ha perdido, creo.

—¿Simplemente lo dejarán suelto? —Miles frunció el ceño. La condesa Vorkosigan se encogió de hombros.

—Como no ha habido muertes, convencieron a Aral de que no podía enfrentarlo a una corte marcial. Decidieron no levantar cargos contra los soldados.

—Hum... Creo que me alegro. Ah... ¿y yo?

—Oficialmente continúas detenido por Seguridad Imperial. Indefinidamente.

—Se supone que el limbo es un sitio indefinido. —Su mano jugueteó con la sábana. Todavía tenía los nudillos hinchados—, ¿Cuánto tiempo?

—El que se necesite para lograr el efecto psicológico buscado.

—¿Y cuál es? ¿Volverme loco? Tres días más serán suficientes.

Ella hizo una mueca.

—Deben convencer a los militares barrayaranos de que estás siendo castigado de forma apropiada por tu... crimen. Mientras permanezcas confinado en este siniestro edificio, pensarán que estás sufriendo... lo que sea que ellos imaginen que ocurre aquí. Si se te permitiera salir a corretear por la ciudad, resultaría mucho más difícil mantener la ilusión de que has sido colgado cabeza abajo contra la pared del sótano.

—Todo parece tan... irreal. —Volvió a dejarse caer sobre la almohada—. Yo sólo quería servir.

Una breve sonrisa curvó los labios de la condesa, pero se desvaneció rápidamente.

—¿Estás listo para considerar un cambio de rumbo en tu trabajo, querido?

—Ser un Vor es algo más que un simple trabajo.

—Sí, es una patología. Un delirio obsesivo. Hay una gran galaxia allá fuera, Miles. Existen otras formas de servir, mayores... causas.

—Y entonces, ¿por qué permaneces aquí? —replicó él.

—¡Ah! —Ella esbozó una sonrisa triste—. Ciertas necesidades de la gente son más apremiantes que las armas.

—Y hablando de papá, ¿va a regresar?

—Hum... No. Debo decirte que se alejará por un tiempo. De ese modo no dará la impresión de que respalda tu actitud, aunque en realidad te esté salvando de la avalancha. Ha decidido fingir públicamente que está enfadado contigo.

—¿Y lo está?

—Por supuesto que no. Sin embargo... comenzaba a trazar algunos planes a largo plazo para ti, incluyéndote en sus proyectos de reforma sociopolítica. Si completabas una sólida carrera militar, pensaba que incluso tus lesiones congénitas podrían ayudar a la salvación de Barrayar.

—Sí, lo sé.

—Bueno, no te preocupes. Sin duda se le ocurrirá alguna forma para utilizar esto también. Miles suspiró con tristeza.

—Quiero *hacer* algo. Quiero que me devuelvan mis *ropas*. Su madre frunció los labios y sacudió la cabeza.

Miles llamó a Iván esa tarde.

—¿Dónde estás? —le preguntó su primo con desconfianza.

—Atascado en el limbo.

—Bueno, no quiero quedar pegado yo también —dijo Iván con rudeza, y cortó la comunicación.

7

A la mañana siguiente Miles fue trasladado a una nueva ubicación. Su guía lo condujo sólo un piso más abajo, frustrando sus esperanzas de volver a ver el cielo. El oficial extrajo una llave y abrió uno de los apartamentos que solían utilizarse para los testigos bajo protección. Y también, reflexionó Miles, para ciertos fantasmas políticos. ¿Sería posible que la vida en el limbo le estuviese produciendo un efecto de camaleón por el cual se había vuelto traslúcido?

—¿Cuánto tiempo permaneceré aquí? —le preguntó Miles al oficial.

—No lo sé, alférez —le respondió el hombre, y se marchó. En el medio de la habitación estaba su talego con sus ropas y una caja rápidamente embalada. Todas sus posesiones de la isla Kyril, con el olor mohoso y húmedo del ártico. Miles las revisó. Parecía estar todo, incluyendo su biblioteca de meteorología.

Entonces inspeccionó su nuevo alojamiento. Sólo constaba de una habitación, con muebles bastante deteriorados de un estilo que se había usado veinte años atrás. Tenía un par de sillones, una cama y una *kitchenette* muy simple. Tanto las alacenas como los estantes y los armarios estaban vacíos. No había ninguna prenda ni objeto que pudiese revelar la identidad de algún ocupante anterior.

Debía de haber micrófonos. Cualquier superficie brillante podía ocultar un transmisor de vídeo, y lo más probable era que los micrófonos ni siquiera estuviesen dentro de la habitación.

¿Pero estarían conectados? ¿O tal vez Illyan no se había tomado la molestia con él?, pensó Miles, sintiéndose insultado.

En el corredor había un guardia y varios monitores de imagen, pero Miles no parecía tener vecinos, por el momento. Descubrió que podía abandonar el pasillo y recorrer algunas áreas del edificio, pero al llegar a las puertas de la calle los guardias le negaban el paso amablemente. Miles imaginó que intentaba es capar descolgándose del techo con una soga. Lo más probable era que se hiciese matar y arruinase la carrera de algún guardia.

Un oficial de seguridad lo encontró vagando sin rumbo, lo condujo de vuelta a su apartamento, le dio un puñado de fichas para la cafetería y le sugirió que sería mucho mejor para todo sí permanecía en sus habitaciones entre las comidas. Cuando el hombre partió, Miles contó morbosamente las fichas, tratando de calcular cuánto tiempo planeaban tenerlo allí. Había más de cien. Miles se estremeció.

Vació su bolso y su caja, colocó sus ropas en la lavadora sónica para eliminar el olor del Campamento Permafrost, colgó sus uniformes, lustró sus botas, acomodó prolijamente sus posesiones en los estantes, se duchó y se vistió con un uniforme verde.

Había pasado una hora. ¿Cuántas faltaban?

Miles intentó leer, pero no pudo concentrarse y acabó sentado en el sillón más cómodo con los ojos cerrados, imaginando que aquella habitación hermética y sin ventanas era la cabina de una nave espacial. A punto de partir.

Dos noches después estaba sentado en el mismo sillón, digiriendo una pesada cena de cafetería, cuando llamaron a la puerta.

Alarmado, Miles se levantó y fue a abrir personalmente. Era probable que no fuese un pelotón de fusilamiento, aunque uno nunca sabía.

Estuvo a punto de cambiar su suposición sobre el pelotón de fusilamiento cuando vio a los oficiales de Seguridad Imperial frente a la puerta, con sus rostros duros, y sus uniformes verdes.

—Discúlpeme, alférez Vorkosigan —dijo uno de forma mecánica, y pasó frente a él para inspeccionar rápidamente el apartamento. Miles parpadeó, y entonces vio quién se hallaba detrás de ellos en el corredor.

—Ah —murmuró al comprender. Ante una mirada del oficial, Miles alzó los brazos y se volvió para permitir que lo cachease.

—Está limpio, señor —dijo el oficial, y Miles estuvo seguro de que era verdad. Esos hombres nunca tomaban a la ligera su trabajo, ni siquiera en el corazón mismo de Seguridad Imperial.

—Gracias. Déjenos solos, por favor. Puede esperar fuera —dijo el hombre. Los oficiales asintieron con la cabeza y se apostaron junto a la puerta de Miles.

Miles intercambió un saludo con el hombre, aunque éste no lucía insignias ni condecoraciones en su uniforme. Era delgado, de altura mediana, con cabello oscuro y fuertes ojos almendrados. Una pequeña sonrisa asomaba a su rostro joven y sin arrugas.

—Majestad —saludó Miles con formalidad.

El Emperador Gregor Vorbarra movió la cabeza y Miles cerró la puerta con llave dejando fuera a los dos hombres de seguridad. El hombre delgado y joven se relajó un poco.

—Hola, Miles.

—Hola. Eh... —Miles señaló los sillones—. Bienvenido a mi humilde morada. ¿Los micrófonos están conectados?

—Pedí que no, pero no me sorprendería que Illyan me haya desobedecido, por mi propio bien. —Gregor hizo una mueca y siguió a Miles. En la mano izquierda llevaba una bolsa de plástico. Se dejó caer en el sillón más grande, el que Miles acababa de abandonar, se reclinó, colocó una pierna sobre el brazo del sillón y suspiró con fatiga, como dejando escapar todo el aire de sus pulmones. Entonces le entregó la bolsa.

—Aquí tienes. Una anestesia elegante. Miles la cogió y miró dentro. Dos botellas de vino previamente enfriadas.

—Dios te bendiga, hijo mío. Hace días que deseaba emborracharme. ¿Cómo lo adivinaste? ¿Y cómo lograste entrar aquí? Pensé que estaba detenido e incomunicado. —Miles colocó una botella en el refrigerador, cogió dos copas y les sacudió el polvo.

Gregor se encogió de hombros. —No pudieron impedírmelo. Cada vez soy mejor en esto de insistir. Aunque Illyan se aseguró de que mi visita fuese absolutamente secreta, puedes creerlo. Y sólo puedo quedarme hasta las veinticinco cero cero. —Gregor dejó caer los hombros, abrumado por sus horarios programados minuto a minuto—. Además, la religión de tu madre garantiza cierto grado de buen karma para los que visitan a enfermos y prisioneros, y he escuchado decir que tú has estado en las dos categorías.

Ah, ¿así que era su madre quien había enviado a Gregor? Debía haberlo adivinado por el marbete privado de los Vorkosigan en las botellas de vino. Por todos los cielos, ese brebaje que le había enviado sí que era del bueno. Miles dejó de balancear la botella y la transportó con más respeto. Ya estaba lo bastante solo como para sentir más gratitud que vergüenza ante la intromisión maternal. Abrió el vino, lo sirvió y, siguiendo las reglas de la etiqueta barrayerana, bebió el primer sorbo. Ambrosía. Se dejó caer sobre el otro sillón en una postura similar a la de Gregor.

—Me alegro de verte, de todos modos.

Miles contempló a su viejo amigo. Si sus edades hubiesen sido un poco más parejas aún, probablemente habrían sido como hermanos adoptivos. El conde y la condesa Vorkosigan habían sido los custodios oficiales de Gregor desde el caos y la tragedia que provocara el intento de derrocamiento realizado por Vordarian. Los niños se habían hecho compañeros inseparables entonces, Miles, Iván, Elena y Gregor, quien a pesar de ser

mayor ya era muy solemne, y toleraba juegos algo más infantiles que los que hubiese preferido.

Gregor cogió su vino y bebió un sorbo.

—Lamento que te hayan salido mal las cosas —dijo con seriedad.

Miles ladeó la cabeza.

—Para un soldado breve, una carrera breve. —Bebió un sorbo más largo—. Esperaba salir del planeta. Embarcarme.

Gregor se había graduado en la Academia Imperial dos años antes de que Miles ingresara en ella. Sus cejas se alzaron.

—¿No es lo que todos queremos?

—Tú pasaste un año en misión por el espacio —señaló Miles.

—Casi todo el tiempo en órbita. Patrullas falsas, rodeado por naves de Seguridad. Llegó a resultarme doloroso que todo fuese fingido. Fingía que era un oficial, fingía que cumplía con una tarea cuando mi sola presencia no hacía más que dificultar las tareas de los demás. Al menos a tí te permitieron correr un riesgo verdadero.

—La mayor parte de él no fue planeado, te lo aseguro.

—Cada vez estoy más convencido de que en eso está la gracia —continuó Gregor—. Tu padre, el mío, nuestros dos abuelos... todos sobrevivieron a situaciones verdaderamente militares. Así fue como se convinieron en oficiales de verdad, no en este.. ensayo. —Se señaló con la mano que le quedaba libre.

—Ellos fueron forzados por las situaciones —replicó Miles—. La carrera militar de mi padre se inició oficialmente el día en que irrumpió el pelotón de Yuri el Loco y mató a casi toda su familia. Creo que tenía once años, poco más o menos. Preferiría no pasar por esa clase de iniciación, gracias. Nadie en su sano juicio elegiría algo así.

—Mm... —De mala gana, Gregor admitió que tenía razón. Miles supuso que esa noche se sentiría tan oprimido por su legendario padre, el príncipe Serg, como él lo estaba por el conde Vorkosigan. Miles reflexionó unos momentos sobre lo que había dado en llamar «los dos Serg». Uno, quizá la única versión que Gregor conocía, era el héroe muerto, sacrificado valerosamente en el campo de batalla o al menos desintegrado pulcramente en órbita. El otro, el Serg «oculto»: el comandante histérico, el sádico sodomita cuya temprana muerte en la invasión de Escobar podría haber sido el mayor golpe de suerte jamás sufrido por Barrayar... ¿Algún indicio de esta multifacética personalidad se habría manifestado en Gregor alguna vez? Ninguna de las personas que había conocido a Serg hablaba jamás de él, y menos que nadie el conde Vorkosigan. En cierta ocasión, Miles había conocido a una de sus víctimas. Miles esperaba que Gregor nunca pasase por eso.

Miles decidió cambiar de tema.

—Muy bien, todos sabemos lo que me ocurrió a mí. ¿Que has estado haciendo tú en los últimos tres meses? Lamenté perderme tu fiesta de cumpleaños. Allá en la isla Kyril lo celebraron emborrachándose, con lo cual lo convirtieron en un día exactamente igual a los demás.

Gregor sonrió, y entonces suspiró.

—Demasiadas ceremonias. Demasiado tiempo de pie. Creo que si me reemplazaran en la mitad de mis funciones por un modelo de plástico a escala natural, nadie lo notaría. Demasiado tiempo esquivando las indirectas de mis consejeros sobre las ventajas del matrimonio.

—Tienen un motivo para ello —debió admitir Miles—. Si mañana fueses... arrollado por un carrito del té, el asunto de la sucesión no sería un problema menor. Sin pensar demasiado se me ocurren al menos seis candidatos con intereses discutibles en el Imperio, y sin duda aparecerían muchos más. Algunos sin una verdadera ambición personal estarían dispuestos a matar con tal de que otros no lo lograsen, y éste es precisamente el motivo por el cual aún no has designado un heredero.

Gregor ladeó la cabeza.

—Tú mismo eres uno de ellos, ¿sabes?

—¿Con este cuerpo? —Miles emitió un bufido—. Tendrían que odiar mucho a alguien para designarme a mí. Si llegara a ocurrir habría llegado el momento de escapar de casa. Bien rápido y lo más lejos posible. Hazme un favor. Cásate, sienta la cabeza y procrea seis pequeños Vorbarra lo más pronto posible.

Gregor pareció aún más deprimido.

—Esa sí que es una buena idea. Escapar de casa. Me pregunto cuan lejos lograría llegar antes de que Illyan me alcanzase.

Ambos miraron hacia arriba de forma automática, aunque Miles ni siquiera sabía dónde estaban colocados los micrófonos.

—En ese caso sería mejor que te alcanzase Illyan y no algún otro. —Por Dios, aquella conversación se estaba volviendo morbosa.

—No lo sé. ¿No hubo un emperador de China que terminó empuñando una escoba en alguna parte? ¿Y miles de condes que pusieron restaurantes? Escapar es posible.

—¿De ser un Vor? Sería más fácil escapar de tu propia sombra. —En algunos momentos podría parecer que se había alcanzado el éxito, pero entonces... Miles sacudió la cabeza y revisó la bolsa que todavía parecía abultada—. ¡Ah! Has traído un juego de tacti-go. —No tenía el menor interés en jugar al tacti-go, que ya lo había aburrido cuando contaba catorce años, pero cualquier cosa era mejor que esto. Lo sacó y lo colocó entre ambos con determinado buen humor—. Recordaremos los viejos tiempos. —Detestable pensamiento.

Gregor se estiró e hizo un movimiento de apertura. Fingía estar interesado para divertir a Miles, quien simulaba interés para alegrar a Gregor, quien aparentaba... Distráido, Miles le ganó a Gregor demasiado pronto en la primera ronda y comenzó a prestar más atención. En la segunda vuelta fue recompensado con un destello de verdadero interés por parte de su oponente.

La bendición del olvido. Abrieron la otra botella de vino. Para ese entonces Miles comenzaba a sentir los efectos del alcohol. Estaba adormecido, estúpido y con la lengua trabada, por lo que Gregor casi no necesitó ningún esfuerzo para ganarle la siguiente vuelta.

—Creo que no te había ganado en esto desde que tenías catorce años —suspiró Gregor, ocultando su satisfacción por la baja puntuación que había obtenido—.

Tú deberías ser un oficial, maldita sea.

—Este no es un buen juego de guerra, según papá —comentó Miles—.

No ofrece los suficientes factores aleatorios y sorprendidos como para simular la realidad. A mí me gusta así. —Era casi sedante, una estúpida rutina lógica, múltiples movimientos encadenados con opciones que siempre eran perfectamente objetivas.

Gregor alzó la vista.

—Debes saber que todavía no comprendo por qué te enviaron a la isla Kyril, Tú ya has comandado una verdadera flota espacial, aunque sólo se haya tratado de una pandilla de mercenarios.

—¡Chsss...! En mis antecedentes militares, ese episodio no ha existido nunca. Afortunadamente. Mi desobediencia no es algo que vaya a complacer mucho a mis superiores. De todos modos, mas que comandar a los mercenarios Dendarii, los hipnoticé. Sin el capitán Tung, quien decidió apoyar mis pretensiones para lograr sus propios objetivos, todo hubiese terminado muy mal. Y mucho antes.

—Siempre pensé que Illyan haría algo más con ellos —dijo Gregor—

Aunque haya sido por accidente, lograste que toda una organización militar se pusiera secretamente al servicio de Barrayar.

—Si, sin que ni ellos mismos lo supieran. Eso sí que es un secreto. Vamos. Asignarlo a la sección de Illyan fue una ficción legal, todos lo sabían.—

Y no lo era también su propia asignación a la sección del Jefe de Seguridad?—. Illyan es demasiado cauteloso como para embarcarse en una aventura militar intergaláctica como pasatiempo. Me temo que en lo que se refiere a los mercenarios Dendarii, su principal interés es mantenerlos lo más lejos posible de Barrayar. Los mercenarios medran con el caos de los demás.

»Aparte de que su magnitud no es nada extraordinaria, menos de doce naves, tres o cuatro mil hombres. Son demasiado pocos como para asumir situaciones planetarias, y tienen su base en el espacio, no cuentan con tropas terrestres. El bloqueo de los enlaces de agujeros de gusanos era su especialidad. Una tarea segura, sin demasiados equipos, basada mayormente en la intimidación de civiles desarmados. Así fue como los conocí, cuando nuestra nave de carga fue detenida por su bloqueo y la intimidación llegó demasiado lejos. Me asusta pensar en los riesgos que corrí. Aunque con frecuencia me he preguntado si, sabiendo lo que sé ahora, hubiese podido... —

Miles se detuvo y sacudió la cabeza—. O tal vez sea como cuando uno se encuentra en las alturas. Es mejor no mirar abajo, porque te paraliza y caes. —Miles no era aficionado a las alturas.

—En cuanto a la experiencia militar, ¿cómo se compara con la Base Lazkowski? —preguntó Gregor pensativo.

—Oh, existieron ciertos paralelismos —admitió Miles—. Ambos eran trabajos para los cuales no estaba entrenado, y los dos podían haber acabado conmigo. Salí de ambos para conservar el pellejo... aunque perdí un poco en el camino. El episodio de los Dendarii fue... peor. Perdí al sargento Bothari. En cierto sentido, perdí a Elena. Al menos en el Campamento Permafrost logré no perder a nadie.

—Tal vez te estés perfeccionando —le sugirió Gregor. Miles sacudió la cabeza y bebió. Debía haber puesto un poco de música. Cada vez que se interrumpía la conversación el pesado silencio de la habitación se tornaba opresivo. Era probable que el cielo raso no tuviese un mecanismo hidráulico que lo hiciera descender para aplastarlo mientras dormía. Seguridad contaba con métodos mucho más prolijos para ocuparse de los prisioneros recalcitrantes. Ahora sólo parecía descender sobre él.

Bueno, soy bajo. Es posible que no me alcance.

—Supongo que sería... impropio —comenzó Miles— pedirte que trataras de sacarme de aquí. Siempre resulta bastante embarazoso solicitar los favores imperiales. Es como hacer trampa, o algo parecido.

—¿Qué? ¿Le pides a un prisionero de Seguridad Imperial que rescate a otro? —Los ojos almendrados de Gregor brillaban con ironía bajo sus cejas oscuras—. A mí me resulta embarazoso chocar con los límites de mi absoluta autoridad imperial. Tu padre e Illyan son como dos paréntesis que se cierran sobre mí. —Juntó las manos para reforzar sus palabras.

Era un efecto subliminal de aquella habitación, decidió Miles. Gregor también lo sentía.

—Lo haría si pudiese —agregó el emperador en tono de disculpa—. Pero Illyan ha dejado bien claro que quiere tenerte fuera de circulación. Por un tiempo.

—Tiempo. —Miles apuró su vino y decidió que sería mejor no servirse más. Se decía que el alcohol era deprimente—. ¿Cuánto tiempo? Maldita sea, si no consigo pronto algo que hacer, seré el primer caso de combustión humana espontánea grabada en vídeo. —Alzó un dedo hacia el cielo raso—.

No es necesario que abandone el edificio, pero al menos podrían darme algo de trabajo. De oficina, de fontanería... ¡Soy fantástico con los drenajes! Cualquier cosa... Papá habló con Illyan sobre asignarme a Seguridad, la única sección que querría aceptarme. Debe haber tenido en mente algo más que convenirme en una m-m-mascota. —Se sirvió y volvió a beber para detener el torrente de palabras. Había dicho demasiado—Maldito vino.

Gregor, quien había construido una pequeña torre con las fichas del tacti-go, la hizo tambalear con un dedo.

—Oh, ser una mascota no es un mal trabajo. Sólo tienes que conseguirlo. —Empujó la pila lentamente—. Veré lo que puede hacer. No te prometo nada.

Miles no supo si había sido el emperador, los micrófonos o los engranajes que se habían estado moviendo lentamente, pero dos días después había sido asignado como asistente administrativo al comandante de guardia del edificio. Debía trabajar frente a una consola de comunicaciones, con planificaciones, nóminas de pago y actualización de datos en el ordenador. La tarea le resultó interesante durante una semana, mientras la aprendía, pero luego se volvió rutinaria. Al cabo de un mes, el tedio y la trivialidad comenzaban a afectar sus nervios. ¿Estaba siendo leal o simplemente estúpido? Ahora comprendía que los guardias también debían permanecer en prisión todo el día. Como tal, una de sus tareas era mantenerse encerrado a sí mismo. El maldito Illyan sí que era astuto, ya que nadie más hubiera podido retenerlo de haber estado decidido a escapar. Una vez encontró una ventana y miró hacia fuera. Caía aguanieve.

¿Lo dejarían salir de esa condenada caja antes de la Feria Invernal? ¿Cuánto tiempo necesitaba el mundo para olvidarlo? Si cometía suicidio, ¿el informe oficial diría que un guardia le había disparado cuando intentaba escapar? ¿Illyan pretendía sacarlo de sus cabales o sólo de su sección?

Transcurrió otro mes. Como ejercicio espiritual, Miles decidió llenar sus horas libres mirando todos los vídeos de entrenamiento en la biblioteca militar, por estricto orden alfabético. La colección era verdaderamente sorprendente. Uno que lo divirtió en particular fue un vídeo de treinta minutos (titulado *H: Higiene*) que explicaba cómo tomar una ducha. Bueno, sí, probablemente existiesen reclutas de regiones alejadas que necesitaban las instrucciones. Después de algunas semanas había llegado a *R: Rifle-laser, Modelo D-67; circuitos de la fuente de alimentación, mantenimiento y reparación*, cuando fue interrumpido por una llamada donde se le ordenaba presentarse en la oficina de Illyan.

La oficina de Illyan conservaba casi el mismo aspecto que en la última y penosa visita de Miles. La misma habitación espartana y sin ventanas, ocupada en su mayor parte por una consola que parecía pertenecer a una nave espacial. Pero ahora había dos sillas. De manera prometedora, una de ellas estaba vacía. ¿Sería posible que esta vez no acabase sentado en el suelo? La otra estaba ocupada por un hombre cuyo uniforme lucía las tiras de capitán y la insignia de Seguridad Imperial en el cuello.

Un sujeto interesante ese capitán. Miles lo estudió por el rabillo del ojo mientras intercambiaba saludos formales con Illyan. Tendría unos treinta y cinco años, con algo de la expresión suave que mostraba Illyan en el rostro, pero de complexión más grande. Pálido. Podía pasar sin dificultad por algún burócrata sin importancia, por un hombre sedentario afecto a estar en casa. Pero ese aspecto también se conseguía pasando mucho tiempo encerrado en naves espaciales.

—Alférez Vorkosigan, él es el capitán Ungari. El capitán Ungari es uno de mis agentes galácticos. Tiene diez años de experiencia recogiendo información para este departamento. Su especialidad es la evaluación militar.

Ungari favoreció a Miles con un ligero movimiento de cabeza a modo de saludo. Ahora su mirada serena lo estudió a él Miles se preguntó cuál sería su evaluación del diminuto soldado que tenía delante, y trató de enderezar más la espalda. No hubo nada obvio en la reacción de Ungari hacia él.

Illyan se reclinó en su sillón.

—Dígame, alférez, ¿qué ha escuchado últimamente sobre los mercenarios Dendarii?

—¿Señor? —Miles giró hacia él. No era lo que había esperado—, Yo... últimamente nada. Hace alrededor de un año recibí un mensaje de Elena Bothari... quiero decir Bothari-Jesek. Pero se trataba de algo personal, eh... un saludo de cumpleaños.

—Eso lo tengo. —Illyan asintió con la cabeza.

Lo tienes, canalla.

—¿Nada desde entonces?

—No, señor.

—Mm... —Illyan señaló la silla vacía—. Siéntese, alférez. —Su tono se volvió más formal. ¿Al fin irían al grano?—. Repasemos un poco de astrografía. La geografía es la madre de la estrategia, según dicen. —Illyan jugueteó con un control de su consola.

Un mapa de ruta con una red de conductos por agujeros de gusano apareció en tres dimensiones sobre la pantalla de holovideo. Parecía el modelo de alguna extraña molécula orgánica hecha de brillantes colores. Las esferas representaban los cruces espaciales, y los tubos eran los saltos espaciales por agujeros de gusano que los unían; una información gráfica y reducida en lugar de ser a escala. Illyan acercó un fragmento. Destellos rojos y azules en el centro de una esfera, con cuatro tubos que se extendían en extraños ángulos hacia esferas más complejas, como una asimétrica cruz celia.

—¿Le resulta familiar?

—El del medio es el Centro Hegen, ¿verdad, señor?

—Bien. —Illyan le entregó su controlador—. Hágame un resumen estratégico del Centro Hegen, alférez. Miles se aclaró la garganta.

—Es un sistema estelar doble sin planetas habitables, con unas pocas estaciones y satélites. No existen muchos motivos para ocuparse de él. Al igual que otros conductos de enlace, es más una ruta que un lugar en sí, y cobra valor por lo que lo rodea. En este caso, se trata de cuatro regiones con planetas habitados.

A medida que hablaba, Miles fue iluminando las distintas partes de la imagen.

—Aslund. Aslund es un callejón sin salida como Barrayar. El Centro Hegen es su única salida a la red galáctica. Resulta tan vital para Aslund como Komarr lo es para nosotros.

»El Conjunto Jackson. El Centro Hegen es sólo uno de los cinco portales al espacio Jacksoniano; más allá del Conjunto Jackson se extiende la mitad de la galaxia explorada.

»Vervain. Vervain tiene dos salidas; una hacia el Centro Hegen, y la otra hacia los sectores de enlace controlados por el imperio cetagandano.

»Y cuarto, por supuesto, nuestro buen vecino el planeta y República de Pol. El cual, a su vez, se conecta con nuestro enlace múltiple que es Komarr. También desde Komarr sale nuestro conducto directo al sector cetagandano, cuyo tráfico es controlado por nosotros desde que lo conquistamos. —Miles miró a Illyan en busca de aprobación. Illyan volvió la mirada hacia Ungari, quien alzó un poco las cejas- ¿Qué significaba?

—La estrategia de los conductos —murmuró Illyan mientras observaba su gráfico brillante—. Cuatro jugadores y un tablero. Debería ser simple...

»De todos modos —continuó Illyan cogiendo el controlador con un suspiro—, el Centro Hegen es algo más que un punto de estrangulación potencial para los cuatro sistemas adyacentes. El veinticinco por ciento de nuestro propio tráfico comercial pasa por allí, vía Pol. Y aunque Vervain está cerrado para las naves militares cetagandanas, al igual que Pol está cerrado para las nuestras, se produce un significativo intercambio de civiles por el mismo conducto y atravesando el Conjunto Jackson. Cualquier cosa que obstruya el Centro Hegen provocará tantos daños en Cetaganda como en Barrayar.

»Y, sin embargo, después de años de cooperación desinteresada y neutralidad, de pronto esta región se reaviva con lo que sólo puedo llamar una carrera armamentista. Los cuatro vecinos parecen estar creando intereses militares. Pol ha reforzado los armamentos en sus seis estaciones de enlace con el Centro, lo cual me resulta un poco alarmante, ya que Pol nos ha mirado con gran recelo desde que nos apoderamos de Komarr. Por su parte, el Conjunto Jackson está haciendo lo mismo- Vervain ha contratado a una flota mercenaria llamada Comando Randall.

»Toda esta actividad está causando un cierto grado de pánico en Aslund, quien por razones obvias es el que tiene los principales intereses en el Centro Hegen. Este año han

destinado la mitad de su presupuesto militar a una gran estación de enlace, una fortaleza flotante, en realidad, y para estar cubiertos mientras se preparan, también han contratado protección. Creo que usted los conoce. Solían llamarlos Flota Mercenaria Dendarii Libre.

—Illyan se detuvo y alzó una ceja, esperando la reacción de Miles.

Al fin comenzaba a entender. ¿O no? Miles soltó el aire de los pulmones.

—Eran especialistas en bloqueos en cierta época. Supongo que tiene sentido. Ah... ¿solían llamarlos Dendarii? ¿Han cambiado de nombre?

—Parece ser que hace poco han vuelto a su denominación original de Mercenarios de Oseran.

—Qué extraño. ¿Por qué?

—Buena pregunta. —Illyan apretó los labios—. Una entre muchas, aunque no creo que sea la más urgente. Pero lo que me preocupa es la conexión cetagandana... o la falta de ella. Un caos generalizado en la región sería tan perjudicial para Cetaganda como para nosotros. Pero si de alguna manera, al despejarse la confusión, Cetaganda lograra el control del Centro Hegen... ¡ah! Entonces podrían detener o controlar el tráfico barrayarano tal como nosotros hacemos con el de ellos a través de Komarr. Y si el enlace Komarr-Cetaganda estuviera bajo su control, tendrían acceso a dos de nuestras cuatro principales rutas galácticas. Algo intrincado, indirecto. Huele a los métodos de Cetaganda. Sus sucias manos deben estar tirando de los hilos. Estoy seguro de que se encuentran allí, aunque todavía no pueda verlas...

—Illyan sacudió la cabeza con expresión meditabunda—. Si se interrumpiera el enlace del Conjunto Jackson, todos deberían desviarse a través del imperio cetagandano... lo cual redundaría en beneficios...

—O a través nuestro —señaló Miles—. ¿Por qué Cetaganda habría de hacernos ese favor?

—He pensado en una posibilidad. En realidad he pensado en nueve, pero ésta es para usted. ¿Cuál es la mejor táctica para capturar un punto de enlace?

—Atacar ambos extremos a la vez —recitó Miles automáticamente.

—Motivo por el cual Pol se ha cuidado de no permitirnos tener ninguna presencia militar en el Centro Hegen, Pero supongamos que alguien de Pol escucha ese desagradable rumor que tanto me costó erradicar: que los Mercenarios Dendarii son el ejército privado de cierto señorito barrayarano. ¿Qué pensarán?

—Pensarán que nos estamos preparando para atacarlos —dijo Miles—. Pueden ponerse paranoicos, hacer cundir el pánico, incluso buscar una alianza temporal con... ¿con Cetaganda, tal vez?

—Muy bien. —Illyan asintió con la cabeza.

El capitán Ungari, que había estado escuchando con la paciencia de un hombre que ya había pasado antes por todo aquello, miró a Miles algo alentado y aprobó su hipótesis con un movimiento de cabeza.

—Pero incluso aunque se la observe como a una fuerza independiente —continuó Illyan—, los Dendarii son otra fuerza desestabilizadora en la región. Toda la situación es inquietante y vuelve más tensa cada día que pasa sin que haya ningún motivo aparente. Un solo error, un incidente fatal podría desatar turbulencias, los clásicos desórdenes, la avalancha. ¡Quiero información, Miles!

Por lo general, Illyan deseaba información con la misma pasión con que un aborigen drogado tallaba una flecha. Ahora si volvió hacia Ungari.

—¿Y bien? ¿Qué le parece, capitán? ¿Servirá? Ungari tardó unos momentos en responder.

—Físicamente es... es más llamativo de lo que había imaginado.

—Como camuflaje, eso no tiene por qué ser una desventaja. En su compañía usted será prácticamente invisible.

—Es posible, ¿pero será capaz de sobrellevarlo? No tendré mucho tiempo para cuidar de él. —La voz de Ungari era la de un barítono amable. Evidentemente, se trataba de uno de los oficiales con educación moderna, aunque no lucía un broche de la Academia.

—El almirante parece pensar que sí. ¿Debo oponerme a él? Ungari miró a Miles.

—¿Está seguro de que la opinión del almirante no está influenciada por... esperanzas personales?

Se refiere a sus deseos, tradujo Miles mentalmente.

—En todo caso, sería la primera vez. —Illyan se alzó de hombros. *Y existe una primera vez para todo* fue la frase que quedó pendiente en el aire. Ahora Illyan se volvió para clavar su mirada en Miles—, Alférez, ¿usted cree que, si le es solicitado, sería capaz de interpretar el papel del almirante Naismith nuevamente, por poco tiempo?

Miles había imaginado que se lo diría, pero las palabras pronunciadas en voz alta le produjeron un extraño escalofrío. Dar rienda suelta de nuevo a ese personaje reprimido.

No se trataba sólo de un papel, Illyan.

—Podría volver a hacerlo, sin duda. Es *dejar* de interpretar a Naismith lo que me asusta.

Illyan se permitió esbozar una sonrisa fría, tomando esto como si fuera una broma. La sonrisa de Miles fue un poco más triste.

Usted no lo sabe, no sabe cómo fue... Tres partes de simulación, de engaño, y una parte de... otra cosa. ¿Zen, gestall, delirio? Incontrolables momentos de exaltación en estado alfa... ¿Podía volver a hacerlo? Tal vez ahora ya sabía demasiado.

Primero te paralizas, y luego caes. Quizás esta vez sí suceda que no sea más que una actuación.

Illyan se reclinó en su silla, unió las palmas un instante y luego dejó caer las manos.

—Muy bien, capitán Ungari. Es todo suyo. Utilícelo como crea conveniente. Su misión es reunir información sobre la crisis actual del Centro Hegen; en segundo término, de ser posible, emplear al alférez Vorkosigan para eliminar de la escena a los Mercenarios Dendarii. Si decide utilizar un contrato falso para sacarlos del Centro, podrá recurrir a la cuenta de operaciones secretas para ofrecerles una paga convincente. Ya conoce los resultados que quiero obtener. Lamento que mis órdenes no puedan ser más específicas. Dependerán de la información que usted mismo obtenga.

—No me importa, señor —dijo Ungari con una pequeña sonrisa.

—Mm... Disfrute de su independencia mientras dure. Finalizará con su primer error. —El tono de Illyan era irónico, pero sus ojos parecían confiados hasta que los volvió hacia Miles—, Usted viajará como el «almirante Naismith», quien a su vez viajará de Incógnito, posiblemente, para regresar a la flota Dendarii. Hasta que el capitán Ungari decida que debe escenificar el personaje de Naismith, se hará pasar por su guardia. De ese modo siempre estará en condiciones de controlar la situación. Sería demasiado pedirle a Ungari que sea responsable de la misión y también de su seguridad, por lo que también tendrá un verdadero guardia. Según lo planeado, el capitán Ungari gozará de una gran libertad de movimiento ya que se les proporcionará una nave sólo para ustedes. Contamos con un piloto y un enlace que conseguimos en... no importa dónde, pero no tiene ninguna conexión con Barrayar. La nave tiene matrícula jacksoniana, lo cual encaja perfectamente con el misterioso pasado del almirante Naismith. Su falsedad es tan evidente que nadie buscará a otro impostor debajo del primero, —Illyan se detuvo—. Por supuesto que usted obedecerá las órdenes del capitán Ungari. Eso es algo que ni siquiera se menciona. —La mirada directa de Illyan fue tan fría como una noche en la isla Kyril.

Miles esbozó una sonrisa de sumisión para mostrar que comprendía la indirecta.

Seré bueno, señor... ¡déjeme abandonar el planeta! De fantasma a cabeza de turco. ¿Podía decirse que había recibido una promoción?

Víctor Rotha, agente comercial. Sonaba a un alcahuete. Con desconfianza, Miles observó su nueva personalidad reflejada en la pantalla de su cabina. ¿Qué había de malo en un simple espejo espartano, después de todo? ¿Dónde había conseguido Illyan esa nave? Era de fabricación betanesa y estaba llena de los lujosos artefactos propios de la Colonia Beta. Miles se entretuvo con su horripilante visión de lo que podía ocurrir si alguna vez fallaba el programa del elaborado cepillo dental sónico.

«Rotha» llevaba una vestimenta que respetaba su supuesto origen. Miles había desechado el sarong betanés, ya que en la Estación Seis de Pol no era lo suficientemente calido para él. Sí llevaba sus pantalones verdes anchos sujetos con una soga de sarong y sandalias de estilo betanés. La camisa verde estaba confeccionada con la barata seda sintética de Escobar, y la chaqueta color crema era de un estilo similar. El ecléctico guardarropa de alguien que provenía de la Colonia Beta, de alguien que había estado merodeando por la galaxia. Bien. Miles pronunció algunas frases en voz alta, practicando el acento betanés, mientras deambulaba por la compleja cabina.

Hacía un día que habían arribado a la Estación Seis sin sufrir ningún incidente. Todo el viaje de tres semanas desde Barrayar había transcurrido de ese modo. Ungari parecía satisfecho con ello. El capitán de Seguridad Imperial había pasado la mayor parte de la travesía contando cosas, tomando fotografías y contando: naves, tropas, guardias de seguridad, tanto civiles como militares. Habían encontrado excusas para detenerse en cuatro de los seis puntos de enlace en la ruta entre Pol y el Centro Hegen, y Ungari se había dedicado a contar, medir, seccionar, alimentar el ordenador y calcular durante todo el trayecto. Ahora habían llegado al último puesto de avanzada de Pol (o al primero, dependiendo de la dirección en que uno viajase). Este estaba arraigado en el mismo Centro Hegen.

En cierta época, Pol Seis no había sido más que una parada de emergencia y un eslabón de la cadena de comunicaciones. Todavía no había sido resuelto el problema de enviar mensajes a través de un salto por agujero de gusano sin transportarlos físicamente en una nave. De casi todas las regiones desarrolladas de la red partía en un salto una nave de comunicaciones cada hora o incluso con más frecuencia, para emitir un haz de rayos que viajaban a la velocidad de la luz hasta el siguiente punto de salto, donde los mensajes eran recibidos y vueltos a emitir, y ésta era la forma más rápida de enviar la Información. En las regiones menos desarrolladas sólo se podía aguardar, algunas veces durante semanas o meses, hasta que una nave acertase a pasar por allí, y luego esperar que no se olvidasen de entregar el mensaje.

Ahora Pol Seis era más que un punto de referencia. Montaba guardia. Ungari había chascado la lengua con entusiasmo al identificar y sumar a su lista las naves de Pol apiñadas en la zona que rodeaba la nueva construcción. Habían volado en espiral sobre la estación, inspeccionando cada sector de ella y todas sus naves.

«Su principal tarea —le había dicho Ungari a Miles— será hacer que a todos les resulte más interesante observarlo a usted que a mí. Circule. Dudo que necesite esforzarse demasiado para llamar la atención. Revele su identidad oculta. Con suerte, hasta es posible que establezca un par de contactos que valga la pena estudiar. Aunque dudo que se encuentre con algo muy valioso de inmediato. Las cosas no funcionan de ese modo.»

Ahora, Miles abrió su muestrario sobre la cama y volvió a examinarlo.

Sólo un vendedor ambulante, eso soy yo. Doce armas de mano sin sus cargas de energía brillaron con picardía. Una fila de discos de vídeo describiendo armas más grandes e interesantes. Y lo más cautivador de todo, la colección de discos diminutos ocultos en su chaqueta- *Muerte. Os la puedo vender al por mayor.*

El guardaespaldas de Miles lo recibió en la compuerta de salida. ¿Por qué, en nombre del cielo, Illyan había tenido que designar a Overholt para esta misión? Por el mismo

motivo que lo había impulsado a enviarlo a la isla Kyril, porque era de confianza, pero a Miles le resultaba embarazosa la idea de trabajar con un hombre que alguna vez lo había arrestado. ¿Y qué pensaría Overholt de él ahora? Afortunadamente, el hombre era del tipo discreto.

Overholt iba vestido con un estilo tan informal y ecléctico como el suyo, aunque llevaba botas en lugar de sandalias. Parecía exactamente un guardaespaldas que trataba de pasar por turista. La clase de hombre que un pequeño traficante de armas como Víctor Rotha tomaría a su servicio.

Formal y decorativo a la vez, trafica, juega a los dados y camorrea. Por separado, ni Miles ni Overholt serían memorables. Juntos, bueno... Ungari reñía razón. No tendrían que preocuparse por llamar la atención.

Miles atravesó el tubo de desembarco y entró en Pol Seis. Allí, tanto su muestrario como su persona fueron cuidadosamente examinados, y Overholt debió mostrar su permiso para portar armas- A partir de allí tenían libre acceso a las instalaciones de la estación, exceptuando ciertos corredores custodiados que conducían a las zonas militarizadas. Ungari había dejado bien claro que esas áreas eran asunto suyo, no de Miles.

Aún era temprano para su primera cita y, por lo tanto. Miles caminó lentamente, disfrutando la sensación de encontrarse en una estación espacial. El lugar no era tan transitable como la Colonia Beta, pero pudo moverse sin problemas en el ambiente técnico-cultural galáctico. No se parecía en nada a la subdesarrollada Barrayar. El ambiente era artificial y transmitía una cierta sensación de peligro, sensación que en cualquier momento podía crecer hasta convertirse en terror claustrofóbico, en el caso de producirse una repentina descompresión. La gran plaza central estaba rodeada de tiendas, hoteles y restaurantes.

Un curioso trío paseaba por la plaza Justo frente a Miles. Un hombre robusto, vestido con ropas sueltas e ideales para ocultar armas, miraba hacia todos lados con inquietud. Un colega profesional de Overholt, sin duda. El y Overholt se descubrieron el uno al otro e intercambiaron miradas sombrías, para luego ignorarse mutuamente. El hombre a quien custodiaba parecía casi invisible al lado de su mujer.

Ella era baja, pero de gran vivacidad. Tenía una figura delgada y un cabello rubio, casi blanco y muy corto, que le otorgaba un extraño aspecto de duende. Su atuendo deportivo negro parecía emitir destellos eléctricos que ondulaban como agua sobre su piel. Unos zapatos negros con tacones altos la elevaban inútilmente unos pocos centímetros. Sus labios lucían un rojo carmesí, haciendo juego con el pañuelo que rodeaba su cuello de alabastro, cayendo como una cascada desde los hombros para enmarcar la piel desnuda de su espalda. La mujer parecía... cara.

Sus ojos descubrieron la mirada fascinada de Miles. La mujer alzó el mentón y lo miró con frialdad.

—¿Víctor Rotha? —La voz a su lado lo sobresaltó.

—Ah..., ¿señor Liga? —aventuró Miles mientras giraba- Pálidas facciones de conejo, labios prominentes, cabello negro; éste era el hombre que afirmaba querer mejorar el armamento de sus guardias de seguridad, en su industria minera asteroidal. Seguro. ¿De dónde lo había sacado Ungari? Miles no estaba seguro de querer saberlo.

—He hecho arreglos para que hablemos en un sitio privado. —Liga sonrió y señaló la entrada de un hotel cercano con un movimiento de cabeza—. Eh... —agregó—, parece que todos están haciendo negocios esta mañana. —Señaló al trío al otro lado del vestíbulo. Ahora ya eran un cuarteto y se estaban marchando. Los pañuelos flotaban como banderas tras los rápidos pasos de la rubia.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Miles.

—No lo sé —respondió Liga—. Pero el hombre al que siguen es su principal competidor aquí. Es el agente de Casa Fell, los especialistas jacksonianos en armamentos.

Mas bien parecía un hombre de negocios, al menos de espaldas.

—¿Pol permite que los jacksonianos operen aquí? —preguntó Miles—, Pensé que las relaciones eran muy tensas.

—Entre Pol, Aslund y Vervain, sí —aclaró Liga—, El consorcio jacksoniano proclama a gritos su neutralidad. Esperan obtener beneficios por todos lados. Pero éste no es el mejor lugar para hablar de política. Vayámonos de aquí.

Tal como Miles suponía. Liga lo llevó a la habitación de un hotel. Entonces Miles recitó la propaganda comercial que había memorizado. Le enseñó una a una todas las armas de mano y disertó sobre las piezas que tenían disponibles y las fechas de entrega.

—Había pensado en algo más... poderoso —dijo Liga.

—Tengo otro muestrario a bordo de mi nave —le explicó Miles—. No quise transgredir las costumbres de Pol con él, pero puedo mostrarle un vídeo de su contenido.

Miles sacó a relucir los manuales de las armas pesadas.

—Este vídeo sólo tiene propósitos educativos, por supuesto, ya que para un particular de Pol la posesión de estas armas es ilegal.

—En Pol, sí —precisó Liga—, pero sus leyes no rigen en el Centro Hegen. Todavía. Sólo debe despegar de Pol Seis y superar los diez mil kilómetros que constituyen el límite de tráfico controlado para llevar a cabo cualquier negocio que desee, con toda legalidad. El problema se presenta cuando tiene que entregar la mercancía dentro del espacio local de Pol.

—Las dificultades en las entregas son una de mis especialidades —le aseguró Miles—. Con un pequeño recargo, por supuesto.

—Eh, bien... —Liga revisó el catálogo apretando el avance rápido—. Estos arcos de plasma para trabajos pesados.... ¿cómo son en relación a los cañones con disruptores nerviosos?

Miles se encogió de hombros.

—Depende de si quiere eliminar personas solamente, o personas y propiedades. Puedo ofrecerle muy buen precio por los disruptores nerviosos. —Mencionó una cifra en créditos de Pol.

—Hace poco obtuve una mejor cotización, por un artefacto de la misma potencia en kilovatios —mencionó Liga sin mucho interés.

—No lo dudo —Miles sonrió—. Veneno un crédito, antídoto cien créditos.

—¿Y eso qué se supone que significa? —preguntó Liga con desconfianza.

Miles deslizó el dedo bajo su solapa y extrajo un diminuto vídeo.

—Eche un vistazo a esto- —Lo insertó en el reproductor de vídeo- Una figura cobró vida e hizo algunas piruetas. Estaba vestida de la cabeza a los pies, e incluyendo los dedos, con lo que parecía ser una red ajustada y brillante.

—Algo aireado para usarse como ropa interior, ¿no? —dijo Liga, con escepticismo.

Miles lo miró con una sonrisa apenada.

—No existe fuerza armada de la galaxia que no quiera poner sus manos sobre esto. La primera malla protectora contra dísruptores nerviosos para una sola persona. La última carta tecnológica de la Colonia Beta.

Liga abrió los ojos de par en par.

—No sabía que estaban en el mercado.

—No lo están. Se trata, por así decirlo, de un adelanto. —La Colonia Beta no hacía públicas sus novedades de inmediato. Desde hacía un par de generaciones que siempre estaba unos pasos adelantada y abastecía a todos los demás. A su debido tiempo, la Colonia Beta pondría a la venta su nuevo dispositivo por toda la galaxia. Mientras tanto...

Liga humedeció su prominente labio inferior.

—Nosotros utilizamos mucho los disruptores nerviosos.

¿Para los guardias de seguridad? Claro, seguro.

—Tengo una partida limitada de mallas protectoras. El primero en pedir las, se las lleva.

—¿El precio?

Miles le dijo una cifra en dólares betaneses.

—¡Un ultraje! —Liga se mecía en su sillón flotante. Miles se alzó de hombros.

—Piénselo. Su organización podría quedar en gran desventaja si no es la primera en mejorar sus defensas. Estoy seguro de que podrá imaginarlo.

—Yo... tendré que consultarlo. Eh... ¿me permite el disco para enseñárselo a mi supervisor?

Miles frunció los labios.

—Que no lo atrapen con él.

—Por supuesto. —Liga volvió a pasar el vídeo de demostración y observó con fascinación la figura resplandeciente del soldado. Entonces se guardó el disco en el bolsillo.

Listo. El anzuelo estaba echado en las aguas oscuras. Resultaría muy interesante ver quién lo mordía, ya se tratase de pececillos o de monstruosos leviatanes. Liga era un pez menor, según la opinión de Miles.

Bueno, debía empezar por alguna parte.

De regreso a la plaza. Miles se acercó a Overholt y le murmuró con preocupación:

—¿Lo he hecho bien?

—Muy bien, señor —le aseguró Overholt.

Bueno, tal vez sí. Se había sentido bien con la actuación. Casi podía imaginarse sumergiéndose en la compleja personalidad de Víctor Rotha.

A la hora del almuerzo, Overholt lo condujo a una cafetería con mesas ubicadas al aire libre frente a la plaza, el mejor lugar para ser observados, desviando así la atención de Ungari. Miles devoró un sandwich rico en proteínas y permitió que sus nervios se relajaran un poco. Esta actuación le agradaba- No era tan estimulante como...

—¡Almirante Naismith!

Miles estuvo a punto de atragantarse con el emparedado, y giró la cabeza con desesperación tratando de identificar al que lo había llamado. Overholt se enderezó en su silla alarmado, aunque logró que su mano no volase prematuramente hacia el arma aturdidora que llevaba oculta.

Dos hombres se habían detenido junto a su mesa. Miles no pudo reconocer a uno de ellos. Al otro... ¡maldición! El conocía ese rostro. Mandíbulas cuadradas, piel oscura, demasiado pulcro para ser otra cosa que un soldado, a pesar de sus ropas civiles de Pol. ¡El nombre, el nombre...! Uno de los comandos de Tung. Cuando lo vio por última vez, Miles había estado sentado junto a él en la armería del *Triumph*, preparándose para una batalla. Clive Chodak, ése era su nombre.

—Lo siento, me ha confundido con otra persona —dijo Miles por puro reflejo—. Mi nombre es Víctor Rotha.

Chodak parpadeó.

—¿Qué? ¡Oh!, lo siento. Es que... se parece a alguien que conocí.

Miró a Overholt unos momentos, y luego se volvió hacia Miles interrogándolo con la mirada.

—¿Podemos acompañarlos?

—¡No! —replicó Miles aterrado. Aunque... No debía desechar un posible contacto. Esta era una complicación para la cual debía haber estado preparado. Pero activar a Naismith antes de lo planeado, sin la orden de Ungari...—Bueno, no aquí —se corrigió rápidamente.

—Ya... ya veo, señor. —Con un ligero movimiento de cabeza, Chodak se retiró llevando consigo a su renuente compañero. Sólo una vez se volvió para mirarlo por

encima del hombro. Miles contuvo su impulso de morder la servilleta. Los dos hombres desaparecieron en la plaza. A juzgar por sus gestos, parecían estar discutiendo.

—¿Y esto estuvo bien? —preguntó Miles, tristemente. Overholt parecía algo consternado.

—No mucho. —Con el ceño fruncido, observó el lugar por donde habían desaparecido los dos hombres.

A Chodak no le llevó más de una hora rastrear a Miles hasta su nave betanesa en la estación. Ungari todavía estaba fuera.

—Dice que quiere hablar con usted —le informó Overholt. Él y Miles estudiaron el monitor de vídeo. Chodak estaba en la escotilla, cambiando el peso de un pie a otro con impaciencia—. ¿Qué cree que desea en realidad?

—Probablemente hablar conmigo —respondió Miles— y que me condenen si yo no quiero hablar con él también.

—¿Cuán bien lo conoce? —preguntó Overholt con desconfianza, mirando al imagen de Chodak.

—No demasiado —admitió Miles—. Parecía un comando competente. Conocía su equipo, sabía manejar a su gente y se mantenía firme bajo el fuego. —A decir verdad, Miles solo había tenido breves contactos con aquel hombre, siempre por cuestiones militares, pero algunos de aquellos minutos habían sido críticos, en la desesperada incertidumbre del combate espacial. ¿Sería lo bastante seguro permitir la entrada de un hombre al que no había visto en casi cuatro años?—. Regístrelo bien, pero déjelo pasar y averigüemos lo que tiene que decir.

—Si usted lo ordena, señor —dijo Overholt en tono neutral.

—Lo ordeno.

A Chodak no pareció molestarle que lo registrasen. Sólo llevaba un aturdidor reglamentario. Aunque también había sido un experto en combatir con los puños, recordó Miles, y ésa era un arma que nadie podía confiscarle. Overholt lo escoltó hasta el pequeño comedor de oficiales, lugar que los betaneses hubieran llamado «sala de recreación».

—Señor Rotha —comenzó Chodak—. Esperaba hablar con usted, eh... en privado. —Miró a Overholt con desconfianza—. ¿O ha reemplazado al sargento Bothari?

—Nunca. —Miles hizo una seña a Overholt para que lo siguiera al corredor, pero no habló hasta que las puertas se cerraron con un susurro—. Creo que su presencia es inhibitoria. ¿Le importaría esperar fuera? —Miles no especificó a quién inhibía Overholt—. Podrá vigilar en el monitor, por supuesto.

—Me parece una mala idea. —Overholt frunció el ceño—, ¿Qué ocurrirá si se abalanza sobre usted?

Miles dio unos golpecitos nerviosos sobre la costura de su pantalón.

—Es una posibilidad- Pero de aquí nos dirigiremos a Aslund, donde, según dice Ungari, se encuentran apostados los Dendarii. Tal vez pueda brindarnos información de utilidad.

—Si dice la verdad.

—Las mentiras también pueden ser reveladoras. —Con este dudoso argumento, regresó al comedor sin Overholt.

Miles saludó con un movimiento de cabeza a su visitante, quien ahora estaba sentado ante una mesa.

—Cabo Chodak.

Chodak se iluminó.

—Sí, lo recuerda.

—Oh, sí, y... ¿todavía se encuentra con los Dendarii?

—Si, señor. Soy sargento Chodak, ahora.

—Muy bien. No me sorprende.

—Y, eh... son los Mercenarios Oseran.

—Eso tengo entendido. Si es algo bueno o no, aún está por verse.

—¿Por quién se hace pasar, señor?

—Víctor Rotha es un traficante de armas.

—Ese es un buen disfraz. —Chodak asintió con la cabeza. Miles sirvió dos cafés tratando de que sus siguientes palabras sonasen casuales.

—¿Y qué está haciendo en Pol Seis? Pensé que los Den... que la flota prestaba servicios en Aslund.

—En la Estación Aslund, aquí en el Centro —le corrigió Chodak—. Sólo son un par de días de vuelo por el sistema. Por ahora se encuentra allí. —Sacudió la cabeza—. Contratista del gobierno.

—¿Atrasados en los planes y excedidos en los costes?

—Exacto. —Aceptó la taza de café sin vacilar, sujetándola entre sus manos delgadas, y bebió un pequeño sorbo—. No puedo quedarme mucho tiempo. —Giró la taza y la depositó sobre la mesa—. Señor, creo que puedo haberle causado problemas por accidente. Me sorprendió tanto verlo allí... De todos modos, quería... supongo que quería ponerlo sobre aviso. ¿Viaja de regreso a la flota?

—Me temo que no puedo discutir mis planes. Ni siquiera con usted.

Chodak le dirigió una mirada penetrante con sus ojos negros y almendrados.

—Usted siempre ha sido engañoso.

—Como experto soldado de combate, ¿prefiere los asaltos frontales?

—¡No, señor! —Chodak esbozó una leve sonrisa.

—¿Por qué no me cuenta? Supongo que usted será uno de los agentes de inteligencia que la flota tiene esparcidos por el Centro. Seguramente hay unos cuantos como usted, o de otro modo la organización se hubiese venido abajo en mí ausencia. —Lo más probable era que, en ese momento, la mitad de los habitantes de Pol Seis fuesen espías para algún bando, sin mencionar a los dobles agentes. ¿A ellos había que contarlos dos veces?

—¿Por qué ha tardado *tanto*, señor? —El tono de Chodak era casi una acusación.

—No era mi intención —se excusó Miles—. Durante algún tiempo estuve prisionero en... en un lugar que prefiero no describir. Logré escapar hace apenas unos tres meses. —Bueno, aquélla era una forma de describir la isla Kyril.

—¡Usted, señor! Podríamos haberlo rescatado...

—No, no hubieran podido —replicó Miles con dureza—. La situación era extremadamente delicada, y se resolvió de un modo satisfactorio para mí. Pero entonces me vi erradicado de las áreas en que solía operar, exceptuando la flota Dendarii. Lo siento, pero vosotros sois mi única preocupación. De todos modos me siento intranquilo. Debí haber tenido noticias del comodoro Jesek. —Eso era cierto.

—El comodoro Jesek ya no está al mando. Hace alrededor de un año hubo una reorganización financiera y una reestructuración de mando, efectuada por la junta de capitanes y el almirante Oser. Encabezado por el almirante Oser.

—¿Dónde está Jesek?

—Fue degradado a ingeniero de la flota.

Era inquietante, pero Miles podía comprenderlo.

—No me parece del todo mal. Jesek nunca fue tan agresivo como... como Tung, por ejemplo. ¿Y Tung? Chodak sacudió la cabeza.

—Fue degradado de Jefe de estado mayor a oficial encargado del personal. Un puesto insignificante.

—Eso parece... un desperdicio.

—Oser no confía en Tung. Y Tung tampoco lo aprecia mucho a él. Desde hace un año, Oser trata de forzarlo a marcharse, pero Tung se mantiene en su puesto a pesar de la humillación. No es sencillo deshacerse de él. Oser todavía no puede arriesgarse a perder parte de su personal, y demasiadas personas clave siguen siendo leales a Tung.

Miles alzó las cejas.

—¿Incluyéndolo a usted?

—El supo hacer las cosas —dijo Chodak con aire distraído—, Yo lo consideraba un oficial superior.

—Yo también.

Chodak asintió con la cabeza.

—Señor... el asunto es... El hombre que estaba conmigo en la cafetería es mi superior aquí. Y es partidario de Oser. Excepto matarlo, no se me ocurre ninguna otra manera de evitar que informe sobre nuestro encuentro.

—No tengo ningún deseo de iniciar una guerra civil en mi propia estructura de mando —dijo Miles. *De momento*—. Me parece más importante que no sospeche que ha hablado conmigo en privado. Deje que informe. Ya antes he hecho tratos con el almirante Oser, para beneficio de ambos.

—No estoy seguro de que Oser piense lo mismo, señor. Creo que se considera engañado. Miles lanzó una carcajada.

—Yo doblé el tamaño de la flota durante la guerra de Tau Verde. Incluso como tercer oficial, acabó teniendo mucho más que antes bajo su mando, una tajada más pequeña de un pastel más grande.

—Pero el bando que nos contrató en un principio perdió.

—No lo creo. Ambos lados ganaron con la tregua que forzamos. Sólo se perdió un poco de prestigio. ¿Es que Oser no puede sentir que ha vencido a menos que haya un derrotado?

La expresión de Chodak se tornó sombría.

—Creo que ése es el caso, señor. El dice, yo mismo lo he escuchado, que usted nos engañó. Que jamás ha sido un almirante ni ninguna clase de oficial. Que si Tung no lo hubiese traicionado, él lo habría echado de una patada en el trasero. —Chodak le dirigió una mirada pensativa—. ¿Qué era usted en realidad?

Miles sonrió con suavidad.

—Era el vencedor. ¿Lo recuerda?

Chodak emitió un bufido, casi una risita.

—Sí.

—No permita que la pobre historia revisionista de Oser nuble su mente. Usted estaba allí.

Chodak sacudió la cabeza con pesar.

—En realidad no necesitaba mi advertencia, ¿verdad? —Se puso de pie.

—Nunca dé nada por sentado. Ah..., y cuídese. Eso significa que cubra su trasero. Me acordaré de usted, más adelante.

—Señor. —Chodak lo saludó con un movimiento de cabeza. Overholt, quien aguardaba en el corredor con una postura de centinela casi imperial, lo escoltó con pasos firmes hasta la compuerta de la nave.

Miles permaneció sentado en el corredor, mordisqueando suavemente el borde de su taza, y consideró ciertos sorprendentes paralelos entre la reestructuración de mando en una flota mercenaria libre y las destructivas guerras de los Vor barrayeranos. ¿Podía pensarse en los mercenarios como en una miniatura, una simplificación, una versión de laboratorio de la vida real?

Oser debía haber estado presente en el alzamiento de Vordarian para ver cómo trabajan los chicos grandes.

Sin embargo, a Miles le convenía no subestimar los peligros potenciales y las complejidades de la situación. Su muerte en un conflicto en miniatura sería tan absoluta como su muerte en uno grande.

Diablos, ¿qué muerte? ¿Qué tenía él que ver con los Dendarii o con los oseranos, después de todo? Oser tenía razón, él los había engañado, y lo único extraño era que

hubiese tardado tanto en descubrirlo. Miles no veía ningún motivo para volver a complicarse con los Dendarii. En realidad, bien podía evitarse esa peligrosa vergüenza política. Que Oser se quedase con ellos, ya que de todos modos habían sido suyos desde un principio.

Tengo tres personas que me han jurado lealtad en esa flota. Mi propio partido político.

Qué fácil había sido volver a interpretar el papel de Naismith...

De todos modos, poner en escena a Naismith no era decisión de Miles. Era del capitán Ungari.

Ungari fue el primero en señalarlo cuando regresó, y Overholt lo puso al tanto de lo ocurrido. Como era un hombre controlado, su furia sólo se notó por señales sutiles: un endurecimiento de la voz, líneas más tensas alrededor de los ojos y la boca.

—Ha violado nuestra pantalla. Eso es algo que nunca debe hacer. Es la primera regla de supervivencia en este negocio.

—Señor, con todo respeto, permítame decirle que yo no me delaté —respondió Miles con calma—. Fue Chodak. Él también pareció comprenderlo, no es estúpido. Se disculpó lo mejor que pudo. —Chodak podía ser más sutil de lo que parecía a simple vista, ya que en ese momento estaba bien con ambas partes en la escisión producida en el comando Dendarii, y una de las dos acabaría venciendo. ¿Era algo calculado o casual? Chodak podía ser astuto o afortunado, pero en todo caso sería una persona muy útil para el bando de Miles...

¿Qué bando, eh? Ungari no me permitirá acercarme a los Dendarii después de esto.

Ungari frunció el ceño ante la pantalla de vídeo, donde acababa de rebobinar la grabación de la entrevista entre Miles y el mercenario.

—Cada vez estoy más convencido de que puede resultar demasiado peligroso representar a Naismith. Si el pequeño golpe palaciego de ese Oser tiene algún parecido con lo que este sujeto dice, la fantasía de Illyan sobre que usted no tiene más que ordenarles a los Dendarii que se vayan, me resulta absurda. Ya me parecía que sonaba demasiado sencillo. —Ungari caminó por el comedor, golpeándose la palma izquierda con el puño derecho—, Bueno, es posible que Víctor Rotha todavía nos sirva de algo. Por más que me gustaría confinarlo en sus habitaciones...

Qué extraño, ¿cuántos de sus superiores habían dicho lo mismo?

—... Liga quiere volver a ver a Rotha esta tarde. Tal vez para hacer un pedido sobre nuestra carga ficticia. Quiero que lo haga a un lado y llegue al siguiente nivel de su organización. Su jefe, o el Jefe de su jefe.

—¿Quién cree que le paga a Liga?

Ungari dejó de caminar y le enseñó las palmas de las manos.

—¿Los cetagandanos? ¿Los del Conjunto de Jackson? ¿Algún otro? Seguridad Imperial está trabajando duro por aquí. Pero si se probara que la organización criminal de Liga es una marioneta de Cetaganda, podría valer la pena enviar a un agente que se infiltrase en sus filas. ¡Así que averigüelo! Sugiera que guarda más cosas atractivas en su bolso. Acepte sobornos. Llegue hasta ellos y descubra lo que necesitamos saber. Yo casi he terminado aquí, e Illyan está muy interesado en saber cuándo la Estación Aslund se encontrará en condiciones de operar como base defensiva.

Miles hizo sonar la campanilla de la habitación del hotel. Su mentón se alzó en un tic nervioso. Se aclaró la garganta y enderezó los hombros.

Overholt observaba el corredor vacío de arriba abajo. La puerta se abrió con un susurro. Miles parpadeó sorprendido.

—Ah, señor Rotha. —La voz suave pertenecía a la rubia que había visto en la plaza esa mañana. Ahora llevaba un atuendo de seda roja ceñido a la piel, con pronunciado escote, una gola rojo brillante que se elevaba sobre su nuca enmarcando su cabeza escultural, y botas de gamuza roja con tacones altos. La mujer le obsequió con una sonrisa de alto voltaje.

—Lo siento —dijo Miles automáticamente—. Debo haberme equivocado de puerta.

—De ningún modo. —Una mano delgada lo invitó a pasar—, Llega Justo a tiempo.

—Tenía una cita con el señor Liga.

—Así es, y yo me he hecho cargo de la cita. Por favor, entre. Mi nombre es Livia Nu.

Bueno, ella no tenía posibilidad de ocultar ningún arma en su ropa. Miles entró y no se sorprendió al ver al guardaespaldas en un rincón de la habitación. El hombre saludó con un movimiento de cabeza a Overholt, quien a su vez le respondió del mismo modo, los dos tan cautelosos como gatos. ¿Y dónde estaba el tercer hombre? No allí, evidentemente. Ella se acomodó en un sofá relleno con líquido.

—¿Es usted, eh... la supervisora del señor Liga? —preguntó Miles. No, Liga le había dicho que no sabía quién era ella. La mujer vaciló unos segundos.

—En cierto sentido, sí.

Uno de los dos estaba mintiendo..., o tal vez no —Si ella tenía un alto cargo en la organización de Liga, él no la hubiera identificado ante él. Maldición.

—Pero puede considerarme una agente comercial. Dios. En Pol Seis no faltaban los espías, por cierto.

—¿Para quién?

—¡Ah! —Ella sonrió—. Una de las ventajas de tratar con pequeños proveedores es su política de no formular preguntas. Una de las pocas ventajas.

—«No se formulan preguntas» es el lema de la Casa Fell, según creo. Ellos tienen la ventaja de contar con una base fija y segura. Yo he aprendido a ser cauteloso cuando vendo armas a personas que podrían dispararme a mí en un futuro cercano.

Sus ojos azules se abrieron de par en par.

—¿Quién querría dispararle a usted?

—Sujetos mal aconsejados —replicó Miles. Por Dios. Aquella conversación estaba escapando de su control. Intercambió una mirada de desesperación con Overholt, quien era observado atentamente por su contraparte.

—Debemos hablar. —Ella dio unos golpecitos a su lado en el sillón—. Siéntese, Víctor. Ah... —agregó, volviéndose hacia su guardaespaldas—, ¿por qué no aguarda fuera?

Miles se sentó en el borde del sofá y trató de adivinar la edad de la mujer. Su tez era tersa y blanca. Sólo la piel de sus párpados era blanda y algo arrugada. Miles recordó las órdenes de Ungari: *Acepte sobornos, llegue hasta ellos...*

—Tal vez usted también deba esperar fuera —le dijo a Overholt.

Overholt pareció vacilar, pero era evidente que entre los dos prefería vigilar a ese fornido hombre armado. Asintió con la cabeza y siguió fuera al sujeto.

Miles sonrió tratando de parecer amigable. Ella se veía muy seductora. Miles se reclinó con cautela entre los cojines y trató de verse dispuesto a ser seducido. Un verdadero encuentro romántico entre espías, de esos que, según Ungari, nunca se producían. Tal vez nunca le ocurrían a Ungari, ¿eh?

Vaya, qué dientes tan afilados tiene, señorita.

La mujer introdujo la mano entre los senos y extrajo un diminuto disco de vídeo muy familiar. Entonces se inclinó para insertarlo en el reproductor de vídeo que se hallaba frente a ellos en la mesita baja. Miles necesitó unos momentos para desviar su atención hacia la imagen. Allí estaba otra vez el pequeño soldado resplandeciente con sus estilizados movimientos. Aja. Así que era la supervisora de Liga. Muy bien, ahora sí que estaba llegando a alguna parte.

—Esto es realmente notable, Víctor. ¿Cómo lo consiguió?

—Un afortunado accidente.

—¿Cuántos puede suministrar?

—Una cantidad estrictamente limitada. Digamos unos cincuenta. No soy un fabricante.

¿Liga le mencionó el precio?

—Me pareció alto.

—Si logra encontrar otro proveedor que se los ofrezca por menos, estaré encantado de igualar su precio y descontarle un diez por ciento. —Miles logró hacer una pequeña reverencia estando sentado.

Ella emitió un sonido risueño.

—La cantidad ofrecida es demasiado escasa.

—Incluso así, usted podría obtener ganancias de diversas maneras si se apresura. Por ejemplo, podría vender el modelo a gobiernos que se muestren interesados. Yo me propongo obtener mi parte en esas ganancias, antes de que el mercado esté saturado y el precio más bajo. Usted podría hacer lo mismo.

—¿Y por qué no se los vende directamente a esos gobiernos?

—¿Qué la lleva a pensar que no lo he hecho? —Miles sonrió—. Pero... considere mis rutas en esta zona. He pasado por Barrayar y por Pol para llegar hasta aquí. Deberé salir por el Conjunto Jackson o por el Imperio de Cetaganda. Desgraciadamente, en ambos casos corro grandes riesgos de perder mi carga sin obtener compensación alguna. —En cuanto a eso, ¿de dónde había sacado Barrayar el modelo del traje protector? ¿Existía un verdadero Víctor Rotha, y en ese caso dónde estaba ahora? ¿Dónde había obtenido Illyan la nave?

—¿Entonces los trae con usted?

—Yo no he dicho eso.

—Mm... —Ella sonrió—. ¿Puede entregar uno esta noche?

—¿De qué tamaño?

—Pequeño. —Deslizó un dedo por su cuerpo, desde el pecho hasta los muslos, para indicar cuan pequeño lo quería. Miles suspiró con pesar.

—Por desgracia, dispongo de tallas medianas y grandes para soldados de combate. Su reforma requiere complicados recursos técnicos, los cuales todavía están siendo ensayados para mí.

—Cuánta atención de parte del fabricante.

—Estoy completamente de acuerdo, ciudadana Nu.

Ella lo miró con más atención. ¿Su sonrisa se había tornado algo más franca?

—De todos modos, prefiero venderlos al por mayor. Si su organización no posee la capacidad financiera como para acceder a ello...

—Todavía podemos llegar a un acuerdo.

—Espero que sea pronto. Tendré que partir dentro de poco tiempo.

Ella murmuró con aire ausente:

—Tal vez no... —Entonces lo miró con el ceño fruncido—. ¿Cuál es su siguiente parada?

Ungari debía presentar un plan de vuelo de todos modos.

—Aslund.

—Mm... sí, debemos alcanzar alguna clase de acuerdo. Sin lugar a duda.

¿Esos destellos azules eran lo que la gente llamaba «ojos de alcoba»? El efecto era como un arrullo, casi hipnótico.

Al fin he encontrado a una mujer que es apenas más alta que yo, y ni siquiera sé de qué lado esta. El menos que nadie debía confundir la baja estatura con debilidad o desamparo.

—¿Puedo conocer a su jefe?

—¿A quién? —Ella frunció el ceño.

—Al hombre que vi con ustedes esta mañana.

—¡Oh...! Así que ya lo ha visto.

—Arregle una cita con nosotros. Hagamos un negocio serio. Dólares betaneses, recuérdelo.

—El placer está antes que el negocio, sin duda. —Su aliento le rozó la oreja, un ligero velo aromático.

¿Ella trataba de ablandarlo? ¿Para qué? Ungari le había dicho que no se delatase. Seguramente la personalidad de Víctor Rotha lo llevaría a obtener todo lo que pudiese. Más un diez por ciento.

—No tiene que hacer esto —logró decir con voz ahogada. El corazón le latía demasiado rápido.

—No *todo* lo que hago es por razones comerciales —susurró ella.

¿Por qué se molestaba en seducir a un deforme traficante de armas? ¿Qué placer encontraba en ello? ¿Qué podía obtener, *aparte* del placer?

Tal vez yo le guste. Miles hizo una mueca, imaginando las explicaciones que debería presentarle a Ungari. La mujer le había rodeado el cuello con su brazo.

Sin proponérselo, él alzó la mano para acariciar sus cabellos suaves. Una sublime experiencia estética-táctil, tal como lo había imaginado...

Ella lo apretó con más fuerza. Por puro reflejo nervioso, Miles se levantó de un salto.

Y permaneció allí, sintiéndose como un idiota. Había sido una caricia, no el inicio de una estrangulación.

Ella se dejó caer contra el respaldo del sofá, y su brazo delgado permaneció extendido sobre los cojines.

—¡Víctor! —Su voz sonaba risueña—. No iba a morderte el cuello.

Miles sentía el rostro acalorado.

—Debo irme ahora. —Se aclaró la garganta para que su voz recuperase el registro más grave y se inclinó para sacar el disco de la máquina. Ella movió la mano rápidamente para impedirle, pero luego volvió a dejarse caer con languidez, fingiendo desinterés. Miles apretó el intercomunicador de la puerta.

Overholt estuvo allí de inmediato, ante la puerta corrediza. Miles experimentó un gran alivio. Si su guardaespaldas no hubiese estado allí, habría sido evidente que se trataba de una trampa. Y habría sido demasiado tarde, por supuesto.

—Tal vez después —balbuceó Miles—, Cuando haya recibido la entrega. Podríamos reunirnos. —¿La entrega de una carga que no existía? ¿Qué estaba diciendo?

Ella sacudió la cabeza con incredulidad. Su risa lo siguió por el corredor. Sonaba algo irritada.

Miles despertó sobresaltado cuando se encendieron las luces de su cabina. Ungari se encontraba ante la puerta, completamente vestido. Detrás de él se encontraba el piloto. El hombre estaba medio dormido, en ropa interior, y parecía nervioso.

—Vístase después —le gruñó Ungari—. Salgamos de aquí y superemos el límite de los diez mil kilómetros. Lo ayudaré a establecer el curso en unos minutos. —Entonces agregó como para sí mismo—: En cuanto sepa adonde diablos nos dirigimos. *Muévase.*

El piloto se marchó rápidamente. Ungari se acercó a la cama de Miles.

—Vorkosigan, ¿qué diablos ocurrió en esa habitación de hotel?

Miles entrecerró los ojos para protegerse tanto de la luz como de Ungari, y contuvo el impulso de ocultarse bajo las mantas.

—¿Eh? —Tenía la boca seca.

—Acabo de recibir una advertencia, con apenas unos minutos de anticipación. Seguridad Civil de Pol Seis ha emitido una orden de arresto en contra de Víctor Rotha.

—¡Pero yo jamás toqué a esa señora! —protestó Miles, aturdido.

—Liga fue encontrado muerto en esa habitación.

—¿Qué?

—El laboratorio de seguridad acaba de terminar sus exámenes... Ocurrió aproximadamente a la hora en que se encontraron. En que debían encontrarse. La orden de arresto será difundida por la red en pocos minutos, y quedaremos atrapados aquí.

—Pero yo ni siquiera vi a Liga. Estuve con su jefa, Livia Nu. De todos modos, si hubiese hecho algo semejante, ¿se lo habría informado de inmediato, señor!

—Gracias —dijo Ungari con frialdad—. Me alegra saberlo. —Su voz se tornó más dura—. Lo acusan a usted, por supuesto.

—¿Quién...? —Sí. Livia Nu podía haberle sustraído el disco archisecreto de ese modo. Pero sí ella no era el superior de Liga, si ni siquiera pertenecía a su organización criminal polense, ¿quién era en realidad?—. ¡Necesitamos saber más, señor! Esto podría ser el comienzo de algo.

—Esto podría ser el *final* de nuestra misión. ¡Maldita sea! Y ahora no podemos regresar a Barrayar vía Pol. Estamos aislados, ¿Adonde vamos? —Ungari comenzó a caminar, y era evidente que pensaba en voz alta—. Yo quiero ir a Aslund. Su tratado de extradición con Pol no rige en este momento, pero... y además están sus complicaciones con los mercenarios. Ahora que han conectado a Rotha con Naismith. Gracias a su descuido.

—Por lo que dijo Chodak, no creo que el almirante Naismith sea recibido con los brazos abiertos —admitió Miles a regañadientes—

—La estación Consorcio del Conjunto Jackson no tiene tratados de extradición con nadie. Estas pantallas han quedado completamente inutilizadas. Tanto Rotha como Naismith. Tendrá que ser el Consorcio. Descenderé allí con la nave, entraré en la clandestinidad y regresaré a Aslund por mi cuenta.

—¿Y yo, señor?

—Usted y Overholt deberán separarse y regresar a casa.

A casa. Y en la ignominia.

—Señor... Escapar no me parece bien. Supongamos que nos quedamos aquí y probamos la inocencia de Rotha. Ya no estaríamos aislados, y Rotha seguiría siendo una pantalla viable. Es posible que nos estén empujando a hacer esto, a detener todo y escapar.

—No imagino cómo alguien puede haber averiguado mi fuente de información en Seguridad Civil de Pol. Creo que pretenden tenernos atrapados aquí. —Ungari se golpeó la palma con el puño derecho, tomando una decisión—. Vamos al Consorcio. —Viró y se marchó, haciendo resonar sus botas por el corredor. Un cambio en la presión del aire y unos cuantos sonidos apagados indicaron a Miles que la nave despegaba de Pol Seis.

Miles habló en voz alta en la cabina vacía.

—¿Pero y si tienen planes para ambas eventualidades? Yo los tendría.

—Sacudió la cabeza con incertidumbre, y entonces se levantó para vestirse e ir tras Ungari.

9

Miles decidió que la principal diferencia entre la estación de enlace del Consorcio Jacksoniano y la de Pol era la colección de objetos que sus mercaderes ofrecían a la venta. Miles se detuvo frente al distribuidor automático de discos-libro en una plaza muy parecida a la de Pol Seis y repasó un enorme catálogo de pornografía utilizando el avance rápido del aparato. Bueno, casi todo el tiempo utilizó el avance rápido, ya que algunas veces colocó la pausa entre divertido y pasmado. Resistiendo con nobleza la curiosidad, llegó a la sección de historia militar y descubrió, para su gran decepción, que sólo contaba con una escasa colección de títulos.

Miles Insertó su tarjeta de crédito y la máquina le entregó tres obleas. No era que estuviese muy interesado en el *Bosquejo de la Estrategia Trigonal en las Guerras de Minos IV*, pero le aguardaba un largo y tedioso camino hasta llegar a casa, y el sargento Overholt no prometía ser el más brillante de los compañeros de viaje. Miles guardó los

discos en su bolsillo y suspiró. Qué pérdida de tiempo y de esfuerzo había constituido esta misión.

Ungari había hecho los arreglos para que la nave de Víctor Rotha, su piloto y su ingeniero fuesen «vendidos» a un testaferro que, con el tiempo, los devolvería a Seguridad Imperial de Barrayar. Miles había continuado suplicando a su superior para que no dejase de utilizar a Rotha, a Naismith o incluso al alférez Vorkosigan, pero entonces había llegado un mensaje del cuartel general de Seguridad Imperial, dirigido a Ungari exclusivamente.

Éste se había retirado para descifrarlo, apareciendo media hora después con el rostro lívido.

Entonces había modificado su itinerario para partir una hora después con rumbo a la Estación Aslund en una nave comercial. Se había negado a comunicar el contenido del mensaje a Miles o al sargento Overholt. Se había negado a llevar consigo a Miles. Se había negado a permitir que Miles continuara realizando observaciones militares independientes en el Consorcio.

Ungari dejó a Overholt con Miles, o viceversa. Resultaba un poco difícil saber quién había quedado a cargo de quién. Overholt parecía haber abandonado un poco de su subordinación para actuar como una niñera, desalentando a Miles en sus intentos de salir a explorar el Consorcio e insistiendo para que permaneciese en su habitación del hotel.

Ahora esperaban el momento de abordar una nave comercial que se dirigía a Escobar sin escalas, donde se presentarían en la embajada barrayarana y serían enviados a casa sin demora. A casa, y sin haber obtenido nada valioso.

Miles miró su reloj. Faltaban veinte minutos para abordar. Bien podían sentarse mientras esperaban. Con una mirada irritada a su sombra, Overholt, se alejó por la plaza con pasos cansados. Overholt lo siguió con el ceño fruncido.

Miles reflexionó sobre Livia Nu. Al escapar de su invitación erótica, se había perdido la aventura más apasionante de su breve vida. Aunque la expresión en su rostro no había sido precisamente de amor. Bueno, no podía esperarse que una mujer se enamorara a primera vista de Víctor Rotha, por cierto. El brillo de sus ojos se parecía más al de un *gourmet* contemplando un exquisito *hors d'oeuvre* recién presentado por el camarero. Se había sentido como si de sus orejas asomaran ramitas de perejil.

Ella podía haber ido vestida como una cortesana y moverse como tal, pero no había habido nada servil en su actitud. Los gestos del poder en las prendas del que nada puede. Inquietante.

Tan hermosa.

Una cortesana, una espía asesina, ¿qué era ella? Y por encima de todo, ¿a quién pertenecía? ¿Era la jefa de Liga o su adversaria? ¿O su destino? ¿Había matado ella misma al hombre con cara de conejo? Fuera lo que fuese, Miles cada vez estaba más convencido de que ella era una pieza clave en el rompecabezas del Centro Hegen. Debían haberla seguido en lugar de escapar de ella. El sexo no era la única oportunidad que se había perdido. El encuentro con Livia Nu lo perturbaría durante mucho tiempo.

Al alzar la vista, Miles se encontró con que su paso había sido cerrado por un par de mercenarios del Consorcio. Oficiales de seguridad civil, se corrigió con ironía. Miles alzó el mentón. ¿Y ahora qué?

—¿Sí, caballeros?

El fornido se volvió hacia el enorme, quien se aclaró la garganta.

—¿Señor Víctor Rotha?

—¿Y sí lo soy, qué?

—Existe una orden de busca y captura con recompensa en contra suya. Está acusado del asesinato de un tal Sydney Liga. ¿Desea mejorar la oferta?

—Probablemente. —Miles hizo un gesto de exasperación—. ¿Quién paga por mi arresto?

—El nombre es Cavilo. Miles sacudió la cabeza.

—Ni siquiera lo conozco. ¿Pertenece a la Seguridad Civil de Pol, por casualidad?

El oficial miró su panel.

—No —le dijo, y agregó con locuacidad—: Los polenses casi nunca hacen negocios con nosotros. Piensan que deberíamos entregarles criminales gratis. ¡Como si nos importara que volvieran!

—Mm... La ley de la oferta y la demanda. —Miles suspiró. A Illyan no le alegraría encontrarse con esto en su cuenta de gastos—. ¿Cuánto ha ofrecido Cavilo por mí?

El oficial volvió a revisar su panel y alzó las cejas.

—Veinte mil dólares betaneses. Debe tener mucho interés en usted.

Miles emitió una risita.

—Pero yo no traigo tanto dinero conmigo. El oficial extrajo su cachiporra eléctrica.

—Muy bien entonces.

—Tendré que hacer algunos arreglos.

—Los hará desde Detenciones, señor.

—¡Pero perderé mi vuelo!

—Probablemente ésa sea la idea —respondió el oficial.

—Supongamos... que después Cavilo retira su oferta.

—Perdería un depósito considerable. La justicia jacksoniana era verdaderamente ciega. Se la vendían a cualquiera.

—Eh..., ¿puedo hablar un momento con mi asistente? El oficial frunció los labios y estudió a Overholt con desconfianza.

—Que sea rápido.

—¿Usted qué piensa, sargento? —le preguntó Miles en voz baja volviéndose hacia él—. No parecen tener una orden para usted.

Overholt se veía tenso, y sus ojos casi aterrados.

—Si pudiéramos llegar hasta la nave...

El resto no hacía falta decirlo. En Escobar compartían la opinión de los polenses sobre la «ley» del Consorcio Jacksoniano- Una vez a bordo de la nave. Miles estaría en «suelo» escobareño; el capitán no lo entregaría por su propia voluntad. Aunque... ¿ese Cavilo sería capaz de ofrecer lo suficiente como para convencer a todos los ocupantes de la nave? La suma necesaria sería enorme.

—Intentémoslo.

Miles se volvió hacia los oficiales del Consorcio y sonrió, presentando las muñecas en señal de rendición. Overholt se abalanzó sobre ellos.

El primer puntapié del sargento hizo que el hombre de la cachiporra saliera despedido. Entonces Overholt giró rápidamente y golpeó la cabeza del otro con ambas manos. Miles ya estaba en movimiento. Se agachó para esquivar los golpes y corrió con todas sus fuerzas por la plaza. En ese momento descubrió a un tercer mercenario, vestido de civil. Miles pudo reconocerlo por la red brillante que arrojó entre sus piernas. El hombre lanzó una carcajada mientras Miles caía hacia delante, tratando de rodar para salvar sus huesos frágiles. Al fin chocó contra el suelo con un golpe que dejó sin aire sus pulmones. Inhaló con los dientes apretados, sin gritar, mientras el dolor de su pecho competía con el ardor de la red que rodeaba sus tobillos. Miles se retorció en el suelo y miró hacia atrás.

El sujeto menos enorme estaba inclinado, con las manos en la cabeza, mareado. El otro acababa de recuperar su cachiporra. Por eliminación, la figura caída sobre el pavimento debía ser el sargento Overholt.

El sujeto con la cachiporra miró a Overholt y sacudió la cabeza. Entonces pasó por encima de él para dirigirse hacia Miles. El oficial mareado extrajo su propia cachiporra y

golpeó en la cabeza al hombre caído para luego seguir al primero sin mirar atrás. Al parecer, nadie estaba interesado en comprar a Overholt.

—Habrá un diez por ciento de recargo por resistirse al arresto —dijo el portavoz de los mercenarios mirando a Miles. Este observó sus botas brillantes. La cachiporra cayó sobre él como un palo.

Al tercer golpe Miles comenzó a gritar. Al séptimo, perdió el conocimiento.

Miles recuperó la conciencia demasiado pronto, cuando todavía era arrastrado entre los dos hombres uniformados. Temblaba de un modo incontrolable. Le costaba trabajo respirar y no lograba aspirar el aire suficiente. Unas oleadas de pinchazos pulsaban por su sistema nervioso. Tenía la impresión caleidoscópica de tubos luminosos y corredores, y más pasillos desiertos. Al fin se detuvieron bruscamente. Cuando los mercenarios le soltaron los brazos cayó en cuclillas sobre el suelo frío.

Otro oficial de seguridad civil lo espionó por encima de una consola. Una mano lo sujetó por el cabello y lo obligó a echar la cabeza hacia atrás; el destello rojizo de un examinador retinal lo cegó unos momentos. Sus ojos parecían extraordinariamente sensibles a la luz. Sus manos temblorosas fueron apretadas contra una especie de almohadilla de identificación. Cuando lo soltaron, Miles volvió a caer acurrucado. Sus bolsillos fueron vaciados: aturdidor, documentos de identidad, pases, dinero en efectivo, todo fue colocado en una bolsa de plástico. Miles emitió un leve gemido cuando también introdujeron en la bolsa su chaqueta blanca con todos sus secretos tan útiles. El cerrojo fue cerrado con su propio pulgar apretado contra él.

El oficial de Detenciones estiró el cuello.

—¿Desea hacer una oferta?

—Ughh... —logró responder Miles, cuando su cabeza fue echada hacia atrás otra vez.

—Dijo que sí —le socorrió el mercenario que lo había arrestado.

El oficial de Detenciones sacudió la cabeza.

—Tendremos que esperar hasta que se le pase la conmoción. Creo que han exagerado, muchachos. No es más que un enano.

—Sí, pero con él había un sujeto bien grande que nos causó problemas. El pequeño mutante parece ser el que manda, así que le hicimos pagar por ambos.

—Me parece justo —le concedió el oficial de Detenciones—. Bueno, tardará un rato en recuperarse. Arrójenlo en el calabozo hasta que deje de temblar lo suficiente como para hablar.

—¿Está seguro de que eso es una buena idea? Por más raro que se vea, el muchacho todavía puede querer hacernos alguna Jugarreta.

—Mm... —El oficial de Detenciones observó a Miles atentamente—. Déjenlo en la sala de espera junto a los técnicos de Marda. Son sujetos callados y lo dejarán tranquilo. Y pronto se habrán ido.

Miles fue arrastrado otra vez. Las piernas no le respondían, sólo se sacudían de forma espasmódica. Los refuerzos de sus piernas parecían amplificar el efecto de los golpes recibidos allí, o tal vez era la combinación con la red. Una larga habitación parecida a una barraca, con catres alineados a ambos lados, pasó frente a sus ojos. Los oficiales lo depositaron sobre un catre vacío en el extremo menos poblado de la habitación. Uno de ellos trató de enderezarlo, pero luego arrojó una manta sobre su cuerpo, que no dejaba de retorcerse, y se marchó con los demás.

Pasó un buen rato sin que nada le impidiese disfrutar de toda la colección de nuevas sensaciones físicas. El creía que ya había experimentado toda clase de dolores posibles, pero las cachiporras de los oficiales habían descubierto nervios, sinapsis y ganglios que jamás había imaginado poseer. Nada como el dolor para concentrar la atención en el propio ser. Era casi solipsista. Pero parecía estar pasando... Si tan sólo se calmasen esas sacudidas epilépticas que lo tenían extenuado...

Un rostro onduló frente a sus ojos. Un rostro familiar.

—¡Gregor! Me alegro de verte —farfulló Miles sin fuerzas. Sus ojos se abrieron de par en par a pesar del ardor. Sus manos se aferraron a la camisa de Gregor, una camisa celeste de prisionero—. *¿Qué diablos estas haciendo aquí?*

—Es una larga historia.

—¡Ah! ¡Ah! —Miles se apoyó sobre un codo y miró a su alrededor en busca de asesinos, de alucinaciones, no sabía de qué—. Dios. *¿Dónde...?*

Gregor posó una mano sobre su pecho y lo obligó a acostarse.

—Cálmate. —Y agregó en un susurro—: ¡Y cállate...! Será mejor que descanses un poco. No tienes muy buen aspecto.

En realidad, Gregor tampoco lo tenía, sentado en el borde de la cama de Miles. Su rostro estaba pálido y cansado, con la barba crecida. Su cabello, normalmente tan prolijo, estaba enmarañado. Sus ojos almendrados parecían nerviosos. Miles contuvo una oleada de pánico.

—Mí nombre es Greg Bleakman —le informó el emperador con tono apremiante.

—No logro recordar cómo me llamo en este momento —murmuró Miles—. Ah, sí... Víctor Rotha. Creo. Pero *¿cómo llegaste de...?*

Gregor miró a su alrededor.

—Las paredes oyen, *¿sabes?*

—Sí, es posible. —Miles se serenó un poco. El hombre del catre contiguo sacudió la cabeza como diciendo: «Dios me ampare de estos idiotas».

Entonces se dio la vuelta y se cubrió la cabeza con la almohada—. Pero, eh... *¿llegaste aquí por tus propios medios?*

—Por desgracia, sí. *¿Recuerdas la noche en que estuvimos bromeando respecto a escapar de casa?*

—Sí.

—Bueno... —Gregor suspiró—. Resultó ser muy mala idea.

—*¿No podías haberlo imaginado?*

—Gregor se detuvo y observó el otro extremo de la larga habitación.

Un guardia había asomado la cabeza para gritar:

—¡Cinco minutos!

—Diablos.

—*¿Qué? ¿Qué?*

—Vienen por nosotros.

—*¿Quién viene por quién? ¿Qué diablos está ocurriendo? Gregor, Greg...*

—Tenía un camarote en un carguero, o al menos así creí, pero me desembarcaron aquí. Sin pagarme —le explicó Gregor rápidamente—. Estaba sin dinero y traté de conseguir trabajo en una nave que partía, pero antes de lograrlo me arrestaron por vagancia. La ley Jacksoniana es demente —añadió con tono reflexivo.

—Ya lo sé. *¿Y entonces?*

—Por lo visto estaban haciendo un barrido, al estilo de una patrulla de reclutamiento. Parece que cierto empresario se dedica a vender cuadrillas de técnicos aslundefños, para trabajar en su estación del Centro, que no progresa según lo planeado...

Miles parpadeó.

—*¿Trabajo de esclavos?*

—Algo así. Pero cuando termine el plazo, seremos liberados en la Estación Aslund. A la mayoría de estos técnicos no parece importarles demasiado. No nos pagan, pero seremos..., serán alojados y alimentados, y escaparán a los servicios de seguridad jacksonianos, por lo que al final no estarán peor que cuando empezaron, arruinados y sin trabajo. Casi todos parecen pensar que con el tiempo encontrarán una nave que salga de Aslund. Estar sin fondos no es un crimen tan infame allí.

A Miles le latía la cabeza.

—¿Te llevarán allá?

La tensión estaba contenida en los ojos de Gregor, sin invadir el resto de su rostro.

—Ahora mismo, creo.

—¡Dios, no puedo permitir...!

—¿Pero cómo me encontraste aquí...? —comenzó al mismo tiempo; pero entonces observó al resto de la gente, hombres y mujeres vestidos de celeste, que comenzaban a ponerse de pie—. ¿Estás aquí para...?

Miles miró a su alrededor con desesperación. El hombre del catre contigo estaba tendido de costado, mirándolos con expresión aburrida. No era tan alto...

—¡Tú! —Miles bajó de la cama rápidamente y se agazapó junto al hombre—. ¿Quieres escapar de este viaje? El hombre pareció un poco menos aburrido.

—¿Cómo?

—Canjear nuestras ropas. Canjear documentos de identidad. Tú ocupas mi lugar y yo ocupo el tuyo. El hombre lo miró con desconfianza.

—¿Cuál es la trampa?

—No hay trampa. Tengo suficiente crédito. Iba a comprar mi libertad. —Miles se detuvo—. Aunque habrá un recargo por resistirme al arresto.

—¡Ah...! —Habiendo identificado una trampa, el hombre pareció un poco más interesado.

—¡Por favor! Debo ir con... con mi amigo. Ahora mismo. —El rumor de voces se hizo más alto, mientras los técnicos se iban acercando a la puerta de salida. Gregor caminó lentamente hasta colocarse detrás del catre.

El hombre frunció los labios.

—No —decidió—. Si vosotros dos estáis envueltos en algo peor que esto, yo no quiero tener nada que ver con ello. —Se sentó preparándose para levantarse y unirse a la fila—

Miles, quien todavía se encontraba arrodillado en el suelo, alzó las manos en actitud de súplica.

—Por favor...

Perfectamente situado, Gregor se abalanzó sobre el hombre. Lo cogió por el cuello y lo derribó del catre, ocultándolo de la vista. A Dios gracias, la aristocracia barrayerana aún insistía en que sus vastagos recibiesen instrucción militar. Miles se levantó rápidamente y se situó frente a ellos, para ocultarlos del resto de los técnicos. Unos ruidos sordos llegaron desde el suelo- En pocos momentos más, una camisa celeste se deslizó por debajo del catre para detenerse ante los pies de Miles. Este se agachó y se la colocó encima de la ropa que llevaba puesta. Afortunadamente era bastante grande. Luego se vistió con los pantalones que le fueron arrojados. El cuerpo del hombre fue empujado debajo del catre y entonces Gregor se levantó, algo agitado y muy pálido.

—No logro atar este maldito cinturón —dijo Miles. Las tiras se deslizaban de sus manos temblorosas.

Gregor le ató el cinturón y le levantó un poco los pantalones.

—Necesitarás su identificación. De otro modo, no conseguirás comida ni te darán bonos de trabajo —susurró Gregor, y se reclinó sobre el catre en una postura displicente.

Miles revisó sus bolsillos y encontró la tarjeta reglamentaria.

—Muy bien. —Se acercó a Gregor desnudando los dientes en una extraña sonrisa—. Estoy a punto de desmayarme. Gregor lo tomó por el codo.

—No lo hagas. Lllamarás la atención.

Atravesaron la habitación y se unieron a la fila de hombres que se lamentaban y avanzaban arrastrando los pies. Ante la puerta, un guardia con expresión somnolienta los registró, pasando un escáner sobre la tarjeta de identidad.

—... veintitrés, veinticuatro, veinticinco. Están todos. Llevadlos.

Fueron entregados a otro grupo de guardias. Estos no iban vestidos con el uniforme del Consorcio sino que llevaban libreas en dorado y negro, pertenecientes a una institución

menor del Conjunto Jackson. Miles mantuvo la cabeza gacha mientras los sacaban de Detenciones. Sólo la mano de Gregor hacía que permaneciese de pie. Atravesaron un corredor, otro corredor, bajaron en un tubo elevador —Miles estuvo a punto de vomitar en el trayecto— y continuaron por otro corredor más.

¿Y si esta maldita tarjeta de identificación tiene un localizador?, pensó Miles de pronto. Al llegar al siguiente tubo elevador se deshizo de ella. La pequeña tarjeta cayó y se perdió en la distancia, sin que nadie la notara. Un compartimiento de abordaje, una portilla, la ligera ingravidez de un tubo flexible, y entonces abordaron una nave. *Sargento Overholt, ¿dónde estas ahora?*

Evidentemente se trataba de un transpone intrasistema, no de una nave de salto. Los hombres fueron separados de las mujeres y llevados al final de un corredor, donde había varias puertas que conducían a compartimientos de cuatro literas. Los prisioneros se dispersaron, eligiendo sus cabinas sin interferencia de los guardias.

Miles efectuó una cuenta rápida y una multiplicación.

—Podemos conseguir una para nosotros solos, si lo intentamos —le susurró a Gregor. Se introdujeron en la más cercana y cerraron la puerta rápidamente. Otro prisionero se dispuso a seguirlos, pero ambos le gritaron al unísono que se fuese. El hombre se retiró sin discutir. La puerta no volvió a abrirse.

La cabina estaba sucia y carecía de comodidades tales como ropa de cama, pero los grifos funcionaban. Mientras bebía un poco de agua tibia. Miles oyó cómo se cerraba la portilla y la nave despegaba. Estaban a salvo por el momento. ¿Cuánto les duraría?

—¿Cuándo crees que despertará ese sujeto al que estrangulaste? —le preguntó Miles a Gregor, quien estaba sentado en el borde de una litera.

—No estoy seguro. Nunca antes había estrangulado a un hombre. —Gregor parecía descompuesto—. Sentí... sentí algo extraño bajo mi mano. Tengo miedo de haberle roto el cuello.

—Todavía respiraba —dijo Miles. Se acercó a la litera opuesta y la tocó. No había rastros de sabandijas. Entonces se sentó con cautela. Los temblores fuertes estaban cediendo, pero todavía sentía las rodillas débiles— Cuando despierte... o cuando lo encuentren, ya sea que despierte o no, tardarán muy poco en descubrir adonde fui. Debí haber esperado y luego seguirte. Suponiendo que hubiese podido comprar mi libertad. Esta idea fue una *estupidez*. ¿Por qué no me detuviste?

Gregor lo miró.

—Pensé que sabías lo que hacías. ¿Illyan no te está respaldando?

—No hasta donde yo sé.

—Pensé que trabajabas para él ahora. Supuse que te habían enviado a buscarme. ¿No te parece un rescate algo extravagante?

—¡No! —Miles sacudió la cabeza y de inmediato se arrepintió de haberlo hecho—. Tal vez sea mejor que comiences por el principio.

—Había estado en Komarr durante una semana. Bajo las cúpulas. Conversaciones de alto nivel sobre tratados referidos a los agujeros de gusano de enlace... Todavía tratamos de conseguir que los escobareños autoricen el paso de nuestras naves militares. Existe la propuesta de permitir que sus inspectores sellen nuestras armas durante el pasaje. Nuestra plana mayor piensa que es demasiado, la de ellos piensa que es demasiado poco. Yo firmé un par de acuerdos, todo lo que el Consejo de Ministros me puso delante...

—Papá te habrá hecho leerlos sin duda.

—Oh, sí. De todos modos, esa tarde había una revista militar. Y por la noche hubo una cena de gala que terminó temprano, ya que algunos de los negociadores debían abordar sus naves. Yo regresé a mis habitaciones, en una antigua residencia oligarquica. Una casa muy grande en la orilla de la cúpula, cerca de la pista de lanzamiento. Mi suite

estaba en un piso alto. Salí al balcón, pero no me sirvió de mucho. Todavía me sentía claustrofóbico debajo de la cúpula.

—A los de Komarr no les agrada el aire libre —observó Miles—. Conocí a uno que cada vez que debía salir sufría problemas respiratorios... algo como asma. Es estrictamente psicossomático.

Gregor se encogió de hombros y se miró los zapatos.

—De todos modos noté que no había guardias a la vista. Supongo que habrán pensado que estaba dormido. Ya era pasada la medianoche y no podía dormir. Estaba inclinado sobre el balcón y pensaba: si cayera de aquí...

—Sería rápido —acotó Miles. El conocía bien ese estado de ánimo. Gregor lo miró y sonrió con ironía.

—Sí. Estaba un poco borracho.

Estabas muy borracho.

—Sería rápido. Me rompería el cráneo. Dolería mucho, pero pasaría pronto. Tal vez ni siquiera eso. Tal vez sólo fuese un instante. Miles se estremeció.

—Caí del balcón y me sujeté a esas plantas. Entonces comprendí que sería tan fácil descender como trepar. Más fácil. Me sentí libre, como si hubiese muerto. Comencé a caminar. Nadie me detuvo. Todo el tiempo, esperaba que alguien me detuviese.

»Terminé en el sector de carga de la pista de lanzamiento. Allí estaba ese sujeto, ese librecambista, y le dije que era un navegante espacial. Ya lo había hecho antes, cuando me embarqué para graduarme. Había perdido mi tarjeta de identificación y tenía miedo de ser atrapado por Seguridad de Barrayar. Él me creyó... o creyó algo de lo que le dije. De todos modos, me dio una litera. Probablemente para cuando mi ordenanza fue a despertarme esa mañana, ya nos encontrábamos en órbita.

Miles se mordisqueó los nudillos.

—Así que desde el punto de vista de Seguridad Imperial, te evaporaste de una habitación custodiada sin dejar rastro... y en *Komarr*.

—La nave se dirigió directamente a Pol, donde permanecía a bordo, y luego viajamos hasta el Consorcio. Al principio no me sentí muy bien en el carguero. Pensé que me iría mejor. Pero supuse que Illyan me estaría siguiendo los pasos, de todos modos.

—Komarr. —Miles se frotó las sienes—, ¿Tienes idea de lo que debe estar ocurriendo allí? Illyan debe de estar convencido de que ha habido alguna especie de secuestro político. Apuesto a que tiene cada operativo de Seguridad y medio ejército desarmando esas cúpulas tornillo por tornillo, tratando de encontrarte. No te buscarán fuera de Komarr hasta... —Miles contó los días utilizando los dedos— Aunque Illyan debe de haber alertado a todos sus agentes hace... hace casi una semana. Ja! Apuesto a que ése fue el mensaje que recibió Ungari y lo hizo partir deprisa. Se lo enviaron a Ungari, no a mí. —*No a mí. Nunca nadie cuenta conmigo*—, Pero la noticia debió de haberse difundido...

—Así fue, de alguna manera —le dijo Gregor—. Hubo un anuncio sentencioso diciendo que había estado enfermo y que ahora descansaba recluido en el Vorkosigan Surleau. Lo están ocultando.

Miles podía imaginarlo.

—¿Gregor, cómo has podido hacer esto. ¡Deben estar volviéndose locos allá en casa!

—Lo siento —dijo Gregor—. Supe que había sido un error... casi de inmediato. Incluso antes de que se me pasara la borrachera.

—¿Entonces por qué no bajaste en Pol y fuiste a la embajada barrayarana?

—Pensé que aún podría... ¡Maldición! —estallo—. ¿Por qué esas personas deben poseerme?

—Tonterías infantiles —dijo Miles con los dientes apretados. Gregor alzó la cabeza furioso, pero no dijo nada. Miles comenzaba a tomar conciencia de su posición.

Yo soy la única persona en todo el universo que sabe dónde se encuentra el emperador de Barrayar. Si algo le ocurre a Gregor, yo podría ser su heredero. En realidad, si algo llegara a ocurrirle, muchas personas pensarán que yo...

Y si el Centro Hegen descubría quién era Gregor en realidad, se armaría un alboroto de proporciones épicas. Los Jacksonianos se lo llevarían para cobrar un rescate. Aslund, Pol y Vervain lo harían para ganar poder- Y los cetagandanos... Si lograban atrapar a Gregor en secreto, ¿quién sabía la clase de sutiles tratamientos psicológicos que podrían aplicarle? Y si lo atrapaban públicamente, ¿cuáles serían sus amenazas? Y tanto él como Gregor se encontraban atrapados en una nave que no controlaban... Miles podía ser llevado por mercenarios del Consorcio en cualquier momento, o aún peor...

Por más joven o desacreditado que fuese, ahora Miles era un oficial de Seguridad Imperial. Y como tal, había jurado velar por la seguridad del Emperador. El Emperador... El ídolo unificador de Barrayar. Aún en contra de su voluntad, Gregor debía adaptarse a ese molde. ¿Y a quién debía Miles su lealtad, al ídolo o al joven de carne y hueso?

A ambos. Él es mío. Un prisionero en fuga, perseguido por Dios sabe qué enemigos, deprimido hasta convertirse en un suicida potencial, y es todo mío.

Miles contuvo una carcajada demente.

10

Ahora que las reverberaciones de los golpes comenzaban a ceder, Miles pudo reflexionar y comprendió que debía esconderse. En su calidad de esclavo, Gregor estaría abrigado, alimentado y seguro hasta llegar a la Estación Aslund, pero él no debía ponerlo en peligro. Tal vez. Miles la añadió a su lista de lecciones de vida. La llamaría «Regla 27B: Nunca tomar decisiones tácticas mientras se sufren accesos electroconvulsivos».

Miles comenzó a examinar la cabina. La nave no era una prisión, y había sido diseñada como un transporte barato, no como una celda inexpugnable. Los dos compartimientos vacíos debajo de las literas dobles eran demasiado grandes y evidentes. En el suelo había una tapa que ocultaba tuberías refrigerantes, cables y la rejilla gravitatoria. La concavidad era larga y estrecha. Unas voces en el corredor apresuraron la decisión de Miles. Se introdujo en el ajustado espacio con el rostro hacia arriba, los brazos apretados al cuerpo, y exhaló.

—Siempre fuiste bueno para jugar al escondite —dijo Gregor con admiración, y cerró la tapa.

—En aquel entonces era más pequeño —murmuró Miles con las mejillas aplastadas. Los tubos y las cajas de circuitos se clavaban en su espalda y sus nalgas. Gregor colocó los cerrojos y por unos momentos todo quedó a oscuras y en silencio. Como un ataúd. Como una flor en un libro. El era una clase de espécimen biológico, de todos modos- Un alférez en lata.

La puerta se abrió y unos pasos se detuvieron sobre el cuerpo de Miles, oprimiéndolo todavía más. ¿Notarían el eco apagado de esa franja del suelo?

—De pie, técnico. —La voz de un guardia se dirigía a Gregor. Entonces se escucharon unos ruidos sordos. El hombre daba la vuelta a los colchones y abría las puertas de los compartimientos. Había hecho bien en no ocultarse dentro de ellos.

—¿Dónde está, técnico? —A juzgar por los movimientos encima suyo. Miles dedujo que Gregor estaba junto a la pared, probablemente con un brazo retorcido en la espalda.

—¿Dónde está quién? —dijo Gregor con dificultad. El rostro contra la pared, por supuesto.

—Tu pequeño compañero, el mutante.

—¿Ese hombrecito extraño que me siguió? No es ningún compañero mío. Se fue. Más movimientos...

—¡Ay —El brazo del emperador había sido levantado otros cinco centímetros, calculó Miles.

—¿Adonde fue?

—¡No lo sé! No tenía buen aspecto. Alguien lo había golpeado con una cachiporra eléctrica. Hacía poco. No quería verme envuelto en ello. Se fue pocos minutos después de que despegara.

Bien por Gregor; podía estar deprimido, pero no era estúpido. Miles frunció los labios. Tenía la cabeza vuelta hacia un costado, con una mejilla contra la tapa y la otra apretada contra algo que se parecía a un rallador de queso.

Más ruidos sordos.

—¡Basta! ¡Se fue! ¡No me peguen!

Unos gruñidos ininteligibles de los guardias, el crujido de una cachiporra eléctrica, una exclamación ahogada y el sonido de un cuerpo que caía sobre una litera.

La voz de un segundo guardia, teñida por la incertidumbre.

—Debe de haber escapado de vuelta al Consorcio, antes del despegue.

—Bueno, es problema de ellos. Pero será mejor que registremos toda la nave para estar seguros. Los de Detenciones parecían dispuestos a romperle el culo a ese sujeto.

—Al final parece que se lo romperán a ellos.

—Ja. No pienso apostar.

Los dos pares de botas abandonaron la cabina. La puerta se cerró suavemente. Silencio.

Miles sabía que para cuando Gregor se decidiese a levantar la tapa, su espalda luciría una notable colección de moretones. Le estaba costando mucho trabajo respirar y necesitaba ir al baño. Vamos, Gregor...

Debía liberar a Gregor lo antes posible de su esclavitud en cuanto llegaran a la Estación Aslund. Los operarios de esa clase se veían expuestos a los trabajos más sucios y peligrosos, a toda clase de radiaciones, a difíciles condiciones de vida y a infinidad de accidentes. Aunque, a decir verdad, también era un buen disfraz para ocultarse de los enemigos. Cuando estuvieran en libertad debían buscar a Ungari, el hombre con las tarjetas de crédito y los contactos; después de eso... bueno, después de eso Gregor sería problema de Ungari. Sí, todo sería muy simple. No tenía por qué asustarse. ¿Se habrían llevado a Gregor? ¿El habría tratado de escapar por su cuenta y...?

Se oyeron unos pasos; la luz comenzó a penetrar en el nicho y la tapa se levantó.

—Se han ido —susurró Gregor. Miles se desencajó lentamente, centímetro a centímetro, y se sentó en el suelo. Muy pronto trataría de levantarse.

Gregor tenía una marca roja en la mejilla y se la apretaba con la mano.

—Me golpearon con una cachiporra eléctrica. No... no fue tan terrible como lo había imaginado. —En realidad, Gregor parecía sentirse algo orgulloso de sí mismo.

—Utilizaron la potencia mínima —le gruñó Miles. Gregor disimuló sus sentimientos de inmediato y le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse. Miles la cogió y se puso de pie con dificultad, para luego dejarse caer sentado en una litera. Le habló a Gregor sobre sus planes de buscar a Ungari.

Gregor se encogió de hombros.

—Será más rápido que mi plan.

—¿Tu plan?

—Iba a comunicarme con el cónsul barrayerano de Aslund.

—Ah, bien —dijo Miles—, Entonces... tú no necesitas que yo te rescate.

—Si llegué hasta aquí, supongo que podría haberlo hecho por mi cuenta, pero... también está mi otro plan.

—¿Cuál?

—No comunicarme con el cónsul barrayarano. Tal vez sea mejor que hayas aparecido cuando lo hiciste. —Gregor se tendió en su litera y fijó la vista en el techo—. Hay algo que es seguro, una oportunidad como ésta no volverá a presentarse.

—¿De escapar? ¿Y cuántas personas morirán, allá en casa, tratando de comprar tu libertad? Gregor frunció los labios.

—Considerando el alzamiento de Vordarian como un hito en los golpes palaciegos, digamos unos siete u ocho mil.

—No estás incluyendo a Komarr.

—Ah, sí, si incluimos a Komarr la cifra sería mayor —le concedió Gregor. Su boca se curvó en una expresión irónica carente de humor—. No te preocupes, no hablo en serio. Sólo... sólo quería saberlo- Podría haberlo logrado por mi cuenta, ¿no crees?

—¡Por supuesto! Esa no es la cuestión.

—Lo era para mí.

—Gregor —dijo Miles con impaciencia, moviendo los dedos sobre la rodilla —esto es algo que te haces a ti mismo. Tú tienes poder. Papá peleó durante toda la regencia para preservarlo. ¡Sólo necesitas ser más firme!

—Bien, alférez. Si yo, tu comandante supremo, te ordenara que abandonases esta nave en la Estación Aslund y que te olvidases de que alguna vez me habías visto, ¿lo harías?

Miles tragó saliva.

—El mayor Cecil dijo que yo tenía problemas con la subordinación.

Gregor casi sonrió.

—El bueno de Cecil. Lo recuerdo. —Su sonrisa se desvaneció. Gregor se apoyó sobre un codo—. Pero si ni siquiera puedo controlar a un alférez bastante bajito, ¿cuánto menos a un ejército o a un gobierno? No se trata de poder. He asistido a todas las clases de tu padre sobre el poder, sus espejismos y usos. Lo tendré a su debido tiempo, lo quiera o no. ¿Pero poseo la fuerza necesaria para manejarlo? Piensa en la mala actuación que tuve durante el complot de Vordrozda y Hessman, hace cuatro años.

—¿Volverías a cometer ese error? ¿Confiar en un adulador?

—No, ése no.

—¿Y entonces?

—Bueno, debo superarme, o de otro modo a Barrayar le convendrá más no tener ningún emperador.

¿Hasta qué punto esa caída por el balcón había sido involuntaria? Miles apretó los dientes.

—No respondí a tu pregunta sobre las órdenes como un alférez. Lo hice como lord Vorkosigan, Como amigo.

—Ah.

—Mira, tú no necesitas que yo te rescate. Es posible que necesites a Illyan, pero no a mí. Sin embargo, hace que me sienta mejor.

—Siempre es agradable sentirse útil —dijo Gregor, y ambos sonrieron. La expresión de Gregor perdió su amargura—. Ah... y es agradable tener compañía.

Miles asintió con la cabeza.

—Ya lo creo.

Durante los dos días siguientes. Miles pasó bastante tiempo metido en el nicho o en los compartimientos bajo las literas. pero su cabina sólo fue registrada una vez más. En dos ocasiones otros prisioneros se acercaron para conversar con Gregor, y por sugerencia de Miles éste les devolvió la visita. El Emperador lo estaba haciendo bastante bien. Compartía sus raciones con Miles automáticamente, sin emitir una queja ni un comentario, y no quería aceptar porciones más grandes por más que Miles insistiera.

En cuanto la nave descendió sobre la Estación Aslund, Gregor fue desembarcado Junto con el resto de la cuadrilla. Miles aguardó con nerviosismo. Debía esperar un poco para asegurarse de que los guardias habían descendido, pero no demasiado, ya que la nave podía volver a partir y llevarlo consigo.

Cuando Miles asomó la cabeza, el corredor estaba oscuro y desierto. La portilla estaba abierta de ese lado. El todavía llevaba puesta la camisa celeste y los pantalones sobre su otra ropa, ya que de ese modo le resultaría más sencillo confundirse en la distancia.

Miles descendió con pasos firmes y quedó paralizado al encontrarse con un hombre vestido de negro y dorado. Su aturridor estaba enfundado, y entre las manos tenía una taza humeante. Sus ojos rojizos miraron a Miles con indiferencia. Miles le dirigió una leve sonrisa, y continuó caminando. El hombre también le sonrió. Evidentemente su tarea era evitar que los extraños entrasen a la nave, no que saliesen de ella.

En la zona de carga había seis empleados de mantenimiento vestidos con overoles. Trabajaban en silencio. Miles inspiró profundamente y atravesó la playa sin mirar atrás, como si hubiese estado muy seguro de lo que hacía. No era más que un obrero. Nadie lo detuvo.

Tranquilizado, Miles siguió caminando por el lugar. Una rampa ancha conducía a una gran obra en construcción llena de operarios vestidos de las formas más diversas. A juzgar por las máquinas que se veían allí, sería un galpón para reabastecer combustible y efectuar reparaciones en naves de combate. Justo lo que podría interesarle a Ungari. Miles no podía tener tanta suerte como para... No. No había ningún rastro de Ungari camuflado entre aquellos operarios. Había varios hombres y mujeres con el uniforme azul oscuro del ejército Aslundeno, pero parecían ser ingenieros totalmente compenetrados con su trabajo, no guardias suspicaces. Miles continuó caminando con paso enérgico y se introdujo por otro corredor.

Encontró un mirador que ofrecía una vista panorámica, y al asomarse se contuvo para no maldecir en voz alta. Al algunos kilómetros de distancia se veían las luces de la estación transbordadora comercial. Una nave estaba descendiendo en ese momento, y de ella sólo se veía un punto brillante- Al parecer, la estación militar era una unidad separada, o al menos aún no había sido comunicada. Con razón los de camisa celeste podían deambular a voluntad. Miles observó el panorama con frustración. Bueno, primero buscaría a Ungari en este lugar y luego cruzaría al otro. De algún modo. Se volvió y se dispuso a...

—¡Hey, tú! ¡El técnico pequeñín!

Miles se paralizó y contuvo el impulso de correr; esa técnica no había funcionado bien la última vez. Entonces se volvió tratando de que su rostro mostrase una expresión amable e interrogante. El hombre que lo había llamado era fornido, pero estaba desarmado, y llevaba puesto el overol pardo de los supervisores. Parecía preocupado.

—¿Sí, señor? —dijo Miles.

—Tú eres justo lo que necesitaba. —Su mano cayó pesadamente sobre el hombro de Miles—. Ven conmigo.

Miles no tuvo más remedio que seguirlo, tratando de parecer sereno y de proyectar un cierto fastidio a la vez.

—¿Cuál es tu especialidad? —le preguntó el hombre.

—Drenajes —respondió Miles-

—¡Perfecto!

Desalentado, Miles siguió al hombre hasta donde se intersectaban dos corredores a medio construir. Allí se abría la estructura desprovista de una arcada, a pesar de que el material se encontraba listo para ser colocado.

El supervisor le señaló un espacio estrecho entre los muros.

—¿Ves ese tubo?

A juzgar por su color, se trataba del conducto de aguas servidas, y desaparecía en la oscuridad.

—Sí.

—Hay una pérdida en alguna parte detrás del muro. Entra y encuéntralo, para que no tengamos que tirar abajo todo el entablado que acabamos de levantar.

—¿Tiene una linterna?

El hombre hurgó en el bolsillo de su overol y extrajo una linterna de mano.

—De acuerdo —dijo Miles—. ¿Ya está conectado?

—Justo íbamos a hacerlo. Esta maldita cosa falló en la última prueba de presión.

Solo saldría aire del tubo. Miles se sintió un poco más animado.

Era posible que su suerte estuviese cambiando.

Miles se introdujo en la abertura y avanzó lentamente por la superficie curva y suave, escuchando y tanteando. A unos siete metros de la boca lo encontró: un soplo de aire frío que entraba por una grieta bien marcada bajo sus manos. Miles sacudió la cabeza, trató de girar en ese espacio tan estrecho, y atravesó el entablado con el pie.

Sorprendido, Miles asomó la cabeza por el agujero y observó el corredor de arriba abajo. Arrancó un trozo de madera del borde y lo miró, dándole vueltas entre sus manos.

Dos hombres que colocaban los artefactos de luz se volvieron para mirarlo.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó con enfado el que llevaba el overol pardo.

—Control de calidad —respondió Miles con soltura—, y vaya si tenéis un problema.

Miles consideró la posibilidad de ensanchar el agujero a puntapiés y regresar caminando a su punto de partida, pero al fin viró y regresó por el interior. Cuando emergió se encontró con el supervisor que lo aguardaba muy ansioso.

—Su pérdida está en la sección seis —le informó Miles, y le entregó el trozo de entablado— Si se supone que esos paneles están hechos con tabla de fibra inflamable en lugar de ser de sílice, tal como se acostumbra en una instalación militar planeada para soportar el fuego enemigo, alguien ha contratado a un proyectista muy malo. Si no, le sugiero que llame a dos de esos grandes sujetos con las cachiporras eléctricas y vaya a ver a su proveedor.

El hombre lanzó una maldición. Con los labios apretados, cogió el borde más cercano del entablado y tiró de él. Un segmento del tamaño de un puño cedió de la pared.

—Como. ¿Cuánta de esta basura ha sido instalada?

—Un montón —le respondió Miles alegremente, y se volvió para escapar antes de que al supervisor se le ocurriese otra tarea para él. Por el momento estaba muy ocupado deshaciendo los fragmentos y murmurando maldiciones. Ruborizado y sudoroso, Miles se escabulló y no se detuvo hasta que hubo dado la vuelta al segundo recodo.

Pasó junto a un par de hombres armados, con uniforme gris y blanco. Uno se volvió para mirarlo. Miles siguió caminando y se mordió el labio inferior sin mirar atrás.

¡Dendarii! ¡u oseranos! Allí mismo, en la estación. ¿Cuántos serían? Aquellos dos eran los primeros que había visto. ¿No debían encontrarse fuera, en alguna patrulla? Hubiese querido evitar de vuelta entre los muros, como una rata en el enmaderado.

Pero si la mayoría de los mercenarios constituían un peligro para él, los verdaderos Dendarii, no los oseranos, podían serle de gran ayuda. Si lograrse establecer contacto... Si se atreviese a establecer contacto... Elena, podía esperar a Elena... Su imaginación comenzó a volar.

Cuatro años atrás Miles había dejado a Elena como esposa de Baz Jesek y como aprendiz militar de Tung. En ese momento era la máxima protección que había podido brindarle. Pero no había recibido ningún mensaje de Baz desde el golpe efectuado por Oser. ¿Sería posible que este último los hubiese interceptado? Ahora que tanto Baz como Tung habían sido degradados, ¿qué oposición ocupaba Elena en la flota mercenaria?

¿Qué posición ocupaba en su corazón? Miles se detuvo invadido por la incertidumbre. La había amado apasionadamente una vez. Y en ese entonces, ella lo había conocido

mejor que ningún otro ser humano. Sin embargo, ahora ya no pensaba en ella todos los días. Aquello había pasado, como su dolor por la muerte del padre de Elena, el sargento Bothari. Sólo quedaba una punzada ocasional, como la producida por una antigua quebra-dura. El quería volver a verla y, al mismo tiempo, no lo quería. Hablar con ella otra vez. Tocarla otra vez.

Pero yendo a las cuestiones prácticas, ella reconocería a Gregor, ya que habían sido amigos durante su infancia. ¿Una segunda línea de defensa para el Emperador? Restablecer contacto con Elena podía significar un impacto emocional, pero sería mejor y menos peligroso que continuar deambulando sin lograr nada. Ahora que había explorado las instalaciones, debía encontrar una forma para aplicar su destreza. ¿Cuánto respeto despertaba todavía el almirante Naismith? Una pregunta interesante.

Necesitaba encontrar un lugar donde observar sin ser visto. Existían muchas maneras de hacerse invisible sin necesidad de ocultarse, tal como lo demostraba su camisa celeste. Pero su altura inusitada... bueno, su pequeñez... le impedía confiar solamente en las ropas. Necesitaba... ¡claro, herramientas! Iguales a las que un hombre con overol pardo acababa de dejar en el corredor mientras él se ocultaba en el lavabo. Miles tomó el estuche en la mano y volvió a ocultarse en un abrir y cerrar de ojos.

Un par de niveles más abajo encontró un corredor que conducía a una cafetería. Hum... Todo el mundo debía de estar comiendo; por lo tanto, todos iban a tener que pasar por allí en algún momento. Los aromas de la comida estimularon su estómago, el cual protestó por las medias raciones que había recibido en los últimos tres días. Miles lo ignoró. Extrajo un panel de la pared, se puso unas gafas protectoras que encontró en el estuche, ocultando de esa manera su rostro, trepó a la pared para que no se notase su altura y comenzó a fingir que trabajaba en una caja de controles y algunos caños. Desde allí dominaba perfectamente todo el corredor.

A juzgar por los aromas que flotaban en el aire, debían de estar sirviendo carne con vegetales. Miles trató de no salivar en el haz del pequeño soldador láser que manipulaba mientras estudiaba a todos los que pasaban: Muy pocos iban vestidos de civil. Sin duda, la vestimenta de Rotha lo hubiese vuelto más llamativo que la camisa celeste. Había muchos overoles de distintos colores, cada uno con un código distinto, camisas celestes y verdes y vanos uniformes azules del ejército Aslundeno, casi todos de bajo rango. ¿Los mercenarios Dendarii —u oseranos— comerían en alguna otra parte? Miles ya había reparado los controles para siempre y comenzaba a pensar en abandonar su puesto cuando pasó una pareja de gris y blanco. Como no eran rostros que conociese, los dejó seguir sin llamarlos.

Miles reflexionó sobre sus probabilidades. Habría unos dos mil mercenarios presentes en el sistema del conducto de agujero de gusano de Aslund. Tal vez él conociera a unos doscientos de vista, y a muchos menos por su nombre. La flota mercenaria sólo tenía algunas naves en esa estación militar a medio construir. Y de la porción de la porción, ¿en cuántas personas podía confiar por completo? ¿En cinco? Dejó pasar a otro cuarteto de hombres de gris y blanco, aunque estaba seguro de que la rubia mayor era un ingeniero del *Triumph*, nave que alguna vez había sido leal a Tung. Alguna vez. Comenzaba a sentirse famélico.

Pero el rostro curtido que se acercaba por el corredor hizo que Miles olvidara su estómago- Era el sargento Chodak. Su suerte había cambiado... tal vez. Por su cuenta se hubiese aventurado, ¿pero arriesgar a Gregor? Era demasiado tarde para arrepentirse, ya que Chodak acababa de verlo. Los ojos del sargento se abrieron de par en par por la sorpresa, y entonces su expresión se tornó Impasible.

—¡Oh, sargento! —lo llamó Miles señalando una caja de controles—. ¿Querría echar un vistazo, aquí, por favor?

—Lo seguiré en un minuto —dijo Chodak a su compañero, un hombre del ejército aslundeno.

Cuando estuvieron juntos, de espaldas al corredor, Chodak susurró:

—¿Ha enloquecido? ¿Qué está haciendo aquí? —Como muestra de su agitación, omitió su habitual «señor».

—Es una larga historia. Pero ahora necesito ayuda.

—¿Pero cómo llegó aquí? El almirante Oser tiene guardias por toda la estación de transbordo, buscándolo a usted. No pudo haber pasado de contrabando.

Miles sonrió con presunción.

—Tengo mis métodos. —Y su siguiente plan era dirigirse a esa misma estación de transbordo. No cabían dudas, Dios protegía a los tontos y a los locos—. Por ahora necesito establecer contacto con la comandante Elena Bothari-Jesek. Urgentemente. O si no es con ella, con el comodoro ingeniero Jesek. ¿Ella se encuentra aquí?

—Debería estar. El *Triumph* está en la estación. Por lo que me han dicho, el comodoro Jesek ha salido a efectuar reparaciones con la nave nodriza.

—Bueno, si no es Elena, Tung. O Arde Mayhew. O la teniente Elli Quinn. Pero prefiero a Elena. Dígale a ella, y a nadie más, que nuestro viejo amigo Greg está conmigo. Dígale que se encuentre conmigo dentro de una hora en las habitaciones de los operarios, en el compartimiento de Greg Bleakman. ¿Podrá hacerlo?

—Podré, señor. —Chodak se alejó rápidamente, con expresión preocupada. Miles remendó esa pobre pared desmenuzada, colocó el panel en su lugar, recogió su caja de herramientas y se alejó con indiferencia, tratando de no sentirse como si tuviera una luz roja girando sobre su cabeza. Se dejó las gafas puestas y mantuvo la cabeza gacha, y eligió los corredores menos transitados que pudo encontrar. Su estómago gruñía.

Elena te dará de comer —le dijo con firmeza—. *Más tarde.*

Una mayor presencia de camisas celestes y azules le indicó que se estaba acercando a las habitaciones de los operarios.

Había un directorio. Después de vacilar unos segundos, pulsó «Bleakman, G.»- Módulo B, compartimiento 8. Cuando encontró el módulo, miró su cronómetro. Gregor ya debía de haber finalizado su turno de trabajo. Ante la llamada, la puerta se abrió suavemente y Miles entró. Gregor estaba allí, sentado en su litera con expresión adormecida. Era un compartimiento privado, aunque apenas sí había espacio para moverse. La intimidad era un lujo psicológico mayor que la amplitud. Hasta los técnicos esclavos debían de sentirse mínimamente felices. Tenían demasiado poder como potenciales sabotadores y era mejor no presionarlos hasta el límite.

—Estamos salvados —le anunció Miles—. Acabo de establecer contacto con Elena. — Se sentó con fatiga en el borde de la litera. En ese lugar se encontraba a salvo y podía aflojar la tensión.

—¿Elena está aquí? —Gregor se pasó una mano por el cabello—. Pensé que querías a tu capitán Ungari...

—Elena es el primer paso para llegar a Ungari. O si no lo encontramos a él, para sacarnos de aquí. Si Ungari no hubiese sido tan porfiado en que la mano izquierda no supiese lo que hacía la derecha, todo sería mucho más sencillo. Pero esto servirá. — Estudió a Gregor con preocupación—. ¿Has estado bien?

—Un par de horas colocando artefactos de luz no afectará mi salud, te lo aseguro — dijo Gregor secamente.

—¿En eso te hicieron trabajar? Había imaginado otra cosa... De todos modos, Gregor parecía encontrarse bien. A decir verdad, considerando lo malhumorado que solía estar el Emperador, se veía casi alegre en su condición de esclavo.

Quizá deberíamos enviarlo a las minas un par de semanas por año, para mantenerlo feliz y contento con su trabajo habitual. *Miles se tranquilizó un poco.*

—Resulta difícil imaginar a Elena Bothari como mercenaria —agregó Gregor en tono reflexivo.

—No la subestimes. —Miles ocultó un momento de duda- Casi cuatro años. El sabía cuánto había cambiado en cuatro años. ¿Qué había sido de Elena? No creía que aquellos años hubiesen sido menos turbulentos para ella. *Los tiempos cambian, y la gente cambia con ellos...* No. Podía dudar de sí mismo antes que de Elena.

La media hora de espera fue difícil. Miles aflojó la tensión y se dejó invadir por la fatiga, pero no logró descansar. Ahora que necesitaba desesperadamente mantenerse bien despierto, comenzaba a sentirse embotado, y la lucidez se escapaba como arena entre sus dedos. Miles volvió a mirar su cronómetro. *Una hora* había sido demasiado vago. Debía haber especificado mejor el momento del encuentro. ¿Pero quién sabía qué dificultades o demoras podía sufrir Elena para llegar?

Miles parpadeó varias veces. Por la forma en que sus pensamientos fluctuaban, era evidente que se estaba quedando dormido sentado. La puerta se abrió sin intervención de Gregor.

—¡Aquí está!

Varios mercenarios vestidos de gris y blanco ocupaban el corredor. Cuando se acercaron a él, Miles no necesitó ver los aturdidores ni las cachiporras eléctricas para comprender que éstos no eran los hombres de Elena. La oleada de adrenalina despejó la fatiga de su cabeza.

¿Y ahora qué fingiré ser? ¿Un blanco móvil? Miles se dejó caer contra una pared, sin siquiera resistirse, aunque Gregor se levantó de un salto y efectuó un valiente intento en aquel espacio tan pequeño, una precisa patada de karate que despojó a un mercenario del aturdidor que tenía en la manos. Como respuesta, dos hombres arrojaron a Gregor contra la pared.

Entonces Miles fue arrancado de la litera donde se había acurrucado y lo envolvieron varias veces con una red. El campo eléctrico ardía contra su piel. Estaban utilizando la suficiente energía como para inmovilizar a un caballo.

¿Qué piensan que soy, muchachos?

Con gran entusiasmo, el líder del escuadrón gritó en el intercomunicador que llevaba en la muñeca:

—¡Lo tengo, señor!

Miles alzó una ceja con ironía. El líder del escuadrón se ruborizó y enderezó la espalda, conteniéndose para no hacer la venia. Miles esbozó una sonrisa. El hombre apretó los labios.

Ja, casi te pesco, ¿verdad?

—Llévenselo —ordenó el líder del escuadrón.

Entre dos hombres lo sacaron del compartimiento. Sus pies colgaban ridículamente a varios centímetros del suelo. Detrás de él se llevaron a Gregor, quien gemía. Al pasar por un corredor, Miles vio el rostro consternado de Chodak por el rabillo del ojo, flotando entre las sombras.

Entonces maldijo su propio criterio.

Pensaste que eras capaz de conocer a las personas. Tu único talento demostrable. Por supuesto. Debí haber, debí haber, debí haber..., *se burló su mente, como el graznido de un ave de presa.*

Cuando después de ser arrastrados un buen rato fueron introducidos por una escotilla. Miles supo de inmediato dónde se encontraba. El *Triumph*, la nave acorazada que algunas veces portaba la insignia de la flota, volvía a estar en funciones. Hacía mucho, antes de Tau Verde, Tung había sido el capitán y el dueño del *Triumph*. Oser solía utilizar su *Peregrine* como insignia. ¿Este cambio se debería a cuestiones políticas?

Los corredores de la nave eran extraña y dolorosamente familiares. Los olores de los hombres, de los metales y de las maquinarias. Esa arcada torcida, legado del lunático ataque en que había sido capturada cuando Miles la viera por primera vez, todavía sin enderezar.

Pensé que había olvidado mas cosas.

Para asegurarse de que nadie los veía, un par de hombres se adelantaron a ellos, despejando el corredor de posibles testigos. Esta iba a ser una conversación muy íntima. En lo que a Miles se refería, no tenía inconveniente. Hubiese preferido no encontrarse nunca con Oser, pero si debían volver a verse, simplemente tendría que hallar un modo para sacarle provecho. Puso en orden su personalidad como si se arreglara los puños... Miles Naismith, mercenario espacial y misterioso empresario, llegado al Centro Hegen para... ¿para qué? Y su leal compañero Greg... Por supuesto, tendría que encontrar una explicación apropiada para justificar la presencia de Gregor.

Atravesaron el corredor dejando atrás el salón táctico, el centro neurálgico del *Triumph*, y entraron en una pequeña sala de reuniones que había frente a él. La pantalla de holovideo ubicada en el centro de la mesa estaba oscura y silenciosa. El almirante Oser se hallaba sentado, igual de oscuro y silencioso, en la cabecera de la mesa. A su lado había un hombre pálido y rubio. que Miles supuso que sería un teniente leal. Nunca antes había visto a ese sujeto. Miles y Gregor fueron obligados a sentarse en dos sillas alejadas de la mesa, de tal modo que sus manos y pies quedaran a la vista. Oser hizo que todos, con excepción de un guardia, aguardasen en el corredor.

El aspecto de Oser no había cambiado mucho en cuatro años. decidió Miles. Todavía era delgado y tenía rostro de halcón, con un cabello oscuro que tal vez había encanecido un poco en las sienas. Miles lo recordaba más alto, pero en realidad era más bajo que Metzov. Por algún motivo, Oser le recordaba al general. ¿Sería la edad o la contextura física? ¿O el brillo hostil y asesino que asomaba a sus ojos con un reflejo rojizo?

—Miles —susurró Gregor—, ¿qué has hecho para enfadar a este sujeto?

—¡Nada! —protestó Miles en voz baja—. Nada intencional, a! menos.

Gregor no pareció tranquilizarse.

Oser apoyó las palmas sobre la mesa y se inclinó hacia delante, mirando a Miles con ojos rapaces. Si el almirante hubiese tenido cola, fantaseó Miles, ésta se habría estado meneando.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Oser abruptamente sin preámbulos.

Tu me has traído, ¿no lo sabes? Aunque no era momento para exhibir su ingenio. Miles era muy consciente de que su aspecto no era precisamente el mejor. Pero al almirante Naismith no debía importarle. El sólo estaba interesado en cumplir su objetivo y, de ser necesario, lo haría aunque estuviese pintado de azul, Miles respondió con la misma brusquedad.

—Fui contratado por un no combatiente que efectúa despachos a través del Centro Hegen. Se me pidió que realizara una evaluación militar del lugar. —Lo mejor era decir la verdad desde un principio, ya que sin duda no le creerían—. Como no están interesados en enviar expediciones de rescate, quieren contar con el tiempo suficiente para sacar a sus ciudadanos del Centro antes de que estallen las hostilidades. Aparte de eso, estoy efectuando algún tráfico de armas. Una pantalla que me produce beneficios. Oser lo miró con mas intensidad.

—No será Barrayar...

—Barrayar tiene sus propios operativos.

—Al igual que Cetaganda. Aslund teme las ambiciones de Cetaganda.

—Hacen bien.

—Barrayar está equidistante.

—En mi opinión profesional... —Todavía envuelto en la red, Miles le dedicó una pequeña reverencia desde su silla. Oser estuvo a punto de responderle, pero se contuvo—. En mi opinión profesional, Barrayar no representa ninguna amenaza para Aslund en esta generación. Para controlar el Centro Hegen, Barrayar debe controlar a Pol. Con el terramorfismo de su propio segundo continente, además de la apertura del planeta Sergyar, por el momento Barrayar tiene demasiadas fronteras que cuidar. Y también está

el problema de controlar al ingobernable Komarr. Una aventura militar hacia Pol podría constituir un serio exceso para sus recursos humanos. Resulta más barato ser amigos, o al menos neutrales.

—Aslund también teme a Pol.

—No es muy probable que luchen a menos que sean atacados, Mantener la paz con Pol es barato y sencillo. Sólo hay que quedarse sin hacer nada.

—¿Y Vervain?

—Aún no he evaluado Vervain. Es el siguiente en mi lista.

—¿De veras? —Oser se reclinó en su silla y cruzó los brazos—. Como espía, podría hacerlo ejecutar.

—Pero yo no soy un espía *enemigo* —respondió Miles fingiendo serenidad—. Un neutral amistoso o, ¿quién sabe?, tal vez un potencial aliado.

—¿Y cuál es su interés en mi flota?

—Mi interés en los Denda..., en los mercenarios es puramente académico, se lo aseguro. Ustedes no son más que una parte del cuadro. Dígame, ¿cómo es su contrato con Aslund? —preguntó Miles ladeando la cabeza.

Oser estuvo a punto de responder, pero entonces hizo una mueca de fastidio. Si Miles hubiera sido una bomba de tiempo no habría suscitado más atención de parte del mercenario.

—¡Oh, vamos! —se mofó Miles al ver que el silencio se extendía—. ¿Qué podría yo hacer con un solo hombre?

—Recuerdo la última vez. Se introdujo en el espacio local de Tau Verde con cuatro hombres. Cuatro meses más tarde estaba imponiendo condiciones. ¿Qué es lo que planea ahora?

—Sobreestima mi poder. Sólo ayudé a algunas personas para que se encaminasen en la dirección que deseaban tomar. Fui un coordinador, por así decirlo.

—No para mí. Yo pasé tres años recuperándome del terreno que había perdido. ¡En mi propia flota!

—Resulta difícil complacer a todos. —Miles interceptó la mirada horrorizada de Gregor y moderó el tono. Ahora que lo pensaba, Gregor nunca se había encontrado con el almirante Naismith—. El daño que sufrió no fue tan serio.

La mandíbula de Oser se tensó aún más.

—¿Y él quién es? —preguntó señalando a Gregor con el pulgar.

—¿Greg? Es sólo mi ordenanza —dijo Miles rápidamente al ver que Gregor abría la boca.

—No parece un ordenanza. Parece un oficial.

—No se deje guiar por las apariencias. El comodoro Tung parece un luchador.

De pronto, la mirada de Oser se tornó helada.

—Ya lo creo. ¿Y desde cuándo ha mantenido correspondencia con el *capitán* Tung?

Por el vuelco en su estómago. Miles comprendió que había cometido un grave error al mencionar a Tung. Trató de que su expresión permaneciera serena e irónica para que no reflejase su inquietud.

—Si hubiese mantenido correspondencia con Tung, no habría necesitado venir personalmente para realizar esta evaluación de la Estación Aslund.

Con los codos sobre la mesa y las manos unidas, Oser estudió a Miles durante todo un minuto. Al fin extendió una mano para señalar al guardia, quien enderezó la espalda de inmediato.

—Lanzadlos al espacio, ordenó Oser.

¿Que? Aulló Miles.

Usted. —El dedo señaló al silencioso teniente de Oser—. Vaya con ellos. Asegúrese de que mis órdenes sean cumplidas. Utilice la escotilla de acceso, es la más cercana. Si él

comienza a hablar —agregó volviéndose hacia Miles—, córtenle la lengua. Es su arma más peligrosa.

El guardia desenredó la red de los pies de Miles y lo obligó a levantarse.

—¿Ni siquiera hará que me interroguen químicamente? —preguntó Miles, confundido por este giro repentino.

—¿Y contaminar a mis interrogadores? Lo último que deseo es darle rienda suelta para que hable. No se me ocurre nada mejor para que la semilla podrida de la deslealtad germine en mi propia sección de Inteligencia. Estuvo a punto de convencerme a mí. — Oser casi se estremeció.

Si, nos estaba, yendo tan bien...

—Pero yo... —Se disponían a levantar a Gregor—. Pero usted no tiene que...

Al abrirse la puerta entraron dos miembros de la escuadra y se llevaron a Miles y a Gregor por el corredor.

—¡Pero...! —La sala de conferencias se cerró.

—Esto no marcha muy bien, Miles —observó Gregor. En su rostro pálido había una extraña combinación de indiferencia, exasperación y desaliento—. ¿Alguna otra idea brillante?

—Tú eras el que estaba experimentando volar sin alas. ¿Esto te parece peor que... digamos... caer a plomo?

—Eso fue porque quise. —La escotilla apareció frente a ellos y Gregor comenzó a arrastrar los pies—. No porque se les antoje a un puñado de... ¡malditos *rufianes*!

Miles comenzaba a desesperar. Al diablo con todo.

—¿Sabéis algo? —gritó—, estáis a punto de arrojar una verdadera fortuna en rescate por esa escotilla.

Dos guardias continuaron forcejeando con Gregor, pero el tercero se detuvo.

—¿Cuan grande es esa fortuna?

—Inmensa —le aseguró Miles—. Lo suficiente para comprarte tu propia flota.

El teniente abandonó a Gregor y se acercó a Miles, sacando una navaja vibratoria. El hombre cumplía sus órdenes al pie de la letra, comprendió Miles al ver que trataba de cortarle la lengua. Y estuvo a punto de lograrlo. El horrible zumbido de insecto se detuvo a escasos centímetros de su nariz. Miles mordió los dedos gruesos del teniente y se retorció tratando de soltarse del guardia que lo sujetaba. La red le ceñía los brazos y el torso, emitiendo pequeñas descargas eléctricas. Miles se lanzó hacia atrás contra la entrepierna del hombre que tenía a sus espaldas, y éste profirió un grito al ser tocado por la red. Sus manos lo soltaron y Miles se dejó caer, rodando para golpearle las rodillas. No era exactamente una toma de judo, pero el teniente tropezó y cayó sobre él.

Los dos oponentes de Gregor se distrajeron ante la sangrienta promesa de la navaja vibratoria y los forcejeos de Miles. No vieron al hombre de rostro curtido que aparecía por un pasillo, apuntaba su aturdidor y disparaba. Los hombres se retorcieron en convulsiones agitadas cuando las descargas les alcanzaron la espalda y se desplomaron de inmediato. El hombre que había sujetado a Miles trataba de atraparlo nuevamente, pero Miles se escurrió como un pez y el teniente giró de forma brusca, golpeándose el rostro con una viga.

Miles se abalanzó sobre él y, por unos momentos, lo sujetó contra el suelo. Entonces se retorció tratando de apretarle el rostro con la red, pero fue empujado con una maldición. El teniente estaba preparado para volver al ataque y giraba en busca de su blanco cuando Gregor saltó sobre él y le golpeó en la mandíbula. Una descarga del aturdidor dio en la nuca del teniente haciéndolo caer.

—Al diablo con el buen entrenamiento militar —dijo Miles, jadeante, al sargento Chodak cuando todo estuvo en silencio—. Creo que ni siquiera se han enterado de lo que les ha ocurrido.

Así que lo había juzgado bien la primera vez. No he perdido mi instinto, después de todo. Dios lo bendiga, sargento.

—Ustedes tampoco estuvieron tan mal, considerando que tenían las manos atadas a la espalda. —El sargento Chodak sacudió la cabeza con expresión algo risueña y se acercó a ellos para retirarles la red.

—Vaya equipo —dijo Miles.

11

Miles giro la cabeza al escuchar unas botas que se acercaban rápidamente por el corredor. Entonces soltó el aliento que había estado conteniendo y se puso de pie. *Elena*.

Ella llevaba un uniforme de oficial mercenario: chaqueta gris y blanca con bolsillos, pantalones y unas botas cortas que brillaban en sus largas, largas piernas. Todavía era alta y delgada, con una piel pálida y delicada, resplandecientes ojos color café, una nariz de curva aristocrática y una larga mandíbula escultural.

Se ha cortado el cabello, pensó Miles algo aturdido. La brillante cascada negra que le llegaba a la cintura había desaparecido. Ahora lo llevaba cortado sobre las orejas, y sólo unos mechones oscuros resaltaban sus pómulos altos y su frente, al igual que su nuca; un corte severo, práctico, muy elegante. Marcial.

Ella se acercó observando a Miles, a Gregor y a los cuatro oseranos.

—Buen trabajo, Chodak. —Se arrodilló junto al cuerpo más cercano y posó la mano en su cuello para sentirle el pulso—. ¿Están muertos?

—No, sólo aturdidos —le explicó Miles.

Ella observó la compuerta interna con cierto pesar.

—Supongo que no los lanzaremos al espacio.

—Ellos iban a hacer eso con nosotros, pero no. Aunque probablemente deberíamos sacarlos del medio mientras escapamos —dijo Miles.

—Bien. —Ella se levantó y miró a Chodak con un movimiento de cabeza. Este comenzó a arrastrar los cuerpos junto con Gregor, y los introdujo en la antecámara de compresión. Elena frunció el ceño y miró al teniente rubio que pasaba con los pies por delante—. Aunque a ciertas personalidades no les vendría mal volar un poco.

—¿Podrás ayudarnos a escapar?

—Para eso hemos venido. —Se volvió hacia los tres soldados que la habían seguido con cautela. Un cuarto montaba guardia más allá—. Parece que tenemos suerte —les dijo— Haced un reconocimiento y despejad los pasillos en nuestra ruta de escape... con sutileza. Entonces desapareced. No habéis estado aquí y no habéis visto esto.

Ellos asintieron con la cabeza y se retiraron. Miles escuchó un murmullo que se alejaba.

—¿Ese era él? —preguntó uno.

—Sí...

Durante un rato, Miles, Gregor y Elena se acurrucaron en la antecámara mientras Chodak montaba guardia fuera, Elena y Gregor le quitaron las botas a un oserano mientras Miles se despojaba de sus ropas de prisionero y se ponía de pie. Debajo llevaba la vestimenta de Víctor Rotha, arrugada y sucia después de andar, dormir y sudar durante cuatro días.

Hubiese preferido un par de botas para reemplazar las sandalias, pero allí no había ningunas que se acercasen a su tamaño.

Observado por Elena, Gregor se puso el uniforme gris y blanco y metió los pies en las botas.

—Realmente eres tú. —Elena sacudió la cabeza con asombro— ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ha sido por error.

—¿Un error? ¿De quién?

—Me temo que mío —dijo Miles, y notó con cierto fastidio que Gregor no lo contradecía.

Por primera vez, una sonrisa curvó los labios de Elena. Miles decidió no pedirle explicaciones por ella.

Este apresurado intercambio no se parecía en nada a las docenas de conversaciones que había ensayado para este primer encuentro con ella.

—La búsqueda se iniciará en pocos minutos, cuando estos sujetos no regresen para informar que han cumplido su misión —dijo Miles con nerviosismo.

Recogió dos aturdidores, la red y la navaja vibratoria y se lo metió bajo el cinturón. Después de pensarlo unos momentos, despojó a los cuatro oseranos de sus tarjetas de crédito, sus pases, sus identificaciones y su efectivo, guardándolo todo en sus propios bolsillos y en los de Gregor. Entonces se aseguró de eliminar la identificación de Gregor como prisionero. Para su alegría también encontró una ración del bar a medio comer, la fue consumiendo poco a poco. Miles masticó su comida mientras seguía a Elena al corredor y le ofreció un bocado a Gregor, quien negó con la cabeza. Probablemente él ya había cenado en esa cafetería.

Chodak alisó rápidamente el uniforme de Gregor y se marcharon todos Juntos, con Miles en el medio, en parte para ocultarlo y en parte para custodiarlo. Antes de que él se volviera paranoico por lo conspicuo de su aspecto, entraron en un tubo elevador y emergieron varios niveles más abajo, en una gran zona de carga donde había una nave. Uno de los hombres de Elena, apoyado contra la pared con actitud indolente, asintió con la cabeza. Después de saludar a Elena, Chodak se volvió, y ellos se marcharon. Miles y Gregor siguieron a Elena, quien abrió la escotilla y entró en la bodega de carga perteneciente a una de las naves del *Triumph*. Entonces abandonaron el campo gravitatorio artificial de la nave madre para experimentar el vértigo de la caída libre. Luego flotaron lentamente hacia el compartimiento del piloto. Elena cerró la escotilla e hizo señas a Gregor para que se sentase ante el puesto de telecomunicaciones.

Los asientos del piloto y copiloto estaban ocupados. Arde Mayhew se volvió hacia Miles con una amplia sonrisa y lo saludó agitando una mano. Miles reconoció la cabeza afeitada del segundo hombre incluso antes de que se volviese hacia él.

—Hola, hijo. —La sonrisa de Ky Tung era mucho más irónica que alegre—. Bienvenido. Te has tomado tu tiempo. —Tung tenía los brazos cruzados y no le saludó.

—Hola, Ky —dijo Miles al euroasiático con un movimiento de cabeza.

Tung no había cambiado en nada. Todavía podía tener cualquier edad entre los cuarenta y los sesenta. Todavía tenía un cuerpo similar a un viejo tanque. Todavía parecía saber más de lo que decía, cualidad terriblemente incómoda para las conciencias culpables.

Mayhew el piloto habló en el intercomunicador.

—Control de tráfico, ya he comprobado esa luz roja en mi panel. Lectura de presión defectuosa. Todo arreglado. Estamos listos para partir.

—Era hora, C-2 —respondió una voz atona—. Su camino está despejado.

Las manos rápidas del piloto activaron los controles que cerraban las escotillas y posicionaron los reactores. Después de algunos silbidos y ruidos metálicos, el cohete se separó de la nave madre y avanzó según su trayectoria. Mayhew apagó el intercomunicador y exhaló un largo suspiro de alivio.

—A salvo. Por ahora.

Elena cruzó el pasillo y se sentó detrás de Miles, cruzando sus largas piernas. Miles se sujetó para que la aceleración no lo hiciese caer.

—Espero que tenga razón —dijo—, ¿pero qué le hace pensarlo?

—Se refiere a que estamos a salvo para hablar —dijo Elena—. No en un sentido cósmico. Este es un viaje de rutina, salvo por el hecho de que nos encontramos aquí. Sabemos que aún no han notado nuestra ausencia, o de otro modo hubiésemos sido detenidos por control de tráfico. Lo primero que hará Oser será registrar el *Triumph* y la estación militar. Hasta es posible que podamos volver a introducirnos en el *Triumph* cuando la búsqueda se haya extendido.

—Este es el plan B —le explicó Tung girando en su asiento—. O tal vez el plan C. El plan A era volar directamente al *Ariel*, que ahora se encuentra en la estación piquete, y declarar la revolución. Me alegro de que las cosas hayan ocurrido de un modo, eh... menos espontáneo.

Miles lanzó una exclamación.

—¡Dios! Eso hubiese sido peor que la primera vez. —Atrapado en una cadena de sucesos que no controlaba, llevado como confabulado de algún motín mercenario militar, puesto a la cabeza de su desfile sin posibilidades de negarse...—. No. Nada de espontaneidad, gracias. Definitivamente, no.

—Y bien. —Tung unió sus gruesos dedos—, ¿Cuál es tu plan:

—¿Mi qué?

—Plan, —Tung pronunció la palabra con ironía—. En otras palabras, ¿por qué estás aquí?

—Oser me formuló la misma pregunta —suspiró Miles—, ¿Me creería si le digo que me encuentro aquí por accidente? Oser no quiso. Seguramente usted no sabrá *por qué* no quiso, ¿verdad?

Tung frunció los labios.

—¿Por accidente? Puede ser... He notado cómo tus «accidentes» tienen tendencia a terminar embrollando a tus enemigos, cualidad que causaría la envidia de los más viejos estrategas. Ocurre con demasiada frecuencia como para ser casualidad, por lo que he llegado a la conclusión de que es voluntad inconsciente. Si te hubieses quedado conmigo, hijo, entre ambos habríamos... O tal vez no seas más que un supremo oportunista. En cuyo caso te diré que ésta es la oportunidad perfecta para reunir nuevamente a los Mercenarios Dendarii.

—No ha respondido a mi pregunta —observó Miles.

—Tú no has respondido a la mía.

—Yo no quiero a los Mercenarios Dendarii.

—Yo sí.

—Ah. —Miles se detuvo—. ¿Entonces por qué no reúne a las personas que le son leales y comienza por su cuenta? Ya se han hecho cosas así.

—¿Debemos nadar por el espacio? —Tung imitó las aletas de los peces sacudiendo los dedos, e infló las mejillas—, Oser controla el equipo. Incluyendo mi nave. El *Triumph* es todo lo que he atesorado en treinta años de carrera. Y lo he perdido a causa de tus intrigas. Alguien me debe otra nave. Si no es Oser, entonces... —Tung miró a Miles con expresión significativa.

—Yo traté de darle una flota a cambio —dijo Miles angustiado—. ¿Cómo hizo para perder el control de ella, viejo estratega?

Tung se tocó el pecho para indicar que había recibido la estocada.

—Al principio las cosas marcharon bien, durante un año, un año y medio después de que abandonamos Tau Verde. Obtuve dos bonitos contratos seguidos en la Red Este; operativos, comando a pequeña escala, cosas seguras. Bueno, no tan seguras... nos tuvieron en ascuas. Pero cumplimos con nuestro objetivo. Miles miró a Elena.

—Oí hablar de ello, sí.

—En el tercero tuvimos problemas. Baz Jesek se había comprometido más y más con equipos y mantenimiento. Debo admitir que es un buen ingeniero. Yo era comandante táctico y Oser se hizo cargo de las cuestiones administrativas. Podría haber funcionado

bien, cada uno ocupándose de lo que hacía mejor, si Oser hubiese trabajado con nosotros y no en contra nuestra. En la misma situación, yo hubiera enviado asesinos, Oser empleó contables guerrilleros.

»Nos dieron una pequeña paliza en ese tercer contrato. Baz estaba hasta las orejas con sus cuestiones técnicas y sus reparaciones. Oser había formado un pelotón de no combatientes para realizar tareas de guardia en los conductos de agujeros de gusanos. Un contrato a largo plazo. Parecía buena idea en ese momento. Pero yo le di la oportunidad. —Tung se aclaró la garganta—, Sin participar de ningún combate comencé a aburrirme, no le presté atención. Oser tuvo todo en marcha antes de que yo notara que se había declarado una guerra. Hizo que la reorganización financiera se volviera en contra nuestra...

—Seis meses antes de eso, yo ya le había dicho que no confiara en él —intervino Elena con el ceño fruncido—. Después de que intentó seducirme.

Tung se encogió de hombros, incómodo.

—Me pareció una tentación comprensible.

—¿Gozar con la esposa de su comandante? —Los ojos de Elena brillaban—. ¿Con la esposa de cualquier otro? En ese momento supe que no era recto. Si mis votos no significan nada para él, ¿cuánto valoraba los propios?

—Aceptó tu negativa, tú misma lo dijiste —se disculpó Tung—. Si hubiese seguido acosándote, yo habría estado dispuesto a intervenir. Pensé que debías sentirte halagada, ignorarlo y seguir tu camino.

—Esa clase de insinuaciones no me resultan nada halagüeñas, gracias —replicó Elena.

Miles se mordió los nudillos con fuerza, recordando sus propios anhelos.

—Puede haber sido un primer movimiento en su estrategia para obtener el poder —propuso—. Buscaba puntos débiles en las defensas de sus enemigos. Y en este caso, no los encontró.

—Mm... —Elena pareció algo confortada con esta posibilidad—. De todos modos, Ky no me ayudó en nada y me cansé de jugar a ser Casandra. Naturalmente, no podía decírselo a Baz. Pero la traición de Oser no fue una absoluta sorpresa para *todos* nosotros.

Tung frunció el ceño con frustración.

—Con las naves de que disponía en ese momento, sólo necesitó ganarse los votos de los otros capitanes dueños de naves. Auson lo votó. Hubiese querido estrangular a ese canalla.

—Usted mismo perdió a Auson, con todas sus lamentaciones por el *Triumph* —añadió Elena con aspereza—. Pensó que usted era una amenaza para su capitanía de la nave.

Tung se encogió de hombros.

—Siempre que yo continuara siendo jefe del estado mayor y comandante táctico en combate, no imaginé que pudiera causar algún daño a mi nave. Podía dejar que el *Triumph* viajase con las demás como si perteneciera a la corporación de la flota. Podía aguardar... hasta que *tú* regresaras. —Sus ojos oscuros brillaron sobre Miles—. Entonces averiguaríamos lo que estaba ocurriendo. Pero tú nunca regresaste.

—¿El rey volverá, eh? —murmuró Gregor, quien había escuchado todo con fascinación. Alzó una ceja mientras miraba a Miles.

—Que sea una lección para ti —le respondió Miles, con los dientes apretados. Gregor pareció perder su sentido del humor. Miles se volvió hacia Tung.

—Seguramente Elena lo habrá sacado de su error sobre tales expectativas.

—Lo intenté —murmuró Elena—. Aunque creo que yo tampoco pude evitar albergar ciertas esperanzas. Tal vez... tal vez renunciarías a tus otros proyectos para regresar con nosotros.

¿Si me fugaba de la Academia?

—No era un proyecto al cual pudiese renunciar, a menos que estuviera dispuesto a morir.

—Ahora lo sé.

—Dentro de cinco minutos como máximo —intervino Arde Mayhew—, tendré que pedir permiso a control de tráfico para aterrizar en la estación de transferencia, o dirigirme al *Ariel*. ¿Qué haremos, amigos?

—Ante una palabra tuya, podía destinarte cien oficiales leales y suboficiales —dijo Tung a Miles—, Con cuatro naves.

—¿Por qué no lo hace usted mismo?

—Si pudiera, ya lo habría hecho. Pero no pienso dividir la flota a menos que esté seguro de poder volver a reuniría. Por completo. Pero contigo como líder, con tu reputación que ha ido creciendo como una leyenda...

—¿Como líder o como mascarón de proa? —La imagen volvió a aparecer en la mente de Miles.

Tung abrió las manos y evadió la pregunta.

—Como desees. En su mayor parte, el cuadro de oficiales se unirá al bando vencedor. Eso significa que si lo intentamos debemos aparecer como triunfadores muy rápido. Oser cuenta con unos cien adeptos que le son leales, y tendremos que superarlos físicamente si es que él insiste en resistirse. Lo cual me sugiere que un asesinato en el momento oportuno podría ahorrar un montón de vidas.

—Vaya. Creo que usted y Oser han estado trabajando juntos demasiado tiempo. Comienzan a pensar de forma parecida. Yo no vine aquí para tomar el mando de una flota mercenaria. Tengo otras prioridades. —Se controló para no mirar a Gregor.

—¿Qué prioridades?

—¿Qué le parece impedir una guerra civil interplanetaria? ¿O tal vez interestelar?

—No tengo ningún interés profesional en eso.

Para Miles, su respuesta estuvo a punto de convertirse en una broma. ¿Pero qué significaban los sufrimientos de Barrayar para Tung?

—Hágalo usted, si está predestinado al fracaso. Sólo le pagan por ganar, y sólo podrá gastar lo que le pagan si vive, mercenario.

Tung lo miró con más atención aún.

—¿Qué sabes que yo no sé? ¿Estamos predestinados al fracaso?

Yo lo estaré, si no llevo a Gregor de vuelta. Miles sacudió la cabeza.

—Lo siento, no puedo hablar sobre eso. Tengo que llegar a... —Pol estaba cerrado para él, al igual que la estación del Consorcio, y ahora Aslund se había vuelto aún más peligroso—. A Vervain, —Se volvió hacia Elena—.

Llevadnos a ambos a Vervain.

—¿Trabajas para los vervanese? —preguntó Tung.

—No.

—¿Para quién, entonces? —Las manos de Tung se retorcieron. Estaban tan tensas por la curiosidad que parecían querer exprimir la información a la fuerza.

Elena también notó su gesto inconsciente.

—Ky, déjelo tranquilo —dijo con dureza—. Si Miles quiere ir a Vervain, es allí donde lo llevaremos.

Tung miró primero a Elena y luego a Mayhew.

—¿Lo respaldáis a él o a mí?

Elena alzó el mentón.

—Ambos hemos jurado lealtad a Miles. Lo mismo que Baz.

—¿Y preguntas para qué te necesito? —dijo Tung a Miles con exasperación, señalando a los otros dos—, ¿Cuál es ese asunto tan importante del cual todos vosotros parecéis saberlo todo, y yo, nada?

—Yo no sé nada —replicó Mayhew—. Sólo creo en Elena.

—¿Esto es una cadena de mando o una cadena de credulidad?

—¿Existe alguna diferencia? —Miles sonrió.

—Nos has puesto en peligro al venir aquí —objetó Tung—. ¡Piensa! Nosotros te ayudamos, tú te marchas y nos dejas desnudos ante la cólera de Oser. Ya existen demasiados testigos. Si alcanzamos la victoria, podríamos estar a salvo, pero no la hallaremos en los paños tibios.

Miles miró a Elena con angustia y, a la luz de sus recientes experiencias, la imaginó lanzada al espacio por malvados y estúpidos mercenarios. Tung notó con satisfacción el efecto que había tenido su súplica y se reclinó en el asiento. Elena le dirigió una mirada furiosa.

Gregor se movió con inquietud.

—Creo... que vosotros podríais convertirlos en refugiados con Nuestra mediación. —Miles observó que Elena también había notado aquella majestuosa y grandilocuente N mayúscula, mientras que Tung y Mayhew no habían podido hacerlo, por supuesto—. Nos ocuparemos de que no sufráis. En lo financiero al menos.

Elena asintió con la cabeza para demostrar que comprendía. Tung se inclinó hacia ella y señaló a Gregor con el pulgar.

—Muy bien, ¿quién es este sujeto? —Elena sacudió la cabeza en silencio. Tung exhaló un pequeño suspiro—. Tú no tienes ningún recurso financiero que yo pueda ver, hijo. ¿Y si con tu mediación nos convertimos en cadáveres?

—Nos hemos arriesgado a ello por mucho menos —observó Elena.

—¿Menos que qué? —replicó Tung. Con la mirada algo perdida, Mayhew tocó el auricular en su oreja.

—Es momento de tomar una decisión, amigos.

—¿Esta nave puede atravesar el sistema? —preguntó Miles.

—No. No tiene el suficiente combustible. —Mayhew se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Tampoco es lo bastante rápida ni blindada como para ello —añadió Tung.

—Entonces tendréis que sacarnos en un transporte comercial, burlando la seguridad de Aslund —dijo Miles tristemente.

Tung observó a su obstinado pequeño comité y suspiró.

—Seguridad es más estricta para entrar que para salir. Creo que podremos hacerlo. Llévanos allí. Arde.

Cuando Mayhew hubo detenido la nave de carga en el lugar asignado por la estación de transferencia Aslundaña, Miles, Gregor y Elena permanecieron agachados, encerrados en el compartimiento del piloto. Tung y Mayhew se marcharon «para ver lo que podemos hacer» según lo expresó Tung, con cierta frivolidad en opinión de Miles. Este permaneció sentado y se mordisqueó los nudillos con nerviosismo, tratando de no saltar ante cada sonido de las cargadoras automáticas que apilaban provisiones para los mercenarios al otro lado del tabique. El perfil firme de Elena no se contraía ante cada pequeño ruido, notó Miles con envidia.

Alguna vez la amé. ¿Quién es ella ahora?

¿Era posible decidir *no* enamorarse otra vez de esa nueva persona? La posibilidad de decidir. Ella parecía endurecida, maldispuesta a expresar lo que pensaba. Eso era bueno. Y sin embargo, sus pensamientos tenían un deje amargo. Eso no era bueno. Esa amargura lo hacía padecer.

—¿Has estado bien? —le preguntó vacilante—. Aparte de su confusión en la estructura de mando, quiero decir. ¿Tung te trata bien? Se suponía que él iba a ser tu mentor, que te entrenarían en el trabajo mientras yo aprendía en la aulas...

—Oh, es un buen mentor. Me atosiga con información militar, táctica, historia... Ahora puedo dirigir cualquier fase de una patrulla de combate, incluyendo logística, cartografía,

asalto, e incluso retiradas de emergencia y aterrizajes, si no te importan unos cuantos golpes. Casi estoy en condiciones de operar realmente según mi grado ficticio, al menos con el equipo de una flota. A él le gusta enseñar.

—Me pareció que estabas un poco... tensa, en su presencia. Elena sacudió la cabeza.

—Todo está tenso en este momento. No es posible estar «aparte» de esta confusión en la estructura de mando, gracias a ti. Aunque... supongo que no he perdonado del todo a Tung por no ser infalible al respecto. Al principio pensé que lo era.

—Sí, bueno, existe mucha falibilidad dando vueltas, en estos tiempos —dijo Miles con Incomodidad—. Eh... ¿cómo está Baz? —¿*tu esposo te trata bien?* quería preguntar. Pero no lo hizo.

—Está bien —respondió ella—, pero se siente desanimado. Estas luchas por el poder le resultan extrañas, le repugnan, creo. El es un técnico de corazón; ve un trabajo a realizar y lo hace.

Tung sugiere que si Baz no hubiese estado tan sumergido en las cuestiones técnicas habría previsto, y tal vez impedido, la toma del mando. Pero yo pienso que fue exactamente al revés. Él no podía rebelarse y pelear al nivel de Oser, por lo que se retiró al lugar donde podía conservar sus propios patrones de honestidad... por un poco más de tiempo. Esta escisión afectó la moral de todos.

—Lo siento —dijo Miles.

—Haces bien. —Su voz se quebró, pero después de recuperarse se tornó más dura—, Baz sintió que te había fallado, pero tú nos fallaste primero, al no regresar. No podías esperar que mantuviéramos la ilusión para siempre.

—¿Ilusión? —dijo Miles—. Yo sabía que sería difícil, pero pensé que podríais... aceptar vuestros papeles. Llegar a sentirnos verdaderos mercenarios.

—Los mercenarios podrán ser suficientes para Tung. Yo pensé que lo serían para mí también, hasta que comenzamos a matarnos. Yo odio a Barrayar, pero es mejor servir a Barrayar que a nada, que a tu propio ego.

—¿A quién sirve Oser? —preguntó Gregor con curiosidad, alzando las cejas al escuchar esta declaración sobre su tierra natal.

—Oser sirve a Oser. «A la flota», dice él, pero la flota sirve a Oser y no es ningún país. No tiene edificios ni niños... es estéril. Sin embargo, a mí no me molesta ayudar a los aslundños, ya que lo necesitan. Es un pobre planeta asustado.

—Tú, Baz y Arde podríais haber partido por vuestra cuenta... —comenzó Miles.

—¿Cómo? —dijo Elena—. Tú nos dejaste *a cargo* de los Dendarii. Baz fue desertor una vez. Nunca volverá a serlo.

Todo es culpa mía entonces, pensó Miles. Fantástico.

Elena se volvió hacia Gregor, quien había adquirido una extraña expresión al escuchar sus acusaciones de abandono.

—Aún no me has dicho lo que estás haciendo aquí. ¿Se suponía que ésta era una especie de misión diplomática secreta?

—Explícaselo tú —dijo Miles a Gregor, tratando de no apretar los dientes. *Cuéntale lo del balcón, ¿vale?*

Gregor se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Al igual que Baz, deserté. Y al igual que Baz, descubrí que no me sentía mejor con ello.

—Ahora comprenderás por qué es urgente devolver a Gregor lo antes posible —agregó Miles—, Piensan que ha desaparecido, que tal vez ha sido secuestrado. —Miles le brindó una versión rápida y corregida de su encuentro fortuito en Detenciones del Consorcio.

—¡Dios! —Elena frunció los labios—. También comprendo por qué es urgente que no esté en tus manos. Si algo llegara a pasarle en tu compañía, quince facciones gritarían «¡Conspiración traidora!»

—Esa idea se me había ocurrido, sí —gruñó Miles.

—La coalición centrista del gobierno de tu padre sería la primera en caer —continuó Elena—. Supongo que los militares de derecha se alinearían detrás del conde Vorinnis y se unirían a los liberales anticentristas. Los portavoces franceses querrían a Vorville, al Vortugalov ruso... ¿o ya ha muerto?

—Los de extrema derecha, partidarios de volar los conductos de agujeros de gusano y alcanzar así el aislamiento político, se unirían al conde Vortrifram contra la facción anti-Vor progaláctica que desea una constitución escrita —agregó Miles, con tono sombrío.

—El conde Vormfrani me asusta. —Elena se estremeció—. Le he escuchado hablar.

—Es por el modo suave en que se limpia la espuma de la boca —dijo Miles—. La minoría griega aprovecharía la ocasión para internar una secesión...

—¡Basta! —exclamó Gregor, quien había ocultado el rostro entre las manos.

—Pensé que era *tu* trabajo —dijo Elena con acidez. Pero Gregor alzó la cabeza y, al ver su mirada triste, ella se suavizó y esbozó una sonrisa—.

Lamento no poder ofrecerte un empleo en la flota. Siempre nos son útiles los oficiales con entrenamiento formal, aunque no sea más que para adiestrar al resto.

—¿Un mercenario? —dijo Gregor—. Vaya una idea...

—No lo creas. Muchos de los nuestros han sido militares comunes. Algunos hasta fueron legítimamente licenciados.

Por un momento, los ojos de Gregor se iluminaron con una expresión risueña y se posaron sobre la manga gris y blanca de su chaqueta.

—Si tan sólo tú estuvieras a cargo aquí, ¿verdad. Miles?

—¡No! —exclamó Miles con voz ahogada. La luz desapareció.

—Era una broma.

—No me pareció graciosa. —Miles inspiró profundamente, rezando para que a Gregor no se le ocurriera convertirla en una *orden*—. De todos modos, ahora intentamos llegar hasta el cónsul barrayarano en la Estación Vervain. Espero que aún se encuentre allí. No he escuchado noticias en varios días. ¿Qué está ocurriendo con los vervaneses?

—Hasta donde he sabido, no ocurre nada extraordinario, con excepción de un paranoia creciente —respondió Elena—. Vervain invierte sus recursos en naves, no en estaciones...

—Es lógico, cuando se tiene más de un conducto de agujero de gusano que custodiar —observó Miles.

—Pero hace que Aslund vea en los vervaneses a agresores potenciales. Existe una facción aslundaña que propone atacar primero antes de que la nueva flota vervanesa esté armada. Afortunadamente, hasta ahora han prevalecido los estrategas defensivos. Para que nosotros demos el golpe, Oser ha puesto un precio prohibitivamente alto. No es estúpido. Sabe que los aslundños no podrán respaldarnos. Vervain también contrató a una flota mercenaria como recurso momentáneo. en realidad, fue eso lo que dio la idea a los aslundños de contratarnos a nosotros. Se llaman Los Guardianes de Randall, aunque tengo entendido que Randall ya no se encuentra con ellos.

—Debemos evitarlos —dijo Miles con fervor.

—He oído decir que su nuevo segundo oficial es barrayarano. Tal vez pueda brindarte alguna ayuda.

Gregor alzó las cejas.

—¿Uno de los hombres de Illyan? suena posible.

—¿Sería allí adonde había ido Ungari?

—Hay que acercarse con cautela, de todos modos —dijo Miles.

—El comandante de los Guardianes se llama Cavilo...

—¿Que? —aulló Miles.

Las cejas de Elena se alzaron.

—Sólo Cavilo. Nadie parece saber si es el nombre de pila o el apellido...

—Cavilo es la persona que trató de comprarme.... bueno, que trató de comprar a Victor Rotha en la Estación del Consorcio. Por veinte mil dólares betaneses.

Las cejas de Elena se mantuvieron arqueadas.

—¿Por qué?

No sé por qué. —Miles volvió a pensar en su objetivo. Pol, el Consorcio, Aslund... No, seguía siendo Vervain—. Pero debemos evitar a los mercenarios vervaneses. Bajamos de la nave y vamos directamente al consulado. ni siquiera debemos movernos hasta que lleguen los hombres de Illyan para llevarnos a casa. ¿De acuerdo?

Gregor suspiró.

—De acuerdo.

Basta de jugar al agente secreto. Sus mejores esfuerzos sólo habían servido para hacer que Gregor estuviese a punto de resultar asesinado. Era hora de dejar de esforzarse tanto, decidió Miles.

—Qué extraño —dijo Gregor mirando a Elena, a la nueva Elena, supuso Miles—, pensar que has tenido mas experiencia en combate que cualquiera de nosotros.

—Que los dos juntos —le corrigió ella con frialdad—. Si, bueno... combatir es mucho más estúpido de lo que había imaginado. Si dos grupos pueden cooperar hasta el increíble punto necesario para encontrarse en la batalla, ¿por qué no dedicar la decima parte de ese esfuerzo para conversar? Aunque eso no vale para las guerras de guerrillas —continuó Elena con expresión pensativa—. El guerrillero es un enemigo que no juega a lo mismo. Tiene más sentido para mi. Si uno decide ser vil, ¿por qué no serlo por completo? Ese tercer contrato... Si alguna vez llego a comprometerme en otra guerra de guerrillas, quiero estar del lado de la guerrilla.

—Resulta más difícil conseguir la paz entre dos enemigos totalmente viles —reflexionó Miles—. La guerra no es un fin en si mismo, excepto cuando tiene el sentido catastrófico de una condena absoluta. Lo que se busca es la paz. Una paz mejor de la que se tenía al empezar.

—¿El que gana es el que logra ser el más vil durante más tiempo? —propuso Gregor.

—Creo que historicamente eso no es verdad. Si lo que haces durante la guerra te degrada tanto que la paz te resulta peor... —Miles se paralizó en mitad de la frase al escuchar unas voces en la bodega de carga, pero eran Tung y Mayhew que regresaban.

—Vamos —dijo Tung—. Si Arde no cumple con sus horarios programados, llamará la atención.

Se introdujeron uno tras otro en la bodega de carga, donde Mayhew sujetaba la correa de una plataforma flotante con dos canastos de embalaje.

—Tu amigo podrá pasar por un soldado de la flota —le dijo Tung a Miles—. Para tí he encontrado un cajón. Hubiese sido más elegante enrollarte en una alfombra, pero considerando que el capitán del carguero es un hombre, la referencia histórica se hubiese desperdiciado.

Miles observó el cajón con desconfianza. No parecía tener ninguna abertura para respirar.

—¿Adonde me lleva?

—Tenemos un sistema para hacer entrar y salir a oficiales de Inteligencia de la flota. Está este capitán que recorre el sistema con su nave de carga. Trabaja de forma independiente y es vervanés, pero ya lo hemos contratado en tres ocasiones. Te llevará hasta Vervain y te hará pasar por la aduana. Después de eso, te las arreglarás por tu cuenta.

—¿Vosotros correréis algún peligro con esto? —preguntó Miles preocupado.

—No mucho —dijo Tung—. El pensará que está pasando más agentes mercenarios por un precio, y naturalmente mantendrá la boca cerrada. Incluso aunque quisieran interrogarlo, pasarán varios días antes de que regrese. Yo mismo me he ocupado de que Arde y Elena no aparezcan, por lo que no podrá delatarlos.

—Gracias —dijo Miles con suavidad. Tung asintió con la cabeza y suspiró.

—Si tan sólo te hubieses quedado con nosotros... ¡Qué soldado habría podido hacer de ti en estos tres últimos años!

—Si llegáis a encontraros sin trabajo como consecuencia de habernos ayudado —agregó Gregor—, Elena sabrá cómo ponerse en contacto.

Tung hizo una mueca.

—¿En contacto con qué?

—Es mejor no saberlo —dijo Elena mientras ayudaba a Miles a esconderse en el cajón de embalaje.

—Muy bien —gruñó Tung—. Pero... está bien. Miles se encontró frente a frente con Elena, por última vez hasta... ¿quién sabía cuándo? Ella lo estrechó con fuerza, pero luego se volvió hacia Gregor y le dio el mismo abrazo fraternal.

—Todo mi cariño para tu madre —le dijo a Miles—. Pienso en ella con frecuencia.

—Claro. Eh... saludos a Baz. Dile que todo está bien. Lo primero es tu seguridad personal, la tuya y la de él. Los Dendarii son, son, fueron... —No se atrevía a decir «de escasa importancia», o «un sueño ingenuo», o «una ilusión», aunque esto último era lo que más se acercaba—. Un buen intento —concluyó sin convicción.

La mirada que ella le dirigió fue fría, cortante, indescifrable... no, en realidad era fácil de comprender. «Idiota», o algo bastante más fuerte. Miles se sentó apoyando la cabeza en las rodillas y dejó que Mayhew cerrase la tapa. Se sentía como un espécimen zoológico enviado a un laboratorio.

El viaje transcurrió sin problemas. Miles y Gregor se encontraron instalados en una cabina pequeña pero decente, destinada a los excesos de carga que ocasionalmente transportaba el carguero. Unas tres horas después de que abordaran, la nave despegó y se alejó de los peligros de la Estación Aslund. Había que admitirlo: Tung seguía siendo bueno en su trabajo.

Con gran placer. Miles pudo bañarse, lavar sus ropas, gozar de una verdadera comida y dormir sintiéndose seguro. La pequeña tripulación de la nave parecía alérgica a su corredor; él y Gregor fueron dejados absolutamente a solas. A salvo durante tres días, atravesando el Círculo Hegen otra vez con una nueva identidad. Siguiente parada: el consulado barryarano en la Estación Vervain.

Por Dios, tendría que redactar un informe sobre todo esto cuando llegasen allí. Verdaderas confesiones, al estilo oficial de Seguridad Imperial (seco como el polvo, a juzgar por los modelos que había leído). De haber hecho el mismo recorrido, Ungari habría entregado columnas de datos concretos y objetivos, listos para ser analizados de seis formas diferentes. ¿Qué podía contar él? *Nada, estuve en un cajón*. Tenía poco que ofrecer con excepción de lo poco que alcanzaba a ver mientras eludían a cada guardia de seguridad en el sistema. Tal vez debería centrar su informe en las fuerzas de seguridad. La opinión de un alférez. La plana mayor estaría tan impresionada...

¿Y cuál era su opinión? Bueno, Pol no parecía ser la fuente de los problemas en el Centro Hegen: ellos reaccionaban, no actuaban. El Consorcio no parecía interesado en lo más mínimo en las aventuras militares. El único grupo lo bastante débil para que los eclécticos jacksonianos concretasen un ataque exitoso era Aslund, y no se obtendrían muchos beneficios conquistando un mundo agrícola y poco avanzado como ése. Aslund era lo suficiente paranoico para resultar peligroso, pero su preparación era escasa y estaba protegido por una fuerza mercenaria que sólo aguardaba un chispazo para que sus facciones entrasen en guerra. No había ninguna amenaza considerable allí. Por eliminación, la energía necesaria para lograr la desestabilización debía de provenir de Vervain. ¿Cómo se podría hacer para descubrir...? No. El había jurado no actuar como agente secreto. Vervain era el problema de algún otro.

Con languidez. Miles se preguntó si sería capaz de persuadir a Gregor para que lo dispensase de redactar un informe, y si Illyan lo aceptaría.

Probablemente no.

Gregor estaba muy silencioso. Estirado en su litera, Miles se colocó las manos detrás de la cabeza y le sonrió para ocultar su preocupación. Gregor acababa de quitarse el uniforme Dendarii y se estaba vistiendo con las ropas de civil proporcionadas por Arde Mayhew. Los pantalones gastados, la camisa y la chaqueta eran algo cortos y anchos para el cuerpo delgado de Gregor. Así vestido parecía un desdichado vagabundo con ojos hundidos. Para sus adentros, Miles decidió mantenerse alejado de los puestos altos.

Gregor lo miró.

—Tenías un aspecto extraño como el almirante Naismith, ¿sabes? Casi como si hubieses sido otra persona. Miles se apoyó sobre un codo.

—Creo que Naismith soy yo mismo sin frenos. Sin represiones. El no tiene que ser un buen Vor, ni tampoco ninguna clase de Vor. El no tiene problemas con la subordinación, ya que no se subordina ante nadie.

—Lo he notado. —Gregor plegó el uniforme Dendarii según las reglas barrayaranas—. ¿Lamentas haber tenido que eludir a los Dendarii?

—Sí... no... no lo sé. —*Profundamente*. Parecía ser que la cadena de mando tiraba en ambas direcciones de un eslabón intermedio. Si se tiraba con la fuerza suficiente, el eslabón podía llegar a quebrarse—. Confío en que tú no lamentarás haber escapado a la esclavitud.

—No. No era lo que había imaginado. Sin embargo esa lucha ante la escotilla fue muy peculiar. Unos completos extraños querían matarme sin siquiera saber quién soy. Puedo entender que unos completos extraños traten de matar al emperador de Barrayar, pero esto... tendré que pensarlo.

Miles se permitió esbozar una leve sonrisa.

—Es como que te amen por tí mismo, pero diferente. Gregor le dirigió una mirada aguda.

—También me resultó extraño volver a ver a Elena. La obediente hija de Bothari... Está cambiada.

—Yo esperaba que lo hiciese —admitió Miles.

—Parece bastante unida a su esposo, el desertor.

—Sí —dijo Miles brevemente—

—¿También esperabas eso?

—No era mi decisión. Era lógico que ocurriese, conociendo la integridad de su carácter. Yo pude haberlo previsto. Si consideramos que sus convicciones sobre la lealtad acaban de salvarnos la vida, no... no puedo lamentar que ella sea así, ¿verdad?

Gregor alzó las cejas con una mirada significativa.

Miles contuvo su irritación.

—De todos modos, espero que esté bien. Oser ha demostrado ser peligroso. Ella y Baz sólo parecen protegidos por Tung, cuyo poder está cada vez más desgastado.

—Me sorprende que no hayas aceptado la oferta de Tung. —Gregor esbozó una leve sonrisa, tal como Miles había hecho antes—. Almirante instantáneo. Saltando todos esos aburridos escalones intermedios que existen en Barrayar.

—¿La oferta de Tung? —Miles emitió un bufido—, ¿No lo has escuchado? Pensé que papá te había hecho leer todos esos convenios. Tung no me ofreció ponerme al mando, sino pelear con muy pocas probabilidades de éxito. Buscaba un aliado, un testaferro, alguien que fuese carne de cañón, no un jefe.

—Ah. Mm... —Gregor se acomodó en su litera.— Entiendo.

De todos modos, me pregunto si habrías escogido esta prudente retirada si yo no hubiese estado contigo.

La mente de Miles se llenó de imágenes. Illyan había dicho: «De ser posible, emplear al alférez Vorkosigan para eliminar de la escena a los Mercenarios Dendarii». Si aquellas vagas palabras eran interpretadas con amplitud, podían llegar a incluir... No.

—No. Si no me hubiese topado contigo, iría hacia Escobar con mi sargento-niñera Overholt. Y supongo que tú todavía estarías instalando artefactos de luz. —Dependiendo, por supuesto, de lo que el misterioso Cavilo hubiera planeado para Miles cuando lo hubiese tenido en sus manos en Detenciones del Consorcio.

¿Y dónde estaría Overholt ahora? ¿Se habría presentado en el cuartel general o habría tratado de comunicarse con Ungari? También era posible que hubiese sido atrapado por Cavilo. ¿O los habría seguido a ellos? Lástima que Miles no había podido seguir a Overholt para encontrarse con Ungari. No, eso era un razonamiento circular. Todo era muy extraño, y lo mejor era alejarse.

—Lo mejor es alejarnos —le dijo Miles a Gregor. Gregor se frotó la marca gris pálida de su rostro, recuerdo de su encuentro con la cachiporra eléctrica.

—Sí, probablemente. Aunque empezaba a ser bueno con los artefactos de luz.

Casi ha terminado, pensó Miles mientras él y Gregor seguían al capitán del carguero hacia la Estación Vervain. Bueno, tal vez no del todo. Era evidente que el capitán vervanés estaba muy nervioso. Sin embargo, si el hombre ya había logrado pasar espías en tres ocasiones, debía de saber lo que hacía.

La pista de aterrizaje estaba iluminada como de costumbre, pero no se veía a nadie y las máquinas estaban en silencio. Miles supuso que les habrían despejado el camino, aunque él hubiera elegido el momento más caótico de carga y descarga para pasar algo inadvertido.

Los ojos del capitán miraban en todas direcciones. Miles no podía evitar seguir su mirada. Se detuvieron junto a una cabina de control vacía.

—Esperaremos aquí —dijo el capitán del carguero—. Vendrán unos hombres que los acompañarán el resto del camino. —Se apoyó contra una pared de la cabina y durante varios minutos se dedicó a patearla suavemente con el talón. Al fin se enderezó y giró la cabeza.

Pasos. Seis hombres emergieron por un corredor cercano. Miles se paralizó. Eran hombres uniformados, uno de los cuales era un oficial, pero no llevaban las vestiduras de seguridad vervanesa, ni militar ni civil. Unos monos de mangas cortas color pardo con tiras negras y lustrosas botas bajas negras. Tenían desenfundados sus aturdidores.

Si camina como un escuadrón de arresto, y habla como un escuadrón de arresto, y grazna como un escuadrón de arresto...

—Miles —murmuró Gregor viendo lo mismo que él—, ¿esto estaba en el programa? —Las armas apuntaban hacia ellos.

—Ha hecho esto en tres ocasiones —lo tranquilizó Miles sin convicción—, ¿Por qué no en una cuarta?

El capitán del carguero esbozó una sonrisa y se apartó de la pared, retirándose de la línea de fuego.

—Lo hice dos veces —les informó—. En la tercera me atraparon.

Las manos de Miles se retorcieron. Entonces se obligó a alzarlas lentamente y se contuvo para no maldecir. Gregor también levantó las manos con el rostro maravillosamente inexpresivo. Un punto más por su capacidad de control, virtud que sin duda le había sido inculcada en su vida tan restringida.

Tung había preparado todo esto. ¿Tung lo sabía? ¿Vendido por *Tung*? ¡No...!

—Tung dijo que usted era de confianza —le murmuró Miles al capitán del carguero.

—¿Y quién es él para mí? —replicó el hombre—. Yo tengo una familia, señor.

¡Dios, otra vez los mercenarios! Apuntándoles con sus aturdidores, dos hombres avanzaron para poner a Miles y a Gregor contra la pared. Luego procedieron a registrarlos

y les quitaron todas las armas oseras que tanto les había costado obtener, sus equipos y sus papeles de identificación. El oficial revisó todas sus pertenencias.

—Sí, éstos son los hombres de Oser. —Entonces habló por su intercomunicador de muñeca—. Los tenemos.

—Esperen —le respondió una voz lejana—. Bajaremos enseguida. Cavilo fuera.

Los Guardianes de Randall, sin duda; de ahí que sus uniformes no le resultasen familiares. Pero ¿por qué no había ningún vevanés a la vista?

—Discúlpeme —dijo Miles con mansedumbre al oficial—, pero es posible que exista un malentendido. ¿Ustedes creen que somos agentes aslundeños?

El oficial lo miró y echó a reír.

—Me pregunto si no será hora de revelar nuestra verdadera identidad —le murmuró Gregor a Miles.

—Un dilema interesante —le respondió Miles en voz baja—. Será mejor que averigüemos si les disparan a los espías.

El sonido de unas botas anunció una nueva llegada. El escuadrón se preparó cuando los pasos estuvieron cerca. De forma automática, Gregor también adoptó una postura militar. En posición de firme tenía un aspecto muy extraño con las ropas anchas de Arde Mayhew. Sin duda Miles era el que menos castrense parecía, con la boca abierta por la sorpresa.

Un metro sesenta de estatura, y un poco más proporcionado por unas botas negras con tacones algo más altos que los reglamentarios. Cabello rubio y corto como una aureola sobre una cabeza escultural. Un uniforme pardo y negro con galones dorados, ceñido a su cuerpo cimbreante como un complemento perfecto. *Livia Nu*.

El oficial hizo la venia.

—Comandante Cavilo.

—Muy bien, teniente... —Sus ojos azules se posaron sobre Miles y por unos instantes se abrieron de par en par con la sorpresa—. *Víctor*, querido —continuó con exagerada dulzura—, qué curioso encontrarle aquí. ¿Todavía vende trajes milagrosos a los mal informados?

Miles le enseñó las palmas.

—Este es todo mi equipaje, señora. Debió haber comprado cuando tuvo la posibilidad.

—Lo dudo. —Su sonrisa era tensa y especulativa. A Miles le inquietó el brillo que veía en sus ojos. Gregor guardaba silencio y se veía desesperadamente perplejo.

Así que tu nombre no era Livia Nu, y no eras ningún agente de compras. ¿Entonces por qué diablos la comandante de la fuerza mercenaria vevanesa se había encontrado con un poderoso representante del Consorcio Jacksoniano en la Estación Pol? Allí no hubo un simple tráfico de armas, querida.

Cavilo/Livia Nu se llevó a los labios el intercomunicador de su muñeca.

—Dispensario *Kurin*, aquí Cavilo. Les envió a un par de prisioneros para interrogar. Es posible que lo haga personalmente.

El capitán del carguero dio un paso adelante, mitad temeroso mitad beligerante.

—Mi esposa y mi hijo- Quiero una prueba de que se encontrarán a salvo.

Ella lo miró de arriba abajo.

—Todavía puede servirnos. Está bien. —Llamó a un soldado—. Lleve a este hombre al calabozo del *Kurin* y permita que eche un vistazo a los monitores. Luego tráigamelo de vuelta, Usted es un traidor afortunado, capitán. Tengo otro trabajo para usted. Con él es posible que se gane...

—¿Su libertad? —preguntó el capitán del carguero. Ella frunció un poco el ceño ante la interrupción-

—¿Por qué iba a aumentarle el salario? Otra semana de vida.

El siguió al soldado, con los puños cerrados y los dientes prudentemente apretados.

¿*Qué diablos?*, pensó Miles. El no sabía mucho sobre Vervain, pero estaba seguro de que ni siquiera su ley marcial permitía mantener como rehenes a familiares inocentes para asegurarse la buena conducta de los traidores.

Cuando el capitán se hubo marchado. Cavilo volvió a encender su intercomunicador.

—¿Seguridad del *Kurin*. Ah, bien. Les envió a mi doble agente favorito. Muéstrenle la grabación que realizamos la semana pasada en la celda Seis para que se quede tranquilo. No le permitan que descubra que no es en directo. Correcto. Cavilo fuera.

¿Entonces la familia del hombre va estaba libre? ¿O habían muerto? ¿Los tenían en alguna otra parte? ¿En qué se estaban metiendo allí?

Más botas se acercaron por el corredor; una patrulla reglamentaria. Cavilo esbozó una sonrisa acida, pero suavizó su expresión cuando se volvió para recibir al recién llegado.

—Stanis, querido. Mira lo que pescamos esta vez. Es ese pequeño renegado betanés que trataba de vender armas robadas en la Estación Pol- Parece que no era tan independiente, después de todo.

El uniforme pardo y negro de los Guardianes también le sentaba bien al general Metzov, pensó Miles enloquecido. Ahora sería un momento maravilloso para entornar los ojos y desmayarse, si tan sólo hubiese sabido cómo hacerlo.

El general Metzov permaneció igualmente clavado al suelo, mientras sus ojos gris acerado se iluminaban con un malvado regocijo.

—El no es ningún betanés, Cavie.

12

—Es un barrayarano. Y no un barrayarano cualquiera. Debemos sacarlo de la vista, rápido —continuó Metzov.

—¿Quién lo ha enviado, entonces? —Cavilo volvió a mirar a Miles con una expresión desconfiada.

—Dios —dijo Metzov con fervor—. Dios lo ha puesto en mis manos. —Así de alegre, Metzov resultaba un espectáculo insólito y alarmante. Hasta Cavilo alzó las cejas. Metzov miró a Gregor por primera vez—. Lo llevaremos a él y a su... guardaespaldas, supongo... —El general se detuvo.

Las imágenes de los billetes no se parecían mucho a Gregor, ya que eran algo antiguas, pero el Emperador había aparecido en bastantes emisiones de vídeo, con otras ropas, por supuesto. Miles casi podía leer los pensamientos de Metzov. *El rostro me resulta familiar, pero no logro recordar su nombre...* Tal vez no lo reconociese. Tal vez simplemente no pudiese creerlo.

Gregor, conteniendo dignamente su consternación, habló por primera vez.

—¿Es éste otro de tus viejos amigos, Miles?

Fue el tono medido y refinado el que estableció la conexión. El rostro de Metzov, enrojecido por la excitación, se tornó lívido. Sin proponérselo, el general miró a su alrededor... buscando a Illyan, supuso Miles.

—Eh... es el general Stanis Metzov —le explicó Miles.

—¿El Metzov de la isla Kyril?

—Sí.

—Oh. —Gregor mantuvo su actitud reservada, casi inexpresiva.

—¿Dónde está su escolta de seguridad, señor? —preguntó Metzov a Gregor, con la voz endurecida por el miedo.

La estas viendo, pensó Miles.

—No muy lejos, supongo —intentó Gregor con calma—. Déjenos seguir nuestro camino y no le molestarán.

—¿Quién es este sujeto? —Cavilo movió el pie con impaciencia.

—¿Qué... qué está haciendo aquí? —le preguntó Miles a Metzov sin poder evitarlo. Metzov se tornó sombrío.

—¿Cómo pretendes que viva un hombre de mi edad, despojado de su pensión imperial y de sus ahorros? ¿Pensaste que me sentaría a morir de hambre en silencio? No.

Qué inoportuno recordarle a Metzov sus rencores, comprendió Miles.

—Esto... parece un adelanto en relación con las isla Kyril —le sugirió esperanzado. Todavía se sentía confundido. ¿Metzov trabajando a las órdenes de una mujer? La dinámica interna de esta cadena de mando debía de ser fascinante. ¿Stanis querido?

Metzov no parecía divertirse.

—¿Quiénes son? —volvió a preguntar Cavilo.

—Poder. Dinero. Influencia estratégica. Más de lo que puedas imaginar —respondió Metzov.

—Problemas —agregó Miles—. Más de los que pueda imaginar.

—Tú eres una cuestión aparte, mutante —dijo Metzov.

—Le ruego que nos diferencie, general —dijo Gregor con su mejor tono imperial. Trataba de hacer pie en esta conversación flotante, aunque también ocultaba su confusión.

—Debemos llevarlos al *Kurin* de inmediato. Sacarlos de la vista —dijo Metzov a Cavilo, y se volvió hacia el escuadrón de arresto—. No deben escucharnos. Continuaremos con esto en privado.

Se marcharon de allí escoltados por la patrulla. La mirada de Metzov era como un cuchillo clavado en la espalda de Miles. Atravesaron varios compartimientos desiertos, hasta que llegaron a uno más grande. Allí había una gran actividad al servicio de una nave. La nave comando, a juzgar por el número y la formalidad de los guardias.

—Llévalos al dispensario para ser interrogados —le ordenó Cavilo al escuadrón mientras el oficial a cargo les abría una escotilla.

—Un momento —dijo Metzov con nerviosismo, mirando a su alrededor—. ¿Tienes un guardia que sea sordo y mudo?

—¡Por supuesto que no! —Cavilo miró a su subordinado con indignación—. A la cárcel, entonces.

—No —dijo Metzov con dureza. No se atrevía a arrojar al emperador a una celda, comprendió Miles. El general se volvió hacia Gregor con el rostro muy serio—. ¿Puedo contar con su palabra, Maj... señor?

—¿Qué? —gritó Cavilo—. ¿Has perdido un tornillo, Stanis?

—La palabra —observó Gregor gravemente— es una promesa entre dos enemigos honorables. Estoy dispuesto a aceptarlo como un hombre de honor. ¿Pero esto significa que usted se está declarando nuestro enemigo?

Una excelente respuesta, pensó Miles.

Los ojos de Metzov se posaron sobre Miles y sus labios se apretaron.

—Tal vez no el suyo. Pero usted tiene mal ojo para elegir a sus favoritos. Por no mencionar a sus consejeros.

Ahora resultaba muy difícil adivinar lo que Gregor estaba pensando.

—Algunas relaciones me son impuestas. Como también algunos consejeros.

—A mi cabina. —Cavilo abrió la boca para protestar, pero Metzov alzó una mano—. Por ahora. Para nuestra conversación inicial. Sin testigos ni micrófonos. Después de eso decidiremos, Cavie.

Cavilo lo miró fijamente y cerró la boca.

—Muy bien, Stanis. Te seguimos. —Con un gesto irónico, extendió una mano para señalar el camino.

Metzov apostó dos guardias frente a la puerta de su cabina y despidió al resto. Cuando la puerta estuvo cerrada, ató a Miles y lo sentó en el suelo.

Luego, con gran deferencia, acomodó a Gregor en el mullido sillón de su escritorio, lo mejor que tenía para ofrecer en ese cuarto espartano.

Cavilo se sentó sobre la cama y cruzó las piernas mientras los observaba.

—¿Por qué atar al pequeño y dejar suelto al grande?— objetó.

—Puedes desenfundar tu aturridor si te preocupa —le dijo Metzov, y respirando profundamente, posó las manos sobre las caderas y estudió a Gregor. Entonces sacudió la cabeza, como si todavía no pudiese creer lo que veían sus ojos.

—¿Por qué no desenfundas el tuyo?

—Aún no he decidido si quiero sacar un arma en su presencia.

—Ahora estamos solos, *Stanis* —dijo Cavilo con tono sarcástico—.

¿Tendrías la amabilidad de explicarme esta locura? Y más vale que sea una buena explicación.

—Oh, sí. El... —dijo señalando a Miles— es lord Miles Vorkosigan, hijo del primer ministro de Barrayar, el almirante Aral Vorkosigan. Supongo que habrás oído hablar de él.

Cavilo bajó las cejas.

—¿Y qué estaba haciendo en Pol Seis, disfrazado de traficante betanés?

—No estoy seguro- Lo último que supe de él era que estaba bajo arresto en Seguridad Imperial, aunque por supuesto nadie creía que fuese en serio.

—Detenido —le corrigió Miles.

—Y él —continuó Metzov volviéndose para señalar a Gregor— es el emperador de Barrayar. Gregor Vorbarra. Lo que hace *él* aquí es algo que no logro imaginar.

—¿Estás seguro? —Cavilo pareció desconcertada, pero al ver que Metzov asentía con la cabeza, su mirada se tornó especulativa. Entonces miró a Gregor por primera vez—.

Vaya. Qué interesante.

—¿Pero dónde está su escolta? Debemos movernos con mucha cautela, Cavie.

—¿Cuánto vale para ellos? ¿O para cualquier otro postor? Gregor le sonrió.

—Soy un Vor, señora. En cierto sentido, el más importante de ellos. Los riesgos del servicio son la marca de los Vor. Yo no daría por sentado que mi valor es infinito si fuera usted.

Habia algo de cierto en las palabras de Gregor, pensó Miles. Cuando no actuaba como emperador parecía perder toda identidad. Pero sin duda conocía muy bien su papel.

—Es una oportunidad, sí —dijo Metzov—, pero si creamos un enemigo que luego no podemos manejar...

—Si lo tenemos a *él* como rehén, no creo que nos resulte muy difícil manejarlos —observó Cavilo con expresión pensativa.

—Una alternativa más prudente —intervino Miles— sería ayudarnos a continuar nuestro camino a salvo, con lo cual se ganarían un lucrativo y honorable agradecimiento. Con esa estrategia no podrían perder.

—¿Honorable? —Los ojos de Metzov ardieron. El general guardó un sombrío silencio y entonces murmuró—: ¿Pero qué están haciendo aquí? ¿Y dónde está esa serpiente de Illyan? En todo caso, yo quiero al mutante. ¡Maldición! Esta carta debe jugarse con audacia o no jugarse. —Observó a Miles con expresión malévola—. Vorkosigan... ¿y qué? ¿Qué es ahora Barrayar para mí? Un Servicio que me apuñaló por la espalda después de treinta y cinco años... —Se enderezó con actitud decidida, pero todavía no se atrevía a sacar un arma en presencia del emperador, notó Miles—. Si, llévalos a la cárcel, Cavie.

—No tan rápido —dijo Cavilo, todavía pensativa—. Envía al pequeño a la cárcel si lo deseas. ¿El no es nadie, dices tú?

Por esta vez, el hijo único del más poderoso líder militar de Barrayar mantuvo la boca cerrada.

—Comparado con el otro —le aclaró Metzov, quien de pronto parecía temer que le arrebatasen su presa.

—Muy bien. —Cavilo enfundó su aturdidor y fue hasta la puerta para llamar a los guardias—. Llévalo a la cabina Nueve, cubierta G —dijo señalando a Gregor—. Desconectad el intercomunicador, cerrad la puerta y apostad a un guardia armado. Pero proporcionadle cualquier comodidad razonable que solicite. —Entonces se volvió hacia Gregor—. Es la mejor cabina que el *Kurinn* puede suministrar a sus visitantes, eh...

—Llámeme Greg —suspiró Gregor.

—Greg. Lindo nombre. La cabina Nueve está junto a la mía. Continuaremos esta conversación más tarde, cuando te hayas refrescado un poco. Tal vez durante la cena. Acompáñalo hasta allí, ¿quieres, Stanis? —Favoreció a los dos hombres con una sonrisa radiante y se marchó. Cuando había dado unos pasos se volvió para señalar a Miles.

—Llévalo al calabozo.

El segundo guardia movió su arma para indicarle que caminase y lo empujó con su cachiporra eléctrica, que afortunadamente no estaba activada.

A juzgar por lo que Miles pudo ver al pasar, el *Kurinn* era una nave comando mucho más grande que el *Triumph*, capaz de albergar a una mayor cantidad de tropas de combate, pero por ese mismo motivo resultaba mucho más difícil de maniobrar. Su prisión también era más grande, descubrió Miles poco después, y contaba con una seguridad formidablemente mayor. Una entrada única se abría a un puesto de guardia equipado con monitores, desde el cual se accedía a dos sectores con celdas.

El capitán del carguero estaba abandonando el puesto de guardia bajo la atenta mirada del soldado destacado para vigilarlo. El hombre intercambió una mirada hostil con Cavilo.

—Tal como ha podido ver, todavía gozan de buena salud —le dijo Cavilo—. Mi parte del trato, capitán. Ocúpese de continuar hasta completar la suya.

Veamos qué ocurre...

—Ha visto una grabación —le informó Miles—. Exija verlos personalmente.

Cavilo apretó sus dientes blancos con fuerza, pero esbozó una sonrisa ladina cuando el capitán del carguero se volvió hacia ella.

—¿Qué? Usted... —Se detuvo y permaneció como clavado al suelo—. Muy bien, ¿cuál de ustedes está mintiendo?

—Capitán, no puede pedir más garantía que ésta —dijo Cavilo señalando los monitores—. Si decide aventurarse, puede hacerlo.

—Entonces éste —dijo señalando a Miles— es el último resultado que obtendrá.

Un movimiento sutil de la mano de Cavilo hizo que los guardias desenfundaran rápidamente sus aturdidores.

—Sacadlo de aquí —les ordenó.

—¡No!

—Muy bien —dijo ella con exasperación—. Llévalo a la celda Seis —Mientras el capitán del carguero se volvía, desgarrado entre la resistencia y la ansiedad.

Cavilo hizo una seña al guardia para que se apañase del prisionero. El hombre obedeció, alzando las cejas con expresión interrogante. Cavilo miró a Miles y esbozó una sonrisa malévola, como diciendo «muy bien, sabelotodo, mírame». Con un movimiento rápido y frío. Cavilo desenfundó un disruptor nervioso, apuntó con cuidado y disparó sobre la nuca del capitán. El hombre sufrió una convulsión y se desmoronó: murió antes de tocar el suelo.

Ella se acercó y tocó el cuerpo con la punta de la bota. Entonces se volvió hacia Miles quien tenía la boca abierta.

—La próxima vez mantendrás la boca cerrada, ¿verdad, *pequeñín*?

Miles cerró la boca.

Tenías que experimentar... Al menos ahora sabía quién había matado a Liga. La expresión exaltada de Cavilo al matar al capitán le había resultado tan fascinante como aterradora. *¿A quién has visto realmente por la mira, querida?*

—Sí, señora —dijo con voz ahogada, tratando de ocultar los temblores que delataban su reacción. Miles maldijo su lengua.

Ella regresó al puesto de guardia y habló con la guardiana, una mujer que se encontraba petrificada en su lugar.

—Entrégame lo que se ha grabado durante la última media hora en la cabina del general Metzov y continúa grabando. ¡No, no la rebobines! —Se guardó el disco en el bolsillo.

—Poned a éste en la celda Catorce —dijo señalando a Miles—, O... si se encuentra vacía, que sea la Trece—, Descubrió sus dientes en una breve sonrisa.

Los guardias volvieron a registrar a Miles e inspeccionaron sus papeles. Cavilo les informó con suavidad que debía ser registrado bajo el nombre de Víctor Rotha.

Mientras era obligado a ponerse de pie, llegaron dos hombres con insignias para retirar el cuerpo en una camilla flotante.

Cavilo los observó sin mostrar ninguna emoción en el rostro y habló a Miles con voz fatigada.

—Tu has causado este daño a mi doble agente. Una jugarreta vandálica. El no estaba aquí para servir de lección a un tonto.

Yo no colecciono sujetos inservibles. Te sugiero que comiences a pensar en la forma de resultarme útil, ya que a mí no me interesa que seas el juguete preferido de Metzov. —Esbozó una leve sonrisa—. Aunque realmente te tiene inquina, ¿verdad? Tendré que explorar mejor sus motivos.

—¿Y para qué le sirve su «Stanis querido»? —la desafió Miles furioso, invadido por la culpa. ¿Metzov sería su amante? La idea era repulsiva.

—Es un experto comandante de combate terrestre.

—¿Y para qué le sirve un comandante terrestre a una flota espacial cuya misión es custodiar los conductos de agujeros de gusano?

—Bueno... —Ella sonrió con dulzura—. Entonces debe de ser que me divierte.

Se suponía que ésa era la respuesta a su pregunta.

—Sobre gustos no hay nada escrito —murmuró Miles tomando la precaución de que ella no lo escuchase. ¿Debía advertirle sobre Metzov? O, si lo pensaba mejor, ¿debía advertir a Metzov sobre ella?

La mente de Miles todavía daba vueltas a su nuevo dilema cuando la puerta de su celda solitaria se cerró dejándolo dentro.

Miles no necesitó demasiado tiempo para explorar las novedades de su nueva morada. Era un espacio de poco más de dos metros cuadrados cuyo único mobiliario eran dos bancos acojinados y un lavabo plegable. No había ninguna biblioteca de video, nada para escapar a la rueda de sus pensamientos, sumidos en el fango de las recriminaciones.

La ración de campaña que le pasaron más tarde por una abertura en la puerta demostró ser aún más repelente que la versión imperial barrayarana, parecida a un trozo de cuero que sólo un perro querría mascar. Humedecida con saliva se ablandaba un poco, lo suficiente para arrancar unos trozos gomosos si uno gozaba de buena salud dental. Más que una distracción temporal, prometía durar hasta la siguiente comida. Probablemente era muy nutritiva. Miles se preguntó qué le estaría sirviendo Cavilo a Gregor para la cena. ¿Sus vitaminas estarían tan bien calculadas?

Habían estado tan cerca de la meta... incluso ahora, el consulado barrayarano se hallaba a menos de un kilómetro de distancia; si tan sólo pudiese llegar hasta allí... Si se le presentaba la oportunidad... Por otro lado, ¿cuánto tardaría Cavilo en ignorar las costumbres diplomáticas y violar el consulado si veía alguna utilidad en ello? Tanto como había tardado en dispararle al capitán del carguero por la espalda, calculó Miles. Sin duda para ese entonces ya habría hecho vigilar el consulado y a todos los agentes

barrayaranos conocidos en la Estación Vervain. Miles desenterró los dientes de un trozo de su ración-cuero y suspiró.

Un zumbido en el cerrojo codificado le indicó que estaba a punto de recibir una visita. ¿Venían a interrogarlo? ¿Tan pronto? Había imaginado que Cavilo cenaría, bebería y evaluaría a Gregor primero, para después seguir con él. ¿O pensaría ponerlo en manos de sus subordinados? Miles tragó un bocado con dificultad y enderezó la espalda, tratando de parecer tranquilo.

La puerta se deslizó descubriendo al general Metzov, quien todavía tenía un aspecto muy militar y eficiente con su uniforme negro y pardo de los Guardianes.

—¿Seguro que no me necesita, señor? —preguntó un guardia mientras Metzov entraba en la celda.

Metzov miró con desprecio a Miles, quien se veía débil y con poco porte marcial con las ropas de Víctor Rotha. Tanto la camisa de seda verde como los pantalones anchos estaban sucios y arrugados, y los guardias le habían quitado las sandalias.

—Seguro. No creo que él me ataque.

Tienes mucha razón, pensó Miles con pesar.

Metzov dio unos golpecitos a su intercomunicador de muñeca.

—Lo llamaré cuando haya terminado.

—Muy bien, señor. —La puerta se cerró con un susurro. De pronto la celda pareció muy pequeña. Miles flexionó las piernas y permaneció sentado sobre su jergón. Metzov lo contempló con satisfacción durante un buen rato y entonces se acomodó en el banco frente a él.

—Bien, bien —dijo el general con una leve sonrisa—. Vaya un giro del destino.

—Pensé que cenaría con el emperador —dijo Miles.—

Al ser una mujer, la comandante Cavilo se confunde un poco cuando se encuentra bajo presión. Cuando vuelva a calmarse comprenderá que necesita mi experiencia en los asuntos barrayaranos —respondió Metzov con tono mesurado.

En otras palabras no fuiste invitado.

—¿Dejó al Emperador a solas con ella? —¡Cuídate, Gregor!

—Gregor no es ninguna amenaza. Temo que su educación lo ha convertido en un hombre débil.

Miles se ahogó.

Metzov se reclinó y tamborileó con los dedos suavemente sobre la rodilla.

—Díme, alférez Vorkosigan, si es que sigues siendo el alférez Vorkosigan. Considerando que no existe justicia en el mundo, supongo que has conservado tu grado y tu paga. ¿Que estas haciendo aquí? Y con él.

Miles tuvo la tentación de limitarse a recitar su nombre, su grado y su número de serie, pero Metzov ya los conocía. ¿El general era exactamente un enemigo? De Barrayar, por supuesto, no suyo en lo personal!. ¿En la mente de Metzov estarían las dos cosas separadas?

—El emperador quedó separado de su escolta. Esperábamos comunicarnos con ellos aquí, a través del consulado barrayarano. —Listo. No había dicho nada que no fuese absolutamente obvio.

—¿Y de dónde venís?

—De Aslund.

—No te molestes en hacerte el idiota, Vorkosigan. Yo conozco Aslund. ¿Quién te envió allí? Y tampoco te molestes en mentirme. Puedo interrogar al capitán del carguero.

—No, no puede. Cavilo lo mató.

—¡Oh! —Hubo un destello de sorpresa, rápidamente reprimido— Muy astuto de su parte. Era el único testigo que sabía dónde estabais.

¿Cavilo habría calculado eso al desenfundar el disruptor nervioso? Probablemente. Y, sin embargo, el capitán del carguero también era el único testigo que podía corroborar *de dónde* venían. Tal vez Cavilo no fuese tan formidable como parecía a primera vista.

—Te lo preguntaré otra vez —dijo Metzov con paciencia, por lo que Miles podía ver, contaba con todo el tiempo del mundo—, ¿cómo es que te encuentras aquí en compañía del emperador?

—¿Usted qué cree? —replicó Miles, ganando tiempo.

—Algún complot, por supuesto. —Metzov se encogió de hombros. Miles gimió.

—¡Oh, por supuesto! —Extendió las piernas con indignación—. ¿Y qué conspiración razonable podría hacernos venir hasta aquí solos, desde Aslund? Me refiero a que yo sé cómo fue, yo lo viví. ¿pero qué es lo que parece? —A los ojos de un paranoico profesional, quiero decir—. Me encantaría escucharlo.

—Bueno... —Metzov se sintió atraído a pesar de sí mismo—. De algún modo has alejado al emperador de su escolta. O bier planeas un elaborado asesinato o piensas poner en práctica alguna clase de control sobre él.

—Eso es lo que salta a la mente, ¿eh? —Miles se dejó caer contra la pared y emitió un gruñido.

—O tal vez estés en alguna misión diplomática secreta y deshonrosa. Alguna traición.

—De ser así, ¿dónde está la escolta de Gregor? —replicó Miles.

—Por lo tanto, queda demostrada mi primera hipótesis.

—En ese caso, ¿dónde está mi escolta? —gruñó Miles.

—Un complot de los Vorkosigan... No, tal vez el almirante no participe. El controla a Gregor en casa.

—Gracias, estaba a punto de señalarle eso.

—Un complot retorcido de una mente retorcida. ¿Sueñas con convertirte en emperador de Barrayar, mutante?

—Sera una pesadilla, se lo aseguro. Pregúntele a Gregor.

—En realidad no importa. El personal médico te exprimirá tus secretos en cuanto Cavilo dé la orden. En cierto sentido, es una pena que se hayan inventado sustancias que obligan a confesar. Me agradaría romper cada hueso de tu cuerpo hasta que hablaras. O gritaras. —Metzov esbozó una sonrisa—. Aquí no podrías ocultarte tras las faldas de tu padre, Vorkosigan. —Se tornó pensativo—. Tal vez lo haga, de todos modos. Un hueso por día, hasta acabar con el último.

Doscientos seis huesos en el cuerpo. Doscientos seis días. Ilyan debería ser capaz de encontrarlos en ese lapso. *Miles sonrió tristemente.*

Sin embargo, Metzov parecía demasiado cómodo para levantarse e iniciar su plan de inmediato. Esta conversación teórica no constituía un verdadero interrogatorio. Pero si no era para interrogarlo ni para vengarse torturándolo, ¿para qué se encontraba allí?

Su amante lo dejó fuera, se sintió solo y quiso a alguien conocido con quien hablar. Aunque fuera un enemigo conocido. A pesar de ser extraño, era comprensible. Pero exceptuando la invasión de Komarr, era probable que Metzov nunca hubiese pisado Barrayar. Había pasado casi toda su vida en el submundo limitado, ordenado y pronosticable de la milicia imperial. Ahora ese hombre tan rígido estaba a la deriva, y nunca había imaginado que debería enfrentarse libremente a tantas decisiones. «Dios, el maníaco siente nostalgia.»

—Comienzo a pensar que sin proponérmelo puedo haberle hecho un favor —Comenzó Miles. Si Metzov tenía deseos de hablar, ¿por qué no alentarlos?—. No cabe duda de que Cavilo es mucho más atractiva que su comandante anterior.

—Lo es.

—¿La paga es mayor?

—Cualquiera paga más que el Servicio Imperial —observó Metzov.

—Y tampoco es tedioso. En la isla de Kyril todos los días eran iguales. Aquí uno nunca sabe lo que va a ocurrir. ¿O ella le confía sus planes?

—Soy esencial para ellos —respondió Metzov con cierta presunción.

—¿Un guerrero de alcoba? Pensé que era de infantería- ¿Ha decidido cambiar de especialidad, a su edad? Metzov esbozó una sonrisa.

—Ahora se está tornando obvio, Vorkosigan.

Miles se encogió de hombros.

En ese caso, soy lo único obvio que hay aquí.

—Si mal no recuerdo, usted no tenía gran opinión de las mujeres soldados. Cavilo parece haberlo hecho cambiar de idea.

—Para nada. —Metzov se reclinó con orgullo—. En seis meses espero estar al mando de los Guardianes de Randall.

—¿Esta celda no está vigilada por monitores? —preguntó Miles alarmado, no porque le importasen los problemas que Metzov pudiera tener por abrir la boca, pero...

—En este momento no.

—¿Cavilo piensa retirarse?

—Existen muchas maneras de acelerar su retiro. El accidente fatal que ella preparó para Randall podría repetirse. O hasta podría encontrar un modo para acusarla de ello, ya que fue tan estúpida como para jactarse del crimen en la cama.

Ella no se jactaba. Te estaba poniendo sobre aviso, zopenco. Miles casi se puso bizco al imaginar una charla de almohada entre Metzov y Cavilo.

—Ustedes dos deben tener mucho en común. No me extraña que se lleven tan bien.

El rostro de Metzov se tornó serio.

—Yo no tengo nada en común con esa perra mercenaria. Yo era un oficial imperial. —Metzov estaba furioso—. Treinta y cinco años. Me desperdiciaron. Bueno, ya descubrirán su error. —Miró su cronómetro—. Todavía no comprendo por qué estáis aquí. ¿Estás seguro de que no hay algo más que quieras decirme ahora, en privado, antes de ser inyectado y soltarlo todo a Cavilo?

Miles decidió que Cavilo y Metzov habían decidido emplear el viejo recurso de jugar al bueno y el malo. El único problema era que sus señales se habían confundido y accidentalmente ambos interpretaban el papel del malo.

—Si realmente quiere ayudar, lleve a Gregor al consulado barrayarano. O sólo envíe un mensaje diciendo que se encuentra aquí.

—A su debido tiempo, es posible que lo hagamos. Si los términos nos resultan satisfactorios. —Metzov estudió a Miles detenidamente. ¿Se sentiría tan confundido con el alférez como éste con el general? Después de un largo silencio, Metzov llamó al guardia por su intercomunicador y se retiró.

—Nos veremos mañana, Vorkosigan —fue su única amenaza al partir.

Tampoco comprendo el motivo de tu presencia aquí, pensó, *Miles mientras se cerraba la puerta y zumbaba la cerradura. Era evidente que se estaba planeando alguna clase de ataque terrestre a escala planetaria. ¿Los Guardianes de Randall actuarían como cabeza de lanza para una fuerza invasora vervanesa? Cavilo se había reunido en secreto con un alto representante del Consorcio Jacksoniano. ¿Por qué? ¿Para garantizarse la neutralidad del Consorcio durante el inminente ataque? Esa posibilidad tenía mucho sentido, pero ¿por qué los vervaneses no lo habían negociado directamente? De ese modo podrían repudiar los acuerdos de Cavilo, si el globo se elevaba demasiado pronto.*

¿Y quién o qué era el blanco? No podía ser la Estación del Consorcio, por supuesto, ni su pariente lejano el Conjunto Jackson. Sólo quedaban Aslund y Pol. Aslund era un callejón sin salida... y estratégicamente no resultaba muy tentador. Mejor era atacar a Pol primero, aislar a Aslund del Centro (con la ayuda del Consorcio) y devastar el planeta sin ninguna prisa. Pero Pol tenía a Barrayar detrás, y a éste nada le agradaría más que lograr una alianza con su nervioso vecino, consiguiendo de ese modo un punto de apoyo en el

Centro Hegen. Un ataque directo haría que Pol se lanzase a los brazos de Barrayar. Eso dejaba a Aslund, pero...

Esto no tiene sentido. Casi era más inquietante que la idea de que Gregor estuviese cenando solo con Cavilo. O el miedo al inminente interrogatorio químico. *Hay algo que no estoy viendo. Esto no tiene sentido.*

Durante todo el ciclo nocturno, el Centro Hegen dio vueltas en su cabeza con todas sus complejidades estratégicas. El Centro y la imágenes de Gregor. ¿Cavilo le habría puesto alguna droga en la comida? ¿Alimento para perros, como el de Miles? ¿Bistec con champaña? ¿Gregor estaba siendo torturado? ¿Seducido? Por la mente de Miles pasaban ondulantes las imágenes de Cavilo-Livia Nu vestida de rojo. ¿Estaría Gregor pasando un momento maravilloso? Miles suponía que el Emperador no tenía mucha más experiencia que él con las mujeres, pero hacía varios años que no estaba en contacto con él, y era posible que ahora hasta tuviese un harén. No, eso era imposible. De ser así Iván lo sabría y se lo habría comentado. Sin escatimar detalle. ¿Cuan sensible sería Gregor a un método muy antiguo de control mental?

El ciclo diurno fue pasando mientras Miles aguardaba el momento en que vendrían a buscarlo para someterlo a su primera experiencia en interrogatorios con sustancias químicas. ¿Qué pensarían Cavilo y Metzov al escuchar la extravagante odisea que los había llevado hasta allí? A unos intervalos interminables le sirvieron tres raciones de cuero, y luego las luces volvieron a menguar, marcando otra noche en la nave. Tres comidas y ningún interrogatorio. No había ningún ruido ni ninguna vibración sutil indicando que la nave había despegado y, por lo tanto, seguían posados sobre la Estación Vervain. Miles trató de cansarse caminando: dos pasos, un giro, dos pasos, un giro, dos pasos... Pero lo único que logró fue incrementar su hedor personal y marearse.

Pasó otro día y otra «noche» de luces bajas. Introdujeron otro desayuno por la abertura. ¿Trataban de alargar o comprimir el tiempo de forma artificial, confundiendo su reloj biológico para volverlo más dócil en el interrogatorio? ¿Por qué molestarse?

Miles se comió las uñas de las manos. Se comió las uñas de los pies. Extrajo unas pequeñas hebras verdes de su camisa y trató de limpiarse los dientes. Luego intentó realizar diminutas figuras verdes con unos nudos pequeñísimos. Entonces concibió la idea de tejer mensajes. ¿Podría escribir «socorro, soy un prisionero» en macramé y pegarlo en la espalda de la chaqueta de alguien por electricidad estática? Llegó a tejer una delicada telaraña con las letras S.O.C., pero enganchó el hilo con una uña al rascarse el mentón y su petición quedó reducida a una maraña ilegible. Miles extrajo otra hebra y empezó desde el principio.

El cerrojo parpadeó y zumbó. Miles sufrió un sobresalto y Justo entonces comprendió que había caído en una fuga casi hipnótica mientras continuaba tejiendo. ¿Cuánto tiempo había pasado?

Su visitante era Cavilo, muy prolija y profesional con su uniforme de los Guardianes. Un guardia se apostó en el corredor, y la puerta se cerró con ella dentro. Otra charla en privado, según parecía. Miles trató de ordenar sus pensamientos, de recordar lo que estaba tramando.

Cavilo se sentó frente a Miles, en el mismo sitio que antes había escogido Metzov. Sin embargo, su postura era un poco más indolente, inclinada hacia delante con las manos unidas sobre las rodillas, muy atenta y segura de sí misma. Miles se sentó con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra la pared, sintiéndose notablemente en desventaja.

—Lord Vorkosigan, eh... —Ella ladeó la cabeza—. No tienes muy buen aspecto.

—El confinamiento no me sienta bien. —Después de tanto tiempo en silencio, su voz sonó áspera y Miles tuvo que detenerse para aclarar su garganta—. Tal vez una biblioteca de vídeo... —Su mente comenzó a funcionar—. O, mejor aún, un poco de ejercicio. —Lo cual lo sacaría de aquella celda y lo pondría en contacto con humanos sobornables—. Mis

problemas de salud me obligan a un estilo de vida disciplinado. Si no hago algo de ejercicio, caeré muy enfermo.

—Mm... Ya veremos. —Ella se pasó una mano por el cabello y volvió a empezar—. Muy bien, lord Vorkosigan, hablame de tu madre.

—¿Eh? —Un giro realmente inesperado en un interrogatorio militar—, ¿Por qué?

Ella sonrió como congraciándose.

—Las historias de Greg han despertado mi interés. ¿Las historias de Greg? ¿El Emperador habría sido sometido a interrogatorio?

—¿Qué... qué desea saber?

—Bueno... tengo entendido que la condesa Vorkosigan es originaria de otro planeta, una betanesa que entró a formar parte de la aristocracia de Barrayar a través de su matrimonio.

—Los Vor son una casta militar.

—¿Cómo fue recibida por la clase poderosa... o como sea que se hagan llamar? Pensé que los barrayaranos estaban llenos de prejuicios contra los habitantes de otros mundos.

—Lo estamos —admitió Miles—. Al finalizar la Era del Aislamiento, cuando Barrayar fue redescubierta, el primer contacto que tuvieron los barrayaranos, de todas las clases, fue con las fuerzas invasoras de Cetaganda. Ellos dejaron una mala impresión que perdura incluso hasta hoy, tres o cuatro generaciones después de que los echáramos del planeta.

—¿Y, sin embargo, nadie cuestionó la decisión de tu padre? Miles alzó el mentón desconcertado.

—Él ya había superado los cuarenta. *Y... y era un Vorkosigan igual que yo. ¿Por qué no funcionara para mí en este momento?*

—¿Los orígenes de tu madre no tenían importancia?

—Ella era betanesa. Aún lo es. Primero trabajó en el Observatorio Astronómico, pero luego fue oficial de combate. La Colonia Beta acababa de colaborar en nuestra derrota cuando realizamos ese estúpido intento de invadir Escobar.

—Así que, a pesar de ser una enemiga, ¿sus antecedentes militares la ayudaron a ganarse el respeto y la aceptación de los Vor?

—Eso creo. Además, el año en que nací yo también se ganó una buena reputación militar luchando en el alzamiento de Vordarían. Conducía a las tropas leales cuando mi padre no podía estar en dos sitios al mismo tiempo.—Y había sido la responsable de ocultar y salvar al Emperador, quien entonces tenía cinco años de edad. Con mejores resultados, al menos hasta el momento, que los que su hijo estaba logrando con un Gregor de veinticinco años. «Un desastre total» era la frase que le venía a la mente—. Desde entonces nadie se ha metido con ella.

—Hm... —Cavilo se reclinó y murmuró, casi para sí misma—: Sí ya se ha hecho, puede hacerse otra vez.

¿Que, qué es lo que puede hacerse? Miles se pasó una mano por el rostro, tratando de espabilarse y concentrarse.

—¿Cómo está Gregor?

—Bastante divertido.

Gregor el Melancólico, ¿divertido? Pero considerando el resto de su personalidad, Cavilo debía de tener un sentido del humor bastante malo.

—Me refería a su salud.

—Bastante mejor que la tuya, a juzgar por tu aspecto.

—Confío en que lo habrán alimentado mejor.

—¿Es que la verdadera vida militar te ha resultado demasiado fuerte, lord Vorkosigan? Te han servido lo mismo que comen mis tropas.

—No puede ser. —Miles alzó su desayuno a medio comer—, Ya se habrían amotinado.

—Oh, querido, —Ella observó la repugnante comida con el ceño fruncido—. Eso. Pensé que ya los habrían tirado. ¿Cómo terminaron aquí? Alguien debe de estar economizando. ¿Quieres que te ordene un menú corriente?

—Sí, gracias —dijo Miles de inmediato, y se detuvo. Era evidente que ella había desviado el tema para no hablar de Gregor. El no debía apartar la mente del Emperador. ¿Cuánta información útil le habría suministrado Gregor hasta el momento?—. Como comprenderá —dijo Miles con cautela—, está creando un gran incidente interplanetario entre Vervain y Barrayar.

—En absoluto —dijo Cavilo con tono razonable—. Soy amiga de Greg. Lo he salvado de caer en manos de la policía secreta vervanesa. Ahora se encuentra bajo protección, hasta que se presente la oportunidad de restituirlo al lugar que le corresponde.

Miles parpadeó.

—¿Los vervaneses tienen una policía secreta?

—Algo así. —Cavilo se encogió de hombros—. Por supuesto que Barrayar sí la tiene. Stanis parece bastante preocupado por ellos. Los de Seguridad Imperial deben de encontrarse en un verdadero aprieto por haber fallado de ese modo. Me temo que su reputación sea exagerada.

No del todo. Yo pertenezco a Seguridad Imperial y sé dónde se encuentra Gregor. Por lo tanto, técnicamente. Seguridad Imperial tiene controlada la situación. *Miles no supo si reír o llorar.*

—Si todos somos tan buenos amigos —dijo—, ¿por qué estoy encerrado en esta celda?

—Por tu protección también, por supuesto. Después de todo, el general Metzov ha amenazado con... ¿cómo era?... con romper cada hueso de tu cuerpo. —Cavilo suspiró—. Me temo que el querido Stanis está a punto de perder su utilidad.

Miles se puso pálido al recordar las otras cosas que Metzov había dicho durante aquella conversación.

—¿Por... deslealtad?

—No. La deslealtad puede ser muy útil en ciertas ocasiones, siempre y cuando se la maneje de forma apropiada. Pero la situación estratégica general puede estar a punto de cambiar de manera drástica. Inimaginable. Y pensar en todo el tiempo que he perdido cultivándolo... Espero que todos los barrayanos no sean tan tediosos como Stanis. —Esbozó una sonrisa—. Realmente lo espero.

Cavilo se inclinó hacia delante y lo miró con más atención.

—¿Es cierto que Gregor escapó de casa para evitar la presión de sus consejeros, quienes lo instigaban a casarse con una mujer que detestaba?

—No me mencionó nada de eso —dijo Miles con sorpresa. Un momento... ¿Cuál sería el propósito de Gregor? Tendría que cuidarse para no desmentirlo—. Aunque existe la... preocupación. Si él muriese sin dejar heredero, muchos temen que se iniciaría una guerra de facciones.

—¿Él no tiene heredero?

—Los bandos no se ponen de acuerdo. Sólo lo están con Gregor.

—Por lo tanto, a sus consejeros les agradecería que se casase.

—Les encantaría, supongo. Eh... —De pronto la mente de Miles se iluminó—. Comandante Cavilo, usted no estará imaginando que podría llegar a convertirse en la emperatriz de Barrayar, ¿verdad?

Su sonrisa se tornó más amplia.

—Por supuesto que no podría. Pero con la ayuda de Gregor, sí. —Cavilo se enderezó, fastidiada por la expresión perpleja de Miles—. ¿Por qué no? Soy del sexo apropiado, y aparentemente poseo los antecedentes militares apropiados.

—¿Qué edad tiene?

—Lord Vorkosigan, ésa es una pregunta muy grosera. —Sus ojos azules brillaron—. Si estuviéramos del mismo lado, podríamos trabajar juntos.

—Comandante Cavilo, no creo que usted comprenda a Barrayar. Ni a los barrayaranos, —En algunas épocas de su historia un estilo como el suyo hubiese sido perfectamente acorde. Durante el reinado del terror ejercido por Yuri el Loco, por ejemplo. Pero habían pasado los últimos veinte años tratando de *alejarse* de todo aquello.

—Yo necesito tu cooperación —dijo Cavilo—. O, en todo caso, resultaría muy útil para ambos. Tu neutralidad sería... tolerable. Sin embargo, tu oposición activa sería un problema. Para tí. Pero no debemos dejarnos atrapar por las actitudes negativas en esta etapa, ¿verdad?

- ¿Qué ocurrió con la esposa y el hijo del capitán del carguero? ¿Se han convertido en una viuda y un huérfano? —preguntó Miles.

Cavilo vaciló unos instantes.

—El hombre era un traidor. De la peor calaña. Traicionaba a su planeta por dinero. Fue atrapado en un acto de espionaje. No existe ninguna diferencia moral entre ordenar una ejecución y llevarla a cabo.

—Estoy de acuerdo. Al igual que unos cuantos códigos legales. ¿Y qué diferencia hay entre ejecución y asesinato? Vervain no está en guerra. Es posible que sus actos hayan sido ilícitos y que justificasen un arresto, un juicio, la cárcel o la terapia por patología social. ¿Por qué no tuvo nada de eso?

—¿Un barrayarano pidiendo que se observe la ley? Qué extraño.

—¿Y qué le ocurrió a su familia?

Ella había tenido unos momentos para pensarlo, maldita sea.

—El vervanés exigía su liberación. Naturalmente yo no podía permitirle saber que no estaban en mis manos, ya que eso me hubiera impedido controlarlo a distancia.

¿Mentira o verdad? No había forma de saberlo.

Pero parece retractarse de su error. Estableció su dominio por el terror hasta que estuvo segura de dónde pisaba. Eso se debió a que se sentía insegura. Conozco la expresión que vi en su rostro. Los homicidas paranoicos me resultan tan familiares como el desayuno, ya que tuve a uno como guardaespaldas durante diecisiete años. *Por unos instantes. Cavilo pareció doméstica y rutinaria, aunque no por ello menos peligrosa. Pero él debía esforzarse para parecer convencido y nada amenazante, aunque sintiese ganas de vomitar.*

—Es cierto —le concedió—. Es una cobardía dar una orden que uno mismo no está dispuesto a ejecutar. Y usted no es ninguna cobarde, comandante, eso se lo puedo garantizar. —Bien, ése era el tono adecuado, persuasivo pero no tanto como para resultar sospechoso.

Ella alzó las cejas con ironía como diciendo *¿Quién eres tú para opinar?*, pero su tensión cedió un poco. Cavilo miró su cronómetro y se puso de pie.

—Ahora te dejaré solo para que pienses en las ventajas de cooperar. Espero que teóricamente estarás familiarizado con las matemáticas del Dilema del Prisionero. Será una prueba de ingenio muy interesante ver si puedes conectar la teoría con la práctica.

Miles logró dirigirle una extraña sonrisa. Su belleza, su energía hasta el brillo de su ego ejercían una verdadera fascinación. Gregor habría sido... influenciado por Cavilo? Después de todo, él no la había visto levantar el disruptor nervioso y... ¿Qué arma debía utilizar un buen soldado de Seguridad Imperial al presenciar este ataque personal sobre Gregor? ¿Debía tratar de seducirla? Sacrificarse por el Emperador lanzándose sobre Cavilo le resultaba tan atractivo como sofocar una granada sónica con el vientre.

Además, dudaba de que pudiese lograrlo. La puerta se cerró, eclipsando su sonrisa de alfanje. Demasiado tarde, Miles alzó una mano para recordarle su promesa de cambiarle las raciones.

Pero ella lo recordó de todos modos. Empujando un carrito, un ordenanza inexpresivo le sirvió un almuerzo compuesto por cinco refinados platos, dos vinos y un café exprés como antídoto. Miles supuso que esto tampoco era lo que comían las tropas de Cavilo. Pudo imaginar a un pelotón de gastrónomos obesos, repletos y sonrientes, marchando alegremente hacia la batalla. El alimento para perros debía ser mucho más efectivo para despertar la agresividad.

Una observación casual al camarero logró que, con la siguiente comida, llegase un paquete con ropa interior limpia, un uniforme de los Guardianes cortado a su medida y un par de suaves zapatillas. Miles pudo lavarse por partes en el lavabo plegable y también se afeitó antes de vestirse. Se sentía casi humano. ¡Ah, las ventajas de la cooperación...! Cavilo no era precisamente sutil.

Por Dios, ¿de dónde venía esa mujer? Como mercenaria veterana, debía de haber recorrido bastante para llegar tan lejos, incluso tomando atajos. Tung debía de saberlo. Ella debía de haber sufrido una fuerte derrota alguna vez. Miles hubiese querido tener a Tung en ese momento. Diablos, hubiese querido tener a ¡llyan!

Miles estaba cada vez más convencido de que su extravagancia era parte de una actuación que, al igual que el maquillaje escénico, pretendía deslumbrar a sus tropas a distancia. En ocasiones esto podía funcionar bastante bien, como en el caso del popular general barrayarano de la generación de su abuelo, quien llevaba un rifle de plasma como si de un bastón ligero se tratase. Aunque, por lo general, estaba descargado, había oído decir Miles, el hombre no era estúpido. O un alférez Vor que sacaba a relucir un puñal antiguo cada vez que tenía ocasión. Era su marca de fábrica, su insignia. Un poco de psicología de masas. La imagen que presentaba Cavilo formaba parte de su estrategia, sin duda ¿Por dentro se sentiría asustada?

Eso es lo que tu quisieras, *se dijo*.

Pero no debía perder su concentración tratando de desentrañar la personalidad de Cavilo. ¿Ella se habría olvidado de Víctor Rotha? ¿Gregor habría urdido alguna historia para explicar su encuentro en la Estación Pol? Al parecer le había dicho algunas mentiras a Cavilo... ¿o sería cierto? Tal vez existía una novia con la cual querían casarlo, y Gregor no había confiado en él lo suficiente como para decírselo. Miles comenzó a lamentar haberse mostrado tan cruel con él.

Sus pensamientos seguían corriendo como una rata de laboratorio en una rueda sin fin cuando la cerradura codificada volvió a zumbar. Sí, fingiría que cooperaba, prometería cualquier cosa, pero era imprescindible que se encontrase con Gregor.

Cavilo apareció, seguida por un soldado. El hombre le resultó vagamente familiar. ¿Uno de los mercenarios que lo había arrestado? No...

El hombre inclinó la cabeza para trasponer la puerta, lo miró unos momentos con expresión sorprendida y se volvió hacia Cavilo.

—Sí, es él. No cabe duda. El almirante Naismith, de la guerra de Tau Verde. Lo reconocería en cualquier parte. —Se volvió hacia Miles para preguntarle—: ¿Qué está haciendo aquí, señor?

Mentalmente, Miles trocó el uniforme pardo y negro por uno gris y blanco. Claro. Habían habido varios miles de mercenarios implicados en la guerra de Tau Verde. Todos ellos debían haber ido a alguna parte.

—Gracias, sargento, eso es todo. —Cavilo lo cogió por el brazo y lo sacó de allí con firmeza.

El hombre se marchó por el corredor mientras iba diciendo:

—Debería contratarlo, señora, es un genio militar... Después de unos momentos Cavilo volvió a aparecer y permaneció ante la puerta con las manos sobre las caderas. Su rostro se mostraba exasperado e incrédulo.

—¿Cuántas personas eres, en definitiva?

Miles abrió las manos y esbozó una leve sonrisa. Justo cuando pensaba convencerla para que lo sacase de ese agujero, él giró sobre sus talones y la puerta se cerró.

¿Y ahora qué? Miles hubiese golpeado la pared con el puño por la frustración, pero seguro que la pared le hubiera devuelto el porrazo con más fuerza aún.

13

Sin embargo, sus tres identidades tuvieron la ocasión de ejercitarse un poco esa tarde. Un pequeño gimnasio de a bordo fue desocupado para su servicio exclusivo- Durante la hora en que estuvo allí. Miles probó los diversos aparatos mientras verificaba distancias y trayectorias a las salidas custodiadas. Había un par de formas mediante las cuales Iván hubiese podido sortear a un guardia y escapar, pero a él, con su fragilidad y sus piernas cortas, le resultaría imposible. Por un momento se encontró lamentando no tener a Iván consigo.

Cuando regresaba a la celda 13 con su escolta, vio a otro prisionero que estaba siendo admitido en el puesto de guardia. El sujeto tenía una mirada frenética y su cabello rubio estaba oscurecido por el sudor. Al reconocerlo, Miles quedó más sorprendido aún por los cambios que había sufrido. *El teniente de Oser*. El rostro imperturbable de asesino estaba transformado.

Sólo llevaba puesto un pantalón gris, y su torso estaba desnudo. Su piel lucía las marcas lívidas de una cachiporra eléctrica. Unos pequeños puntos en su brazo indicaban que había sido inyectado recientemente. Murmuraba palabras sin cesar con los labios húmedos, se estremecía y reía compulsivamente- Al parecer regresaba de un interrogatorio.

Miles se sorprendió tanto que cogió la mano izquierda del hombre para mirarla. Sí, allí estaba la marca de sus propios dientes sobre los nudillos, recuerdo de la batalla ocurrida una semana antes ante la escotilla del Tnumph, en el otro extremo del sistema. El silencioso teniente ya no guardaba silencio.

Los guardias de Miles le indicaron que continuase caminando, y él estuvo a punto de tropezar mirando hacia atrás hasta que se cerró la puerta de la celda 13.

¿Qué estas haciendo aquí? Esa debía ser la pregunta más formulada y menos respondida del Centro Hegen, decidió Miles. Aunque seguramente el teniente oserano la había respondido.

Cavilo debía de comandar uno de los mejores servicios de Inteligencia de todo el Centro. ¿Cuánto habría tardado el mercenario oserano en seguirles el rastro hasta allí? ¿Cuándo habría sido detenido por la gente de Cavilo? Las marcas de su cuerpo no tenían más de un día...

Y la pregunta más importante de todas: ¿el mercenario oserano habría llegado a la Estación Vervain en un recorrido sistemático o habría seguido pistas específicas? ¿Estaba Tung comprometido? ¿Había sido arrestada Elena? Miles se estremeció y comenzó a caminar de un lado a otro con desesperación e impotencia.

¿Acabo de matar a mis amigos?

Por lo tanto, ahora, lo que Oser sabía, también lo sabía Cavilo, Toda la absurda mezcla de verdades, mentiras, rumores y errores. El hecho de que lo hubiesen Identificado como «almirante Naismith» no era obra de Gregor, tal como Miles había supuesto en un principio. (Evidentemente, el veterano de Tau Verde no había hecho más que confirmar la versión.) Si Gregor le estaba escatimando información a Cavilo, ahora ella debía de saberlo- Siempre y cuando para ese entonces él no estuviese enamorado de ella. Miles sintió que su cabeza estaba a punto de explotar.

Los guardias vinieron en mitad del ciclo nocturno y lo obligaron a vestirse. ¿Había llegado al fin el momento del interrogatorio? Pensó en el oserano babeante y se estremeció. Miles insistió en lavarse y se vistió lo más despacio que pudo, alisando cada costura del uniforme. Al fin, los guardias comenzaron a impacientarse y sus dedos oscuros se deslizaron por las cachiporras de forma sugestiva. Muy pronto él también se convertiría en un idiota babeante. Aunque, por otro lado, ¿qué podía decir para ese entonces que empeorase las cosas? Cavilo ya debía de saberlo todo. Miles apañó las manos de los guardias y abandonó su celda con toda la desdichada dignidad que pudo reunir.

Lo condujeron por la nave en penumbras y emergieron de un tubo elevador a un sitio denominado «Cubierta G». Miles miró a su alrededor. Se suponía que Gregor debía de estar por allí en alguna parte... Llegaron a una cabina cuya puerta estaba marcada como «10 A», y los guardias hicieron sonar la cerradura codificada pidiendo permiso para entrar. La puerta se deslizó hacia un lado.

Cavilo se hallaba sentada frente a una consola iluminada. En la penumbra de la habitación, su cabello casi blanco brillaba y resplandecía. Habían llegado a la oficina personal de la comandante, aparentemente al lado de sus habitaciones. Miles forzó la vista y los oídos buscando al Emperador.

Cavilo estaba completamente vestida con su pulcro uniforme. Al menos él no era el único que dormía poco en esos días, pensó Miles; en una fantasía optimista decidió que ella se veía un poco cansada. Cavilo colocó un aturridor sobre el escritorio, muy cerca de su mano izquierda, y despidió a los guardias. Miles estiró el cuello buscando la jeringa. Ella se estiró y se reclinó en la silla. Su perfume, algo más fresco, más penetrante y menos selvático que el que llevaba como Livia Nu, se elevó de su piel blanca y cosquilleó en la nariz de Miles. El tragó saliva.

—Siéntate, lord Vorkosigan.

Miles se acomodó en la silla indicada y aguardó. Ella lo observó con ojos calculadores. Miles comenzó a sentir una picazón insoportable en las fosas nasales, pero mantuvo las manos quietas. La primera pregunta de esta entrevista no lo encontraría con los dedos metidos en la nariz.

—Tu emperador enfrenta un terrible peligro, mi pequeño Vor. Para salvarlo, tendrás que regresar con los Mercenarios Oseranos y tomar el mando. Sólo entonces te haremos conocer nuevas instrucciones.

Miles se sobresaltó.

—¿Cuál es el peligro? —preguntó con voz ahogada—. ¿Usted?

—¡En absoluto! Greg es mi mejor amigo. O el amor de mi vida, al menos. Haría cualquier cosa por él. Hasta renunciaría a mi carrera. —Esbozó una sonrisa afectada—. Si se te ocurre hacer algún otro movimiento y no sigues tus instrucciones al pie de la letra, bueno... Greg podría enfrentarse con problemas inimaginables. Podría caer en manos de los peores enemigos.

¿Peores que tú? No me parece posible...

—¿Por qué me quiere al mando de los Mercenarios Dendarii?

—No puedo decírtelo. —Sus ojos brillaron de ironía—. Es una sorpresa.

—¿Qué apoyo me brindará en la empresa?

—Transporte hasta la Estación Aslund.

—¿Y qué más? ¿Tropas, armas, naves, dinero?

—Se me ha dicho que eres capaz de hacerlo valiéndote únicamente de tu ingenio. Es algo que quisiera ver.

—Oser me matará. Ya lo ha intentado.

—Es un riesgo que yo debo correr.

Me gusta ese «yo», señora.

—Lo que quiere es que me maten —dedujo Miles—. ¿Y sí tengo éxito en la misión? — Sus ojos comenzaban a lagrimear. La picazón en su nariz era insoportable, y pronto tendría que rascarse.

—La clave de la estrategia, pequeño Vor —le explicó ella con suavidad—, no está en escoger *un* camino a la victoria, sino en realizar la elección de tal modo que *todos* los caminos conduzcan a ella. De forma ideal. Tu muerte tendría una utilidad, y tu victoria, otra. Quisiera destacar que cualquier intento prematuro de comunicarte con Barrayar resultaría muy contraproducente. Mucho.

Un bonito aforismo sobre la estrategia; tendría que recordarlo.

—Entonces permita que reciba mis órdenes de mi propio comandante supremo. Déjeme hablar con Gregor.

—Ah. *Esa* será tu recompensa si alcanzas tu objetivo.

—El último sujeto que creyó en eso recibió un disparo en la nuca por su credulidad. ¿Por qué no nos ahorramos algunos pasos y me dispara ahora mismo? —Miles parpadeó y se sorbió la nariz.

—No deseo matarte —le dijo ella con una caída de ojos, pero entonces se enderezó con el ceno fruncido—. Vaya, realmente no esperaba que te echaras a llorar.

Miles inhaló y sus manos no pudieron evitar un gesto suplicante. Sorprendida, ella extrajo un pañuelo del bolsillo y se lo arrojó. El pañuelo estaba impregnado de su perfume. Sin poder evitarlo, Miles se lo llevó al rostro.

—Deja de llorar, cobar... —Cavilo fue interrumpida por el primer estornudo de Miles. Luego vinieron otros en rápida sucesión.

—No estoy llorando, maldita. ¡Soy alérgico a su condenado perfume! —logró decir Miles entre paroxismos.

Ella se llevó una mano a la frente y comenzó a reír de verdad. Al fin tenía delante a la Cavilo real y espontánea; él había tenido razón: su sentido del humor era malévolo.

—¡Oh, querido! —exclamó ella—. Acabas de darme una idea maravillosa para fabricar granadas de gas. Es una pena que nunca... oh, bueno.

Sus senos nasales latían como timbales. Ella sacudió la cabeza y pulsó algo en su consola.

—Será mejor que te vayas antes de que explotes —le dijo. Mientras resollaba inclinado sobre su silla, los ojos nublados de Miles se posaron sobre sus zapatillas de fieltro.

—¿Al menos puedo tener un par de botas para este viaje? Ella frunció los labios con expresión pensativa.

—No —decidió—. Será más interesante ver cómo te las arreglas tal como estás.

—Con este uniforme, sobre Aslund, seré como un gato vestido de perro —protestó él—. Me dispararán por error.

—Por error... a propósito... Vaya, vivirás una experiencia muy emocionante. —Cavilo hizo que se abriera la puerta.

Miles continuaba estornudando cuando los guardias vinieron para llevárselo. Cavilo todavía reía.

Los efectos del perfume tardaron media hora en disiparse, y para entonces Miles ya estaba encerrado en la diminuta cabina de una nave que se desplazaba por el interior del sistema. Habían abordado desde un enlace del *Kurin*; él ni siquiera había vuelto a poner un pie en la Estación Vervain. No había tenido la menor ocasión de intentarlo.

Miles inspeccionó la cabina. La cama y el lavabo eran un vivido recuerdo de su celda anterior. La ilusión de embarcarse, ¡Ja! Los vastos panoramas del amplio universo, ¡ja! La gloria del Servicio Imperial, ¡ja! Había perdido a Gregor...

Tal vez sea pequeño, pero cuando cometo torpezas lo hago a lo grande, porque estoy subido sobre hombros de GIGANTES. Miles golpeó la puerta y gritó por el intercomunicador, pero nadie vino.

Es una sorpresa.

Podía sorprenderlos a todos ahorcándose, idea que por unos momentos le resultó bastante atractiva- Pero arriba no había nada en lo que pudiera enganchar su cinturón.

Muy bien. Esta nave era mas rápida que el pesado carguero que había tardado tres días en atravesar el sistema. Sin embargo no era instantánea. Tendría al menos un día y medio para pensar, él y el almirante Naismith.

Es una sorpresa.

Por Dios.

Para cuando Miles estimó que estarían llegando al perímetro de defensa de la Estación Aslund, un oficial y un guardia vinieron a buscarlo.

Pero todavía no hemos aterrizado, pensó. Esto me parece prematuro. Su agotamiento nervioso todavía respondió a una descarga de adrenalina. Miles inhaló profundamente, tratando de despejar su cabeza. Si tenía que pasar por mucho más, pensó, no habría adrenalina que le alcanzase.

El oficial lo condujo por los pasillos de la pequeña nave hasta la cabina de mando.

El capitán de los Guardianes se encontraba allí, inclinado sobre la consola de comunicaciones, asistido por su segundo oficial. El piloto y el ingeniero de vuelo estaban muy atareados en sus puestos.

—Si suben a bordo lo arrestarán, y será automáticamente despachado tal como se nos ordenó —estaba diciendo el segundo oficial.

—Si lo arrestan a él, podrían arrestarnos a nosotros también. Ella dijo que lo dejemos allí, y no le importa si vive o muere. No nos ordenó internarnos —dijo el capitán.

Una voz en el intercomunicador.

—Esta es la nave piquete *Ariel*, de la Flota Auxiliar de Aslund llamando al C6-WG de la Estación Central Vervain. Cesen la aceleración y despejen su escotilla lateral para permitir el abordaje de inspección. La estación Aslund se reserva el derecho a negarles el permiso de aterrizaje si no cooperan. —La voz adoptó un tono jovial—. Yo me reservo el derecho de abrir fuego si no cumplen las órdenes en un minuto. Basta de rodeos, muchachos. —Al tornarse irónica, de pronto la voz le resultó muy familiar. *¿Bel?*

—Cesad la aceleración —ordenó el capitán, e hizo una seña al segundo para que cortase la comunicación.

—Oiga, Rotha —le dijo a Miles—. Venga aquí.

Así que soy Rotha otra vez. Miles esbozó una sonrisa tonta y se acercó, tratando de disimular el gran interés que le despertaba el visor. *¿El Ariel? Sí, allí estaba en la pantalla. ¿Bel Thorne seguiría al mando de la nave?*

¿Cómo puedo hacer para abordarla?

—¡No me lancen allá afuera! —protestó Miles—. Los oseranos quieren mi pellejo. ¡Juro que no sabía que los arcos de plasma eran defectuosos!

—¿Qué arcos de plasma? —preguntó el capitán.

—Soy un traficante de armas. Les vendí unos arcos de plasma muy baratos. Al parecer tendían a bloquearse cuando estaban sobrecargados y volaban la mano del que los usaba. Yo no lo sabía. Los compré al por mayor.

El capitán de los Guardianes lo miró con expresión comprensiva y de forma inconsciente se frotó la mano en el pantalón, allí donde llevaba enfundado su arco de plasma. Entonces estudió a Miles con el ceño fruncido.

—Lo sacaremos vivo —dijo después de un momento—. Teniente, usted y el cabo lleven al pequeño mutante hasta la escotilla de personal, colóquenlo en una vaina espacial y expúsenlo. Nos vamos a casa.

—No... —protestó Miles sin fuerzas mientras lo sujetaban por ambos brazos. *¡Sí!* Arrastró los pies, pero se cuidó de no ofrecer resistencia para que sus huesos no corriesen peligro—. *¡No pensarán lanzarme...! —El Ariel, por Dios...*

—Oh, el mercenario aslundeño lo recogerá —le dijo el capitán—. Posiblemente. Si no decide que usted es una bomba y traía de dispararle desde la nave. —Con una pequeña sonrisa, se volvió hacia el intercomunicador y recitó con tono rutinario—:

Ariel. Aquí el C6-WG. Decidimos cambiar nuestro plan de vuelo y regresar a la Estación Vervain. Por lo tanto, no necesitamos ninguna inspección para que se nos autorice el aterrizaje. No obstante, les dejaremos un pequeño obsequio de despedida. Bien pequeño. Lo que decidan hacer con él es problema vuestro...

La puerta de la cabina de mando se cerró a sus espaldas. Después de unos cuantos metros de corredor y un brusco recodo llegaron a la escotilla de personal. El cabo sujetaba a Miles, quien se resistía; el teniente abrió una gaveta y extrajo una vaina espacial.

La vaina era un salvavidas barato e inflable, diseñado para que los pasajeros pudiesen colocárselos en pocos segundos, apto para problemas de presurización o para abandonar la nave. También se las apodaba «globos idiotas». No requerían ningún conocimiento especial para ser operadas porque no poseían ningún control, sólo unas cuantas horas de aire recirculante y un localizador. Pasivas, infalibles y poco recomendables para claustrofóbicos, eran muy eficaces salvando vidas... cuando las naves de rescate llegaban a tiempo.

Miles emitió un verdadero gemido cuando lo introdujeron en la vaina húmeda y con olor a plástico. Un tirón del cordón de abertura hizo que se cerrase y se inflase automáticamente. Por un horrible momento, recordó la burbuja sumergida en el lodo de la isla Kyril y se contuvo para no gritar. Entonces sus captos lo hicieron rodar hacia la antecámara de compresión. Un empujón más y Miles se encontró cayendo en la negrura.

La vaina esférica tenía poco más de un metro de diámetro. Miles tanteó a su alrededor. Le dolía el estómago y el oído por los puntapiés recibidos. Al fin sus manos temblorosas encontraron algo que parecía un tubo de luz. Lo apretó y el aparato le respondió con un repugnante resplandor verdoso.

El silencio era profundo, sólo interrumpido por el silbido del aire y su propia respiración agitada.

Bueno, esto es mejor que la última vez que alguien trató de lanzarme al espacio. *Tuvo varios minutos para imaginar todas las cosas que el Ariel podía hacer si decidía no recogerlo- Acababa de abandonar la posibilidad de que abriese fuego sobre él para pasar a concebir la idea de que lo abandonasen en la oscuridad, donde finalmente se asfixiaría, cuando de pronto él y su vaina fueron atrapados por un haz de tracción.*

Evidentemente, el operador era bastante inexperto, pero después de varios minutos de manipulaciones. Miles comprendió que se encontraba a salvo en una antecámara de compresión. Oyó una escotilla que se abría y varias voces humanas. Un momento después, el globo idiota comenzó a rodar. Miles aulló y se acurrucó para no golpearse hasta que el movimiento se detuvo. Entonces se sentó e inspiró profundamente, tratando de alisarse el uniforme.

Se oyeron unos golpes apagados contra la tela de la vaina.

—¿Hay alguien ahí dentro?

—¡Sí! —respondió Miles.

—Un minuto...

Unos chirridos y ruidos metálicos le indicaron que se estaban rompiendo los sellos. La vaina comenzó a desinflarse mientras escapaba el aire de su interior. Miles se abrió paso entre los pliegues y emergió tembloroso, con menos gracia y dignidad que un polluelo recién nacido.

Se encontraba en una pequeña bodega de carga. Los soldados de uniforme gris y blanco lo rodeaban, apuntándole a la cabeza con aturdidores y disruptores nerviosos. Un oficial delgado, con insignia de capitán, lo observaba emerger con un pie apoyado sobre una caja.

Si uno se guiaba por el pulcro uniforme del oficial o por su cabellera castaña, no sabía si estaba viendo a un hombre delicado o a una mujer extraordinariamente resuelta. Esta ambigüedad no era causal; Bel Thorne era un hemafrodita betanés, minoría descendiente de un experimento genético-social efectuado hacía siglos. La expresión de Thorne fue cambiando del escepticismo a la sorpresa al verlo aparecer.

Miles le sonrió.

—Hola, Pandora. Los dioses te han enviado un obsequio. Pero hay una dificultad.

—¿No la hay siempre? —Con el rostro iluminado de alegría, Bel Thorne se acercó a Miles para estrecharlo por la cintura con entusiasmo—.

¡Miles! —Thorne lo apartó y miró su rostro con avidez—. ¿Que estas haciendo aquí?

—Supuse que preguntarías eso —suspiró Miles.

—¿Y qué estás haciendo con el uniforme de los Guardianes?

—Por Dios, me alegra que no seas de los que disparan primero y preguntan después.

—Miles levantó los pies y salió de la vaina. Algo indecisos, los soldados continuaban apuntándoles—, Eh... —Miles los señaló.

—Bajad las armas, muchachos —ordenó Thorne—. Todo está bien.

—Quisiera que eso fuese cierto —dijo Miles—, Tenemos que hablar, Bel.

Al igual que todo lo referido a los mercenarios, Miles se encontró con que en la cabina de Thorne a bordo del *Ariel* había una combinación de cambios y cosas familiares. Las formas, los sonidos y los olores de la nave le provocaban cataratas de recuerdos. La cabina del capitán estaba atestada con las pertenencias personales de Bel: una biblioteca en vídeo, armas, recuerdos de campaña como una armadura espacial semifundida que había salvado su vida, ahora convertida en una lámpara, y una pequeña jaula con una exótica mascota terrestre a la cual Thorne llamaba «hámster».

Mientras bebían té de verdad, no del sintético. Miles narró la versión que el almirante Naismith tenía de la realidad, muy similar a la que había brindado a Oser y a Tung. Habló sobre la misión de evaluación en el Centro, sobre su misterioso jefe, etcétera. Por supuesto que evitó mencionar a Gregor y también a Barrayar; Miles Naismith hablaba con el más puro acento betanés. Aparte de eso. Miles relató con toda la veracidad posible sus vicisitudes con los Guardianes de Randall.

—Así que el teniente Lake ha sido capturado por nuestros rivales —dijo Thorne al escuchar la descripción del teniente rubio que Miles había visto en la cárcel del *Kurin*—. Es uno de nuestros mejores hombres, pero... será mejor que volvamos cambiar nuestras claves.

—Creo que sí. —Miles dejó su taza y se inclinó hacia delante—. Mi empleador no sólo me autorizó a observar, sino también, de ser posible, a prevenir una guerra en el Centro Hegen. —Bueno, algo así—. Me temo que ya no sea posible. ¿Cómo ves tú la situación?

Thorne frunció el ceño.

—Despegamos hace cinco días. Fue entonces cuando los aslundeños implantaron esta rutina de inspección para el aterrizaje. Todas las naves pequeñas debieron entrar en servicio. Con la estación militar a punto de inaugurarse, nuestros jefes comienzan a estar más nerviosos por la posibilidad de un sabotaje, bombas, armas biológicas...

—No lo discutiré. ¿Y qué hay de los asuntos internos de la flota?

—¿Te refieres a los rumores sobre tu muerte, tu vida, y/o tu resurrección? Se oyen por todas partes, en catorce versiones diferentes. Las he desestimado. Ya había ocurrido otras veces, ¿sabes? Pero entonces Oser arrestó a Tung.

—¿Qué? —Miles se mordió el labio—. ¿Sólo a Tung? ¿No a Elena, a Mayhew o a Chodak?

—Sólo a Tung.

—Eso no tiene sentido. Si arrestó a Tung, debe de haberlo interrogado químicamente, y él tiene que haber delatado a Elena. A menos que la hayan dejado libre como carnada.

—Las cosas se pusieron muy tensas cuando arrestaron a Tung, A punto de explotar. Creo que si Oser hubiese hecho algo contra Elena y Baz, la guerra se habría iniciado en ese momento. Sin embargo, aún no ha soltado a Tung. Todo está muy inestable. Oser se está ocupando de mantener apartado al antiguo grupo, es por eso que he estado aquí toda una maldita semana. Pero la última vez que vi a Baz estaba lo bastante nervioso como para presentar batalla. Aunque eso era lo último que hubiese deseado hacer.

Miles exhaló lentamente.

—Una batalla... Eso es exactamente lo que quiere la comandante Cavilo. Por eso me lanzó así, envuelto para regalo. «La Vaina de la Discordia». No le importa si gano o pierdo, siempre y cuando sus fuerzas enemigas se encuentren en medio del caos para cuando ella tenga lista su *sorpresa*.

—¿Ya has deducido cuál puede ser la sorpresa?

—No. Los Guardianes se estaban preparando para alguna clase de ataque terrestre. El hecho de que me enviaran aquí sugiere que apuntan hacia Aslund, en contra de toda estrategia lógica. Aunque podría tratarse de otra cosa. La mente de esa mujer es increíblemente retorcida. —Miles se golpeó el puño contra la palma en un acceso nervioso—. Tengo que hablar con Oser. Y esta vez tendrá que escucharme. Lo he pensado bien. Creo que nuestra única posibilidad puede radicar en la cooperación entre nosotros. Cavilo no se lo esperaría jamás, eso no figura en su estrategia. ¿Estás dispuesto a comunicarme con él, Bel?

Thorne frunció los labios.

—Desde aquí, sí. El *Ariel* es la nave más rápida de la flota. De ser necesario podré escapar a su represalia. —Thorne sonrió.

¿*Debemos correr hacia Barrayar?* ¡No...! Cavilo todavía tenía a Gregor, era mejor aparentar que seguía sus instrucciones. Por un tiempo, al menos.

Miles inspiró profundamente y se acomodó con firmeza en el sillón de la cabina de mando del *Ariel*. Se había lavado y llevaba un uniforme mercenario gris y blanco perteneciente a la mujer más pequeña de la nave. Llevaba los pantalones metidos dentro de las botas, que casi le sentaban bien. La chaqueta abierta le caía bastante bien cuando estaba sentado. Más tarde le harían las modificaciones pertinentes. Miles miró a Thorne y asintió con la cabeza.

—Muy bien. Abre el canal.

Un zumbido, un centelleo y el rostro de halcón del almirante Oser se materializó en la pantalla.

—Sí, ¿qué ocurre...? ¡Usted! —Oser apretó los dientes, y su mano comenzó a pulsar las llaves de la consola.

Esta vez no puede lanzarme al espacio pero sí puede cortar la comunicación. *Tenía que hablar rápido*.

Miles se inclinó hacia delante y sonrió.

—Hola, almirante Oser. He completado mi evaluación de las fuerzas vervanasas en el Centro Hegen. Y mi conclusión es que usted se encuentra en graves problemas.

—Cómo ha logrado introducirse en este canal codificado -Oficial de comunicaciones, rastree esto.

—Usted mismo podrá determinar cómo en pocos minutos. pero tendrá que mantenerme en la línea hasta entonces —dijo Miles—. Sin embargo, su enemigo se encuentra en la Estación Vervain, no aquí. No está en Pol ni en el Conjunto Jackson Y lo que realmente puedo asegurarle es que no soy yo. Note que he dicho en la Estación Vervain, no en Vervain. ¿Conoce a *Cavilo*?

—La he visto una o dos veces. —Ahora el rostro de Oser mostraba cautela, esperando el Informe de su equipo técnico.

—¿La que tiene el rostro de ángel y la mente de una zorra rabiosa?

Los labios de Oser esbozaron una leve sonrisa.

—Veo que la ha conocido.

—Oh, sí, ella y yo mantuvimos varias conversaciones íntimas. Fueron... instructivas. La información es la mejor mercancía del Centro en este momento. O al menos la mía lo es. Quiero negociar.

Oser alzó la mano pidiendo una pausa y desconectó la línea por unos instantes. Cuando su rostro regresó, mostraba una expresión sombría.

—¡Capitán Thorne, esto es un motín! Thorne se agachó para introducirse en el campo de la transmisión y dijo con vivacidad:

—No, señor. Estamos tratando de salvar su cuello desagradecido. Escuche a este hombre. Tiene conexiones que nosotros no tenemos.

—Ya lo creo que tiene conexiones —dijo Oser; y agregó en voz baja—: Malditos betaneses, siempre se juntan...

—Ya sea que usted luche contra mí o que yo luche contra usted, ambos perderemos —dijo Miles rápidamente.

—Usted no podrá vencer —dijo Oser—. No podrá llevarse mi flota. No con el *Ariel*.

—El *Ariel* sólo es un punto de partida, en todo caso. Pero no es probable que no pueda vencer. Lo que puedo hacer es complicar mucho las cosas: dividir sus fuerzas, ocasionarle problemas con quienes lo contrataron... Cada munición gastada, cada equipo dañado, cada soldado herido o muerto es una pérdida en una batalla interna como ésta. Sólo ganaría Cavilo, quien no gasta nada. Para eso me envió aquí. ¿En qué le beneficiaría hacer precisamente lo que su enemigo desea que haga, eh?

Miles aguardó conteniendo la respiración. La mandíbula de Oser se movía, masticando sus apasionadas palabras.

—¿En qué se beneficiará usted? —preguntó al fin.

—Ah, me temo que soy la variable peligrosa en esa ecuación, almirante. No me encuentro en ella para lograr beneficios. —Miles sonrió—. Por lo tanto no me importa lo que destruya.

—Cualquier información que haya obtenido de Cavilo no vale una mierda —dijo Oser.

Comienza a negociar. Ha picado, ha picado...

Miles reprimió su alborozo y mostró una expresión muy seria.

—Cualquier cosa que diga Cavilo debe ser examinada con gran cuidado. Pero... he encontrado su lado vulnerable.

—Cavilo no tiene ningún lado vulnerable—

—Sí que lo tiene. Su pasión por las cosas útiles. Su egoísmo.

—No alcanzo a ver cómo eso la vuelve vulnerable.

—Precisamente por eso necesita incorporarme a su equipo de inmediato. Necesita mi punto de vista.

—¡Contratarlo! —exclamó Oser perplejo. Bueno, al menos había logrado sorprenderlo. En cierto sentido era un objetivo militar.

—Según tengo entendido, el puesto de jefe táctico y de estado mayor se encuentra vacante.

La expresión de Oser pasó de la perplejidad a la confusión, y de allí a la furia.

—Está loco.

—No, sólo tengo mucha prisa. Almirante, no ha habido ningún enfrentamiento irrevocable entre nosotros. Aún. Usted me atacó, y ahora espera que yo contraataque. Pero no me encuentro de vacaciones y no tengo tiempo para perderlo en cuestiones personales, como lo sería la venganza.

—¿Y qué hay de Tung? —preguntó Oser. Miles se encogió de hombros.

—Manténgalo encerrado por ahora, si insiste en ello. Sin hacerle daño, por supuesto.

—*Pero no le comente que se lo dije.*

—Supongamos que lo cuelgo.

—Ah... Eso sería irrevocable. —Miles se detuvo—. Quiero señalarle que encerrar a Tung es como cortarse la mano derecha antes de entrar en batalla.

—¿Qué batalla? ¿Con quién?

—Es una sorpresa de Cavilo. Aunque estaría dispuesto a compartir un par de ideas que tengo al respecto.

—¿De veras? —Oser mostraba esa misma expresión de sorber un limón que Miles había visto algunas veces en el rostro de Illyan. Era casi hogareño.

Miles continuó:

—Si no desea emplearme, le propongo la alternativa de emplearlo yo a usted. Estoy autorizado a ofrecerle un contrato de buena fe, con todos los emolumentos acostumbrados, equipos de reemplazo, seguros, todo a cargo de mi... empleador. —*Illyan, escucha mi plegaria*—. No entraría en conflicto con los intereses aslundeños. Podrá cobrar dos veces por la misma pelea, y ni siquiera tendrá que cambiar de bando. El sueño de un mercenario.

—¿Qué garantías puede ofrecer?

—Me parece que soy yo quien debe pedir garantías, señor. Comencemos poco a poco. Yo no iniciaré un motín; y usted dejará de intentar arrojarme por las escotillas. Me reuniré con usted y le transmitiré mi información. —Qué endeble parecía esta «información» en medio de tantas promesas vagas. Ni cifras, ni movimientos de tropas; todo quedaba en *intenciones*, cambiantes topografías mentales de lo que era lealtad, ambiciones y traición—. Conversaremos, Incluso es posible que usted aporte algo viendo las cosas desde otro ángulo. Entonces decidiremos qué hacer.

Oser apretó los labios. En parte estaba persuadido, pero sentía una profunda desconfianza.

—Quiero señalarle —dijo Miles— que el riesgo personal es más mío que suyo.

—Creo...

Miles contuvo el aliento mientras aguardaba las palabras del mercenario.

—Creo que voy a lamentar esto. —Oser suspiró.

Las negociaciones para que el *Ariel* pudiese aterrizar llevaron otro medio día. Cuando pasó el entusiasmo inicial, Thorne se volvió más pensativo, y cuando la nave se posó sobre las abrazaderas, estaba verdaderamente meditabundo.

—Aún no sé con exactitud qué es lo que impedirá a Oser recibarnos, dispararnos con aturdidores y colgarnos —dijo Thorne mientras se ceñía un arma portátil. Mantuvo la voz baja para que no lo escuchasen los tiernos oídos del pelotón escolta, reunido en el corredor de salida del *Ariel*.

—La curiosidad —dijo Miles con firmeza.

—Muy bien. Entonces nos aturde, nos interroga químicamente y luego nos cuelga.

—Sí me interroga a mí, le diré exactamente lo mismo que iba a decirle de todos modos.

—*Junto con algunas otras cosas*—. En ese caso, tendrá menos dudas. Tanto mejor.

Miles se salvó de continuar con aquella conversación ya que en ese momento se escucharon los sonidos del acoplamiento con el tubo flexible. El sargento de Thorne abrió la escotilla sin vacilar, aunque Miles pudo notar que se apartaba rápidamente de la abertura.

—¡Pelotón, en formación! —ordenó el sargento. Los seis hombres revisaron sus aturdidores. Thorne y el sargento también portaban disruptores nerviosos, una combinación de armas bien calculada: aturdidores para tener en cuenta el error humano; disruptores para que el otro bando no se arriesgase a cometer errores. Miles estaba desarmado. Saludando mentalmente a Cavilo, volvió a colocarse sus zapatillas de fieltro. Con Thorne a su lado, encabezó la pequeña procesión y se marchó por el tubo flexible hacia la estación militar Aslundeña.

Fiel a su palabra, Oser tenía a un grupo de testigos formados y aguardando. El pelotón, de unos veinte hombres, portaba una combinación de armas casi idéntica a la del grupo del *Ariel*.

—Son muchos más que nosotros —murmuró Thorne.

—Todo es una cuestión mental —le respondió Miles—, Marcha como si tuvieras un Imperio a tus espaldas. —*Y no te des vuelta. Es posible que nos estén alcanzando. Mas vale que nos estén alcanzando*—. Cuanta más gente me vea, mejor.

El mismo Oser los aguardaba en posición de descanso. Se veía profundamente dispéptico. Elena —*¡Elena!*— se encontraba a su lado. Estaba desarmada y tenía el rostro petrificado. La mirada que dirigió a Miles estaba llena de desconfianza, tal vez no en sus motivos, pero sí en sus métodos. *¿Qué es esta estupidez? preguntaban sus ojos?* Miles le dirigió una breve mirada irónica antes de saludar a Oser.

De mala gana, Oser le devolvió la cortesía militar.

—Muy bien «almirante», ahora regresaremos al *Triumph* iremos al grano —gruñó.

—Sí, por supuesto. Pero, de paso, recorramos un poco la estación, ¿de acuerdo? Las zonas autorizadas, por supuesto. Mi última visita fue interrumpida de un modo tan... abrupto. Después de usted, almirante.

Oser apretó los dientes.

—¡Oh, no!, después de usted, almirante—.

Aquello se convirtió en un desfile. Miles los hizo dar vueltas durante cuarenta y cinco minutos, incluyendo una incursión por la cafetería. Allí estaban cenando y Miles se detuvo varias veces para saludar por su nombre a varios antiguos Dendarii que reconocía, repartiendo sonrisas deslumbrantes a los demás. Los rumores crecían a su paso, y aquellos que no comprendían pedían explicaciones a los que sabían.

Una cuadrilla de obreros aslundeños trabajaba arrancando un entablado de fibra, y Miles se detuvo para elogiar su tarea. Elena aprovechó una ocasión en que Oser estaba distraído para susurrar al oído de Miles:

—*¿Dónde está Gregor?*

—Holgazaneando por ahí. Aunque mi cabeza depende de que logre traerlo de vuelta —murmuró Miles—. Es demasiado complicado. Te lo contaré más tarde.

—¡Oh Dios!... —Ella entornó los ojos.

Cuando, a juzgar por su expresión sombría, Miles comprendió que Oser estaba llegando a los límites de su tolerancia, le permitió que volviese a conducirlo hacia el *Triumph*. Listo. Obediente a las órdenes de Cavilo, no había hecho ningún intento por comunicarse con Barrayar.

Pero si Ungari no lograba encontrarlo después de esto, era hora de despedirlo. Un ave de las llanuras ejecutando una enloquecida danza de apareamiento no podía haber hecho una exhibición más conspicua.

Todavía se llevaban a cabo los detalles finales de la construcción alrededor del *Triumph* cuando Miles llegó a la nave con su desfile. Varios obreros aslundeños vestidos de pardo, celeste y verde se inclinaron para mirarlos desde los andamios. Los técnicos militares con sus uniformes azul oscuro abandonaron sus tareas por unos momentos para observarlos, y luego tuvieron que volver a seleccionar las conexiones y realinear los tornillos. Miles se abstuvo de sonreír y saludar con la mano, evitando de ese modo que a Oser se le quebrara la mandíbula. Basta de colocar anzuelos, era hora de ponerse en serio. En la siguiente tirada de dados, los treinta mercenarios podían dejar de ser una guardia de honor para convenirse en guardias de prisión.

El alto sargento de Thorne, quien marchaba junto a Miles, observó las nuevas construcciones que los rodeaban.

—Para mañana a esta hora las cargadoras automáticas estarán completamente instaladas —comentó—. Será una gran ayuda... *¡Mierda!* —Su mano descendió abruptamente sobre la cabeza de Miles, empujándolo hacia abajo. El sargento había

alcanzado a volverse y tenía la mano sobre su arma cuando la descarga azul de un disruptor nervioso le alcanzó en pleno pecho, justo donde había estado la cabeza de Miles. El hombre se contrajo y su respiración se detuvo. Miles percibió el olor a ozono, plástico caliente, carne quemada y continuó rodando por el suelo. Una segunda descarga cayó a su lado y su campo de fuerza se extendió como veinte avispas en su brazo extendido. Miles retiró la mano.

Cuando cayó el cuerpo del sargento, Miles cogió la manga de su chaqueta y se ocultó debajo de él, cubriéndose la cabeza y la columna con su torso. Contrajo los brazos y las piernas todo lo que pudo. Hubo otra descarga, y otras dos que dieron contra el cuerpo en rápida sucesión. Incluso protegido como estaba, fue peor que el golpe de cachiporra eléctrica de alto poder.

Miles oyó gritos, golpes, alaridos, pasos que corrían, caos. El zumbido de un aturdidor. Una voz.

—¡Está allá arriba! ¡Atrapadlo! —Y otra voz, fuerte y ronca—. Tú lo has visto. Es tuyo. ¡Ve *tú* por él! —Otra descarga contra el suelo.

El peso del sargento y el hedor de sus heridas se apretaban contra el rostro de Miles. Hubiese querido que el hombre pesara cincuenta kilos más. Ahora comprendía por qué Cavilo había estado dispuesta a pagar veinte mil dólares betaneses por los trajes protectores. De todas las armas detestables que Miles había conocido, el disruptor nervioso era la más aterradora. Una herida en la cabeza que no lo matase del todo, que le robase su humanidad dejándolo como un animal o un vegetal, era la peor de las pesadillas. Sin duda su intelecto era su única razón de existir. Sin él...

Miles escuchó el crujido de un disruptor nervioso que no apuntaba en su dirección. Entonces giró la cabeza para gritar:

—¡Aturdidores! ¡Aturdidores! ¡Lo queremos vivo para interrogarlo! —*Es tuyo, ve tu por él...* Debía salir de debajo de ese cuerpo y unirse a la pelea. Pero si no hubiese sido el blanco del asesino, no tendrían sentido las descargas sobre el cadáver. Tal vez debía permanecer donde estaba. Miles se retorció, tratando de encoger los brazos y piernas con más fuerza.

Los gritos se acallaron; las descargas se detuvieron. Alguien trataba de quitarle el cadáver del sargento de encima. Miles necesitó unos momentos para comprender que debía soltarle el uniforme si quería ser rescatado. Extendió los dedos con dificultad.

El rostro de Thorne se asomaba sobre él, pálido y jadeante.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que sí —respondió Miles.

—Te apuntaba a ti —le informó Thorne—. Sólo a ti.

—Lo he notado —balbuceó Miles—. Sólo me he freído un poco.

Thorne lo ayudó a sentarse. Temblaba tanto como después de la zurra con la cachiporra eléctrica. Se miró las manos y bajó una para tocar el cuerpo tendido a su lado. *Cada día del resto de mi vida será obsequio tuyo. Y ni siquiera conozco tu nombre.*

—Tu sargento... ¿cómo se llamaba?

—Collins.

—Collins. Gracias.

—Un buen hombre.

—Eso he visto.

Oser se acercó con expresión trastornada.

—Almirante Naismith, esto no ha sido preparado por mí.

—¿Oh? —Miles parpadeó—. Ayúdame a levantarme. Bel...

Eso podía haber sido un error. Thorne tuvo que sostenerlo unos momentos ya que se sentía débil y agotado como un hombre enfermo. *Elena... ¿dónde...? Ella no tenía arma...*

Allí estaba, con otra mercenaria. Arrastraban hacia ellos a un hombre vestido con el uniforme azul oscuro de los oficiales aslundeños. Cada mujer lo sujetaba por una bota, y

los brazos del hombre pendían exánimes sobre el suelo. ¿Desvanecido? ¿Muerto? Dejaron caer los pies junto a Miles, con la expresión desapasionada de dos leonas depositando alimentos junto a sus cachorros. Miles observó aquel rostro tan familiar.

General Metzov. ¿Qué está haciendo aquí?

—¿Reconoce a este hombre? —le preguntó Oser a un oficial aslundeño que había corrido a reunirse con ellos—. ¿Es uno de los suyos?

—No lo conozco. —El hombre se arrodilló para examinar sus papeles—. Tiene un pase válido...

—Pudo haberme matado a mí y escapar —le dijo Elena a Miles—. Pero siguió disparándote a ti. Estuviste brillante al no moverte.

¿Un triunfo de la inteligencia o un fallo del temple?

—Sí. Eso creo. —Miles hizo otro intento de sostenerse por sus propios medios, pero renunció y se apoyó en Thorne—. Espero que no lo hayas matado.

—Sólo está aturdido —dijo Elena, alzando el arma como evidencia. Alguna persona inteligente debía de habérsela arrojado al comenzar la reyerta—. Es probable que tenga una muñeca rota.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Oser.

—Pues, almirante —respondió Miles con una sonrisa—, le dije que le brindaría más información de la que su sección de Inteligencia logra reunir en un mes. —Hizo un gesto similar al de un camarero descubriendo una bandeja de plata, pero probablemente sólo pareció otro espasmo muscular—.

Permítame presentarle al general Stanis Metzov. Segundo al mando de los Guardianes de Randall.

—¿Desde cuándo los oficiales superiores cometen asesinatos?

—Discúlpeme. Segundo al mando tres días atrás. Eso puede haber cambiado. Estaba metido hasta el cuello en las intrigas de Cavilo. Usted y yo tendremos que interrogarlo con una jeringa.

Oser lo miró.

—¿Usted planeó esto?

—¿Por qué piensa que pasé una hora deambulando por la estación, si no era para hacerlo salir? —dijo Miles alegremente. *Debe haberme estado acechando todo el tiempo. Creo que voy a vomitar. ¿Acabo de asegurar que soy brillante o increíblemente estúpido?* A juzgar por su expresión, Oser parecía querer hallar respuesta a la misma pregunta.

Miles observó la figura inconsciente de Metzov, tratando de pensar. ¿Habría sido enviado por Cavilo, o este intento de asesinato era por su propia cuenta? Si lo enviaba Cavilo, ¿habría ella planeado que cayese vivo en las manos de sus enemigos? Si no, debía de haber un asesino respaldándolo en alguna parte, er cuyo caso su blanco era Metzov si éste lograba su cometido, o Miles en caso de que fallara. O tal vez ambos.

Necesito sentarme y trazar un diagrama.

Los equipos médicos habían llegado.

—Sí, a la enfermería —dijo Miles con voz débil—. Hasta que mi amigo despierte.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Oser con cierto desaliento.

—Será mejor que la guardia de nuestro prisionero lo vigile bien. No estoy seguro de que le permitan sobrevivir a la captura.

—Es cierto —dijo Oser con tono pensativo. Sujetado de un brazo por Thorne y del otro por Elena, Miles caminó con pasos tambaleantes hacia la escotilla del *Triumph*.

En un compartimiento con paredes de vidrio, normalmente utilizado para efectuar aislamientos biológicos en la enfermería del *Triumph*, Miles se sentó tembloroso sobre un

banco y observó cómo Elena ataba al general Metzov a una silla. De no haber sido porque el interrogatorio en que estaban a punto de embarcarse podía presentar complicaciones peligrosas, Miles se hubiera sentido bastante satisfecho con la venganza. Elena estaba desarmada otra vez. Dos hombres con aturdidores montaban guardia junto a la puerta transparente y aislante, y cada tanto miraban hacia dentro. Miles había tenido que recurrir a toda su elocuencia para lograr que en este interrogatorio inicial sólo participasen él, Oser y Elena.

—¿Cuan importante puede ser la información de este hombre? —le había preguntado Oser irritable—. Lo han dejado salir en campaña.

—Lo bastante importante para que usted quiera la ocasión de pensarlo antes de difundirla a una Junta —le había respondido Miles—. De todos modos conservará la grabación.

Metzov se veía enfermo y silencioso. Su muñeca derecha estaba prolijamente vendada. El aspecto enfermizo se debía al aturdidor; el silencio era inútil, y todos lo sabían. Era una especie de extraña cortesía no importunarlos con preguntas antes de que la sustancia química hiciera su efecto.

Oser miró a Miles con el ceño fruncido.

—¿Está dispuesto a comenzar?

Miles miró sus propias manos, que aún continuaban temblando.

—Siempre y cuando nadie me pida que efectúe una operación de cirugía cerebral, sí. Procedamos. Tengo razones para pensar que el tiempo es esencial.

Oser se volvió hacia Elena y asintió con la cabeza. Ella alzó una jeringa para calibrar la dosis y luego la clavó en el cuello de Metzov. Por unos momentos, los ojos de Metzov se cerraron con desesperación, pero entonces sus puños apretados se relajaron. Los músculos de su rostro se aflojaron en una sonrisa idiota. La transformación no era nada agradable a la vista. Sin la tensión, su rostro se veía envejecido.

Elena controló el pulso y las pupilas de Metzov.

—Muy bien. Es todo vuestro, caballeros. —Retrocedió para apoyarse contra la puerta con los brazos cruzados. Su expresión era casi tan hermética como había sido la de Metzov.

Miles abrió una mano.

—Después de usted, almirante. Oser hizo una mueca.

—Gracias, almirante. —Se acercó para observar el rostro de Metzov con ojos especulativos.

—General Metzov. ¿Su nombre es Stanis Metzov? Metzov sonrió.

—Sí, ése soy yo.

—¿En la actualidad, segundo al mando de los Guardianes de Randall?

—Sí.

—¿Quién lo envió para asesinar al almirante Naismith? Metzov pareció confundido.

—¿A quién?

—Llámeme Miles —le sugirió Miles—. El me conoce por... por un seudónimo. —Tenía tantas posibilidades de pasar por esta entrevista sin que se revelase su identidad como una bola de nieve de sobrevivir a un viaje al centro del sol, pero ¿por qué apresurar las complicaciones?

—¿Quién lo envió a matar a Miles?

—Cavie, por supuesto. El escapó, ¿comprende? Yo era el único en quien ella podía confiar... Confiar... Esa perra...

Miles alzó las cejas.

—En realidad, fue la misma Cavilo quien me envió aquí —informó a Oser—. Por lo tanto, el general Metzov fue engañado. ¿Pero con qué fin? Creo que ahora es mi turno.

Oser le hizo el gesto de «después de usted» y retrocedió Miles bajó del banco y se colocó frente a Metzov. Este lo miro con ira a pesar de su estado eufórico, y entonces esbozó una sonrisa vil.

Miles decidió comenzar con la pregunta que lo había estado carcomiendo desde hacía más tiempo.

—¿Quién... o qué era el blanco del ataque que se estaba planeando?

—Vervain —dijo Metzov.

Hasta Oser dejó caer la mandíbula. En medio del silencio que siguió, Miles sintió que la sangre latía en sus oídos.

—Usted trabaja para Vervain —dijo Oser con voz ahogada.

—Dios... ¡Dios...! ¡Al fin cobra sentido! —Miles estuvo a punto de saltar, pero se tambaleó y Elena corrió en su ayuda—. ¡Sí, sí, sí...

—Es *insano* —dijo Oser—. Así que ésa era la sorpresa de Cavilo.

—Apuesto a que no es todo. Las fuerzas de Cavilo son mucho mayores que las nuestras, pero no lo bastante como para invadir un planeta completamente colonizado como Vervain. Sólo pueden hacer incursiones y escapar.

—Hacer incursiones y escapar, eso es —dijo Metzov con una sonrisa tranquila.

—¿Cuál era el blanco en particular, entonces? —preguntó Miles con ansiedad.

—Bancos... museos de arte... bancos genéticos... rehenes...

—Esa es una incursión de *piratas* —dijo Oser—. ¿Qué diablos iban a hacer con el botín?

—Dejarlo bajo la protección del Conjunto Jackson al retirarnos.

—Entonces, ¿cómo pensaban escapar a la furiosa flota vervanesa? —preguntó Miles.

—Atacándolos justo antes de que la nueva flota entrara en acción. La flota invasora cetagandana los atraparé estacionados en órbita. Es sencillo.

Esta vez el silencio fue absoluto.

—Esa es la sorpresa de Cavilo —susurró Miles al fin—. Sí, es muy *digna* de ella.

—¿Invasión... cetagandana? —De forma inconsciente Oser comenzó a morderse una uña.

—¡Por Dios! ¡Encaja, encaja! —Miles empezó a recorrer el compartimiento con pasos inseguros—. ¿Cuál es la única forma de apoderarse de un enlace de agujero de gusano? Desde ambos lados a la vez. Cavilo no trabaja para los vervaneses... sino para *Cetaganda*. —Se volvió para señalar a Metzov, quien asentía con la cabeza—. Y ahora comprendo el papel que juega Metzov. Está claro como el día.

—Es un pirata —dijo Oser alzándose de hombros.

—No. Es la cabeza de turco.

—¿Qué?

—Al parecer, usted no sabe que este hombre fue expulsado del Servicio Imperial de Barrayar por brutalidad. Oser parpadeó.

—¿Del Servicio Imperial de Barrayar? Debió de haberse esforzado bastante para lograrlo.

Miles contuvo un momento de irritación.

—Bueno, sí. Se equivocó de víctima, eso es todo. ¿Pero no lo comprende? La flota invasora cetagandana se introduce en el espacio local vervanés invitada por Cavilo... probablemente por una señal de ella. Los Guardianes hacen una rápida incursión en Vervain. Con corazón bondadoso, los cetagandanos «rescatan» el planeta de los mercenarios traidores. Los Guardianes escapan. Metzov es dejado atrás como cabeza de turco, igual que cuando se arroja al sujeto de la troika para que se lo coman los lobos. —Bueno, su metáfora no había resultado muy betanesa—. Entonces, los cetagandanos lo cuelgan públicamente para demostrar su «buena fe». Ved a este malvado barrayarano que os ha hecho daño. Necesitáis nuestra protección de la amenaza imperial barrayarana, y aquí estamos.

»Y Cavilo cobra *tres* veces. Una de los vervaneses, otra de los cetagandanos y la tercera vez del Conjunto Jackson, cuando deje en custodia su botín al escapar. Todos ganan algo. Excepto los vervaneses. —Miles se detuvo para recobrar el aliento.

Oser comenzaba a parecer convencido y preocupado.

—¿Cree que los cetagandanos planean invadir el Centro? ¿O se detendrán en Vervain?

—Por supuesto que lo invadirán. El Centro es el blanco estratégico; Vervain no es más que un escalón para alcanzarlo. De allí la farsa de los «mercenarios malos». Los cetagandanos quieren gastar la menor energía posible en la pacificación de Vervain. Probablemente los tildarán de «satrapía aliada», controlarán las rutas espaciales y apenas si se posarán sobre el planeta. Los absorberán económicamente en una generación. La pregunta es: ¿se detendrán los cetagandanos en Pol? ¿Tratarán de invadirlo, o lo dejarán como amortiguador entre ellos y Barrayar? ¿Conquistador o cortejador? Si logran provocar a los barrayaranos para que éstos ataquen a través de Pol sin autorización, los polenses pueden llegar a establecer una alianza con Cetaganda... ¡Ah! —Comenzó a caminar otra vez.

Oser tenía el aspecto de haber mordido algo repugnante. Algo con medio gusano en su interior.

—No fui contratado para encargarme del Imperio Cetagandano. A lo sumo se esperaba que luchase contra los mercenarios vervaneses, suponiendo que todo el asunto no se apaciguase solo. Si los cetagandanos llegan aquí, estaremos perdidos. Acorralados en un callejón sin salida. —Y entonces agregó como para sí mismo—: Tal vez deberíamos ir pensando en salir mientras podamos hacerlo...

—Pero, almirante Oser, ¿no lo comprende? —Miles señaló a Metzov—. *Ella* nunca lo hubiera perdido de vista sabiendo todo esto si pensara poner en práctica el plan. Quizás haya pensado que moriría tratando de matarme, pero siempre existía la posibilidad de que no fuese así, de que lo hicieran pasar por un interrogatorio como éste. Lo que él narra es el plan *viejo*. Debe haber un plan nuevo. —*Y creo saber cuál es*—. Existe otro... factor. Una nueva *x* en la ecuación. —Gregor—. Sí no me equivoco, ahora la invasión cetagandana es un escollo considerable para Cavilo.

—Almirante, yo podría creer que Cavilo traicionase a cualquiera... menos a los cetagandanos. Ellos serían capaces de dedicar toda una generación a la venganza. Ella no encontraría sitio a donde escapar. No viviría para disfrutar de sus ganancias. Y, por otra parte, ¿qué podría ser más atractivo para ella que cobrar tres veces?

Pero si espera contar con el Imperio de Barrayar para defenderse, con todo nuestro Servicio de Seguridad...

—Sólo se me ocurre un modo medíame el cual ella puede esperar salir triunfante —dijo Miles—. Si funciona tal como lo ha planeado tendrá toda la protección que quiera. Y todas las ganancias.

Podía funcionar. Realmente podía funcionar. Si Gregor estaba fascinado por ella. Y si los dos testigos que podían ocasionarle problemas se mataban entre ellos. Abandonando su flota, podía llevarse a Gregor y escapar antes de que llegasen los cetagandanos, presentándose en Barrayar como la persona que había «rescatado» a Gregor a un alto coste personal. Si, además, Gregor la presentaba como su novia, como la digna madre de un futuro vástago de la casta militar, el romanticismo de la escena podía obtener el suficiente apoyo popular para vencer las resistencias de los consejeros. Dios sabía que la madre de Miles había cimentado ese argumento. Cavilo era capaz de lograrlo. Emperatriz de Barrayar. Y podía coronar su carrera traicionando absolutamente a todos, incluso a sus propias fuerzas.

—Miles, la expresión de tu rostro... —dijo Elena con preocupación.

—¿Cuándo? —dijo Oser—, ¿Cuándo atacarán los cetagandanos? —Logró que Metzov le prestase atención y repitió la pregunta.

—Sólo Cavie lo sabe. —Metzov emitió una risita—. Cavie lo sabe todo.

—Tiene que ser inminente —intervino Miles—, Es posible que esté comenzando ahora mismo. Tal vez esperaba que los Den... que la Flota estuviese paralizada por este Incidente.

—Si eso es cierto —murmuró Oser—, ¿qué debemos...?

—Nos encontramos demasiado lejos. A un día y medio de donde se desarrolla la acción: el enlace por agujero de gusano de la Estación Vervain. Tenemos que acercarnos. Tenemos que llevar la Flota a través del sistema, desenmascarar a Cavilo, sitiarla...

—¡No pienso precipitar un ataque en contra del Imperio Cetagandano! —lo interrumpió Oser con dureza.

—Es necesario. Tendrá que luchar, tarde o temprano. Si usted no escoge el momento, ellos lo harán. La única posibilidad de detenerlos es en el enlace. Una vez que hayan pasado, será imposible.

—Si llevara mi flota de Aslund, los vervanese pensarían que los estamos atacando.

—Se movilizarían y se pondrían en estado de alerta. Eso es bueno. Pero si lo hacen en la dirección equivocada, no sería nada bueno. Terminaríamos favoreciendo a Cavilo. ¡Maldición! Sin duda es otra bifurcación en su estrategia.

—Si, como usted asegura, los cetagandanos son ahora un estorbo tan grande para Cavilo, supongamos que no les envía la señal de ataque.

—Oh, todavía los necesita. Pero su propósito ha cambiado. Los necesita para escapar y para asesinar a todos los testigos. Pero no los necesita para triunfar. Sus nuevos planes son a largo plazo.

Oser sacudió la cabeza como tratando de aclarársela.

—¿Por qué?

—Nuestra única esperanza, y también la de Aslund, es capturar a Cavilo y paralizar a los cetagandanos en el enlace por agujero de gusano de la Estación Vervain. No, espere... Debemos controlar ambos extremos del enlace Centro-Vervain. Hasta que lleguen refuerzos.

—¿Qué refuerzos?

—Aslund. Pol. Cuando los cetagandanos muestren su poderío bélico, todos comprenderán la amenaza. Y si Pol se pone del lado de Barrayar en lugar del de Cetaganda, Barrayar podrá enviar sus fuerzas a través de ellos. Será posible detener a los cetagandanos, si todo ocurre de la manera apropiada. —¿Pero podrían todavía rescatar a Gregor con vida? «No un camino a la victoria, sino todos los caminos...»

—¿Los barrayaranos intervendrán?

—Oh, creo que sí. Su contraespionaje debe de estar al tanto de estas cosas... ¿No han notado que, en los últimos días, se haya incrementado la actividad de Inteligencia de Barrayar aquí en el Centro?

—Ahora que lo menciona, sí. Su tráfico de mensajes en clave se ha cuadruplicado.

Gracias a Dios. Tal vez la ayuda estuviese más cerca de lo que se había atrevido a imaginar.

—¿Han descifrado alguna de sus claves? —preguntó, ya puestos.

—Oh, sólo la menos significativa, hasta el momento.

—Ah. Bien. Quiero decir... mala suerte.

Durante todo un minuto, Oser permaneció con los brazos cruzados, mordiéndose el labio mientras reflexionaba con gran concentración. Miles recordó la expresión meditabunda que había tenido el almirante Justo antes de ordenar que lo arrojaran por la escotilla más próxima, apenas una semana atrás.

—No —dijo Oser al fin—. Gracias por la información. A cambio, supongo que le perdonaré la vida. Esta no es una batalla que podamos ganar. Sólo alguna fuerza planetaria cegada por la propaganda, con todos los recursos de su planeta respaldándola, podría embarcarse en un sacrificio altruista y demente como éste. Yo he entrenado a mi

flota para que fuese una buena herramienta táctica, no un maldito tapón fabricado con cadáveres. No soy, tal como usted dice, un cabeza de turco.

—Lo que será es una punta de lanza.

—Su «punta de lanza» no tiene ninguna lanza por detrás. No.

—¿Es ésta su última palabra, señor? —preguntó Miles con voz débil.

—Sí. —Oser activó su intercomunicador de muñeca para llamar a los guardias—. Cabo, este grupo se dirige al calabozo. Llame y notifíquelo.

El guardia hizo la venia al otro lado del vidrio.

—Pero, señor. —Elena se acercó a él, alzando los brazos a modo de súplica. Con un rápido movimiento de muñeca, clavó la Jeringa en el cuello de Oser. Este abrió los ojos de par en par y apretó los labios con furia. Se puso tenso para golpearla, pero su brazo se detuvo en el aire.

Al otro lado del vidrio, los guardias notaron el movimiento de Oser y desenfundaron sus aturdidores. Elena sujetó la mano del almirante y la besó con una sonrisa de gratitud. Los guardias se calmaron; uno codeó al otro y, a juzgar por sus sonrisas, dijo algo bastante desagradable, pero Miles no estaba en condiciones de leer los labios de nadie en ese momento.

Oser se tambaleó y jadeó, luchando contra la droga. Elena le alzó el brazo y deslizó una mano por su cintura, haciéndolo girar para que quedaran de espaldas a la puerta. La típica sonrisa idiotizada apareció y desapareció en el rostro de Oser, pero luego se fijó definitivamente.

—Actuó como si yo hubiese estado desarmada. —Elena sacudió la cabeza con exasperación y deslizó la jeringa en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Y ahora qué? —susurró Miles con desesperación mientras el cabo se acercaba a la cerradura codificada de la puerta.

—Todos iremos al calabozo, supongo. Tung se encuentra allí —dijo Elena.

—Ah... —«Oh diablos, nunca saldremos de esto.» Pero había que intentarlo. Miles sonrió a los guardias y los ayudó a soltar a Metzov, mientras se interponía en su camino y apartaba su atención de Oser, quien esbozaba una sonrisa particularmente feliz. En un momento, cuando ellos no lo miraban, hizo tropezar a Metzov, quien se tambaleó.

—Será mejor que lo sujetéis por ambos brazos. No parece demasiado firme —les dijo Miles a los guardias. El tampoco estaba demasiado firme, pero logró bloquear la puerta de tal modo que los guardias y Metzov marchasen primero, él segundo y, finalmente Elena, tomada del brazo de Oser.

—Vamos, amor, vamos —oyó que Elena entonaba a sus espaldas, como una mujer llamando a un garito sobre su falda.

La caminata parecía no acabar nunca. Miles se volvió para susurrar a Elena:

—Muy bien, llegamos al calabozo. Allí estarán los mejores hombres de Oser. Y entonces, ¿qué? Ella se mordió el labio.

—No lo sé.

—Me lo temía. Gira aquí- —Doblaron en el siguiente recodo. Un guardia se volvió para mirar atrás.

—¿Señor?

—Seguid adelante, muchachos —respondió Miles—. Cuando tengáis a ese espía encerrado, presentaos en la cabina del almirante.

—Muy bien, señor.

—Continúa caminando —susurró Miles—. Continúa sonriendo.

Los pasos de los guardias se alejaron.

—Y ahora, ¿adonde vamos? —pregunto Elena. Oser dio un traspié—. Esto está muy inestable.

—La cabina del almirante, ¿por qué no? —decidió Miles con una extraña sonrisa. El inspirado motín de Elena le había otorgado el mejor descanso del día. Ahora tenía el

impulso. No se detendría hasta que lo matasen. Después de tantas posibilidades, ahora *sabía. El momento es éste. La palabra es «adelante».*

Tal vez. Siempre y cuando...

Pasaron junto a unos cuantos técnicos oseranos. Oser hacía algo parecido a asentir con la cabeza. Miles esperó que pasase por un reconocimiento informal de sus saludos. De todos modos, nadie se volvió para gritarles que se detuvieran. Dos niveles y otro giro los llevaron a los conocidos corredores de los oficiales. Llegaron a la cabina del capitán. (Dios, tendría que enfrentarse a Auson, y pronto.) La palma de Oser, que Elena apretó contra la cerradura, les permitió entrar en las oficinas del almirante al mando. Cuando la puerta se cerró tras ellos. Miles comprendió que había estado conteniendo el aliento.

—Ya estamos dentro —dijo Elena con la espalda apoyada contra la puerta—. ¿Piensas abandonarnos de nuevo?

—Esta vez, no —respondió Miles con expresión sombría—, Habrás notado un tema que no mencioné allá en la enfermería.

—Gregor.

—Exactamente. Cavilo lo tiene como rehén en su nave.

Elena agachó la cabeza desanimada.

—¿Piensa venderlo a los cetagandanos?

—No. Es más extraño que eso. Piensa casarse con él. Elena lo miró con sorpresa.

—¿Qué? Miles, es imposible que ella haya pensado en algo semejante, a menos...

—A menos que Gregor le haya sembrado la idea. Y creo que además de sembrarla, la ha regado y fertilizado. Lo que no sé es si se lo proponía en serio o si sólo trataba de ganar tiempo. Ella se ocupó de mantenernos separados. Tú conoces a Gregor casi tan bien como yo. ¿Qué piensas?

—Resulta difícil imaginar a Gregor enamorado de la idiotez. Él siempre fue bastante... tranquilo. Bueno, casi asexuado, comparado con Iván, por ejemplo.

—No estoy seguro de que sea una buena comparación.

—No, tienes razón. Bueno, comparado contigo, entonces.

Miles se preguntó como debía tomar eso.

—Gregor nunca tuvo demasiadas oportunidades. Me refiero a cuando éramos jóvenes. No tenía intimidad. Seguridad siempre estaba en su bolsillo trasero. Eso puede inhibir a un hombre, a menos que éste sea un poco exhibicionista.

Ella giró la cabeza, como reflexionando sobre la sexualidad de Gregor.

—Él no era así.

—Cavilo debe preocuparse de presentarle sólo su aspecto más atractivo.

—¿Es bonita?

—Si, si a uno le gustan las rubias homicidas y maniacas, desesperadas por el poder. Supongo que puede llegar a resultar bastante irresistible. —Su mano se cerró, y el recuerdo de la textura suave de su cabello le hizo hormigüear la palma. Miles se la frotó contra el pantalón.

Elena se iluminó un poco.

—Ah. No te gusta.

Miles observó el rostro de Elena Valkyrie.

—Es demasiado baja para mi gusto.

Elena sonrió.

—Te creo. —Condujo al atontado Oser hasta una silla y lo sentó—. Pronto tendremos que atarlo o algo parecido.

El intercomunicador zumbó. Miles se acercó a la consola de Oser para atenderlo.

—¿Sí? —Preguntó con la voz más calmada y aburrida posible.

—El cabo Meddis se encuentra aquí, señor. Hemos puesto al agente vervanés en la celda Nueve.

—Gracias, cabo. Ah... —Valía la pena intentarlo—. Todavía nos queda un poco de droga. Por favor, ¿querría traer al capitán Tung aquí para que lo interroguemos?

Elena alzó sus oscuras cejas esperanzada.

—¿A Tung, señor? —La voz del guardia era muy incierta—. ¿Puedo agregar un par de refuerzos a mi escuadrón entonces?

—Por supuesto... Vea si el sargento Chodak se encuentra por allí, es posible que tenga algunos hombres en servicio extraordinario. A decir verdad, ¿no se encuentra él mismo en servicio extraordinario? —Alzó la vista y notó que Elena unía el pulgar y el índice en una d.

—Eso creo, señor.

—Muy bien, haga lo que pueda. Naismíth fuera. —Apagó el intercomunicador y lo miró, como si de pronto se hubiese convertido en la lámpara de Aladino—. No creo que hoy esté destinado a morir. Me deben estar reservando para pasado mañana.

—¿Piensas eso?

—Oh, sí, entonces todo será mucho más público y espectacular. Podré arrastrar miles de vidas conmigo.

—No te dejes llevar por tus estúpidos accesos de pánico; ahora no tienes tiempo para ello. —Le golpeó los nudillos con la jeringa—. Tienes que sacarnos de este agujero.

—Sí, señora —dijo Miles sumisamente, frotándose la mano. *¿Dónde está el «señor», el respeto que se me debe...?* Pero sintió un extraño consuelo—. De paso, cuando Oser arrestó a Tung por arreglar mi fuga, ¿por qué no hizo lo mismo contigo, con Arde, con Chodak y con el resto de vuestro cuadro?

—El no arrestó a Tung por eso. Al menos, no lo creo. Como de costumbre, Oser le estaba provocando. Ambos se encontraban en el puente de mando, lo cual no era muy habitual, y al fin, Tung perdió los estribos y trató de derribarlo. En realidad lo logró, y estaba a punto de estrangularlo cuando Seguridad lo detuvo.

—¿No tuvo nada que ver con nosotros, entonces? —Eso era un alivio-

—No... no estoy segura. No me encontraba allí. Puede haber sido una distracción planeada para evitar que Oser realizara la conexión. —Elena movió la cabeza en dirección a Oser, quien todavía sonreía—. ¿Y ahora?

—Déjalo suelto hasta que nos entreguen a Tung. Aquí somos todos felices aliados. —Miles hizo una mueca—. Pero, por el amor de Dios, no permitas que nadie trate de hablar con él.

El intercomunicador de la puerta zumbó. Elena se colocó tras la silla de Oser y colocó una mano sobre su hombro, tratando de parecer lo más aliado posible. Miles fue hasta la puerta y activó el cerrojo. La puerta se abrió.

Seis nerviosos mercenarios rodeaban a Ky Tung, quien irradiaba hostilidad como una estrella nova- Tung apretó los dientes con expresión confundida al ver a Miles.

—Ah, gracias, cabo —dijo éste—. Mantendremos una pequeña junta informal después del interrogatorio. Le rogaría que usted y su escuadrón montaran guardia aquí fuera. Y, por si acaso el capitán Tung llegara a ponerse violento otra vez, sería mejor que... el sargento Chodak y un par de sus hombres nos acompañaran dentro.

Chodak respondió de inmediato.

—Sí, señor. Usted, soldado, venga conmigo.

Lo voy a ascender a teniente, pensó Miles, y se apartó para dejar pasar a los dos hombres con Tung. Con su aspecto alegre, por unos momentos Oser quedó a la vista del escuadrón antes de que la puerta volviera a cerrarse. Tung también pudo verlo y se desembarazó de sus guardias para acercarse al almirante.

—¿Y ahora qué, hijo de perra, qué cree...? —Se detuvo al ver que Oser le sonreía tontamente—, ¿Qué le ocurre?

—Nada —dijo Elena—. Creo que la dosis ha logrado hacer bastante por su personalidad. Lástima que sólo sea temporal.

Tung echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, y entonces giró para sacudir a Miles por los hombros.

—¡Lo has hecho! ¡Has regresado! ¡Tenemos un trabajo que cumplir!

El hombre de Chodak estaba crispado, como tratando de decidir en qué dirección debía abalanzarse. Chodak lo cogió por el brazo, sacudió la cabeza en silencio y le indicó la pared junto a la puerta. Entonces él mismo enfundó su aturridor y se apoyó contra el marco con los brazos cruzados; después de unos momentos, su hombre lo siguió, colocándose al otro lado.

—Una mosca en la pared —susurró Chodak con una sonrisa— Considérelo un privilegio.

—No fue exactamente voluntario —dijo Miles, a punto de morderse la lengua ante el entusiasmo del euroasiático—. Y todavía no trabajamos en lo mismo. —*Lo siento Ky. No puedo ser tu testafarro esta vez. Tendrás que seguirme a mí.* Miles mantuvo el rostro sereno y retiró las manos de Tung de sus hombros—. Ese capitán del carguero *vervanés* se entregó directamente a la comandante Cavilo, Desde entonces me he estado preguntando si fue un accidente.

—¡Ah! —Tung retrocedió como si acabaran de golpearlo en el estómago.

Miles sintió lo que había hecho. No, Tung no era ningún traidor, pero él no se atrevía a renunciar al único argumento que tenía.

—¿Traición o torpeza, Ky? —¿Y ya has dejado de pegarle a tu esposa?

—Torpeza —susurró Tung poniéndose pálido—. Maldición, voy a matar a ese triple agente...

—Ya lo han hecho por usted —dijo Miles con frialdad. Tung alzó las cejas con sorpresa y respeto—. He venido al Centro Hegen por un contrato —continuó Miles—, pero ahora dudo de estar en condiciones de cumplirlo. No he regresado aquí para ponerlo al mando de los Dendarii... —Un duro golpe, a juzgar por la expresión que apareció en el rostro de Tung—. Aunque podría hacerlo si usted estuviera dispuesto a servir a mis propósitos. Las prioridades y los blancos serán mi decisión. Usted sólo podrá decidir *cómo*. —¿Y quién pondría a quién al mando de los Dendarii? Siempre que esa pregunta no se le ocurriera a Tung.

—Como mi aliado —comenzó Tung.

—No. Como su comandante, o nada —dijo Miles. Tung permaneció muy erguido, subiéndolo y bajándolo las cejas. Al fin, dijo en voz baja:

—Parece ser que el muchachito de papá Ky está creciendo.

—No se trata sólo de eso. ¿Está conmigo o no?

—El resto es algo que tendré que escuchar. —Tung se mordió el labio inferior—. Estoy contigo. Miles le tendió la mano.

—Hecho.

Tung la estrechó.

—Hecho. —Su mano lo apretó con fuerza. Miles exhaló un profundo suspiro.

—Muy bien, la última vez le dije algunas verdades a medias.

Esto es lo que ocurre en realidad. —Comenzó a caminar, y sus temblores no se debían sólo a los disruptores nerviosos—. Es cierto que tengo un contrato con un tercero, pero no es para realizar una «evaluación militar».

Esa fue la pantalla de humo que inventé para Oser. Lo que le dije respecto a prevenir una guerra civil planetaria no era humo. Fui contratado por Barrayar.

—Por lo general, ellos no contratan mercenarios —dijo Tung.

—Yo no soy un mercenario normal. Quien me paga es Seguridad Imperial de Barrayar. —Dios, al menos una verdad completa—. Debo encontrar y rescatar a un rehén. Aparte, espero detener una inminente flota invasora *cetagandana* que planea apoderarse del Centro. Nuestra segunda prioridad estratégica será custodiar ambos extremos del enlace por agujero de gusano de *Vervain* hasta que lleguen los refuerzos de Barrayar.

Tung se aclaró la garganta.

—¿Segunda prioridad? ¿Y si no llegan nunca? Hay que atravesar Pol... Y, además, el rescate de rehenes no suele tener prioridad sobre la invasión estratégica de una flota, ¿no?

—Considerando la identidad de este rehén, le aseguro que vendrán. El Emperador de Barrayar, Gregor Vorbarra, ha sido secuestrado. Yo lo encontré, lo perdí y ahora debo recuperarlo. Tal como puede imaginar, espero que la recompensa por salvarlo sea considerable.

De pronto, el rostro perplejo de Tung se iluminó.

—Ese flacucho neurasténico que te acompañaba... no era él, ¿verdad?

—Sí, lo era. Y entre usted y yo logramos entregarlo directamente a la comandante Cavilo.

—¡Oh, mierda! —Tung se frotó la cabeza—. Ella lo entregará a los cetagandanos.

—No. Piensa cobrar su recompensa de Barrayar. Tung abrió la boca, la cerró y alzó un dedo.

—Espera un minuto...

—Es *complicado* —dijo Miles con impotencia—. Por eso delegare en usted la parte simple: custodiar el enlace de Vervain. El rescate será mi responsabilidad.

—Simple. Los mercenarios Dendarii. Los cinco mil mercenarios. Sin ayuda. Contra el Imperio de Cetaganda. ¿Has olvidado cómo contar en los últimos cuatro años?

—Píense en la gloria. Píense en su reputación. Piense en lo fantástico que quedará en su historial.

—En mi epitafio, querrás decir. Nadie podrá reunir los suficientes átomos de mi persona para enterrarlos. ¿Piensas encargarte de los gastos de mi funeral, hijo?

—Espléndidamente. Con banderas, bailarinas y la suficiente cerveza para que su ataúd flote hasta el Valhalla. Tung suspiró.

—Haz que el barco flote sobre vino dulce, ¿de acuerdo? Bebed la cerveza. Bueno... — Permaneció en silencio unos momentos, frotándose los labios—. El primer paso es hacer que la flota tenga una alerta de una hora en lugar de veinticuatro.

—¿No era así? —Miles frunció el ceno.

—Estábamos a la defensiva. Supusimos que dispondríamos al menos de treinta y seis horas para estudiar cualquier cosa que se acercase a nosotros desde el Centro. O, por lo menos, Oser lo supuso. Nos llevará unas seis horas establecer la alerta de una hora.

—De acuerdo; ése será el segundo paso. El primero será besar al capitán Auson y reconciliarse con él.

—¡Ni muerto! —gritó Tung—. Ese cabeza hueca...

—Le necesitamos para comandar el *Triumph* mientras usted dirige la Flota Táctica. No puedo hacer ambas cosas. Y yo no podré reorganizar la flota con tan poco tiempo. Si tuviera una semana para escardar las malas hierbas... Bueno, no la tengo. Hay que persuadir a la gente de Oser para que permanezcan en sus puestos. Si tengo a Auson me las arreglaré con el resto. De un modo o de otro.

Tung emitió un gruñido, pero asintió con la cabeza.

—Está bien. —Su expresión furiosa se fue tornando risueña—. Aunque pagaría por ver cómo le convence de besar a Thorne.

—Un milagro por vez.

El capitán Auson había aumentado un poco de peso en los últimos cuatro años, pero aparte de eso, estaba igual. Entró en la cabina de Oser, percibió los aturdidores apuntados en su dirección y permaneció inmóvil, con las manos unidas. Miles estaba sentado sobre el escritorio de Oser, maniobra psicológica que le permitía estar al mismo nivel que todos los demás; en el sillón de Oser debía verse como un niño que necesitaba una silla alta para alcanzar la mesa. Al verlo, la expresión de Auson pasó de la ira al horror.

—¡No! ¡Usted otra vez!

—¿Por qué no? —dijo Miles. Las moscas armadas en la pared, Chodak y su hombre, contuvieron una sonrisa—. La acción está a punto de comenzar.

—No puede hacer esto... —Auson se detuvo para mirar a Oser—. ¿Qué le ha hecho?

—Digamos que hemos corregido un poco su actitud. En cuanto a la flota, ya es mía. — Bueno, al menos trabajaba en ello—. La pregunta es si usted decidirá estar del lado ganador. ¿Quiere embolsarse una bonificación por entrar en combate? ¿O prefiere que le entregue el mando del *Triumph* a... Auson miró a Tung descubriendo los dientes en un gruñido silencioso.

—... a Bel Thorne?

—¿Qué? —aulló Auson. Tung se encogió, esperando su reacción—. No puede... Miles lo interrumpió.

—¿Por casualidad recuerda cómo ascendió de comandar el *Ariel* a comandar el *Triumph*? Auson señaló a Tung.

—¿Qué hay de él?

—Mi contratante contribuirá con un valor igual al del *Triumph*, el cual se convertirá en la participación de Tung en la corporación de la flota. A cambio, el comodoro Tung renunciará a todo derecho sobre la nave misma. Yo confirmaré su grado como jefe táctico y del estado mayor, al igual que el suyo como capitán de la nave insignia *Triumph*. Su contribución, igual al valor del *Ariel* menos gravámenes, será confirmada como su participación en la corporación de la flota. Ambas naves se registrarán como pertenecientes a la flota.

—¿Usted está de acuerdo con esto? —le preguntó Auson a Tung.

Miles clavó la mirada en el euroasiático.

—Sí —respondió Tung a regañadientes. Auson frunció el ceño.

—No es sólo el dinero... ¿A qué bonificación por entrar en combate se refiere? ¿Y a qué combate?

El que vacila se ha rendido.

—¿Está dentro o fuera?

El rostro redondo de Auson adoptó una expresión artera.

—Estoy dentro... si él se disculpa.

—¿Qué? Sí este retardado mental piensa...

—Discúlpese con el caballero, querido Tung —le ordenó Miles con los dientes apretados—, y pongámonos en marcha. De otro modo el *Triumph* tendrá un capitán que entre muchas otras virtudes cuenta con la de no discutir conmigo.

—Por supuesto que no. Esa pequeña mariposa betanesa está enamorada —replicó Auson—. Nunca he logrado descubrir si quiere que la folles o follarte a ti...

Miles sonrió y alzó una mano.

—Bueno, bueno. —Hizo una seña a Elena, quien había cambiado el aturdidor por un disruptor nervioso y apuntaba con mano firme a la cabeza de Auson.

Por unos momentos, la sonrisa de Elena le recordó a la del sargento Bothari. O peor aún, a la de Cavilo.

—¿Alguna vez le he mencionado cuánto me irrita su voz, Auson? —preguntó ella.

—No disparará —dijo Auson no muy seguro.

—Yo no la detendría —mintió Miles—. Necesito su nave. Me resultaría conveniente, aunque no imprescindible, si usted se pusiera al mando de ella. —Su mirada voló como un cuchillo hacia su jefe táctico y del estado mayor—. ¿Tung?

Con gran ironía, Tung pronunció una vaga disculpa por las pasadas expresiones proferidas sobre el carácter, inteligencia, antepasados y apariencia de Auson, mientras el rostro de éste se iba tornando sombrío. Miles detuvo la enumeración de Tung y lo obligó a comenzar de nuevo.

—Que sea más breve.

Tung inspiró profundamente.

—Auson, usted es una verdadera mierda algunas veces, pero maldita sea, sabe pelear cuando tiene que hacerlo. Yo lo he visto. En los momentos más difíciles. Preferiría tenerlo a mis espaldas antes que a ningún otro capitán de la flota.

Auson esbozó una pequeña sonrisa.

—Eso *sí* que es sincero. Se lo agradezco de veras. Realmente aprecio su preocupación por mi seguridad. ¿Cuan difíciles cree que serán los momentos en esta ocasión?

Tung, decidió Miles, tenía una risa de lo más desagradable.

Los capitanes dueños de naves fueron traídos uno a uno para ser persuadidos, sobornados, chantajeados o impresionados hasta que Miles sintió que tema la boca seca, la garganta irritada y la voz ronca. Sólo el capitán del *Peregrine* trató de resistirse físicamente. Fue aturrido y encerrado, y a su segundo al mando se le ofreció la alternativa de ascender o de realizar una caminata hasta la escotilla. El escogió la promoción, aunque sus ojos decían «otro día». Siempre y cuando ese otro día llegara después de la invasión cetagandana, Miles se sentía satisfecho.

Pasaron a un salón de conferencias más grande, frente al salón táctico, y celebraron la junta de oficiales superiores más extraña que Miles jamás hubiese visto. Oser había sido reforzado con una nueva dosis de droga y ocupaba la cabecera de la mesa como un cadáver embalsamado y sonriente. Al menos dos más estaban atados a sus sillas y amordazados. Tung cambió su pijama amarillo por un uniforme gris, con la insignia de comodoro prendida a toda prisa sobre la de capitán. La primera presentación táctica de Tung provocó la desconfianza de unos y el asombro de otros, reacciones que sólo fueron superadas cuando escucharon las acciones precipitadas que deberían llevar a cabo. El argumento más fuerte de Tung fue la sugerencia de que si no se erigían en defensores del enlace por agujero de gusano, más adelante podían verse obligados a atacar una defensa cetagandana preparada, imagen que provocó estremecimientos entre todos los presentes. «Podría ser peor» siempre era una afirmación inexpugnable.

En medio de la reunión, Miles se masajé las sienes y se inclinó para susurrar a Elena:

—¿Siempre fue así de duro o yo me había olvidado?

Ella frunció los labios con expresión pensativa y le respondió:

—No, los insultos era mejores en los viejos tiempos.

Miles ocultó una sonrisa.

Miles hizo cientos de alegatos desautorizados y promesas sin fundamentos, hasta que finalmente la reunión se disolvió y cada uno fue a ocupar su puesto. Oser y el capitán del *Peregrine* fueron llevados al calabozo bajo custodia. Tung sólo se detuvo para mirar las zapatillas de fieltro con el ceño fruncido.

—Si vas a comandar mi tropa, hijo, ¿querrías hacerle un favor a este viejo soldado y conseguirte un par de botas reglamentarias?

Finalmente sólo quedó Elena.

—Quiero que vuelvas a interrogar al general Metzov —le dijo Miles—. Sonsácale todos los datos tácticos que puedas sobre los Guardianes; claves, naves en servicio y fuera de él, últimas posiciones conocidas, particularidades del personal y cualquier otra cosa que pueda saber sobre los vervaneses.

Elimina cualquier referencia que haga sobre mi verdadera identidad y entrégalo a Inteligencia con la advertencia de que no todo lo que Metzov cree que es cierto, necesariamente lo es. Puede sernos útil.

—De acuerdo.

Miles suspiró y se acodó fatigado, sobre la mesa de conferencias vacía.

—¿Sabes?, los patriotas planetarios como los barrayaranos... como nosotros... estamos equivocados. Nuestro cuadro de oficiales piensa que los mercenarios no tienen

honor, porque pueden ser comprados y vendidos. Pero el honor es un lujo que sólo está reservado para los hombres libres. Un buen oficial imperial como yo no está obligado por el honor, sólo está obligado. ¿A cuántas de estas personas honestas acabo de enviar a la muerte con mis mentiras? Es un juego extraño.

—¿Cambiarías algo de lo que has hecho?

—Todo. Nada. Hubiese mentido dos veces más rápido de haber sido necesario.

—Es cierto que hablas más rápido con tu acento betanés —reconoció ella.

—Tú me comprendes. ¿Estoy haciendo lo correcto? Si las cosas resultan bien, sí. El fracaso lo convierte automáticamente en un error. —*No un camino al desastre, sino todos los caminos...*

Ella alzó las cejas.

—Sin duda.

Miles curvó los labios.

—Por lo tanto, tú, mi dama barrayarana que detesta a Barrayar —*Y la mujer que amo*—, eres la única persona del Centro a quien puedo consagrarme francamente.

Ella ladeó la cabeza mientras reflexionaba sobre sus palabras.

—Gracias, mi lord. —Le posó la mano sobre la cabeza al salir de la habitación.

Miles se estremeció.

15

Miles regresó a la cabina de Oser para realizar una rápida lectura de los archivos del almirante, intentando tener una noción de los cambios producidos desde que él estuviera al mando, y asimilar la forma en que la Inteligencia Dendarii-Aslund veía los eventos en el Centro. Alguien le trajo un sandwich y un café, y él los consumió sin saborearlos. El café ya no servía para mantenerle despejado, aunque seguía impulsado por una tensión casi insoportable.

En cuanto despeguemos, me desmoronaré sobre la cama de Oser. De las treinta y seis horas de viaje, le convenía pasar al menos algunas durmiendo, o de otro modo al llegar tendría más impedimentos que ventajas. Entonces tendría que tratar con Cavilo, quien incluso cuando estaba en sus mejores condiciones le hacía sentir como el proverbial hombre desarmado en la batalla de intelectos.

Por no mencionar a los cetagandanos. Miles reflexionó sobre la histórica carrera de tres pies entre el desarrollo armamentista y la táctica.

Hacía mucho que los proyectiles para combatir de nave a nave en el espacio habían quedado obsoletos en favor de los escudos de masa y las armas láser. Los escudos de masa, diseñados para proteger a las naves en movimiento de los detritos espaciales, se desembarazaban de los misiles sin siquiera proponérselo. A su vez, las armas láser habían sido inutilizadas por la llegada del «tragaespadas», un sistema de defensa betanés que utilizaba el fuego enemigo como fuente de energía propia; el espejo de plasma, un principio similar desarrollado en la generación de los padres de Miles, prometía hacer lo mismo con las armas de plasma de menor alcance. En una década más, era posible que el plasma quedase eliminado.

En los últimos dos años, el arma prometedor para combates de nave a nave parecía ser la lanza de implosión gravítica, una modificación en la tecnología del haz de tracción. En sus diversos diseños, los escudos de gravedad artificial seguían siendo deficientes para protegerse de ellas- El rayo de implosión convertía en una masa informe y retorcida todo lo que tocaba. Lo que le hacía a un cuerpo humano era un horror.

Pero, con su succión de energía, el alcance de la lanza de implosión era extremadamente corto en términos de velocidades espaciales y distancias. Apenas si alcanzaba a una docena de kilómetros. Ahora las naves debían cooperar para luchar

cuerpo a cuerpo, para disminuir la velocidad, acercarse y maniobrar. Considerando la pequeña escala de los agujeros de gusano, parecía ser que, de pronto, las batallas volverían a tornarse apretadas e íntimas, salvo por el hecho de que las formaciones demasiado estrechas invitaban a la utilización de armas nucleares. Un círculo completo. Al parecer, los ataques y abordajes podían llegar a convertirse en tácticas populares una vez más. Hasta que llegara la siguiente sorpresa de los talleres del diablo. Por unos momentos, Miles anheló los viejos días de la generación de su abuelo, cuando la gente podía matarse pulcramente a cincuenta mil kilómetros de distancia. No eran más que destellos brillantes.

El efecto de los nuevos implosionadores concentrando la potencia de fuego prometía ser curioso, en especial cuando estaba implicado un agujero de gusano. Ahora era posible que una pequeña fuerza en una pequeña área aplicara tanta potencia por metro cúbico como una fuerza grande, la cual no podía comprimir su tamaño para introducirse en el campo que le permitía su alcance; aunque la diferencia de reservas seguía siendo una ventaja, por supuesto. Una gran fuerza dispuesta a realizar sacrificios podía atacar una y otra vez, eliminando poco a poco una concentración menor. Los cetagandanos no eran alérgicos al sacrificio, aunque por lo general preferían comenzar con subordinados o, mejor aún, con aliados. Miles frotó los músculos contracturados de su cuello.

El timbre de la cabina sonó. Miles abrió la puerta pulsando un botón de la consola.

Un hombre delgado y moreno, de poco más de treinta años, con una insignia de técnico sobre su uniforme mercenario gris y blanco, lo miró vacilante desde la entrada.

—¿Milord? —dijo con suavidad.

Baz Jesek, oficial ingeniero de la Flota. Desertor del Servicio Imperial de Barrayar, momento en el cual se había convertido en escudero personal de Miles, en su identidad de lord Vorkosigan, bajo juramento de lealtad. Y, finalmente, esposo de la mujer a la cual Miles amaba. A la que había amado una vez. A la que todavía amaba. Baz. Maldito. Miles se aclaró la garganta sintiéndose incómodo.

—Adelante, comodoro Jesek.

Baz atravesó la habitación con pasos silenciosos. Su expresión era defensiva y culpable a la vez.

—Acabo de llegar después del viaje de reparaciones y me informaron que había regresado. —Con los años de exilio galáctico, su acento de Barrayar era mucho menos pronunciado que antes.

—Temporalmente.

—Lamento que no haya encontrado las cosas tal como las dejó, señor. Siento haber malgastado la dote de Elena que usted me confió. No comprendí las consecuencias de las maniobras económicas de Oser hasta que... bueno, no tengo excusa.

—El hombre también engañó a Tung —señaló Miles, y se contrajo por dentro al escuchar las disculpas de Baz—. Tengo entendido que no fue exactamente una pelea justa.

—No fue una pelea en absoluto —dijo Baz lentamente—. Ese fue el problema. —Baz se hallaba en posición de descanso—. He venido a ofrecerle mi renuncia, señor.

—Oferta rechazada —dijo Miles sin vacilar—. En primer lugar, los escuderos bajo juramento no pueden renunciar. En segundo lugar, necesito a un ingeniero competente a dos horas del despegue. Y, en tercer lugar, en tercer lugar... necesito un testigo que limpie mi nombre en caso de que las cosas resulten mal.

Tendrás que instruirme en las capacidades de la flota y luego colaborar para ponernos en marcha. Y yo debo ponerte al tanto de lo que realmente está ocurriendo. Aparte de Elena, eres el único a quien puedo confiar la parte secreta de esto.

Con dificultad, Miles lo persuadió para que se sentase. Entonces le narró una versión resumida de sus aventuras en el Centro Hegen, omitiendo sólo el interno de suicidio de Gregor; ésa era una vergüenza secreta del Emperador. A Miles no le sorprendió del todo

descubrir que Elena no le había hablado sobre su breve e ignominiosa visita anterior; Baz pareció pensar que el hecho del que el Emperador se hubiese presentado de incógnito era razón suficiente para justificar su silencio. Para cuando Miles terminó, la culpa de Baz había sido completamente desplazada por su alarma.

—Si el Emperador fuera asesinado, si no regresara, la confusión se prolongaría durante años allá en casa —dijo Baz—. Tal vez debiera dejar que Cavilo lo rescatase, en lugar de arriesgarse...

—Hasta cierto punto, es precisamente lo que pienso hacer —dijo Miles—. Si tan sólo supiera lo que Gregor *piensa*. —Se detuvo—. Si perdemos las dos cosas, a Gregor y la batalla del agujero de gusano, los cetagandanos llegarán a nuestro umbral en el momento de máximo desorden interno. Ellos siempre han querido apoderarse de Komarr, y sería una tentación tan grande que una segunda invasión cetagandana podría sorprenderlos tanto a ellos como a nosotros. Es posible que prefieran los planes más elaborados, pero no podrán dejar pasar una oportunidad tan atractiva.

Impulsados por esta imagen, comenzaron a hablar de las cuestiones técnicas, y casi habían terminado cuando la oficial de comunicaciones llamó a Miles a través de la consola.

—¿Almirante Naismith? —La oficial observó el rostro de Miles con interés y entonces continuó—: Fuera de la nave hay un hombre que quiere verlo- Asegura tener información importante.

Miles tuvo la imagen de un asesino.

—¿Cuál es su identificación?

—Pidió que le dijera que su nombre es Ungari. No ha dicho nada más.

Miles contuvo el aliento. ¡La caballería al fin! O una maniobra muy astuta para lograr la entrada.

—¿Podría verlo sin que él sepa que está siendo observado?

—Sí señor. —La oficial de comunicaciones desapareció y, en su lugar, en la pantalla aparecieron un par de hombres vestidos con overoles de técnicos aslundeños. Miles se sintió invadido por el alivio. El capitán Ungari. Y el bendito sargento Overholt.

—Gracias, oficial. Que una patrulla acompañe a los hombres hasta mi cabina. —Alzó la vista hacia Baz—. En unos... diez minutos... —Interrumpió la comunicación y le explicó lo que ocurría—. Es mi jefe de Seguridad Imperial. ¡Gracias a Dios! Pero... no estoy seguro de poder explicarle las circunstancias particulares de tu desertión. Por supuesto que él pertenece a Seguridad Imperial y no a Seguridad del Servicio, y no creo que en este momento tu vieja orden de arresto sea una de sus principales preocupaciones, pero las cosas podrían resultar más... simples si tú lo evitaras, ¿de acuerdo?

—Mm. —Baz hizo una mueca—. Creo que tengo asuntos que atender.

—Sin duda. —Baz... Por un momento ansió decirle que tomase a Elena y se fuese de allí, que se alejase del inminente peligro—. Las cosas se tornarán muy complicadas dentro de poco.

—Con Miles el Loco al mando, ¿cómo podría ser de otro modo? —Baz sonrió y se dirigió hacia la puerta.

—No estoy tan loco como Tung... ¡Por Dios!, nadie me llama de ese modo, ¿verdad?

—Ah, es una antigua broma. Sólo entre algunos de los viejos Dendarii. —Baz aceleró el paso.

Y quedan muy pocos de los viejos Dendarii. Por desgracia, ésa no era una broma graciosa. La puerta se cerró con un susurro detrás del ingeniero.

Ungari. Ungari. Finalmente alguien que se hiciese cargo.

Si tan sólo tuviese a Gregor conmigo, habría terminado con esto. Pero al menos podré averiguar a qué se han dedicado los Nuestros todo este tiempo. *Exhausto, apoyó la cabeza sobre los brazos y sonrió. Ayuda. Al fin.*

El sueño comenzaba a nublar su cerebro; Miles se obligó a despertar cuando el timbre de la cabina volvió a sonar. Se frotó el rostro para despejarlo y apretó el botón que abría la puerta.

—Adelante. —Miró la hora; sólo había perdido cuatro minutos por el tobogán de la conciencia. Definitivamente, era hora de tomarse un descanso.

Chodak y dos guardias Dendarii acompañaban a Ungari y al sargento Overholt. Los dos estaban vestidos con los overoles pardos de los supervisores aslundefios, y sin duda poseían pases y documentos que coincidían con ellos. Miles les sonrió con alegría.

—Sargento Chodak, usted y su hombre aguarden fuera. —Chodak pareció muy decepcionado ante la exclusión—. Y si la comandante Elena Bothari-Jesek ha concluido con sus tareas, pídale que se reúna con nosotros. Gracias.

Ungari aguardó con impaciencia hasta que la puerta se hubo cerrado. Entonces avanzó. Miles se levantó para hacerle la venia.

—Me alegro de verle...

Para su sorpresa, Ungari no le devolvió el saludo; en lugar de ello, cerró las manos sobre su chaqueta y lo alzó hacia arriba. Miles percibió que sólo mediante un gran esfuerzo se había reprimido para cogerlo por las solapas y no por el cuello.

—¡Vorkosigan, es usted un idiota! ¿Qué clase de juego es éste?

—Encontré a Gregor, señor. Y... —No digas que lo perdiste—. Estoy preparando una expedición para rescatarlo. Me alegro tanto de que se haya puesto en contacto conmigo. Una hora más y habría perdido el barco. Si unimos nuestra información y nuestros recursos...

Ungari no lo soltaba, y la expresión de su rostro no se relajaba.

—Sabemos que encontró al Emperador. Les seguimos el rastro desde Detenciones del Consorcio. Luego ambos desaparecieron por completo.

—¿No le preguntó a Elena? Pensé que lo haría... Mire, señor, siéntese, por favor. —Y déjeme bajar, maldita sea. Ungari no parecía notar que los pies de Miles no tocaban el suelo—. Cuénteme cómo ve todo esto. Es muy importante.

Con la respiración agitada, Ungari lo soltó y se sentó en el sillón indicado, o al menos en el borde del mismo. Ante una señal de su mano, Overholt se colocó a su lado en posición de descanso. Miles observó a Overholt con cierto alivio. La última vez que lo viera estaba tendido boca abajo e inconsciente en la plaza de la Estación del Consorcio. El sargento parecía completamente recuperado, aunque se le veía muy cansado y tenso.

—Cuando finalmente despertó —dijo Ungari—, el sargento Overholt lo siguió hasta Detenciones del Consorcio, pero entonces usted desapareció. Él pensó que habían sido ellos, y ellos pensaron que había sido él. Después de unos cuantos sobornos, finalmente supo la historia por el hombre detenido a quien usted golpeó... un día después, cuando al fin el sujeto estuvo en condiciones de hablar...

—Entonces, sobrevivió —dijo Miles—. Bien, Gre... estábamos preocupados por eso.

—Sí, pero al principio Overholt no reconoció al Emperador en las listas de detenidos en calidad de esclavos; el sargento no había sido informado sobre su desaparición.

Como recordando una gran injusticia, una expresión de cólera pasó por el rostro de Overholt.

—Podimos empezar a atar cabos cuando se comunicó conmigo, y comenzamos a desandar nuestro camino tratando de encontrar algún rastro suyo. Días perdidos.

—Yo estaba seguro de que se comunicaría con Elena Bothari-Jesek, señor. Ella sabía dónde estábamos. Usted sabía que ella era mi seguidora y que me había jurado lealtad. Está en mis antecedentes.

Ungari le dirigió una mirada furiosa, pero no le ofreció ninguna explicación por su error.

—Cuando la primera oleada barrayarana llegó al Centro, al fin contamos con los refuerzos suficientes para montar una búsqueda seria...

—¡Bien! Por lo tanto, allá en casa saben que Gregor se encuentra en el Centro. Temía que Illyan estuviese derrochando todos sus recursos en Komarr o, peor aún, en Escobar.

Ungari volvió a apretar los puños.

—Vorkosigan, ¿qué ha hecho con el Emperador?

—Esta a salvo, pero corre un gran peligro. —Miles recapacitó un momento sobre lo que acababa de decir—. Me refiero a que se encuentra bien por ahora, creo, pero eso puede cambiar...

—Sabemos *dónde* está. Hace tres días fue localizado por un agente entre los Guardianes de Randall.

—Debe haber sido después de que me fuera —calculó Miles—. De otro modo, me hubiese localizado a mí también. ¿Qué estamos haciendo al respecto?

—Se están reuniendo las fuerzas para el rescate; no sé cuan grande será la flota.

—¿Qué hay del permiso para atravesar Pol?

—No creo que lo esperen.

—Tenemos que ponerlos sobre aviso, ¡no irritar a Pol! Es...

—Alférez, ¡Vervain tiene al Emperador! —gruñó Ungari exasperado—. No pienso decirles a...

—Vervain no tiene al Emperador, es la comandante Cavilo quien lo mantiene cautivo —le interrumpió Miles con impaciencia—. Se trata de una intriga personal, no de un asunto político. Yo creo... en realidad estoy absolutamente seguro de que el gobierno vervanés no sabe una palabra sobre ello. Nuestras fuerzas de rescate deben cuidarse de no cometer actos hostiles hasta que se produzca la Invasión cetagandana.

—¿La que?

Miles vaciló y bajó la voz.

—¿Quiere decir que no sabe nada sobre la invasión cetagandana?

Se detuvo—. Bueno, el hecho de que usted no haya sido Informado aún no significa que Illyan no lo haya descubierto. Aunque todavía no hayamos localizado el lugar del imperio donde se están concentrando, en cuanto Seguridad Imperial note la cantidad de naves de guerra que han desaparecido de sus bases comprenderá que se está preparando algo. A pesar de la conmoción por la desaparición de Gregor, alguien debe de estar todavía controlando esas cosas. —Ungari aún lo miraba con expresión confundida, y, por lo tanto, Miles continuó con su explicación—: Espero que una fuerza cetagandana invada el espacio local vervanés y se desplace hacia el Centro Hegen, con la connivencia de la comandante Cavilo. Muy pronto. Pienso atravesar el sistema con la flota Dendarii y luchar contra ellos en el agujero de gusano de Vervain, custodiándolo hasta que llegue la flota de rescate de Gregor. Espero que envíen algo más que un grupo de diplomáticos para negociar. De paso, ¿tiene todavía esa nota de crédito en blanco que Illyan le dio? La necesito.

—Usted, señor —comenzó Ungari cuando hubo recuperado su voz—, no irá a *ninguna parte* que no sea nuestro refugio en la Estación Aslund. Allí aguardará tranquilo, muy tranquilo, hasta que lleguen los refuerzos de Illyan y se hagan cargo de usted. Miles ignoró sus palabras.

—Debe de haber estado reuniendo datos para presentar su informe a Illyan. ¿Tiene algo que pueda servirme?

—Tengo un informe completo de la Estación Aslund, sus preparativos y fuerzas, pero...

—Yo ya dispongo de todo eso. —Miles movió los dedos con impaciencia sobre el escritorio de Oser—. Maldición. Quisiera que hubiese pasado las dos últimas semanas en la Estación Vervain.

—Vorkosigan —insistió Ungari con los dientes apretados—, se levantará ahora mismo y vendrá con nosotros. De otro modo, haré que Overholt lo lleve por la fuerza.

Overholt lo miraba con una fría prudencia, notó Miles.

—Eso podría ser un error muy grave, señor. Peor que el que cometió al no comunicarse con Elena. Si tan sólo me permite explicarle toda la situación estratégica...

Ungari ya no pudo tolerarlo más.

—Overholt —exclamó—, deténgalo.

Miles pulsó la alarma de su consola mientras el sargento se abalanzaba sobre él. Entonces lo esquivó y se ocultó tras el sillón del escritorio. La puerta de la cabina se abrió para dar paso a Chodak con sus dos guardias, seguidos por Elena. Overholt, quien perseguía a Miles alrededor del escritorio, se encontró frente a frente con el aturdidor de Chodak. El sargento cayó al suelo pesadamente. Ungari se levantó de un salto y se detuvo. Cuatro aturdidores apuntaban en su dirección. Miles sintió que estaba a punto de llorar, o de reír. Ninguna de las dos cosas le servirían de nada. Al fin logró controlar su respiración y su voz.

—Sargento Chodak, lleve a estos dos hombres al calabozo del *Triumph*. Póngalos... póngalos cerca de Metzov y de Oser.

—Sí, almirante.

Ungari guardó un valeroso silencio, como convenía a un espía capturado, y no se resistió aunque en las venas de su cuello latía la ira contenida.

Y ni siquiera puedo inyectarlo, *pensó Miles. Un agente del nivel de Ungari debía de haber sido tratado para desarrollar una reacción alérgica a la droga; en lugar de provocarle la euforia, sólo lograría su muerte como resultado. Un momento después, llegaron dos Dendarii con una camilla flotante y se llevaron al inerte Overholt.*

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, Elena preguntó:

—Muy bien, ¿qué ha ocurrido? Miles suspiró profundamente.

—Por desgracia, ése era mi superior de Seguridad Imperial, el capitán Ungari. No estaba de humor para escuchar. Los ojos de Elena se iluminaron.

—Por Dios, Miles. Metzov, Oser, Ungari, uno tras otro... Sin duda eres muy duro con tus oficiales superiores. ¿Qué harás cuando llegue el momento de dejarlos salir a todos?

Miles sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Menos de una hora después, la flota abandonó la Estación Aslund, manteniendo un estricto silencio en las comunicaciones. Naturalmente, los aslundeños se vieron invadidos por el pánico. Miles se sentó en el centro de comunicaciones del *Triumph* y escuchó sus frenéticas preguntas, decidido a no interferir en el curso natural de los acontecimientos, a menos que los aslundeños abrieran fuego. Hasta que volviera a tener a Gregor consigo, debía presentar el perfil correcto ante Cavilo. Ella debía pensar que estaba obteniendo lo que quería, o al menos lo que había pedido.

En realidad, el curso natural de los acontecimientos prometía a Miles mejores resultados que los que hubiese podido obtener mediante la planificación y la persuasión. A Juzgar por lo que decían, los aslundeños tenían tres teorías principales: los mercenarios escapaban del Centro al recibir información sobre un ataque inminente; los mercenarios iban a reunirse con enemigos de Aslund o, en el peor de los casos, los mercenarios estaban iniciando un ataque injustificado sobre alguien, con el consiguiente contraataque, que caería sobre sus cabezas. Las fuerzas de Aslund entraron en un estado de alerta máxima. Ante la indefensión en que habían quedado por la repentina partida de sus desleales mercenarios, se pidieron refuerzos, se desplazaron naves hacia el Centro y se convocaron a los reservistas.

Miles respiró aliviado cuando la flota Dendarii abandonó la región de los aslundeños y entró en el espacio abierto. Demorados por la confusión, ninguna nave Aslundeña podría darles alcance hasta que redujeran la velocidad cerca del agujero de gusano de Vervain. Y allí, con la llegada de los cetagandanos, no resultaría difícil convencerlos para que se uniesen a las reservas Dendarii.

Había que calcular muy bien el momento oportuno. Si Cavilo todavía no había transmitido la clave de ataque a los cetagandanos, un movimiento brusco de la flota Dendarii podía inducirla a abortar el plan. Bien, decidió Miles. En ese caso, habría detenido la invasión cetagandana sin disparar un solo tiro. Una maniobra bélica perfecta, según la definición del propio almirante Aral Vorkosigan.

Por supuesto que tendré un huevo político en mi rostro y por todas partes habrá gente tratando de lincharme, pero papá lo comprenderá. Eso espero. De ese modo, sus únicos objetivos tácticos serían permanecer con vida y rescatar a Gregor, lo cual en la situación actual parecía absurda y maravillosamente simple. A menos, por supuesto, que Gregor no quisiese ser rescatado...

Pero debía aguardar para conocer las ramificaciones del árbol estratégico, decidió Miles con fatiga. Con pasos tambaleantes se dirigió a la cabina de Oser para desmoronarse en la cama y dormir doce horas.

La oficial de comunicaciones despertó a Miles llamándolo por la pantalla. En ropa interior, Miles fue hasta la consola y se dejó caer en el sillón.

—¿Sí?

—Usted pidió que le fuesen comunicados los mensajes de la Estación Vervain, señor.

—Sí, gracias. —Miles frotó sus ojos adormecidos y miró la hora. Todavía les quedaban doce horas de vuelo hasta alcanzar su destino—. ¿Hay algún signo de actividad anormal en la Estación Vervain o en su conducto?

—Todavía no, señor.

—Muy bien. Continúe vigilando en busca de alguna nave proveniente del espacio exterior. ¿Cual es el tiempo de demora en nuestras transmisiones con ellos?

—Treinta y seis minutos, señor.

—Mm. Muy bien. Transmita el mensaje. —Bostezando, se acodó sobre el escritorio de Oser y observó la pantalla. Un oficial vervanés de alto rango apareció en el vídeo y exigió explicaciones por los movimientos de la Flota Oserana-Dendarii. Sonaba muy parecido a los aslundefños. No había ninguna señal de Cavilo. Miles llamó a la oficial de comunicaciones—. Responda que, lamentablemente, su importante mensaje fue imposible de descifrar a causa de la estática y de una avería en nuestro desmodulador. Solicite una repetición urgente, con amplificación.

—Sí, señor.

En los siguientes setenta minutos. Miles tomó una ducha, se vistió con un uniforme apropiado (y botas) que le habían suministrado mientras dormía, y dio buena cuenta de un equilibrado desayuno. Entró en la cabina de mando del *Triumph* justo a tiempo para la segunda transmisión. Esta vez, la comandante Cavilo se hallaba junto al oficial vervanés con los brazos cruzados. El vervanés repitió sus palabras, literalmente con amplificación, y su voz sonó mucho más fuerte y clara. Cavilo agregó:

—Explíquense de inmediato. De otro modo, los consideraremos una fuerza hostil y responderemos en consecuencia.

Esa era la amplificación que había pedido. Miles se acomodó en el sillón y se arregló lo mejor posible su uniforme Dendarii. Se aseguró de que la insignia de almirante quedara claramente visible en la pantalla.

—Listo para transmitir —dijo a la oficial de comunicaciones con un movimiento de cabeza. Obligó a sus facciones a adoptar la expresión más serena y seria que pudo conseguir—. Almirante Miles Naismith, al mando de la Flota Mercenaria Dendarii Libre, al habla. Exclusivo para la comandante Cavilo, de los Guardianes de Randall. Señora, he cumplido con mi misión precisamente como usted lo ordenó. Le recuerdo la recompensa prometida si triunfaba. ¿Cuáles son sus siguientes instrucciones? Naismith fuera.

La oficial de comunicaciones cargó la grabación en el desmodulador.

—Señor —dijo con incertidumbre—, si esto es exclusivo para la comandante Cavilo, ¿hacemos bien en enviarlo por el canal de comando de Vervain? Los vervaneses tendrán que procesarlo antes de transmitirlo. Será visto por muchas personas aparte de ella.

—Perfecto, teniente —dijo Miles—. Transmítalo, entonces.

—Oh. Y... suponiendo que respondan, ¿qué quiere que haga? -Miles miró la hora.

—Para cuando llegue su respuesta, nuestro curso indica que nos encontraremos tras la corona de interferencia de los solés gemelos. Durante al menos tres horas estaremos incomunicados.

—Yo podría elevar la ganancia, señor, y atravesar...

—No, no teniente- La interferencia será terrible. En realidad. si logra extenderla a cuatro horas, mucho mejor. Pero haga que parezca real. Hasta que nuestro alcance me permita conferencia! con Cavilo con una demora casi nula, quiero que se considere una oficial de comunicaciones.

—Sí, señor. —Ella sonrió—. Ahora lo comprendo.

—Adelante. Recuérdelo: quiero máxima ineficacia, incompetencia y error. En los canales vervaneses, por supuesto. Usted ha trabajado con los soldados reclutas, sin duda. Sea creativa.

—Sí, señor.

Miles partió en busca de Tung.

El y Tung se hallaban profundamente concentrados en el ordenador del salón táctico del *Triumph* cuando la oficial de comunicaciones volvió a llamar.

—Cambios en la Estación Vervain, señor. Todo el tráfico de naves comerciales ha sido detenido. En todos los canales militares las transmisiones en clave se han triplicado. Y cuatro grandes naves de guerra acaban de despegar.

—¿Hacia el Centro o hacia Vervain?

—Hacia Vervain, señor.

Tung se inclinó hacia delante.

—Introduzca los datos en el ordenador a medida que los confirme, teniente.

—Sí, señor.

—Gracias —dijo Miles—. Continúe manteniéndonos al corriente. Y preste atención a los mensajes civiles también, cualquiera que pueda interceptar. Quiero saber cuáles son los rumores que corren.

—Correcto, señor. Fuera.

Tung activó lo que familiarmente se *llama monitor táctico «actualizado»*, un gráfico en color, mientras la oficial de comunicaciones introducía los nuevos datos. Entonces estudió las cuatro naves de guerra que estaban partiendo.

—Ya empieza —dijo con expresión sombría—. Tal como dijiste.

—¿No cree que sea algo causado por nosotros?

—No con esas cuatro naves. Jamás se hubieran movido de la Estación si no se las necesitase desesperadamente en otra parte, Será mejor que muevas tu trasero... quiero decir, que traslades tu bandera al *Ariel*, hijo.

Miles se frotó los labios con nerviosismo y observó lo que había denominado su «pequeña flota» en el monitor del salón táctico del *Ariel*. Ahora los equipos mostraban al mismo *Ariel* junto con dos de las naves más rápidas de las fuerzas Dendarii. Su propia flota de ataque; rápida, maniobrable, capaz de efectuar bruscos cambios de curso. Debía admitir que no contaban con un gran poder de fuego. Pero si las cosas salían tal como Miles las proyectaba, abrir fuego no sería una opción deseable de todos modos.

Ahora el salón táctico del *Ariel* estaba manejado por una tripulación mínima: Miles, Elena como su oficial de comunicaciones personal y Arde Mayhew para todos los otros sistemas. Sí llegaba el momento de combatir, entregaría el puesto a Thorne, quien por el momento se hallaba exiliado en la cabina de mando. Entonces tal vez se retirase a su cabina para abrirse el vientre con un cuchillo.

—Observemos la Estación Vervain —le dijo a Elena. Ella tocó los controles y la gran pantalla de holovideo se encendió. La representación gráfica de su objetivo parecía hervir con líneas cambiantes y diversos colores, representando los movimientos de naves, *shunts* de potencia de diversas armas y protectores y transmisiones. Los Dendarii se encontraban apenas a un millón de kilómetros, poco más de tres segundos luz. La «pequeña flota» aventajaba en dos horas a las naves más lentas de la Flota Dendarii principal, y comenzaba a reducir la velocidad.

—Ya están muy nerviosos —comentó Elena mientras se tocaba el auricular—. Insisten en que nos comuniquemos.

—Pero todavía no se deciden a lanzar un contraataque —observó Miles estudiando el gráfico—. Me alegra que comprendan dónde se encuentra el verdadero peligro. Muy bien. Diles que finalmente hemos solucionado nuestros problemas de comunicación, pero reitérales que sólo hablaré con la comandante Cavilo.

—Creo... sí, al fin la han puesto al habla. Estoy recibiendo un mensaje por el canal indicado.

—Rastréalo. —Miles se asomó sobre su hombro mientras ella buscaba la información en el sistema.

—La fuente se está moviendo...

Miles cerró los ojos en una plegaria y volvió a abrirlos cuando Elena exclamó triunfante:

—¡Lo tengo! Allí. Esa pequeña nave.

—Dame su curso y su potencia. ¿Se dirige al agujero de gusano?

—No, se aleja.

—¡Ja!

—Es una nave rápida y pequeña, del tipo *Falcon* —le informó Elena—. Si su destino es Pol... y Barrayar... debe intersectar nuestro triángulo. Miles exhaló.

—Cierto. Cierto. Aguardó para hablar por un canal que sus Jefes vervaneses no pudiesen interferir. Pensé que haría algo así. Me pregunto qué mentiras les habrá contado. ¿Sabrá que se encuentra en un punto sin retorno?

—Abrió los brazos ante el nuevo vector del gráfico—. Ven, amor. Ven hacia mí.

Elena le dirigió una mirada irónica.

—Ahí viene. Tu amorcito está a punto de aparecer en el monitor tres.

Miles voló hacia el sillón indicado y se acomodó frente a la pantalla de holovideo que comenzaba a iluminarse. Era el momento para ejercer al máximo el dominio de sí mismo. Adoptó una expresión de frío interés mientras las facciones de Cavilo tomaban forma frente a él. Por debajo, se frotó las palmas sudorosas sobre las rodillas.

Los ojos azules de Cavilo brillaban triunfantes, restringidos por la tensión de su boca y de su frente, como reflejando las naves de Miles que restringían su ruta de vuelo.

—Lord Vorkosigan. ¿Que estás haciendo allí?

—Sigo sus órdenes, señora. Usted me dijo que me hiciera cargo de los Dendarii. Y no he transmitido nada a Barrayar.

Una demora de seis segundos para que la emisión volase de nave a nave y regresase con la respuesta. Por desgracia ella tenía tanto tiempo para pensar como él.

—Yo no te ordené que cruzaras el Centro. Miles frunció el ceño confundido.

—¿Pero dónde más necesitaría mí flota sino donde se desarrolla la acción? No soy estúpido.

Esta vez la pausa fue más larga que la obligada por la demora en la transmisión.

—¿Quiere decir que no recibiste el mensaje de Metzov? —preguntó.

Estuve bastante cerca. Qué magnífica colección de dobles sentidos había en aquella conversación.

—¿Lo envió con un mensaje? Una pausa.

—¡Sí!

Mentira por mentira.

—Jamás lo vi. Tal vez desertó. Debió de comprender que usted amaba a otro. Es posible que se encuentre en el bar de alguna estación espacial, ahogando sus penas. — Miles suspiró profundamente ante una escena tan triste.

La expresión atenta y preocupada de Cavilo se llenó de ira al recibir sus palabras.

—¡Idiota! ¡Yo sé que lo tienes prisionero!

—Sí, y desde entonces me he estado preguntando por qué permitió que eso sucediera. Si no deseaba que ocurriera ese accidente, debió haber tomado precauciones.

Cavilo lo miró unos instantes y cambió de argumento.

—Temí que Stanis fuera traicionado por sus emociones. Quise darle una oportunidad más para probarse. Mis hombres tenían la orden de matarlo si trataba de matarte a ti, pero cuando Metzov falló, los estúpidos aguardaron.

Probablemente les había ordenado que lo *mataran en cuanto* Metzov lo matara a él. Miles hubiese querido tener una copia del informe de ese guardián.

—¿Lo ve? —le dijo—. Todos sus subordinados piensan por su cuenta, como yo.

Cavilo echó la cabeza hacia atrás.

—Tú, un subordinado? ¡Preferiría dormir con una serpiente!

Qué imagen tan interesante.

—Será mejor que se acostumbre a mí. Está tratando de entrar en un mundo que le resulta extraño y que yo conozco muy bien. Los Vorkosigan formamos parte de la clase poderosa de Barrayar. Le vendría muy bien tener un guía nativo.

Pausa.

—Exactamente. Estoy tratando de poner a salvo a tu Emperador. Tú te interpones en su curso de vuelo. ¡Apártate de mi camino!

Miles echó un vistazo al monitor táctico. Sí, perfecto.

Bien. Ven a mí.

—Comandante Cavilo, estoy seguro de que le falta un dato importante sobre mi persona. Pausa.

—Permíteme dejar en claro mi posición, pequeño barrayarano. Yo tengo a tu Emperador bajo mi absoluto control.

—Bien, entonces déjeme escuchar esas órdenes de su boca. Pausa. Una fracción de segundo más breve, sí.

—Puedo hacer que le corten el cuello frente a tus ojos. ¡Déjame pasar!

—Adelante. —Miles se encogió de hombros—. Aunque su cubierta quedará bastante destrozada.

Ella esbozó una sonrisa acida después de la pausa.

—Te jactas demasiado.

—Yo no me jacto. Gregor es mucho más valioso con vida para usted que para mí. Al sitio donde va, no podrá hacer nada sin él. Es su billete de carne y hueso. ¿Pero le ha mencionado alguien el hecho de que si Gregor muere, yo podría convertirme en el próximo emperador de Barrayar? —Bueno, eso era discutible, pero no era momento para entrar en detalles sobre las seis teorías barrayaranas que competían por la sucesión.

El rostro de Cavilo se paralizó.

—El dijo... que no tenía heredero. Tú también lo dijiste.

—Ninguno *designado*. Eso es porque mi padre se niega a ocupar el cargo, aunque tiene el linaje. Pero ignorar los linajes no hace que éstos desaparezcan. Y yo soy el único hijo de mi padre. Y él no podrá vivir para siempre. *Ergo...* Puede resistirse a mis grupos de abordaje, puede amenazar y llevar a cabo sus amenazas. Me estará entregando el imperio. Se lo agradeceré de corazón antes de hacerla ejecutar. El Emperador Miles Primero. ¿Qué tal le suena? ¿Tan bien como la Emperatriz Cavilo? —Miles adoptó un tono dramático.—. Otra alternativa es que trabajemos juntos. Tradicionalmente los Vorkosigan hemos sentido que la esencia es mejor que el título. El poder detrás del trono. Gregor debe haberle dicho que es mi padre quien ejerce ese poder, y usted no logrará

desalojarlo con una caída de ojos. El es inmune a las mujeres. Pero yo conozco cada uno de sus puntos débiles. Lo he pensado bien. Esta podría ser mi gran oportunidad, de una forma o de otra. Ya que estamos, señora, ¿a usted le molestaría casarse con otro emperador?

El tiempo de demora le permitió saborear los cambios de expresión en el rostro de Cavilo, a medida que iba escuchando sus calumnias. Alarma, repugnancia y, finalmente, renuente respeto.

—Parece ser que te he subestimado. Muy bien... Tus naves pueden escoltarnos hasta un lugar seguro. Una vez allí, seguiremos conversando.

—Yo la *transportaré* a un lugar seguro, a bordo del *Ariel*, donde conversaremos de inmediato. Cavilo se enderezó con furia.

—De ninguna manera—

—Muy bien, lleguemos a un acuerdo. Yo me guiaré por las órdenes de Gregor, y sólo de Gregor. Tal como le he dicho, señora, será mejor que se acostumbre a esto. Al principio, y hasta que se haya establecido, ningún barrayerano aceptara órdenes tuyas directamente. Si éste es el juego que ha decidido jugar, será mejor que comience a practicarlo. Las cosas se seguirán complicando. También puede elegir la resistencia, en cuyo caso yo me quedo con todo. —*¡Trata de ganar tiempo. Cavilo! ¡Muerde!*

—Iré a buscar a Gregor. —La pantalla se tornó gris en una señal de espera.

Miles se dejó caer contra el respaldo del sillón, se frotó el cuello y giró la cabeza, tratando de aflojar sus nervios deshechos. Estaba temblando. Mayhew lo miraba, alarmado.

—Maldición —dijo Elena en voz baja—. Sí no te conociera, pensaría que eres el sustituto de Yuri el Loco. Esa expresión en tu rostro... ¿Estoy hilando demasiado fino, o en una sola jugada has conspirado para asesinar a Gregor, te has ofrecido para convertirlo en cornudo, has acusado a tu padre de homosexualidad, has sugerido un complot parricida en su contra y te has aliado con Cavilo? ¿Qué piensas hacer cuando te pidan un bis?

—Depende de las variaciones lineales. Estoy impaciente por averiguarlo —jadeó Miles—. ¿Estuve convincente?

—Estuviste *alarmante*.

—Bien. —Miles volvió a frotarse las palmas en los pantalones—. Primero es mente a mente, entre Cavilo y yo, antes de tornarse nave a nave.

Ella es una conspiradora compulsiva. Si logro confundirla, envolverla en palabras con todas las bifurcaciones de su propia estrategia, distraerla el tiempo suficiente...

—Señal —le advirtió Elena.

Miles se enderezó y aguardó. El siguiente rostro en formarse sobre la pantalla fue el de Gregor. Estaba sano y salvo. Sus ojos se abrieron de par en par unos instantes y entonces su rostro permaneció inmóvil.

Cavilo estaba a sus espaldas, apenas fuera de foco.

—Dile lo que queremos, amor.

Miles hizo una reverencia sentado, tan profunda como le fue físicamente posible.

—Majestad. Os ofrezco la Flota Mercenaria Dendarii Libre. Disponed de ella a Vuestra voluntad.

Gregor miró hacia un costado. Evidentemente, había un monitor táctico análogo al del *Ariel*.

—Por Dios, están *contigo*. Miles, eres sobrenatural. —Su rasgo de humor fue inmediatamente reemplazado por la formalidad—. Gracias, lord Vorkosigan, acepto las tropas que me ofrece.

—Si os molestáis en abordar el *Ariel*, majestad, podréis ponerlos al mando de vuestras fuerzas.

Cavilo se inclinó hacia delante, interrumpiendo.

—Y *ahora* queda en evidencia su traición. Te pasaré parte de sus últimas palabras, Greg. —Cavilo se inclinó sobre él para tocar un control, y Miles fue invitado a presenciar una repetición instantánea de su actitud sediciosa, comenzando, naturalmente, con la farsa sobre el heredero designado y terminando con su oferta de sustituir al novio.

Gregor escuchó con la cabeza ladeada en una expresión pensativa y perfectamente controlada. Al fin la imagen de Miles llegó a su infame conclusión.

—¿Pero esto te sorprende, Cavíe? —preguntó Gregor con tono inocente mientras cogía su mano y se volvía para mirarla. A juzgar por la expresión en el rostro de Cavilo, *algo* la estaba sorprendiendo—. Las mutaciones de lord Vorkosigan lo han vuelto loco, ¡todos lo saben! Hace años que anda por ahí balbuceando esas cosas. Por supuesto que no puedo confiar en él ni tampoco puedo quitármelo de encima...

«Gracias, Gregor, recordaré esta parte.»

—...pero mientras él sienta que apoya sus intereses favoreciendo los nuestros, será un aliado valioso. La Casa Vorkosigan siempre ha sido muy poderosa en los asuntos de Barrayar. Su abuelo, el conde Piotr, fue quien puso en el trono a mi abuelo, el Emperador Ezar. Como enemigos son igualmente poderosos. Preferiría que gobernemos Barrayar con su cooperación.

—También se les podría exterminar. —Cavilo dirigió una mirada furiosa a Miles.

—El tiempo está de nuestro lado, amor. Su padre es un hombre viejo. El es un mutante. Su amenaza sobre el linaje no tiene fundamento. Barrayar nunca aceptará a un mutante por emperador, como bien sabe el conde Aral y hasta el mismo Miles reconoce en sus momentos de cordura. Pero puede causarnos problemas si lo desea. Un interesante equilibrio de poderes, ¿verdad, lord Vorkosigan?

Miles volvió a inclinarse.

—Pienso mucho en ello. —*Y tú también, por lo que veo.*

Dirigió una mirada disimulada a Elena, quien había caído de su sillón cuando Gregor comenzara a describir los soliloquios dementes de Miles, y ahora se hallaba sentada en el suelo mordiéndose una manga para que no se escucharan sus carcajadas.

Tenía los ojos brillantes sobre la tela gris. Al fin logró controlar la risa y volvió a acomodarse en su asiento. *Cierra la boca, Arde.*

—Bien, Cavíe, vayamos a reunimos con mi Gran Visir. Cuando estemos allí yo controlaré sus naves. —Se volvió para besarle la mano que todavía descansaba sobre su hombro—. Y tus deseos serán órdenes para mí.

—¿Realmente crees que es seguro? Si está tan loco como dices.

—Brillante, nervioso, caprichoso,.. Pero te aseguro que se encontrará bien, siempre y cuando reciba su medicación de forma apropiada. Con todos estos viajes, debe haber dejado de tomar su dosis con regularidad.

La demora en la transmisión se había reducido considerablemente.

—Veinte minutos para el encuentro —informó Elena.

—¿Haréis el transbordo en vuestra lanzadera o en la nuestra, majestad? —preguntó Miles con formalidad. Gregor se encogió de hombros.

—Lo que diga la comandante Cavilo.

—En la nuestra —dijo ella de inmediato.

—Os estaré esperando. —*Y preparado.*

Cavilo interrumpió la transmisión.

A través del sistema de vídeo. Miles observó cómo el primero de los Guardianes, con su armadura espacial, descendía de la lanzadera y entraba por la escotilla en el corredor del *Ariel*. El hombre fue seguido inmediatamente por cuatro más, quienes registraron el

pasillo desierto, convertido en cámara por las puertas herméticas que lo sellaban por ambos extremos. No había enemigos, ni blancos, ni siquiera armas automáticas apuntando hacia ellos. Una cámara completamente vacía. Perplejos, los Guardianes adoptaron una posición defensiva junto a la escotilla.

Gregor descendió. A Miles no le sorprendió descubrir que Cavilo no le había proporcionado un traje apropiado. El Emperador llevaba un uniforme de Guardián muy bien planchado, sin insignias, con un par de botas como única protección. Y ni siquiera ellas le servirían de mucho si uno de esos monstruos con armadura lo pisaba. Las armaduras de batalla eran sumamente útiles, a prueba de aturdidores y disruptores nerviosos, así como a la mayoría de los venenos y armas biológicas; eran resistentes (hasta cierto punto) al fuego de plasma y a la radiactividad, y estaban rellenas con armas compactas y diversos instrumentos. Eran muy apropiadas para una expedición de abordaje. Aunque, en realidad, una vez Miles había capturado el *Ariel* con menos hombres, menos armas y ninguna armadura. Aunque entonces el elemento *sorpresa* había estado de su parte.

Cavilo descendió detrás de Gregor. Ella llevaba una armadura especial, aunque por el momento traía el yelmo bajo el brazo como una cabeza decapitada. Observó el corredor vacío y frunció el ceño.

—Muy bien, ¿cuál es el truco? —preguntó en voz alta.

Para responder a tu pregunta... Miles apretó el botón del control remoto que tenía en la mano.

Una explosión sorda retumbó en el corredor. El tubo flexible se separó violentamente de la escotilla. Al percibir el descenso de la presión, las puertas automáticas se cerraron de inmediato, impidiendo que el aire escapara. Buen sistema. Miles había hecho que los técnicos se aseguraran de que funcionaba correctamente antes de insertar las minas direccionales en las grapas de la lanzadera. La nave de combate de Cavilo rodaba a un costado del *Ariel*, con sus propulsores y sensores dañados en el mismo estallido que la había expulsado al espacio, inutilizando sus armas y sus reservas humanas hasta que el desesperado piloto recuperase el control. Si podía.

—Vigíalo, Bel. No quiero que vuelva para perseguirnos. —Miles habló por el imercomunicador a Thorne, quien se hallaba en el salón táctico del *Ariel*.

—Puedo volarlo ahora mismo si quieres.

—Espera un poco. Todavía no nos hemos calmado aquí abajo. —*Dios nos ayude ahora.*

Cavilo se estaba poniendo su yelmo, y la tropa la rodeaba en posición defensiva. Todos vestidos y nadie a quien dispararle. Lo mejor era concederles unos segundos para serenarse, los suficientes para evitar fusilamientos por reflejo, pero no lo bastantes para pensar...

Miles observó a su propia tropa, compuesta por seis personas enfundadas en armaduras espaciales, y cerró su propio yelmo. Aunque en realidad los números no tenían importancia. Un millón de hombres con armas nucleares, un sujeto con un palo; todo daba igual cuando el blanco era un rehén desarmado. Miles comprendió tristemente que, minimizando la situación, no había ninguna diferencia cualitativa. De todos modos, podía equivocarse a lo grande. La diferencia principal venía dada por su cañón de plasma, apuntado hacia el corredor. Miles hizo una seña a Elena, quien manejaba el arma. Por lo general ésta no era un juguete de salón, pero sería capaz de detener una armadura espacial y volarla en pedazos. Teóricamente, a esa distancia podrían deshacerse de uno de los cinco hombres de Cavilo, antes de entrar en la batalla cuerpo a cuerpo.

—Allá vamos —dijo Miles por su canal de mando—. Recordad el ejercicio. —Apretó otro botón, y las puertas herméticas entre su grupo y el de Cavilo comenzaron a abrirse

lentamente, una velocidad cuidadosamente calculada como para inspirar miedo sin sobresaltar.

La emisión fue difundida por todos los canales y por el altavoz. Para el plan de Miles era absolutamente esencial que sus primeras palabras fuesen escuchadas.

—¡Cavilo! —gritó— ¡Desactive sus armas y permanezca inmóvil, o de otro modo Gregor quedará reducido a átomos!

El lenguaje corporal era algo maravilloso. Resultaba sorprendente ver cuánto podía expresarse a través de la superficie brillante de una armadura espacial. La más pequeña de las figuras permaneció confundida, con las manos abiertas. Privada de palabras: privada, durante unos preciosos segundos, de reacciones. Porque, por supuesto, Miles acababa de robarle su movimiento de abertura.

¿Y ahora qué tienes que decir, amor? Era una maniobra desesperada.

La lógica indicaba que el problema del rehén era insoluble, y, por lo tanto. Miles había decidido que su única posibilidad radicaba en convertirlo en el problema de Cavilo.

Bueno, al menos había logrado paralizarlos. Pero no podía permitir que acabasen en tablas.

—¡Déjelas, Cavilo! Sólo necesita un movimiento nervioso para pasar de novia imperial a novia de nadie. Y yo comienzo a estar *muy tenso*.

—Dijiste que era seguro —le susurró Cavilo a Gregor.

—Debe de estar tomando sus medicamentos con menos regularidad de la que pensé —respondió Gregor con expresión ansiosa—. No, espera... Se está jactando. Lo probaré.

Con las manos abiertas a los costados, Gregor caminó directamente hacia el cañón de plasma. Miles abrió la boca detrás del yelmo.

¡Gregor, Gregor, Gregor...! Gregor miró fijamente la placa de recubrimiento en el yelmo de Elena- Su paso no se aceleró ni vaciló. Sólo se detuvo cuando su pecho estuvo contra la boca del cañón. Fue un momento de enorme dramatismo. Miles estaba tan cautivado que necesitó todos esos segundos para mover su dedo unos pocos centímetros y apretar el control que cerraba las puertas herméticas.

El blindaje no había sido programado para un cierre lento, y las puertas se sellaron con un movimiento más rápido que la vista. Se escucharon algunos ruidos al otro lado, disparos de plasma, gritos; Cavilo deteniendo a un hombre Justo a tiempo para que no disparara a una mina en la pared de una cámara cerrada, ocupada por él mismo. Luego el silencio.

Miles dejó caer su rifle de plasma y se arrancó el yelmo.

—Dios todopoderoso, no esperaba eso. Gregor, eres un genio. Suavemente, Gregor alzó un dedo y apartó la boca del cañón.

—No te preocupes —dijo Miles—. Ninguna de nuestras armas está cargada. No quise arriesgarme a sufrir ningún accidente.

—Estaba casi seguro de que era así —murmuró Gregor, y se volvió para mirar las puertas herméticas—. ¿Qué habrías hecho si yo no reaccionaba?

—Seguir hablando. Tratar de llegar a un acuerdo. Todavía me quedaba un truco o dos, detrás de la otra puerta hermética hay un escuadrón con armas cargadas. Al final, si ella no mordía, estaba dispuesto a rendirme.

—Eso me temía.

Unos extraños ruidos sordos atravesaron las puertas herméticas.

—Elena, hazte cargo —dijo Miles—, Acaba con ellos. Atrapa a Cavilo con vida, si es posible, pero no quiero que ningún Dendarii muera en el intento. No corras ningún riesgo; no confíes en nada de lo que te diga.

—He comprendido la idea. —Elena hizo la venia y llamó a su escuadrón, el cual rompió filas para cargar sus armas. Elena habló por el intercomunicador con el líder del escuadrón gemelo que aguardaba al otro lado del corredor, y luego lo hizo con el comandante de la lanzadera del *Ariel*, quien se acercaba por el espacio.

Miles se llevó a Gregor de allí, alejándolo lo más rápido posible de la zona de peligro—
—Iremos al salón táctico. Allí te pondré al tanto. Tendrás que tomar algunas decisiones.

Entraron en un tubo elevador y subieron. Con cada metro más de distancia entre Gregor y Cavilo, Miles respiraba mejor.

—Hasta que hablamos frente a frente —dijo Miles—, mi mayor preocupación era que Cavilo realmente hubiese logrado lo que se proponía: nublar tu mente. No entendía de dónde podían provenir sus ideas si no era de ti. Yo no estaba seguro de lo que podría hacer en ese caso, salvo seguirle el juego hasta que pudieras entregarte a manos expertas en Barrayar. Si sobrevivía. No sabía si comprendías sus verdaderos propósitos.

—Oh, de inmediato —dijo Gregor—. Tenía la misma sonrisa ávida que Vordrozda solía tener. Y unos cuantos caníbales menos. Ahora puedo oler a un lisonjero hambriento de poder a mil metros de distancia.

—Me inclino ante mi maestro de estrategia. —Miles hizo una pequeña genuflexión—. ¿Sabes que te rescataste a tí mismo? Ella te hubiese llevado hasta casa, incluso aunque yo no hubiera aparecido.

—Fue sencillo. —Gregor frunció el ceño—. Sólo se requería que yo no tuviese ninguna honra personal. —Miles notó que en los ojos de Gregor no había expresión triunfante alguna.

—No puedes engañar a un hombre honesto —dijo Miles con incertidumbre—, Ni a una mujer. ¿Qué hubieses hecho si ella te hubiese llevado a casa?

—Eso depende. —Gregor fijó la vista en la distancia—. Si te mataba, supongo que la habría hecho ejecutar. —Gregor se volvió para mirar atrás mientras salían del tubo—. Esto es mejor. Tal vez... tal vez exista algún modo para darle una oportunidad.

Miles parpadeó.

—Si fuera tú, me cuidaría mucho de darle a Cavilo cualquier clase de oportunidad. ¿Ella la merece? ¿Comprendes lo que está ocurriendo, a cuántas personas ha traicionado?

—En parte. No obstante...

—¿No obstante, qué?

Gregor habló en voz tan baja que resultó apenas audible.

—Hubiera querido que fuese sincera.

—... y ésta es la actual situación táctica en el Centro y en el espacio local vervanés, hasta donde tengo información. —Miles concluyó su presentación a Gregor, Tenían la sala de conferencias del *Ariel* para ellos solos; Arde Mayhew montaba guardia en el corredor. Miles había comenzado su resumen en cuanto Elena le había informado que los huéspedes hostiles estaban bajo control. Sólo se había detenido para quitarse la incómoda armadura y volver a vestirse con su uniforme Dendarii. La armadura se la había prestado una mercenaria y, por lo tanto. Miles no había podido orinar desde que se la había puesto.

Miles congeló la imagen en la pantalla de holovideo. Sería interesante poder detener el tiempo real de la misma manera, tocando una tecla.

—Notarás que nuestras mayores lagunas de Inteligencia se encuentran en las informaciones precisas sobre las fuerzas cetagandanas. Espero que los vervaneses cubran algunos de esos resquicios, si logramos persuadirlos de que somos sus aliados, y que los Guardianes nos revelen más- De un modo o de otro.

»Ahora, majestad, la decisión se encuentra en vuestras manos. ¿Pelear o escapar? Yo podría desprender el *Ariel* ahora mismo de la flota Dendarii y llevarte a casa. No se perdería mucho para la batalla del conducto.

Allí lo importante será el poder de fuego y las armaduras, no la velocidad. No es muy difícil imaginar lo que mi padre e Illyan preferirían que hiciésemos.

—No. —Gregor se movió en su silla—. Aunque, por otro lado, ellos no se encuentran aquí.

—Es cierto. Pero, yendo al extremo opuesto, ¿deseas ser el comandante en jefe de este enredo? Gregor sonrió con suavidad.

—Vaya tentación. ¿Pero no crees que existe cierta... arrogancia en aceptar el mando sin haber aprendido nunca a obedecer? Miles se ruborizó un poco.

—Yo... Bueno, yo me enfrento a un dilema similar. Tú has conocido la solución. Su nombre es Ky Tung. Más tarde, cuando regresemos al *Triumph* conversaremos con él. —Miles se detuvo—. Hay un par de cosas más que podrías hacer por nosotros. Si lo deseas. Cosas verdaderas.

Gregor se frotó el mentón y lo observó.

—Suéltalas ya, lord Vorkosigan.

—Legítima a los Dendarii. Preséntalos ante los vervaneses como la fuerza de respaldo de Barrayar. A mí no me creerán. Tu palabra es ley. Puedes lograr una alianza defensiva legal entre Barrayar y Vervain... y tal vez consigas que se nos una Aslund también. Lo siento, pero tus mayores aptitudes son las diplomáticas, no las castrenses. Ve a la Estación Vervain y negocia con esas personas.

—A salvo detrás de las trincheras —observó Gregor secamente.

—Sólo si vencemos, al otro lado del salto. Si somos derrotados, estarás en territorio enemigo.

—Preferiría ser un soldado. Algún teniente solitario, con un puñado de hombres a su cargo.

—No existe ninguna diferencia moral entre uno y diez mil, te lo aseguro. No importa a cuántos lleves a la muerte; te condenas del mismo modo.

—Yo quiero participar en la batalla. Es probable que nunca en mi vida vuelva a tener la ocasión de participar en un verdadero riesgo.

—¿Qué? ¿El riesgo que corres cada día con los asesinos dementes que hay no es lo bastante emocionante para ti? ¿Quieres más?

—Riesgo activo, no pasivo. Verdadero servicio.

—Sí, según tu opinión, el mejor servicio que puedes brindar a los que arriesgan la vida es ofrecerte como oficial inferior de campaña, te apoyaré lo mejor que pueda —dijo Miles con frialdad.

—Vaya —murmuró Gregor—. Tú sí que sabes dar la vuelta a una frase como a un cuchillo, ¿verdad? —Se detuvo—. Una alianza...

—Si tuvierais la amabilidad, majestad.

—Oh, basta con eso. —Gregor suspiró—. Interpretaré el papel que se me ha asignado. Como siempre.

—Gracias. —Miles consideró la posibilidad de ofrecerle una disculpa, un consuelo, pero luego lo pensó mejor—. La otra variable son los Guardianes de Randall. Si no me equivoco, ahora se encuentran en un considerable desorden. Su segundo al mando se ha desvanecido, su comandante ha desertado justo cuando se iniciaba la acción. ¿Cómo fue que los vervaneses le permitieron partir?

—Les dijo que iba a conferenciar contigo, y les sugirió que de alguna manera había logrado sumarte a sus fuerzas.

—Mm. Tal vez nos haya allanado el camino sin saberlo. ¿Ella niega estar involucrada con los cetagandanos?

—Creo que los vervaneses todavía no saben que ella les ha abierto la puerta. Cuando dejamos la Estación Vervain, todavía se estaban quejando por la incompetencia con que los Guardianes defendían el extremo cetagandano del conducto.

—Y probablemente tengas razón. No creo que la mayoría de los Guardianes estuvieran al tanto de la traición. De otro modo, no se hubiese podido mantener el secreto durante tanto tiempo. Y cualquiera que haya sido el cuadro que trabajaba con los cetagandanos,

seguramente quedó en la oscuridad cuando Cavilo tomó por su tangente imperial. ¿Tienes conciencia de que has sido tú quien ha hecho esto? ¿Sabotear la invasión cetagandana sin ayuda?

—Oh —susurró Gregor—, necesité mis dos manos para hacerlo.

Miles decidió no insistir en aquello.

—De todos modos, si podemos, es necesario que controlemos a los Guardianes, que los quitemos de las espaldas de todos.

—Muy bien.

—Sugiero una representación del bueno y el malo. Yo tomaré el papel del malo.

Cavilo fue traída entre dos hombres. Todavía llevaba puesta la armadura espacial, bastante deteriorada, pero el yelmo había desaparecido. Se le habían retirado todas las armas, desconectado los sistemas de control y soldado las articulaciones del traje, convirtiéndolo en una prisión de cien kilos, ceñido como un sarcófago. Los dos soldados Dendarii la situaron enhiesta a un extremo de la mesa de conferencias y dieron un paso atrás. Una estatua con la cabeza viva, una metamorfosis al estilo Pígalión, interrumpida horriblemente.

—Gracias, caballeros, pueden retirarse —dijo Miles—. Comandante Bothari-Jesek, por favor, quédese.

En una resistencia inútil, Cavilo realizó el único movimiento físico que le era posible y giró su rubia cabeza, mirando a Gregor con furia mientras los soldados se marchaban.

—Eres una serpiente —gruñó—. Un *canalla*.

Gregor se hallaba con los codos sobre la mesa y el mentón apoyado en las manos. Alzó la cabeza para decir con fatiga:

—Comandante Cavilo, mis padres murieron violentamente en una intriga política antes de que yo cumpliera los seis años. Seguramente usted ya habrá investigado este hecho. ¿Pensó que estaba tratando con un aficionado?

—Estuvo en un error desde el principio, Cavilo —dijo Miles mientras caminaba lentamente a su alrededor, como inspeccionando su premio. Ella volvió la cabeza para seguirlo, pero luego tuvo que girar el cuello para encontrarlo al otro lado—. Debió haber cumplido con su contrato original. O con su segundo plan. O con el tercero. En realidad, debió haber cumplido con algo. Cualquier cosa. Su absoluto egoísmo no la fortaleció, la convirtió en un trazo al viento, al alcance de cualquiera. Sin embargo, y aunque no estoy de acuerdo con él, Gregor considera que se le debe brindar una oportunidad de salvar su despreciable vida.

—Tú no tienes cojones para arrojarme por una escotilla. —Sus ojos estaban empuñados por la ira.

—No pensaba hacerlo. —Como evidentemente la ponía nerviosa. Miles volvió a girar en torno a ella—. No. Más adelante, cuando esto haya pasado, pensaba entregarla a los cetagandanos. Un trato que no nos costará nada y nos ayudará a ganar su simpatía. Supongo que la estarán buscando, ¿no? —Se detuvo frente a ella y sonrió.

El rostro de Cavilo empalideció. Los tendones se tensaron en su cuello delgado.

Gregor habló.

—Pero si hace lo que le pedimos, le garantizaré su salida del Centro Hegen, vía Barrayar, cuando esto haya terminado. Junto con aquellos de los suyos que queden vivos y quieran seguirla. Eso le otorgará una ventaja de dos meses para escapar a la venganza cetagandana por este desastre.

—En realidad —intervino Miles—, si interpreta bien su papel, hasta podría llegar a salir de esto como una heroína. ¡Qué divertido! La mirada furiosa de Gregor no fue completamente fingida.

—Ya te tendré —le susurró Cavilo a Miles.

—Será el mejor trato que pueda conseguir. Su vida. Salvarse. Empezar de nuevo, lejos de aquí, muy lejos de aquí. De eso se ocupará Simon Illyan. Lejos, pero vigilada.

Su mirada enfurecida comenzó a tornarse calculadora.

—¿Qué quieres que haga?

—No mucho. Entregar sus fuerzas a un oficial escogido por nosotros. Probablemente en coordinación con los vervaneses, ya que, después de todo, ellos son quienes le pagan. Presentará su reemplazo a la cadena de mando y se retirará al calabozo del *Triumph* por el tiempo que dure el conflicto.

—¡No quedarán supervivientes entre los Guardianes cuando esto haya terminado!

—Existe esa posibilidad —le concedió Miles—, Pero, por favor, comprenda que no le estoy ofreciendo una alternativa entre esto y algo mejor. Es esto o los cetagandanos. Y ellos sólo aprueban la traición en aquellos que obran a su favor.

Cavilo pareció a punto de escupir, pero, sin embargo, dijo:

—Muy bien. Me rindo. Acepto el trato.

—Gracias.

—Pero ya lo verás, pequeñín —dijo con voz vaga y ponzoñosa—. Hoy te crees muy importante, pero el tiempo te hará caer. Podría decirte que esperes unos veinte años, pero no creo que vivas tanto tiempo. El tiempo te enseñará lo poco que conseguirás con tus lealtades. Algún día te triturarán y te convertirán en una hamburguesa. Lamentaré no estar allí para verlo.

Miles llamó a los soldados.

—Llévensela. —Fue casi una súplica. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Miles se volvió y encontró la mirada de Elena sobre él—. Dios, esa mujer me da escalofríos.

—¿Ah sí? —observó Gregor, todavía con los codos sobre la mesa—. Sin embargo, en cierto modo, parecéis coincidir. Pensáis parecido.

—¡Gregor! —protestó Miles—, ¿Elena? —dijo, buscando una aliada.

—Ambos sois muy retorcidos —dijo Elena con indecisión—. Y eh..-, bajos. —Al ver la mirada ofendida de Miles, se explicó—. Es más una cuestión de forma que de contenido. Si tú fueras un fanático del poder, en lugar de...

—De otra clase de fanático, sí. Continúa.

—... podrías tramar una maquinación semejante. Parecías disfrutar con la situación.

—Gracias... —Miles dejó caer los hombros. ¿Sería cierto? ¿Así sería él dentro de veinte años? ¿Enfermo de cinismo y de ira, con un caparazón que sólo se estremecía ante el poder? ¿Una armadura con una bestia herida en su interior?

—Regresemos al *Triumph* —dijo brevemente—. Todos tenemos trabajos que hacer.

Con impaciencia, Miles caminó de un lado al otro por la pequeña cabina del almirante Oser, a bordo del *Triumph*. Gregor estaba con una cadera apoyada en el escritorio y lo miraba ir y venir.

—... por supuesto que los vervaneses se mostrarán desconfiados, pero con los cetagandanos jadeando en su nuca no tendrán más remedio que creer. Y negociar. Tú harás que parezca lo más atractivo posible y cerrar el trato rápidamente, pero no debes concederles más de lo necesario...

Gregor lo interrumpió secamente.

—Quizá quieras venir conmigo y actuar como mi apuntador. Miles se detuvo y se aclaró la garganta.

—Lo siento. Sé que sabes más que yo sobre tratados. Es sólo que... algunas veces digo tonterías cuando estoy nervioso.

—Si, lo sé.

Miles logró mantener la boca cerrada, aunque no así los pies, hasta que el timbre de la cabina sonó.

—Los prisioneros, tal como ordenó, señor —anunció el sargento Chodak por el intercomunicador.

—Gracias, entre. —Miles se inclinó sobre el escritorio y pulso el control de la puerta.

Chodak y un escuadrón acompañaban al capitán Ungari y al sargento Overholt. Los prisioneros estaban tal como había ordenado, por cierto: lavados, afeitados, peinados y vestidos con pulcros uniformes grises Dendarii, con sus respectivas insignias equivalentes. También parecían sentirse bastante ariscos y hostiles al respecto.

—Gracias, sargento. Pueden retirarse.

—¿Retirarnos? —Las cejas de Chodak cuestionaron la sensatez de esto—. ¿Seguro que no quiere que, al menos, montemos guardia en el corredor, señor? Recuerde la última vez.

—No será necesario en esta ocasión.

La mirada de Ungari pareció negar su afirmación. Chodak se retiró con desconfianza, manteniendo su aturdidor apuntando a los dos hombres hasta que las puertas se cerraron.

Ungari inhaló profundamente.

—¡Vorkosigan! Es usted un maldito mutante sedicioso. Haré que se enfrente a una corte marcial por esto. Haré que lo despellejen...

Aún no había notado a Gregor, quien seguía apoyado en el escritorio y también estaba vestido con un uniforme Dendarii, aunque sin insignia, ya que no existía ninguna equivalente para el Emperador.

—Señor... —Miles hizo que la mirada oscura del capitán se volviese hacia Gregor.

—Esos sentimientos son compartidos por tantas personas, capitán Ungari, que me temo que tendrá que ponerse en la fila y esperar su turno —observó Gregor con una leve sonrisa.

Ungari dejó escapar el resto del aire sin hablar. Se cuadró de inmediato y, en la desenfadada combinación de emociones que pasaron por su rostro, la más pronunciada fue la de un profundo alivio.

—Majestad...

—Mis disculpas, capitán —dijo Miles—, por la forma despótica en que los he tratado. Pero consideré que mi plan para rescatar a Gregor era demasiado delicado para... para... —Para sus nervios—. Pensé que sería mejor hacerme cargo de la responsabilidad. —*Usted no se hubiera sentido muy feliz observando, de veras. Y yo no me hubiese sentido muy feliz con usted tironeándome del codo.*

—No son los alféreces quienes deben responsabilizarse de operaciones de esta magnitud, sino sus comandantes —gruñó Ungari—. Simón Illyan hubiera sido el primero en señalármelo si su plan hubiese fallado.

—Bueno, entonces le felicito, señor; acaba de rescatar al Emperador —replicó Miles—. Quien, como su comandante en jefe, tiene unas cuantas órdenes para usted, si le permite hablar.

Ungari apretó los dientes y, con un esfuerzo visible, apartó la vista de Miles para volverse hacia Gregor.

—¿Majestad?

Gregor habló.

—Siendo los únicos miembros de Seguridad Imperial en millones de kilómetros, con excepción del alférez Vorkosigan, quien tiene otras tareas, quiero que usted y el sargento Overholt me acompañen hasta que hayamos establecido contacto con nuestros refuerzos. También es posible que los emplee como mensajeros. Antes de que abandonemos el *Triumph*, por favor, compartan cualquier información pertinente que posean con los Dendarii. Ahora ellos son mis...

—Más leales servidores —le sugirió Miles en voz baja.

—Fuerzas —concluyó Gregor—. Considere este traje gris como el uniforme reglamentario y respételo como corresponde. —Ungari bajó la vista hacia el suyo y lo miró con repugnancia—. Sin duda, recuperará su uniforme verde cuando yo recupere el mío.

—Yo destacaré el *Ariel* y otra de las naves Dendarii más rápidas para el servicio personal del Emperador, cuando se dirijan a la Estación Vervain. Si deben cumplir tareas como mensajeros, les sugiero que se lleven la más pequeña y dejen el *Ariel* con el Emperador. Su capitán, Bel Thorne, es un hombre de mi mayor confianza.

—¿Sigues pensando en mi retirada, Miles? —preguntó Gregor alzando una ceja.

Miles hizo una pequeña inclinación.

—Si las cosas salen muy mal, alguien debe vivir para vengarnos. Y, además, los Dendarii supervivientes deben recibir su paga. Les debemos eso al menos.

—Si —reconoció Gregor con suavidad.

—También tengo mi informe personal sobre los acontecimientos recientes. Quiero que se lo entregue a Simon Illyan —continuó Miles—, en caso... en caso de que lo vea antes que yo. —Le entregó el disco a Ungari.

Ungari parecía mareado ante la rápida reorganización de sus prioridades.

—¿La Estación Vervain? Pol Seis es el sitio donde estaréis a salvo, majestad.

—La Estación Vervain es donde se encuentra mi deber, capitán, y, por lo tanto, también el suyo. Venga conmigo y se lo explicaré por el camino.

—¿Dejaréis suelto a Vorkosigan? —Ungari frunció el ceño—. ¿Con estos mercenarios? Eso me presenta un problema, majestad.

—Lo siento, señor —dijo Miles a Ungari—. No puedo, no puedo... —*Obedecerle*. Miles no pronunció la palabra—. Tendría más problemas si envío a estos mercenarios a la batalla y luego no me presento para librarla. Esa es una diferencia entre yo y... y la ex comandante de los Guardianes. Debe de haber alguna diferencia entre nosotros, y tal vez sea ésa. Gre... el Emperador me comprende.

—Mm —asintió Gregor—. Sí, capitán Ungari, oficialmente designo al alférez Vorkosigan como nuestro enlace Dendarii. Bajo mi responsabilidad. Lo cual debería ser suficiente para usted.

—¡No es para mí para quien debe ser suficiente, majestad!

Gregor vaciló unos instantes.

—Entonces para los intereses de Barrayar. Ese es argumento suficiente incluso para Illyan. Vamos, capitán.

—Sargento Overholt, usted será el guardaespaldas personal del Emperador y su ordenanza, hasta nuevo aviso.

Overholt no pareció nada aliviado ante este abrupto ascenso.

—Señor —susurró en un aparte a Miles—, ¿no he seguido el curso avanzado?

Se refería al curso obligatorio, conducido personalmente por Simón Illyan, para los guardias de palacio. De ese modo, los guardaespaldas de Gregor siempre eran personas refinadas.

—Todos enfrentamos un problema similar aquí, sargento, puede creerme —le respondió Miles también en voz baja—. Esfuércese al máximo.

El salón táctico del *Triumph* bullía de actividad. Cada sillón estaba ocupado, y cada pantalla de holovideo brillaba mostrando las naves y las modificaciones tácticas de la flota. Miles permaneció junto a Tung sintiéndose inútil. Recordó las bromas allá en la academia. *Regla 1: Sólo desecha el ordenador táctico si sabes algo que él no sabe. Regla 2: El ordenador táctico siempre sabe más que tú.*

—Esto era el combate? ¿Esta cámara sorda, las luces cambiantes los sillones con cojines? Tal vez la indiferencia fuese positiva para los comandantes. El corazón le golpeaba en el pecho. Un salón táctico de semejante calibre podía provocar una sobrecarga de información y un atasco mental si uno se lo permitía. El truco estaba en filtrar lo que era importante y en nunca, nunca olvidar que el mapa no era el territorio.

Miles recordó que aquí su tarea no era comandar. Era observar cómo lo hacía Tung y aprender de él otras formas de pensamiento, distintas de los modelos de la Academia de

Barrayar. Miles sólo intervendría si alguna necesidad político-estratégica externa cobraba prioridad sobre la lógica táctica interna. Miles rezaba para que esa contingencia no se produjese, ya que una forma más breve y desagradable de definirla sería traicionar a tus tropas.

Miles observó con atención cuando una pequeña nave exploradora apareció en la garganta del agujero de gusano. En la pantalla táctica era un punto rosado que se movía lentamente en un vórtice de oscuridad. En la pantalla telescópica era una nave esbelta sobre las estrellas distantes, y en otro monitor era una colección de datos telemétricos, de numerotología, como un ideal platónico. *¿Qué es la verdad? Todo. Nada.*

—Tiburón Uno a Flota Uno —dijo la voz del piloto en la consola de Tung—. Tienen diez minutos. Prepárense para la irrupción del haz.

Tung habló por el intercomunicador.

—Flota inicia salto según instrucciones—

La primera nave Dendarii que aguardaba junto al agujero de gusano maniobró para situarse en su puesto, resplandeció en el monitor táctico (aunque no pareció hacer nada en la pantalla telescópica) y desapareció. Una segunda nave la siguió treinta segundos después, el margen mínimo entre dos saltos. Dos naves tratando de volver a materializarse al mismo tiempo y en el mismo lugar darían como resultado una gran explosión y ninguna nave.

Cuando el haz telemétrico de Tiburón fue digerido por el ordenador táctico, la imagen rotó de tal modo que al vórtice oscuro que representaba (aunque de ningún modo retrataba) el conducto se le contrapuso un vórtice de salida. Más allá, una colección de puntos y líneas representaba a las naves en vuelo que maniobraban, disparaban y escapaban. La fortificada estación bélica de los vervaneses, gemela de la que desembocaba en el Centro, donde Miles había dejado a Gregor; los atacantes cetagandanos. Al fin tenían un panorama de su lugar de destino. Aunque, por supuesto, no eran más que mentiras, ya que había un retraso de varios minutos.

—Vaya —comentó Tung—. Qué desastre. Allá vamos...

La alarma del salto sonó. Era el turno del *Triumph*. Miles se aferró al respaldo de la silla de Tung, aunque intelectualmente sabía que la sensación de movimiento era ilusoria. Un remolino de sueños pareció nublar su mente por unos instantes, por una hora; era inconmensurable. El vuelco en el estómago y la atroz oleada de náuseas que siguió no tuvo ningún parecido con un sueño. El salto había pasado. Hubo un momento de silencio en la cabina, mientras todos trataban de superar su desorientación. El murmullo volvió a iniciarse donde se había interrumpido. *Bienvenidos a Vervain. Un conducto para saltar al infierno.*

El monitor táctico tardó unos instantes en introducir los nuevos datos y volver a centrar su pequeño universo. El agujero de gusano estaba custodiado por su sitiada Estación y por una escasa y apaleada formación de naves vervanesas, junto con algunas de los Guardianes comandadas por Vervain. Los cetagandanos ya la habían atacado una vez, habían sido repelidos y ahora se cernían fuera del alcance de tiro, aguardando refuerzos para el próximo ataque. Estos entraban en el sistema vervanés atravesando el otro agujero de gusano.

El otro agujero de gusano había caído de inmediato. Incluso con el elemento sorpresa de parte de los cetagandanos, los vervaneses hubiesen podido detenerlos de no haber sido porque, aparentemente, tres naves de los Guardianes habían comprendido mal sus órdenes y se habían retirado cuando debían de haber contraatacado. Pero los cetagandanos habían asegurado su cabeza de puente y comenzaban a entrar.

El segundo agujero de gusano, el de Miles, había estado mejor equipado para la defensa, hasta que los aterrados vervaneses lo despojaron de todo lo que habían podido encontrar para defender su planeta. Miles no podía culparlos; la elección estratégica contraria hubiese sido muy difícil de sostener. Pero ahora los cetagandanos se

desplazaban por el sistema casi sin impedimentos, Jugando a la rayuela sobre el planeta en un osado intento de apoderarse del agujero de gusano de Hagen.

El primer método que solía ponerse en práctica para atacar un agujero de gusano era utilizando subterfugios, sobornos e infiltración, esto es, el engaño. El segundo, que también utilizaba subterfugios en su ejecución, era el de enviar fuerzas por otra ruta (si la había), e introducirse así en el espacio local disputado. El tercero era iniciar el ataque con una nave que tendía un «muro solar», una masiva descarga de misiles nucleares desplegados como una unidad, creando una ola aplanada que solía acabar con todo, incluyendo, muchas veces, a la nave atacante; pero los muros solares eran muy costosos y sólo tenían un efecto local. Los cetagandanos habían intentado combinar los tres métodos, tal como podía verse por la desorganización de los Guardianes y la inmundicia radiactiva presente en las vecindades de su primer blanco.

El cuarto método aprobado para el problema de atacar frontalmente un agujero de gusano custodiado era dispararle al oficial que lo sugería. Miles confiaba en que, para cuando él hubiese cumplido su cometido, los cetagandanos lo pondrían en práctica, también.

El tiempo pasó. Miles enganchó un sillón en sus grapas y estudió el monitor central hasta que se le nublaron los ojos y su mente amenazó con caer en una fuga hipnótica. Entonces se levantó, se estiró y comenzó a circular por la nave, entremetiéndose en todo.

Los cetagandanos maniobraron. La repentina llegada de las fuerzas Dendarii había sido motivo de una confusión temporal.

El ataque final sobre los agotados vervaneses tendría que ser retrasado y habría que realizar otra incursión previa para ablandar las defensas. Era costoso. A estas alturas los cetagandanos no podían hacer mucho por ocultar el alcance de sus fuerzas. Y ellos no sabían si al otro lado del conducto los Dendarii contaban con refuerzos ilimitados. Por unos instantes, Miles albergó la esperanza de que esta amenaza fuese lo bastante grande para hacer que los cetagandanos desistieran del ataque-

—No —suspiró Tung cuando Miles le confió su optimista pensamiento—. Ya han llegado muy lejos. La factura será demasiado alta para fingir que sólo estaban bromeando. Un comandante cetagandano que decida retirarse tendrá que enfrentar una corte marcial cuando regrese a casa. Deberán seguir adelante hasta el final, tratando desesperadamente de cubrir sus traseros sangrientos con la bandera de la victoria.

—Eso es... abominable.

—Eso es el sistema, hijo, y no sólo el de los cetagandanos. Uno de los defectos inherentes al sistema. Y además —dijo Tung con una breve sonrisa—, todavía no están perdidos del todo. Hecho que trataremos de ocultarles.

Las fuerzas cetagandanas comenzaron a moverse. Sus rumbos y su aceleración indicaban que trataban de pasar a la fuerza. La idea era realizar varias concentraciones de fuerzas, con tres o cuatro naves atacando a una en conjunto, abatiendo el espejo de plasma de la defensa. Los Dendarii y los vervaneses intentarían una estrategia idéntica contra los rezagados cetagandanos, salvo algunos valientes capitanes de ambos bandos, equipados con las nuevas lanzas de implosión, que trataban de detectar un blanco en el corto alcance de sus armas. Miles también intentó vigilar los preparativos de los Guardianes. No todas sus naves tenían consejeros vervaneses a bordo, y siempre era preferible que las formaciones de los Guardianes estuviesen frente a los cetagandanos, no a espaldas de los Dendarii.

En el salón táctico continuaba el suave murmullo de los técnicos y de los ordenadores. Debía haber habido un redoblar de tambores, gaitas, algo que anunciase esta danza de la muerte. Pero si la realidad irrumpía en aquella burbuja guarnecida, lo haría de forma repentina y absoluta.

Un mensaje apareció en el vídeo, y provenía del interior de la nave- Sí, todavía estaban rodeados por una nave. Era un oficial que se comunicaba con Tung, muy agitado.

—El calabozo, señor. Tengan cuidado allá arriba. Hemos tenido una fuga. El almirante Oser ha escapado y también ha dejado salir a todos los otros prisioneros.

—¡Maldición! —Juró Tung. Miró a Miles con furia y señaló la pantalla—. Avisa a Auson. Miles se sentó ante la consola de comunicaciones y llamó a puente del *Triumph*.

—¡Auson! ¿Está al tanto de lo de Oser?

El rostro irritado de Auson apareció en la pantalla.

—Sí, estamos trabajando en ello.

—Ordene vigilancia adicional para el salón táctico, ingeniería y su propio puente. Es un mal momento para sufrir interrupciones.

—Dígamelo a mí. Podemos ver a esos malditos cetagandanos que se acercan. — Auson cortó la comunicación.

Miles comenzó a revisar los canales internos de seguridad, y sólo se detuvo para observar la llegada de los guardias bien armados al corredor. Era evidente que Oser había recibido ayuda para escapar, de uno o varios oficiales leales a él, lo cual a su vez hacía que Miles dudase de la seguridad de los guardias. ¿Y Oser trataría de aliarse con Metzov y Cavilo? Un par de Dendarii encerrados por infracciones disciplinarlas fueron hallados vagando por los corredores y reconducidos al calabozo; otro regresó por su cuenta. Un sospechoso de espionaje fue arrinconado en una bodega. Aún no había señales de los verdaderamente peligrosos...

—¡Allí está!

Una lanzadera de carga se salía de sus grapas al costado del *Triumph* y se alejaba por el espacio.

Miles recorrió varios canales hasta encontrar el control de fuego.

—¡No abran fuego, repito *no* abran fuego sobre esa lanzadera!

—Eh... —llegó la respuesta—. Sí, señor. No abrir fuego.

¿Por qué Miles recibió la impresión subliminal de que el guardia no tenía planeado abrir fuego? Evidentemente, era una fuga bien coordinada. La cacería de brujas que vendría después sería muy desagradable.

—¡Comuníqueme con esa nave! —le ordeno Miles al oficial de comunicaciones—. *Ah, y envíen un guardia a las escotillas de las lanzaderas...* Demasiado tarde.

—Lo intentaré, señor, pero no responden.

—¿Cuántos hay a bordo?

—Varios, pero no estamos seguros con exactitud...

—Comuníqueme. Tienen que escuchar, aunque no respondan.

—Tengo un canal, señor, pero realmente no sé si están escuchando.

—Lo intentaré. —Miles inspiró profundamente— ¡Almirante Oser! Vire esa lanzadera y regrese al *Tnumph*. Es demasiado peligroso; se dirige directamente hacia una zona de fuego. Regrese, y yo le garantizaré su seguridad personalmente...

Tung estaba mirando sobre el hombro de Miles.

—Trata de llegar al *Peregrine*. ¡Maldición! Si esas naves se marchan, perderemos nuestra formación defensiva. Miles se volvió hacia el ordenador táctico.

—No lo creo. Pensé que habíamos puesto al *Peregrine* en la zona de reserva precisamente porque no nos parecía de fiar.

—Sí, pero si el *Peregrine* se marcha, puedo nombrarte a otros tres capitanes que lo seguirán. Y si perdemos cuatro naves...

—Los Guardianes se retirarán a pesar de su comandante vervanés, y estaremos fritos. Ya veo. —Miles volvió a mirar el ordenador táctico—. ¡No creo que lo logre, almirante Oser! ¿Me recibe?

—¡Mira! —Tung regresó a su asiento y volvió a concentrarse en los cetagandanos. Cuatro naves se congregaban al borde de la formación Dendarii, mientras que otra trataba de penetrar por el centro en un intento de ataque con la lanza. Esta nave lanzó una

descarga de plasma que, por casualidad, hizo blanco en la lanzadera solitaria. Sólo unas chispas brillantes.

—El no supo que los cetagandanos estaban atacando hasta que la lanzadera se separó del *Triumph* —susurró Miles—, Fue un buen plan, sólo que calculó mal el momento... Pudo haber regresado, pero decidió seguir adelante... —¿Oser había elegido morir? ¿Ese argumento le servía de consuelo?

Los cetagandanos completaron su incursión y se marcharon. Los Dendarii mantenían una ligera ventaja. Varias de las naves cetagandanas estaban muy maltrechas, y una había sido destruida. Los Dendarii y los Guardianes trataban desesperadamente de evaluar sus propios daños- Los Dendarii todavía no habían perdido naves, pero sí poder de fuego, motores, controladores de vuelo y escudos protectores. La próxima incursión de ataque sería devastadora.

Ellos pueden afrontar tres pérdidas por cada una nuestra. Si siguen viniendo a mordisquear, inevitablemente vencerán, *reflexiono Miles con frialdad-* A menos que consigamos refuerzos.

Pasaron las horas mientras los cetagandanos volvían a su formación. Miles tomó unos breves descansos en la cámara de oficiales, pero se sentía demasiado nervioso para emular las sorprendentes siestas instantáneas de quince minutos de Tung. Miles sabía que el euroasiático no fingía estar relajado; nadie era capaz de fingir un ronquido tan desagradable.

Se podía observar cómo los refuerzos cetagandanos se acercaban por el sistema vervanés. Ese tiempo de espera era un riesgo para ambos bandos. Los cetagandanos podían equiparse mejor. pero sus enemigos se recuperarían. Seguramente, ellos también debían contar con un ordenador táctico en su nave comando, y éste habría generado una curva de probabilidades que marcaba la intersección óptima entre los dos. Si los malditos vervaneses fueran más agresivos al atacar esa vía de abastecimiento que provenía de su base planetaria...

Y ahí venían otra vez. Tung observaba sus monitores apretando y abriendo los puños de forma inconsciente, enviando ordenes, corrigiéndolas, anticipándose. Miles le observaba con gran atención y trataba de absorberlo todo. Su imagen de la realidad estaba cada vez más llena de agujeros, a medida que se iban averiando los sensores o emisores de las diversas naves. Los cetagandanos atravesaron la formación Dendarii, una nave Dendarii voló en pedazos y otra, privada de sus armas, trató de ponerse fuera de su alcance. Tres naves de los Guardianes se retiraron juntas. Aquello empezaba a pintar mal...

"Tiburón Tres aproximándose —dijo una voz abrupta, por encima de todos los otros canales de comunicación. Miles salto de su asiento—. Mantengan despejado este agujero de gusano. La ayuda se acerca.

—Justo *ahora* —gruñó Tung, pero Intentó un rápido despliegue para cubrir el pequeño espacio y mantenerlo libre de desechos, misiles, fuego enemigo y, por encima de todo, naves enemigas con lanzas de implosión.

Las naves cetagandanas que estaban en posición de responder casi parecieron ponerse a tiro. Los movimientos de las naves Dendarii anunciaban *cambios inminentes*. Los Dendarii podían estar a punto de retirarse. Quizá se abriese una nueva oportunidad...

—¿Qué *diablos* es eso? —dijo Tung cuando algo enorme y por el momento indescifrable apareció en la garganta del agujero de gusano y de inmediato inició la aceleración—. Es demasiado grande para ser tan rápido. Es demasiado rápido para ser tan grande.

Miles reconoció el perfil de energía incluso antes de que la imagen terminara de formarse.

Vaya crucero de prueba que están teniendo.

—Es el *Prince Serg*. Nuestros refuerzos imperiales barrayaranos acaban de llegar. — Inspiró profundamente—. ¿No le prometí que...?

Absolutamente admirado, Tung profirió una horrible maldición. Otras naves siguieron a la primera, Aslundefñas, polenses, y rápidamente se dispersaron en una formación de ataque, no de defensa.

La agitación entre las naves cetagandanas fue como un grito silencioso. Una nave armada con lanza de Implosión se abalanzó valientemente sobre el *Prince Serg*, pero fue partida en dos, con lo que descubrieron que las lanzas del *Serg* habían sido perfeccionadas y triplicaban su alcance. Ese fue el primer golpe mortal.

El segundo llegó por la red de comunicaciones: una llamada a los agresores cetagandanos ofreciéndoles la alternativa de rendirse o ser destruidos... en nombre de la Flota Aliada Hagen, del emperador Gregor Vorbarra y del conde almirante Aral Vorkosigan, comandantes de la Junta.

Por un momento, Miles pensó que Tung estaba a punto de desvanecerse. El euroasiático inhaló profundamente y exclamó maravillado;

—¡Aral Vorkosigan! ¿Aquí? ¡Es increíble, maldita sea! —Y agregó en voz un poco más baja—: ¿Cómo lograron que saliera de su retiro? ¡Tal vez llegue a conocerlo!

Tung era uno de los admiradores más fanáticos de su padre, recordó Miles, y era capaz de narrar cada detalle de las primeras campañas del almirante de Barrayar.

—Veré lo que puedo hacer —le prometió Miles.

—Si logras arreglar eso, hijo... —Con un gran esfuerzo, Tung logró apartar la mente de su devota afición por la historia militar y regresó a la tarea de escribirla.

Las naves cetagandanas se estaban retirando, primero de una en una y luego en grupos más coordinados, tratando de organizar un repliegue más o menos protegido. El *Prince Serg* y su grupo de apoyo no perdieron ni una fracción de segundo. De inmediato las siguieron y atacaron las formaciones enemigas. Durante las horas siguientes, la retirada se convirtió en una verdadera fuga, ya que al fin las naves vervanesas que protegían el planeta se atrevieron a salir de sus órbitas y se unieron al ataque. Las reservas vervanesas no mostraron piedad después del terror que les habían infundido los cetagandanos.

Con los detalles finales, el control de los daños sufridos y los rescates de personal. Miles se vio tan absorbido que necesitó todas esas horas para ir comprendiendo de forma gradual que la guerra había terminado para la flota Dendarii. Habían hecho su trabajo.

17

Antes de abandonar el salón táctico, Miles habló con Seguridad del *Triumph* para averiguar cómo progresaba la investigación sobre los prisioneros fugados. Todavía figuraban como desaparecidos Oser, el capitán del *Peregrine* y otros dos oficiales leales oseranos: la comandante Cavilo y el general Metzov.

Miles estaba bastante seguro de haber visto cómo Oser y sus oficiales se convertían en cenizas radiactivas, ¿pero Metzov y Cavilo estaban también a bordo de esa lanzadera? Qué ironía si, después de todo, Cavilo había muerto a manos de los cetagandanos. Aunque, había que admitirlo, hubiese sido igualmente irónico si moría a manos de los vervaneses. los Guardianes de Randall, los aslundefños, los barrayaranos o cualquiera a quien hubiese traicionado en su breve y fugaz carrera por el Centro Hegen. Su muerte había sido muy oportuna en caso de ser cierta, pero... a Miles no le agradaba pensar que sus últimas y furiosas palabras habían adquirido el peso profético de una maldición. Supuestamente, debía temerle más a Metzov que a Cavilo, pero no era así. Miles se estremeció y llamó a un guardia para que le acompañase a su cabina.

En el camino, se cruzó con varios heridos que estaban siendo transferidos a la enfermería del *Triumph*. Al encontrarse en el grupo de reserva, el *Triumph* no presentaba grandes averías, pero otras naves no habían sido tan afortunadas. En batallas espaciales, las listas de bajas mostraban una proporción inversa a las de las planetarias. Los muertos superaban en número a los heridos, y en ciertas circunstancias donde se preservaba el ambiente artificial, los soldados podían sobrevivir a sus heridas. Vacilante, Miles cambió de rumbo y siguió a la procesión. ¿Qué podía hacer de utilidad en la enfermería?

Por lo visto, no se habían enviado los casos más fáciles al *Triumph*. Tres terribles quemaduras y una gran herida en la cabeza encabezaban la fila, y fueron recibidos por el personal que aguardaba con ansiedad. Algunos soldados estaban conscientes y aguardaban su turno en silencio, inmovilizados sobre sus camillas flotantes, con los ojos nublados por el dolor y los calmantes.

Miles trató de decir unas palabras a cada uno. Algunos lo miraron sin comprender, y otros parecieron apreciarlo; Miles permaneció unos momentos más con estos últimos, brindándoles todo el aliento posible. Entonces se apartó y permaneció en silencio varios minutos. Junto a la puerta, invadido por el conocido y terrible olor a enfermería después de la batalla, desinfectantes y sangre, carne quemada, orina y electrónica, hasta que comprendió que el cansancio lo estaba volviendo completamente estúpido e inútil, tembloroso y a punto de llorar. Se apartó de la pared y salió de allí. La cama. Si alguien necesitaba su presencia, que lo fuesen a buscar.

Abrió la cerradura codificada de la cabina de Oser. Ahora que la había heredado, tendría que cambiar los números de la clave. Miles suspiró y entró. En ese instante tomó conciencia de dos problemas- Primero, había despedido a su guardaespaldas al entrar en la enfermería, y segundo, no estaba solo. La puerta se cerró a sus espaldas antes de que Miles pudiera retroceder al corredor.

El rostro rojizo del general Metzov era aún más llamativo que el brillo plateado del disruptor nervioso que tenía en la mano, apuntado directamente al centro de su cabeza.

De algún modo, Metzov había conseguido un uniforme gris Dendarii, algo pequeño para él. La comandante Cavilo, quien se hallaba detrás del general, llevaba uno un poco grande. Metzov se veía enorme... y furioso. Cavilo parecía... extraña. Amarga, irónica, casi divertida. Tenía unos cardenales marcados en el cuello y no llevaba arma.

—Te tengo —susurró Metzov con tono triunfante—. Al fin.

—Con un rictus por sonrisa, avanzó lentamente hacia Miles hasta que lo sujetó por el cuello con una mano y lo apretó contra la pared. Entonces dejó caer el disruptor nervioso y le rodeó el cuello con la otra mano también, no para rompérselo, sino para estrangularlo.

—Nunca logrará sobrevivir a... —fue todo lo que Miles logró decir antes de quedarse sin aire. Pudo sentir cómo su tráquea comenzaba a crujir, y su cabeza estuvo a punto de explotar al cortarse el flujo de sangre. No habría forma de convencer a Metzov para que no lo hiciese.

Cavilo avanzó agazapada, silenciosa como un gato, y después de recoger el disruptor nervioso retrocedió para colocarse a la izquierda de Miles.

—Stanís, querido —murmuró. Metzov, obsesionado con estrangular a Miles, no volvió la cabeza. En una evidente imitación del general. Cavilo continuó—: Abre las piernas para mí, perra, o te volaré el cerebro.

Entonces Metzov giró la cabeza, y sus ojos se abrieron de par en par. Ella le voló el cerebro. La descarga azul le dio justo entre los ojos. En su última convulsión, Metzov estuvo a punto de quebrar el cuello de Miles a pesar del refuerzo plástico de sus huesos, pero entonces cayó al suelo. El olor electroquímico de la muerte producida por un disruptor nervioso fue como una bofetada en el rostro de Miles.

Miles permaneció paralizado contra la pared, sin atreverse a moverse. Alzó la vista del cadáver a Cavilo. Ella tenía los labios curvados en una sonrisa de inmensa satisfacción.

¿Sus palabras habrían sido una cita textual y reciente? ¿Qué habrían estado haciendo en la cabina de Oser durante las largas horas de espera? El silencio se extendió.

Miles tragó saliva tratando de aclarar su dolorida garganta. Al fin dijo con voz ronca:

—No se trata de una queja, por supuesto, ¿pero por qué no sigue adelante y me dispara a mí también? Cavilo sonrió.

—Una venganza rápida es mejor que ninguna. Una lenta y dolorosa es mejor aún, pero para saborearla debo sobrevivir. Otro día, chico. —Bajó el disruptor nervioso como para enfundarlo, pero luego lo dejó pender hacia abajo en su mano—. Has jurado sacarme a salvo del Centro Hegen, señorito Vor. Y yo he llegado a creer que eres lo suficientemente estúpido para cumplir tu palabra. No se trata de una queja, por supuesto. Ahora bien, si Oser nos hubiese entregado más de un arma, o si me hubiese dado el disruptor nervioso a mí y la clave de la cabina a Stanis, o si nos hubiese llevado con él tal como le supliqué, las cosas habrían sido diferentes.

Muy diferentes.

Lentamente y con gran cautela, Miles se fue acercando a la consola y llamó a Seguridad. Cavilo lo observó con expresión pensativa. Después de unos segundos, cuando se acercaba el momento de que irrumpiesen en la cabina, ella se aproximó a él.

—Te subestimé, ¿sabes?

—Yo nunca la subestimé a usted.

—Lo sé. No estoy acostumbrada a... gracias. —Con desprecio, Cavilo arrojó el disruptor nervioso sobre el cuerpo de Met-zov. Entonces, con un movimiento repentino, giró rodeando a Miles por el cuello y lo besó vigorosamente. Su cálculo del tiempo fue perfecto: Seguridad, Elena y el sargento Chodak entraron como una tromba justo antes de que Miles lograra quitársela de encima.

Miles descendió de la lanzadera del *Triumph* y atravesó el corto tubo flexible por el que se abordaba el *Prince Serg*. Con envidia, observó el corredor limpio, espacioso y bellamente iluminado, la fila de resplandecientes guardias de honor en posición de firmes, los oficiales que aguardaban vestidos con sus uniformes de etiqueta del imperio de Barrayar. Echó un rápido vistazo a su propio uniforme Dendarii gris y blanco. El *Triumph*, orgullo de la flota Dendarii, pareció convertirse en algo pequeño, sucio y estropeado.

Sí, pero vosotros no os veríais tan pulcros si nosotros no hubiésemos trabajado tan duro, se consoló Miles.

Tung, Elena y Chodak también lo miraban todo como turistas. Miles les ordenó ponerse firmes para recibir los saludos formales de sus anfitriones.

—Soy el comandante Natochini, segundo comandante del *Prince Serg* —se presentó el barrayarano de alto rango—. El teniente Yeeorov los acompañará a usted y a la comandante Bothari-Jesek a su encuentro con el almirante Vorkosigan, almirante Naismith. Comodoro Tung, yo le guiaré personalmente en su visita por el *Prince Serg* y estaré encantado de responder cualquier pregunta que desee formular, si las repuestas no son reservadas, por supuesto.

—Por supuesto. —El rostro amplio de Tung parecía inmensamente complacido. En realidad, si llegaba a sentirse más orgullo, corría el riesgo de explotar.

—Después de su junta y nuestra visita, nos reuniremos con el almirante Vorkosigan para almorzar en el comedor de oficiales —continuó diciendo el comandante Natochini a Miles—. Nuestros últimos invitados fueron el presidente de Pol y su séquito, doce días atrás.

Seguro de que los mercenarios comprendían la magnitud del privilegio que les estaba siendo concedido, el oficial barrayarano condujo al alegre Tung y a Chodak por el corredor. Miles escuchó que Tung reía y murmuraba:

—Almorzar con el almirante Vorkosigan; vaya, vaya... El teniente Yegorov condujo a Miles y a Elena en dirección opuesta.

—¿Usted es barrayarana, señora? —le preguntó a Elena-

—Mi padre fue escudero bajo juramento de lealtad al conde Piotr durante dieciocho años —respondió ella—. Murió al servicio del conde.

—Ya veo —dijo el teniente respetuosamente—. Entonces conoce a la familia. —*Eso explica tu presencia*, leyó Miles en su pensamiento.

—Ah, sí.

El teniente observó con un poco más de desconfianza al «almirante Naismith».

—Y... ¿Tengo entendido que usted es betanés, señor?

—De origen —dijo Miles con su mejor acento betanés.

—Es posible que... que encuentre nuestro modo de hacer las cosas un poco más formal de lo que acostumbra —le advirtió el teniente—. Como usted comprenderá, el conde está habituado a la deferencia y el respeto que le concede su rango.

Encantado, Miles observó como el serio oficial buscaba un modo amable de decirle: «Llámale "señor", no te limpies la nariz en la manga y tampoco menciones tu condenado discurso igualitario betanés».

—Es posible que le resulte bastante temible.

—Una persona verdaderamente estirada, ¿eh? El teniente frunció el ceño.

—Es un gran hombre.

—Oh, le apuesto a que si le servimos el suficiente vino durante el almuerzo, se aflojará y contará chistes verdes como el mejor.

La sonrisa amable de Yegorov se paralizó. Con los ojos brillantes, Elena se inclinó hacia Miles y le susurró:

—¡Almirante! ¡Compórtate!

—Oh, está bien —susurró Miles apesadumbrado-

El teniente miró a Elena con expresión agradecida.

Miles admiró el lustre y la pulcritud de todo al pasar. Además de ser nuevo, el *Prince Serg* había sido diseñado tanto para la diplomacia como para la guerra, una nave capaz de llevar al Emperador en sus visitas de estado, sin perder eficiencia militar. Miles vio a un alférez en un corredor transversal. El joven dirigía a una cuadrilla de técnicos que efectuaban reparaciones menores. No, por Dios, eran instalaciones originales. El *Prince Serg* había abandonado la órbita con sus obreros todavía trabajando. Miles se volvió para mirar atrás.

Aquí estaría yo, de no haber sido por la gracia de Dios y del general Metzov. Si tan sólo se hubiese mantenido tranquilo en la isla Kyril durante esos seis meses... Sintió una ilógica punzada de envidia mirando a ese atareado alférez.

Entraron en el territorio de los oficiales. El teniente Yegorov los condujo por una antesala, hasta llegar a una oficina de aspecto espartano, dos veces más grande de lo que Miles Jamás hubiese visto en una nave barrayarana. El conde almirante Aral Vorkosigan alzó la vista de su consola cuando las puertas comenzaron a abrirse lentamente-

Miles entró, sintiendo un repentino temblor en el vientre. Para ocultar y controlar sus emociones exclamó:

—¡Eh!, vais a poneros gordo y blando como un caracol imperial si seguís echado en medio de este lujo, ¿sabéis?

—Ah! —El almirante Vorkosigan abandonó el sillón y se golpeó contra el costado del escritorio en su prisa.

Bueno, no me extraña, ¿Cómo podría ver con todas esas lágrimas en sus ojos? Estrechó a Miles en un fuerte abrazo. Miles sonrió, parpadeó y tragó saliva, con el rostro apretado contra esa manga verde y fresca, y casi había recuperado el control de sus facciones cuando el conde Vorkosigan lo apartó sin soltarlo para inspeccionarlo con atención.

—¿Te encuentras bien, muchacho?

—Bien- ¿Qué tal ese salto por el agujero de gusano?

—Bien —respondió el conde Vorkosigan—. Aunque te diré que, en ciertos momentos, algunos de mis consejeros quisieron hacerte fusilar. Y también hubo momentos en que estuve de acuerdo con ellos.

El teniente Yegorov, interrumpido cuando comenzaba a anunciar su llegada (Miles no le escuchó hablar y dudaba de que su padre lo hubiese hecho), todavía tenía la boca abierta y parecía totalmente perplejo. Conteniendo una sonrisa, el teniente Jóle se levantó de su sillón al otro lado de la consola y condujo a Yegorov fuera de la habitación con gran suavidad.

—Gracias, teniente. El almirante agradece sus servicios; eso será todo... —Jóle volvió la cabeza con expresión pensativa y siguió a Yegorov. Antes de que se cerrara la puerta, Miles alcanzó a ver cómo el teniente rubio se acomodaba en un sillón de la antesala y echaba la cabeza hacia atrás en la postura de un hombre al que le aguardaba una larga espera. Algunas veces, la cortesía de Jóle alcanzaba lo sobrenatural.

—Elena. —Con un esfuerzo, el conde Vorkosigan se separó de Miles para sujetar sus dos manos con fuerza—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, señor.

—Eso me complace... más de lo que puedo expresar. Cordelia te envía todo su amor. Si te veía debía recordarte que... ah, tengo que encontrar la frase exacta... fue una de sus máximas betanesas: «Tu casa es el sitio al que, si necesitas ir, tienen que permitirte entrar».

—Puedo escuchar su voz —sonrió Elena—. Dígale que se lo agradezco. Dígale que... lo recordaré.

—Bien. —El conde Vorkosigan no continuó presionándola—. Sentaos, sentaos. —Les señaló dos sillas cerca de la consola, y luego él también fue a sentarse. Por un instante, sus facciones se relajaron, pero entonces volvieron a concentrarse.

Dios, parece cansado, notó Miles; por una fracción de segundo, lo vio casi espectral. *Gregor, tendrás que responder por muchas cosas*. Pero Gregor ya sabía eso.

—¿Cuáles son las últimas noticias sobre el cese del fuego? —preguntó Miles.

—Todo marcha bien, gracias. Las únicas naves cetagandanas que no han regresado por donde vinieron tienen averiados los sistemas de control o sus pilotos se encuentran heridos. Les estamos permitiendo efectuar reparaciones y regresar con su tripulación mínima. El resto no tiene salvación. Estimo que el tráfico comercial controlado podrá reanudarse en seis semanas.

Miles sacudió la cabeza.

—Así termina la Guerra de los Cinco Días. En ningún momento vi a un cetagandano frente a frente. Todo ese esfuerzo y esa sangre derramada sólo para regresar al status quo.

—No para todos. Varios oficiales cetagandanos han sido llamados a su capital. Allí tendrán que explicar esta «aventura no autorizada» a su emperador, y serán castigados con la muerte.

Miles emitió un bufido.

—En realidad, tendrán que expiar la derrota. «Aventura no autorizada.» ¿Alguien cree en eso? ¿Por qué se toman la molestia, siquiera?

—Es un truco, muchacho. El enemigo en retirada debe pagar todos los platos rotos.

—Tengo entendido que vosotros habéis burlado a los polenses. Todo este tiempo pensé que sería Simón Illyan quien vendría en persona para llevarnos a casa.

—El quería venir, pero no podíamos ausentarnos los dos al mismo tiempo. La pantalla que creamos para ocultar la ausencia de Gregor podía desmoronarse en cualquier momento.

—¿Y cómo lo hicisteis?

—Escogimos a un oficial joven que se parece mucho a Gregor. Le dijimos que se preparaba un complot para asesinar al emperador y que él sería la carnada. Bendito sea, de inmediato se ofreció a cooperar- El y su guardaespaldas, a quien se había contado la misma historia, pasaron las siguientes semanas viviendo cómodamente en Vorkosigan Surleau, comiendo los mejores platos... pero sufriendo de indigestión. Al fin, cuando desde la capital comenzaron a presionar con sus preguntas, lo enviamos de viaje. La gente lo averiguará muy pronto, estoy seguro, si es que aún no lo han hecho. Pero ahora que Gregor ha regresado, podremos explicarlo como nos plazca. Como a él le plazca. — El conde Vorkosigan frunció el ceño unos momentos, aunque no con disgusto.

—Me sorprendí, y al mismo tiempo me alegré mucho —dijo Miles—, de que vuestras fuerzas hubiesen logrado pasar tan rápido a través de Pol. Temía que no os lo permitieran hasta que los cetagandanos estuviesen en el Centro, Y entonces, ya sería demasiado tarde.

—Sí, bueno, ése es otro motivo por el cual estoy yo en lugar de Simón. Como Primer Ministro y antiguo Regente, era perfectamente razonable que realizase una visita de estado a Pol. Nos presentamos con una lista de las cinco principales concesiones diplomáticas que nos han estado pidiendo durante años, y sugerimos sentarnos a conversar.

»Siendo todo tan formal, tan abierto y oficial, era perfectamente razonable combinar mi visita con el crucero de prueba del *Prince Serg*. Nos encontrábamos en órbita alrededor de Pol. subiendo y bajando en lanzadera para recepciones oficiales y fiestas. —De forma inconsciente se llevó una mano al vientre, como para aliviarse un dolor—. Yo seguía tratando desesperadamente de entrar en el Centro sin necesidad de disparar a nadie, cuando llegó la noticia del ataque cetagandano sobre Vervain. El permiso para proceder fue despachado de inmediato, y nos encontrábamos a días de donde se desarrollaba la acción, no a semanas. Lograr que los aslundeños se aliaran a los polenses fue un asunto mas delicado. Gregor me sorprendió por la forma en que manejo el asunto. Los vervanenses no presentaron problemas ya que. para ese entonces, estaban ansiosos por encontrar aliados.

—He oído que ahora Gregor es bastante popular en Vervain.

—En este mismo momento están brindando en su honor. —el conde Vorkosigan miró su cronómetro—. Han enloquecido por él. Dejarlo trabajar en el salón táctico del *Prince Serg* puede haber sido mejor idea de lo que pensé. Desde un punto de vista puramente diplomático. —El conde Vorkosigan parecía algo absorto.

—Me... me sorprendió que le permitierais saltar con vos en la zona de fuego. No lo esperaba.

—Bueno, si lo piensas, el salón táctico del *Prince Serg* debe de haber estado entre los metros cúbicos más defendidos de todo el espacio local vervanés. Era, era...

Miles observó con fascinación cómo su padre trataba de pronunciar las palabras perfectamente seguro y no lograba hacerlo. Entonces comprendió.

—¿No fue idea vuestra, verdad? ¡El mismo Gregor lo ordenó, estando a bordo!

—Tuvo varios buenos argumentos para sustentar su posición —dijo el conde Vorkosigan—. La propaganda parece estar dando sus frutos.

—Pensé que seríais demasiado... prudente como para permitirle correr el riesgo.

El conde Vorkosigan se estudió las manos.

—No puedo decirte que estaba enamorado de la idea. Pero una vez juré servir a un emperador. El momento más peligroso de un guardián es cuando la tentación de convertirse en titiritero se vuelve racional. Siempre supe que llegaría. No. Siempre supe que si el momento no llegaba, habría faltado a mi promesa. —Se detuvo— De todos modos, desprenderse resulta difícil.

¿Gregor os hizo frente? Oh, cómo hubiese querido ser una mosca en la pared de esa habitación.

—Incluso habiendo practicado contigo todos estos años —agregó el conde Vorkosigan en forma reflexiva.

—Eh... ¿cómo está vuestra úlcera? El conde Vorkosigan hizo un mueca.

—No preguntes. —Se iluminó un poco—. Mejor, en estos tres últimos días. Hasta es posible que ordene comida para el almuerzo, y no esa miserable pasta médica.

Miles se aclaró la garganta.

—¿Cómo está el capitán Ungarí?

El conde Vorkosigan frunció los labios.

—No se siente muy complacido contigo.

—Yo... no puedo disculparme. Cometí muchos errores, pero no obedecer su orden de aguardar en la estación Aslund no fue uno de ellos.

—Aparentemente, no. —El conde Vorkosigan miró la pared opuesta con el ceño fruncido—. Y, sin embargo, más que nunca estoy convencido de que el Servicio regular no es sitio para ti. Es como tratar de encajar una clavija cuadrada. No, peor que eso: es como tratar de encajar un mosaico en un agujero redondo.

Miles simio una punzada de pánico.

—¿No seré licenciado, verdad?

Elena se miró las uñas e intervino.

—En ese caso, podrías tener trabajo como mercenario. Igual que el general Metzov. Tengo entendido que la comandante Cavilo está buscando hombres aptos. —Elena soltó una risita al ver la expresión exasperada de Miles.

—Lamenté enterarme de que Metzov había muerto —observó el conde Vorkosigan—. Habíamos planeado extraditarlo antes de que las cosas se pusieran difíciles con la desaparición de Gregor.

—¡Ah! ¿Finalmente decidieron que la muerte de ese prisionero komarrarés durante la revuelta fue asesinato? Pensé que... El conde Vorkosigan alzó dos dedos.

—Fueron dos asesinatos. Miles se detuvo.

—Dios mío, no habrá tratado de atrapar al pobre Ahn antes de partir, ¿verdad? —Casi se había olvidado de Ahn.

—No, pero nosotros lo rastreamos a él. Aunque para ese entonces Metzov ya había dejado Barrayar. Y, sí, el rebelde komarrarés había sido torturado hasta morir- Su muerte no fue del todo intencionada, pero parece ser que había alguna deficiencia en su salud. Sin embargo, no fue en venganza por la muerte del guardia, tal como había sospechado el investigador original. Fue al revés. El cabo de guardia barrayarano, que había participado en la tortura o al menos la había consentido con una débil protesta, según Ahn, terminó por rebelarse y amenazó con delatar a Metzov.

»Metzov lo asesinó en uno de sus ataques de ira y luego hizo que Ahn lo ayudase, atestiguando que el hombre había escapado. Por lo tanto, Ahn debió de corromperse dos veces con el mismo asunto. Metzov le aterrorizaba, aunque, sí alguna vez llegaban a saberse las cosas, él también estaría en manos de Ahn; un extraño lazo entre ambos. Cuando los agentes de Ilyan llegaron a buscarlo, Ahn pareció casi aliviado y se ofreció voluntariamente a ser inyectado para un interrogatorio. Miles recordó al meteorólogo con pesar.

—¿Qué le ocurrirá ahora?

—Habíamos planeado utilizarlo como testigo en el juicio de Metzov. Ilyan pensó que incluso podíamos beneficiarnos con ello, en relación con los komarrarés. Presentarles a ese pobre idiota que era el guardia como un héroe olvidado. Colgar a Metzov como prueba de la buena fe del Emperador, en un compromiso de Impartir justicia a barrayaranos y komarrarés por igual; una bonita puesta en escena. —El conde Vorkosigan frunció el ceño—. Creo que ahora tendremos que olvidarlo.

Miles soltó el aire de los pulmones.

—Metzov. Una cabeza de turco hasta el final. Debe haber sido algún mal karma que debía llevar; aunque seguramente se lo ha ganado.

—Cuidate de pedir justicia. Puedes llegar a obtenerla.

—Eso ya lo he aprendido, señor.

—¿Ya? —El conde Vorkosigan lo miró alzando una ceja—. Mm.

—Y hablando de justicia... —Miles aprovechó la oportunidad—. Estoy preocupado por la paga de los Dendarii. Sufrieron grandes daños, más de los que un mercenario suele tolerar. Su único contrato fue mi palabra. Si... si el Imperio no me respalda, habré cometido perjurio.

El conde Vorkosigan esbozó una leve sonrisa.

—Ya hemos considerado la cuestión.

—¿El presupuesto de Illyan para asuntos reservados alcanzará a cubrir esto?

—El presupuesto de Illyan moriría en el intento, pero tú parece tener un amigo muy influyente. Te extenderemos una nota de crédito de Seguridad Imperial, te entregaremos las reservas de esta flota y te daremos los fondos personales del Emperador. Esperamos recuperarlo todo más tarde, de una asignación especial obtenida a través del Consejo de Ministros y el Consejo de los Condes. Presenta una cuenta. Miles extrajo un disco de su bolsillo.

—Aquí está. La calculadora de la flota Dendarii estuvo despierta toda la noche preparándola. Algunas estimaciones de daños todavía son preliminares.—Lo dejó sobre el escritorio de la consola.

El conde Vorkosigan esbozó una sonrisa.

—Estás aprendiendo, muchacho... —Insertó el disco para revisarlo rápidamente—. Haré que te preparen una nota de crédito para la hora del almuerzo. Podrás llevártela al marcharte.

—Gracias.

—Señor —dijo Elena—, ¿qué ocurrirá ahora con la flota Dendarii?

—Lo que ella decida, supongo. Aunque no pueden quedarse aquí, tan cerca de Barrayar.

—¿Seremos abandonados otra vez? —preguntó Elena.

—¿Abandonados?

—Una vez usted nos convirtió en una fuerza imperial. Yo pensé, y Baz también... Luego Miles nos abandonó. Y entonces... nada.

—Igual que en la isla Kyril —observó Miles—, Ojos que no ven, corazón que no siente. —Se encogió de hombros tristemente—, Creo que ellos sufrieron un deterioro semejante en su espíritu.

El conde Vorkosigan le dirigió una mirada aguda.

—El destino de los Dendarii, así como tu carrera militar futura, todavía es tema de discusión.

—¿Participaré yo en esa discusión? ¿Y ellos?

—Te lo haremos saber. —El conde Vorkosigan apoyó las manos sobre el escritorio y se levantó—. Por ahora, es todo lo que puedo decir. ¿Almorzamos, oficiales?

—Miles y Elena no tuvieron más remedio que levantarse también.

—El comodoro Tung aún no sabe nada sobre nuestra verdadera relación —le advirtió Miles—. Os pido que lo mantengáis en secreto, ya que tendré que interpretar al almirante Naismith cuando nos reunamos con él.

La sonrisa del conde Vorkosigan se tornó peculiar.

—Illyan y el capitán Ungari aprobarían el hecho de que no revelemos una identidad secreta potencialmente útil. Sin duda alguna.

—Os lo advierto, el almirante Naismith no es muy respetuoso.

Elena y el conde Vorkosigan se miraron y echaron a reír. Miles aguardó, tratando de conservar su dignidad, hasta que se calmaron. Al fin.

El almirante Naismith fue muy cortés durante el almuerzo. Ni siquiera el teniente Yegorov hubiese podido encontrarle alguna falta.

El mensajero del gobierno vervanés entregó la nota de crédito en la estación del planeta. Miles atestiguó el recibo con su huella dactilar, un examen de retina y la firma ilegible del almirante Naismith, en nada parecida a la cuidadosa rúbrica del alférez Vorkosigan.

—Es un placer tratar con caballeros tan honorables como ustedes —dijo Miles guardando la nota en su bolsillo con satisfacción.

—Es lo menos que podemos hacer —dijo el comandante de la estación de enlace—. No puedo narrarle mis emociones cuando los Dendarii se materializaron en nuestra ayuda. Sabíamos que el siguiente ataque cetagandano sería el último, y nos preparábamos para luchar hasta el final.

—Los Dendarii no podrían haberlo hecho solos —dijo Miles con modestia—. Sólo los ayudamos a conservar la cabeza de puente hasta que llegaron las verdaderas armas.

—Pero, de no haber sido así, las fuerzas de la Alianza Hegen, las grandes armas, como dice usted, jamás hubiesen podido introducirse en el espacio local vervanés—

—No sin un gran coste, seguramente —le concedió Miles. El comandante de la estación miró su cronómetro.

—Bueno, dentro de poco mi planeta expresará su opinión de un modo más tangible- ¿Me permite acompañarle a la ceremonia, almirante? Ya es la hora.

—Gracias. —Miles se levantó y lo siguió fuera de la oficina, palpando el agradecimiento concreto que llevaba en el bolsillo. *Medallas, ¡hah! Las medallas no pagan la reparación de una flota.*

Miles se detuvo en el portal transparente, atrapado en parte por la vista de la estación de enlace y en parte por su propio reflejo. El uniforme de etiqueta Oserano-Dendarii estaba muy bien, decidió; la túnica de suave terciopelo gris adornada con ribetes blancos y botones plateados en los hombros, pantalones haciendo juego y botas de gamuza sintética. Miles fantaseó con que el traje lo que hacía parecer más alto. Tal vez adoptase el diseño.

Más allá del portal flotaban varias naves: Dendarii, Guardianes, vervanesas y pertenecientes a la Alianza. El *Prince Serg* no se encontraba entre ellas. Ahora estaba en órbita sobre Vervain, mientras continuaban las conversaciones a alto nivel, estableciendo los detalles del tratado permanente de amistad, comercio, reducción de tarifas, defensa mutua, etcétera, entre Barrayar, Vervain, Aslund y Pol. Miles había oído que Gregor se estaba mostrando brillante en las relaciones públicas.

Mejor tú que yo, amigo.

La estación de enlace vervanesa había retrasado sus propias reparaciones para prestar ayuda a los Dendarii. Baz trabajaba las veinticuatro horas. Miles se apartó de la vista panorámica y siguió al comandante de la estación.

Se detuvieron en el corredor ante el gran salón donde tendría lugar la ceremonia, y esperaron a que todos los concurrentes estuviesen acomodados- Al parecer, los vervaneses querían que los principales hiciesen una gran entrada. El comandante entró para efectuar los preparativos. La audiencia no era grande, ya que todavía había demasiado trabajo por hacer, pero los vervaneses habían conseguido suficientes personas para que pareciera respetable, y Miles había contribuido con un pelotón de convalecientes Dendarii para aumentar el número. Aceptaría el homenaje en nombre de ellos, decidió.

Mientras aguardaba, Miles vio llegar a la comandante Cavilo con su guardia de honor barrayarana. Hasta donde él sabía, los vervaneses aún no eran conscientes de que las armas de los guardias estaban cargadas y de que tenían órdenes de disparar a muerte si su prisionera intentaba escapar. Dos mujeres de rostro inflexible, vestidas con uniformes

auxiliares barrayeranos, se ocupaban de que Cavilo estuviese vigilada día y noche. Cavilo parecía ignorar su presencia.

El uniforme de etiqueta de los Guardianes era una versión más elegante del de fajina. Sus colores pardo, negro y blanco hicieron que de forma subliminal Miles recordara la piel de un perro guardián. *Esta perra muerde, recordó.*

Cavilo sonrió y se acercó a él. Apestaba a ese ponzoñoso perfume que usaba; debía de haberse bañado en él. Miles inclinó la cabeza a modo de saludo, hurgó en su bolsillo y extrajo dos filtros nasales. Se introdujo uno en cada fosa, donde se expandieron suavemente para crear un sello, e inhaló profundamente para probarlos. Funcionaban bien. Serían capaces de filtrar moléculas mucho más pequeñas que las de ese nocivo perfume. Miles respiró por la boca. Cavilo observó su actuación con expresión furiosa.

—*Maldito seas* —murmuró.

Miles le enseñó las palmas como diciendo *¿Qué quieres que haga?*

—*¿Está lista para partir con sus supervivientes?*

—En cuanto termine esta farsa idiota. Tengo que abandonar seis naves que están demasiado averiadas para realizar el salto-

—Muy sensato por su parte. Si los vervaneses no caen en la cuenta solos, pronto los cetagandanos les contarán la horrible verdad. No debería permanecer mucho más por aquí.

—No pienso hacerlo. Espero no volver a ver nunca este lugar. Y eso también vale para ti, mutame. De no haber sido por ti... —Sacudió la cabeza con amargura.

—Por cierto —agregó Miles—, ahora los Dendarii han recibido triple paga por esta operación. Una de sus jefes aslundeños, otra de los barrayeranos y otra de los agradecidos vervaneses. Todos acordaron hacerse cargo de nuestros gastos. Nos ha dejado una buena ganancia.

Ella pareció hervir.

—Será mejor que *reces* para que nunca volvamos a encontrarnos.

—Adiós, entonces.

Entraron en el salón para recibir los homenajes. ¿Cavilo tendría el descaro de recibir el suyo en nombre de los Guardianes, a quienes había destruido con sus intrigas? Resultó ser que sí. Miles contuvo la náusea.

La primera medalla que gano en mi vida, pensó Miles mientras el comandante de la estación le prendía la suya con empalagosas alabanzas. *Y ni siquiera puedo mostrarla en casa.* La medalla el uniforme, el mismo almirante Naísmith, pronto deberían volver al armario. ¿Para siempre? En comparación, la vida del alférez Vorkosigan no resultaba demasiado atractiva. Y, sin embargo, la mecánica de la carrera militar era la misma, se la mirara desde donde se la mirara. Si existía alguna diferencia entre él y Cavilo debía de radicar en a quién decidían servir. Y cómo. *No todos los caminos, sino un único camino...*

Cuando, unas semanas después, Miles llegó a Barrayar en una licencia, Gregor le invitó a almorzar en la Residencia Imperial. Se sentaron ante una mesa de hierro forjado en los Jardines del Norte, los cuales eran famosos por haber sido diseñados por el Emperador Ezar, el abuelo de Gregor. En verano los árboles proyectaban toda su sombra sobre el lugar; ahora la luz se filtraba entre las hojas nuevas que murmuraban con el aire suave de la primavera. Los guardias custodiaban desde lejos; los criados no se acercaban a menos que Gregor los llamara. Repleto con los tres primeros platos, Miles bebió café caliente y planificó un ataque sobre el segundo postre, agazapado al otro lado de la mesa bajo un abundante camuflaje de crema. ¿O sería demasiado para sus fuerzas? Esto era mejor que las raciones que habían compartido alguna vez, por no mencionar el alimento para perros de Cavilo.

Hasta Gregor parecía verlo con nuevos ojos.

—Las estaciones espaciales son realmente aburridas, ¿sabes? Todos esos corredores —comentó, mientras observaba una fuente y su mirada seguía un sendero que se introducía entre las flores—. Al verla cada día, dejé de notar lo bella que es Barrayar. Tuve que olvidar para recordar. Es extraño.

—En algunos momentos yo ni siquiera recordaba en qué estación espacial estaba —dijo Miles con la boca llena de crema—.

Las comerciales son otra cosa cuestión, con todos sus lujos, pero las estaciones del Centro Hegen tienden a ser utilitarias.

Conversaron un rato sobre los acontecimientos recientes en el Centro Hegen. Gregor se iluminó al enterarse de que Miles tampoco había emitido una verdadera orden de batalla en el salón táctico del *Triumph*, salvo para manejar la crisis de seguridad interna que le delegara Tung.

—La mayoría de los oficiales terminan su trabajo cuando comienza la acción —le aseguró Miles—. Cuando dispones de un buen ordenador táctico, y si tienes suerte de contar con un hombre con buena nariz, será mejor que mantengas las manos en los bolsillos. Yo tenía a Tung; tú tenías a... bueno...

—Y tenía unos bolsillos bien profundos —prosiguió Gregor—. Aún lo estoy pensando. Hasta que hubo pasado todo y visité la enfermería, parecía casi irreal. Sólo entonces comprendí que tal o cual punto de luz significaba que el brazo de un hombre se había perdido y que los pulmones de otro habían dejado de funcionar.

—Hay que tener mucho cuidado con esas pequeñas luces. Cuentan grandes mentiras si las dejas —dijo Miles. Entonces comió otro almibarado bocado con café, se detuvo y observó—: No le dijiste a Illyan la verdad sobre tu pequeña caída del balcón, ¿verdad? —Era una observación, no una pregunta.

—Le dije que estaba ebrio y que caí. —Gregor observó las flores—, ¿Como lo supiste?

—No habla de ti con el terror oculto en los ojos.

—Ahora está un poco más... permisivo. No quiero estropearlo todo. Tú tampoco se lo dijiste, y te lo agradezco.

—De nada. —Miles bebió más café—. Hazme un favor a cambio. Habla con una persona.

—¿Con quién? No será con Illyan. Ni con tu padre.

—¿Qué te parece mi madre?

—Mm. —Gregor comió un bocado de su pastel, sobre el cual había estado trazando surcos con el tenedor.

—En todo Barrayar, es posible que ella sea la única en anteponer automáticamente a Gregor, el hombre, sobre Gregor, el Emperador. Creo que todas nuestras jerarquías son como una ilusión óptica para ella. Y tú sabes que puede guardar un secreto.

—Lo pensare.

—No quiero ser el único que... El único. Sé cuándo estoy en aguas demasiado profundas.

—De veras? —Gregor alzó las cejas y esbozó una sonrisa.

—Oh, sí. Es sólo que por lo general no lo dejo saber.

—Muy bien, lo haré —dijo Gregor. Miles aguardó.

—Tienes mi palabra —agregó Gregor. Miles se sintió inmensamente aliviado.

—Gracias. —Observó un tercer trozo de pastel; estaba realmente exquisito—. ¿Te sientes mejor ahora?

—Mucho mejor, gracias. —Gregor regresó a la tarea de trazar surcos sobre la crema.

—¿De veras? Líneas cruzadas.

—No lo sé. A diferencia de ese pobre tío al que hicieron desfilas fingiendo que era yo, no me ofrecí como voluntario para esto.

—Todos los Vor somos reclutas, en ese sentido.

—Cualquier otro Vor podría escapar sin que nadie lo notase.

—¿No me extrañarías un poco? —se quejó Miles. Gregor emitió una risita. Miles miró a su alrededor—. No parece un puesto tan difícil, comparado con la isla Kyril.

—Prueba a estar solo en la cama a medianoche, preguntándote cuándo tus genes comenzarán a generar monstruos en tu mente. Como el tío abuelo Yuri el Loco. O como el Príncipe Serg. —Le dirigió una mirada penetrante.

—Me enteré de los... problemas del Príncipe Serg —dijo Miles con cautela.

—Todos parecen haberlo sabido. Excepto yo.

Así que eso había sido lo que desencadenara la depresión que había resultado en un primer intento de suicidio. Llave y cerradura, ¡click! Miles trató de no mostrarse triunfante ante aquella repentina revelación.

—¿Cuándo lo averiguaste?

—Durante la conferencia de Komarr. Ya antes había escuchado insinuaciones, pero las deseché como propaganda enemiga.

Entonces, el ballet del balcón había sido una respuesta inmediata a la conmoción, Gregor no había tenido a nadie con quien desahogarse...

—¿Es cierto que se dedicaba a torturar...?

—No todo lo que se dice sobre el Príncipe Serg es cierto —lo interrumpió Miles rápidamente—. Aunque la verdad es... bastante terrible. Mamá lo sabe. Ella fue testigo de cosas dementes en la invasión de Escobar que ni siquiera yo sé. Pero ella te lo dirá. Pregúntaselo directamente, y te responderá del mismo modo.

—Eso parece ser un rasgo de familia —observó Gregor.

—Ella te contará lo diferente que eres de él; y de todos modos jamás he escuchado que hubiera nada malo en la sangre de tu madre. Es probable que yo tenga tantos genes de Yuri el Loco como tú, en todo caso.

Gregor sonrió.

—¿Se supone que eso debe tranquilizarme?

—Mm. Al menos no debes sentirte solo.

—Tengo miedo del poder... —confesó Gregor en voz baja y contemplativa.

—Tú no tienes miedo del poder: tienes miedo de lastimar a la gente si ejerces ese poder —dedujo Miles de pronto.

—Aja. Casi das en el blanco-

—¿Casi?

—Tengo miedo de llegar a disfrutar. Del dolor ajeno. Como él.

Se refería al Príncipe Serg. Su padre.

—Tonterías —dijo Miles—. Durante años observé cómo mi abuelo trataba de hacerte disfrutar con la caza. Llegaste a ser bueno, supongo que porque era tu deber como Vor, pero estabas a punto de vomitar cada vez que herías a una bestia sin matarla y debíamos perseguirla para darle caza. Es posible que albergues alguna otra perversión, pero no el sadismo.

—Lo que he leído... y escuchado —dijo Gregor— es horrible y fascinante a la vez. No puedo evitar pensar en ello. No puedo quitármelo de la cabeza.

—Tu cabeza está llena de horrores porque *el mundo* está lleno de horrores. Mira los que causó Cavilo en el Centro Hegen.

—Si la hubiese estrangulado mientras dormía, lo cual tuve la ocasión de hacer, ninguno de estos horrores habría llegado a suceder.

—Si ninguno de estos horrores hubiese llegado a suceder, ella no habría merecido ser estrangulada. Es una especie de paradoja temporal, supongo. La flecha de la justicia vuela en un solo sentido. Uno solo. No puedes lamentar no haberla estrangulado al principio. Aunque quizá puedas lamentar no haberla estrangulado después...

—No... no. Dejaré eso para los cetagandanos, si logran atraparla ahora que ella tiene la ventaja Inicial.

—Gregor, lo siento, pero realmente no creo que te conviertas en el Emperador Gregor el Loco. Son tus *consejeros* quienes van a enloquecer.

Gregor miró la bandeja de los postres y suspiró.

—Supongo que los guardias se inquietarían si te aplastara un pastel de crema en pleno rostro.

—Profundamente. Debiste de haberlo hecho cuando teníamos ocho o doce años. Entonces no habría pasado nada. El pastel de crema de la justicia vuela en un solo sentido. —Miles rió.

Ambos comenzaron a sugerir distintas cosas que podían hacerse con una bandeja llena de postres y acabaron riendo de buena gana. Gregor necesitaba una buena batalla de pasteles, decidió Miles, aunque sólo fuese verbal e imaginaria. Cuando al fin dejaron de reír y el café comenzaba a enfriarse, Miles dijo:

—Sé que las lisonjas te enfurecen, pero maldita sea, eres realmente bueno en tu trabajo. En alguna parte de tu interior debes de saberlo, después de las conversaciones con los vervaneses. Sigue trabajando, ¿eh?

—Lo intentaré. —Gregor hincó el cuchillo en el último bocado de su postre—. Tú también seguirás, ¿no?

—En lo que sea. Esta misma tarde me encontraré con Simón para hablar del tema —dijo Miles. Al fin decidió renunciar a ese tercer trozo de pastel.

—No parece muy entusiasmado al respecto.

—No creo que pueda degradarme, ya que no existe ningún grado más bajo que el de alférez.

—Está complacido contigo; ¿qué más quieres?

—No parecía muy complacido cuando le entregué mi informe. Más bien parecía dispéptico. No dijo demasiado. —De pronto miró a Gregor con desconfianza—. Tú lo sabes, ¿verdad? ¡Dímelo!

—No debo interferir en la cadena de mando —sentenció Gregor—. Tal vez te asciendan. Creo que está vacante el puesto de mando en la isla Kyril.

Miles se estremeció.

En la capital barrayarana de Vorbarr Sultana, la primavera era tan bella como el otoño, decidió Miles. Se detuvo un momento antes de entrar en el gran edificio macizo que era el Cuartel General de Seguridad Imperial. El arce terrestre continuaba allí, calle abajo y a la vuelta de la esquina, con sus hojas nuevas iluminadas por el sol de la tarde. La vegetación natural de Barrayar era, en su mayoría, de tonos rojos opacos y pardos. ¿Visitaría algún día la Tierra? Tal vez.

Miles extrajo los pases que debía entregar a los guardias de la puerta. Sus rostros le resultaron familiares. Perteneían al mismo grupo con que había trabajado durante aquel período interminable del último invierno. ¿Sólo unos meses atrás? Parecía haber pasado mucho más tiempo. Todavía era capaz de recitar sus nóminas de pago. Intercambiaron saludos, pero como eran buenos hombres de Seguridad Imperial no le formularon la pregunta que brillaba en sus ojos: *¿Dónde ha estado, señor?* A Miles no le fue asignado un guardia de seguridad para que lo acompañase a la oficina de Ilyan. Buena señal. Y, después de todo, para ese entonces ya conocía muy bien el camino.

Siguió las conocidas vueltas del laberinto y subió en los tubos elevadores. En la antesala de la oficina de Ilyan, el capitán apenas si alzó la vista de su consola y le indicó que entrase con un movimiento de la mano. La oficina de Ilyan estaba igual que siempre; el enorme escritorio de Ilyan estaba igual que siempre; Ilyan mismo estaba... con un aspecto algo cansado, más pálido. Debía salir y tomar un poco de ese sol primaveral, ¿eh? Al menos su cabello no había terminado de volverse blanco; seguía siendo una mezcla de castaño con gris. En cuestiones de ropa, su gusto aún era insulso.

Illyan le indicó un asiento, otra buena señal que Miles supo aprovechar rápidamente; terminó con lo que estaba haciendo y, al fin, alzó la vista. Se inclinó hacia delante para apoyar los codos sobre el escritorio y enlazar los dedos, mirando a Miles con cierta desaprobación clínica, como si se tratase de un dato que complicaba la curva en el ordenador e Illyan estuviese decidiendo si aún podía salvar la teoría y clasificarlo como un error experimental.

—Alférez Vorkosigan —suspiró Illyan—. Parece que aún tienes algunos problemas con la subordinación.

—Lo sé, señor. Lo lamento.

—¿Alguna vez piensas hacer algo al respecto, aparte de lamentarlo?

—No puedo evitarlo, señor; cuando la gente me da ordenes equivocadas.

—Si no puedes obedecer mis órdenes, no te quiero en mi sección.

—Bueno... pensé que lo había hecho. Usted quería una evaluación militar del Centro Hegen. Yo la realicé. Usted quería saber de dónde provenía la desestabilización. Yo lo averigüé. Usted quería que los mercenarios Dendaril salieran del Centro. Partirán dentro de tres semanas, aproximadamente. Usted pidió resultados, y los obtuve.

—*Un montón* de ellos —murmuró Illyan.

—Admito que no tenía la orden directa de rescatar a Gregor, pero supuse que querría que se hiciese, señor.

Illyan lo escudriñó, buscando algún rastro de ironía, y apretó los labios cuando al fin lo encontró. Miles trató de mantenerse inexpresivo.

—Si mal no recuerdo —dijo Illyan (y su memoria era eidética, gracias a un biochip de su invención)—, le di esas órdenes al capitán Ungari. A ti sólo te ordené una cosa. ¿Recuerdas lo que era? —La pregunta tenía el mismo tono alentador que se utilizaba con un niño de seis años que estaba aprendiendo a atarse los zapatos. Tratar de ser más irónico que Illyan era algo muy peligroso.

—Obedecer las órdenes del capitán Ungari —dijo Miles a regañadientes.

—Exactamente. —Illyan se reclinó—. El hombre era un agente bueno y de confianza. Si las cosas hubiesen salido mal, lo habrías arrastrado contigo. Ahora el hombre está prácticamente arruinado.

Miles hizo un expresivo movimiento de negación con ambas manos.

—El tomó las decisiones correctas para su posición. No puede culparlo. Es sólo que... las cosas se volvieron demasiado importantes y no podía seguir jugando al alférez cuando el hombre que se necesitaba era lord Vorkosigan. —*O el almirante Naismith.*

—Mm —reconoció Illyan—. Y, sin embargo, ¿a quién debo asignarte ahora? ¿Cuál es el próximo oficial leal que verá destruida su carrera?

Miles lo pensó unos momentos.

—¿Por qué no me asigna directamente a usted, señor?

—Gracias —dijo Illyan secamente.

—No quise decir... —comenzó a balbucear Miles; pero se detuvo al notar el brillo risueño en los ojos color café de Illyan. *Te diviertes conmigo, ¿verdad?*

—En realidad, esa propuesta ya ha sido hecha. No por mí, obviamente. Pero un operativo galáctico debe funcionar con un alto grado de independencia. Estamos considerando hacer de la necesidad virtud... —Illyan se distrajo ante una luz que se encendió en su consola. Después de verificar algo, apretó un control. Sobre la pared derecha de su escritorio se abrió una puerta, y Gregor entró. El Emperador hizo que un guardia permaneciera en el corredor, mientras que el otro atravesaba la oficina en silencio para apostarse en la antesala. Todas las puertas se cerraron. Illyan se levantó para acercarle una silla al Emperador y movió la cabeza, como un vestigio de reverencia, antes de volver a sentarse, Miles, quien también se había levantado, le hizo la venia y se sentó otra vez.

—¿Ya le ha dicho lo de los Dendarii? —le preguntó Gregor a Illyan.

—Estaba buscando las palabras apropiadas.

Gradualmente.

—¿Qué pasa con los Dendarii? —preguntó Miles, incapaz de ocultar la ansiedad en su voz.

—Hemos decidido ponerlos en un servicio de reserva permanente —dijo Illyan— Tú, en tu identidad secreta de almirante Naismith, serás nuestro oficial de enlace.

—¿Consultores mercenarios? —Miles parpadeó. *¡Naismith vive!*

Gregor sonrió.

—Personales del Emperador. Creo que les debemos algo más que una paga por los servicios que nos han prestado en el Centro Hegen. Y, sin duda, nos han demostrado la utilidad de llegar a sitios que por barreras políticas están vedados a nuestras fuerzas regulares.

Miles interpretó la expresión de Illyan como una profunda aflicción por el presupuesto de su sección, no tanto porque desaprobaba la idea.

—Simón estará alerta por si se presenta la oportunidad de utilizarlos de forma activa —continuó Gregor—. Después de todo, habrá que justificar lo que se les paga.

—Considero que nos serán más útiles en cuestiones de espionaje —dijo Illyan rápidamente—. Esto no es un permiso para salir de aventuras o en misiones de captura y represalia. En realidad, lo primero que quiero que hagas es fortalecer tu departamento de Inteligencia. Sé que tienes los medios para ello. Te prestaré a un par de mis expertos.

—¿No son guardaespaldas titiriteros otra vez, señor? —preguntó Miles con nerviosismo.

—¿Le pregunto al capitán Ungari si desea ofrecerse como voluntario? —preguntó Illyan conteniendo una sonrisa—. No. Operarás de forma independiente. Dios nos ayude. Después de todo, si no te envío a alguna otra parte, te quedarás aquí. Por lo tanto, el plan tiene sus propios méritos, aunque los Dendarii nunca hagan nada.

—Me temo que la falta de confianza que Simón muestra hacia ti se debe principalmente a tu juventud —murmuró Gregor, con sus veinticinco años de edad—. Sentimos que es hora de abandonar ese prejuicio.

Sí, ahora Gregor hablaba como todo un Emperador. Los oídos barayaranos de Miles no le engañaban. Illyan lo había escuchado con la misma claridad.

En esta ocasión su ironía se combinó con cierta... ¿podríamos decir aprobación?

—Aral y yo nos hemos esforzado durante veinte años para dejar nuestros puestos. Es posible que vivamos lo suficiente para retirarnos, después de todo. —Se detuvo—. En mi empresa, eso se llama *éxito*, muchachos, así que no pondré objeciones— Y entonces agregó en voz baja—: Al fin me sacarán ese condenado chip de la cabeza...

—Mm. Todavía no puede ir a buscar una cabaña junto al mar para disfrutar su retiro —dijo Gregor. En Illyan no se vio ninguna muestra de pesar ni de sumisión, sólo una expresión de confianza. Ni más ni menos. Gregor se volvió hacia Miles y miró... ¿su cuello? Los cardenales producidos por las manos de Metzov ya debían de haber desaparecido—. ¿También estaba buscando las palabras apropiadas para hablar de lo otro? —le preguntó a Illyan.

Illyan abrió una mano.

—Por favor. —Comenzó a hurgar en un cajón debajo de su consola.

—Hemos pensado que te debíamos algo más, Miles —dijo Gregor.

Miles vaciló entre hacerse el modesto y decirles que no había sido nada y saltar para preguntarles qué le iban a regalar. Al fin adoptó una expresión atenta e interrogante.

Illyan se enderezó y le arrojó algo pequeño y rojo por el aire.

—Aquí tienes. Eres un teniente. Lo que sea que eso signifique para ti.

Miles atrapó los rectángulos plásticos de su nuevo grado. Estaba tan sorprendido que dijo lo primero que le vino a la mente.

—Bueno, es un primer paso para solucionar el problema de la subordinación.

Illyan le dirigió una mirada furiosa.

—No te entusiasmes demasiado. Alrededor de un diez por ciento de los alféreces son promovidos después de su primer año de servicio. De todos modos, en tu círculo social pensarán que es nepotismo.

—Lo sé —dijo Miles con tristeza. Pero se abrió el cuello y comenzó a prender insignias. Illyan se suavizó un poco.

—Aunque tu padre sabrá que no es así. Y Gregor. Y... y yo. Miles alzó la cabeza y, por primera vez durante la entrevista, se miraron a los ojos.

—Gracias.

—Te lo has ganado. De mí no obtendrás nada que no te hayas ganado, y eso incluye las reprimendas.

—Las recibiré con gusto, señor.

FIN